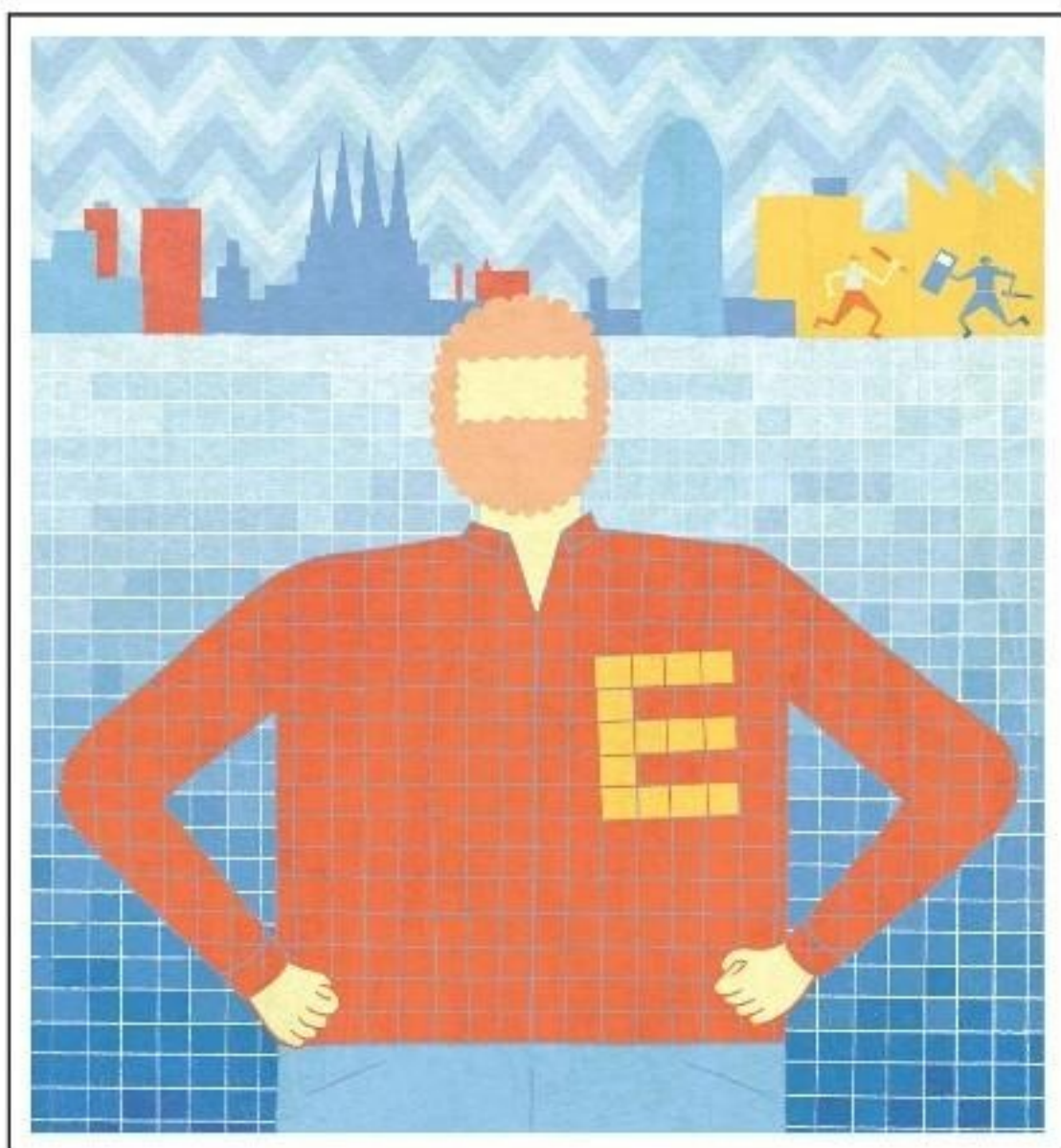


KIKO AMAT

***Eres el mejor,
Cienfuegos***



Lectulandia

Cienfuegos estaba llamado a la grandeza, pero la grandeza pasó de largo. Es noviembre de 2011 en Barcelona, y mientras el país se hunde en una crisis sin precedentes, Cienfuegos tiene otra crisis de la que ocuparse: la suya. Su mujer, Eloísa, acaba de echarle de casa, y ahora sale con un nuevo novio. Su hijo de tres años, Curtis, permanece bajo la custodia materna, y Cienfuegos merodea bajo el ex balcón familiar cada noche a las tres, mientras los ERE se multiplican en las oficinas del periódico para el cual trabaja. Todo parece mejorar cuando se topa con Defensa Interior, un dúo de música industrial. Pero no va a resultar tan fácil, y Cienfuegos pronto verá que el camino hacia la redención es cuesta arriba. Tan divertida y descacharrante como conmovedora e imprevisible, es una tragicomedia sobre la crisis de los cuarenta, la pena, la culpa, la paternidad y la posibilidad de indulto construida con humor triste y ritmo imparable, además de una emotiva fábula moral dibujada en el paisaje del 15M.

Lectulandia

Kiko Amat

Eres el mejor, Cienfuegos

ePub r1.1

Titivillus 11.01.15

Título original: *Eres el mejor, Cienfuegos*

Kiko Amat, 2012

Ilustraciones: Sergi Puyol

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Boi y Lluc: *some boys wore flames in their hair, these boys...*
Para Eugènia, porque sin ti, qué.

I don't know how I got so damned tired. When I was younger I despised anyone who gave up so easily, but that was when the world sang to me, that was when there was a number for everything. (...) In a musicless world at the end of a numberless world all I can manage now is to grieve for what I once felt and for how much I felt it. How is it I'm so old now and I don't hear the music anymore, I don't find the numbers anymore?

Rubicon Beach, STEVE ERICKSON

*If I were a carpenter
And you were my lady
Would you marry me anyway?
Would you have my baby?*

If I Were a Carpenter, TIM HARDIN

*Noches y noches sin dormir
Tiempo de sobra para escribir
Pero yo quiero revistas a manta
Pero yo quiero posar junto a Alaska
Porque soñé que escribía en el *Último Grito*.*

Último Grito, KAMENBERT

1. Detiene el futuro, corrige el pasado



El comienzo del libro

El 2006 fue un mal año. Tenía sólo treinta y cinco años y empezaba a notar los primeros síntomas de la crisis de los cuarenta.

Explicar la crisis de los cuarenta es sencillo: se trata de un fenómeno que convierte a los hombres en niños. En niños hiperactivos, insensatos y apenados. No hay forma de predecir con exactitud lo que será capaz de hacer un hombre adulto envenenado por la dolencia, pero la curva sintomática suele incluir absentismo conyugal, libido rampante, alcoholismo contumaz, caótico cuadro de toxicomanías, alto índice de siniestralidad automotriz, aislamiento antisocial, paranoia y, si no se corrige la tendencia a tiempo, adulterio, locura, divorcio y muerte.

Tan sólo un minúsculo (anecdótico, en realidad) porcentaje de hombres adultos consigue escapar con vida de la crisis de los cuarenta, y todo indica que yo no seré uno de esos afortunados.

Pero un momento. Aún no sabéis quién soy, me doy cuenta ahora. Veamos. Podría presentarme de muchas maneras. Así, por ejemplo:

—¡Abran paso a Matusalén!

Y, sin embargo, mi nombre no es Matusalén. Me gustaría dejar esto claro lo antes posible. Ni siquiera se parece a Matusalén: me llamo Cienfuegos, como Cien (de 100) + Fuegos (de llamaradas). No tengo nombre de pila. Supuse que a mi futura carrera literaria le iría mejor un nombre misterioso.

Cienfuegos.

¿Cienfuegos qué más?

Sólo Cienfuegos, guapa.

Oh.

Así que me llamo Cienfuegos, no Matusalén, y la genealogía de mi familia nada tiene que ver en la historia que me dispongo a contar. Estoy a punto de cumplir cuarenta años y soy un periodista cualquiera del suplemento de tendencias de *La Nación*. Si tengo que ser sincero, también soy un gordo canoso y maníacodepresivo que pernocta en el sofá antihigiénico de Eugenio Cuchillo, pues Eloísa me dejó y echó de casa, en este orden, hace tres meses, por culpa de todo lo que había sucedido cinco años atrás, en el pésimo 2006. Hoy es viernes cuatro de noviembre del 2011. Eloísa es mi ex mujer. Esto es el comienzo del libro.

No sé si he empezado como tocaba. Es la segunda vez que escribo una novela, y de la primera hace tanto tiempo que ya casi no me acuerdo.

Situación laboral insatisfactoria #1

Ahora sí. Todo empieza (de veras) conmigo sentado en la incómoda silla de un despacho rectilíneo como el desfile de Núremberg. Sigue siendo viernes cuatro de noviembre del 2011. Mi jefe es el fantoche cuelllicorto que tengo delante, al otro extremo de la mesa. Su nombre es Sascha, aunque la mayoría de la plantilla le conoce como Ese Imbécil. Él fue quien, al verme aparecer por la puerta de su despacho, reclamó que le abrieran paso a un longevo patriarca del Antiguo Testamento. Ésa es su idea de una broma hilarante. Observa esos ojos, coño: Sascha tiene la mirada morgue, glacial como Hacienda, de los que lo lamentan pero sólo cumplen órdenes.

Sobre su mesa se esparcen unos cuantos ejemplares de nuestro periódico; sin simetría ni sistema, como bañistas en una playa pública. El suplemento de *La Nación* donde trabajo suele llevar en su interior titulares marciales que se asemejan a baluartes fascistas, fotografías de chicas con ojos de díptero y cinturas-pulsera y, rodeándolo todo, como un marco de cagadas de ratón, un texto carencial (a menudo redactado por mí) sobre restaurantes, danzas, gimnasios, diseñadores, marcas, complementos y otras vituallas de la vida moderna. Me gustaría contar más sobre mi empleo, pero hoy tengo el estómago fatal, y ese tipo de cosas son precisamente las que me lo empeoran.

—Buenas tardes, Sascha —le contesto, como el gusano que soy.

—¿Te han dado pase de día los del Imserso? —dice, y se carcajea enseñando unas encías más rosadas y equidistantes que arcos de la Alhambra, y luego se pone en pie sin razón aparente y se vuelve a sentar. Detrás de él, a través de los ventanales, veo el paisaje de la plaza Catalunya. *La Nación* tiene su sede en la torre central del antiguo edificio de Banesto. A mi izquierda está El Corte Inglés, embistiendo desde una esquina como un cachalote furioso. A mi derecha el reloj rotativo del BBVA, volteando sobre su eje sin interrupción, una piruleta hecha derviche girador. Algo, sin embargo, ha cambiado allá abajo. Es un día opaco, y los vapores secos de noviembre pintan el paisaje con estático de interferencias, como si no hubiera buena recepción en ninguna parte del mundo entero, pero aun así puedo distinguir los toldos y las pancartas de La Rabia en mitad de la plaza. TU BOTÍN, MI CRISIS. SI OS HACÉIS LOS SUECOS NOSOTROS NOS HAREMOS LOS GRIEGOS. ESTAMOS HARTOS. VOTA, CONSUME Y CALLA. ERROR 404: DEMOCRACIA NOT FOUND (éste me resulta difícil de comprender, especialmente por los numerales).

Sascha se incorpora de nuevo y se me acerca por detrás y, como si su cabeza se hubiese transformado en el loro de un pirata, coloca el mentón en mi hombro derecho y agarra mi cinturón lípido con ambas manos.

—Esas tapitas... —suelta, imitando un anuncio aberrante de la televisión que ha vuelto a hacerse popular.

—¡Ja, ja! —ése soy yo, otra vez. Riéndome de la degradación a la que estoy siendo sometido.

Debido a mi relativa veteranía, pues yo ya trabajaba aquí cuando él entró, Sascha me trata como a un brontosaurio descompuesto que alguien hubiese olvidado en su

cueva al cambiar de era. Lo cierto es que mi empleo y sueldo (y la posible suspensión indefinida de ambos) dependen hoy de sus antojos, y ésta es una de las razones por las que sigo aquí sonriendo como un idiota cada vez que Ese Imbécil me falta al respeto.

Existe otra razón para mi comportamiento, y es la siguiente: soy un cobarde, un corrupto y mi morada fija un indigno crepúsculo moral al que llegué descendiendo suave como una ardilla planeadora, sin darme cuenta, desde el día en que me levanté y todo mi talento, el poco que tenía, se había ido a la francesa llevándose consigo a Eloísa, mi ex mujer.

Pero no hablemos de mí, y de ella menos aún.

—¡JA, JA! —me río un poco más alto, para que vea que soy inofensivo y aprecio su humor Mauthausen.

—Je.

Juana Bayo hace su entrada

La última risa no era mía; olvidé mencionar que había otra persona en la habitación. Juana Bayo es la fotógrafa oficial del magacín, y a veces se me olvida que existe; por lo diminuta que es, por el poco espacio que ocupa. Juana Bayo es lúcida y lógica, confianzuda y malhumorada, con el mobiliario mental colocado donde procede. Su suspiro de risa no buscaba humillarme, sino apaciguar a Ese Imbécil y evitar que nos despidan a ambos, como ha sucedido hace poco con media plantilla.

Juana Bayo es de la promoción del 85, tiene veintiséis años, aros ensartados en nariz y lóbulos, y está a favor de los chicos de La Rabia. Juana Bayo está rabiosa, como la mayoría pobre del país. Está en contra de los despidos, los cierres de hospitales y escuelas y la brutalidad policial. Algunos mediodías les lleva a los acampados de plaza Catalunya arroz, agua y latas de fabada Litoral. Juana Bayo me dice siempre que la crisis la tendrían que pagar los ricos, y que esto me concierne a mí también. Yo siempre le contesto que ya tengo una crisis de la que ocuparme. *Mi crisis.*

—Bueno, al grano, chicos —suelta Sascha, irrumpiendo en mi pensamiento. Su cuerpo esparce por el despacho una colonia tóxica muy intensa, una de las que fabrican con glándulas de carnívoros en celo. El tufo dulzón escapa del cuello de su camisa como un aura que pudieses captar con cámara Kirlian. El resto de la estancia huele a moqueta, y a cuero de butaca, y al metal de los archivadores. El oxígeno otoñal está cargado de electricidad, y saltan chispas de las alfombras, las puertas de los vehículos, los labios al besuquearse—. Prestad atención.

Juana Bayo y yo nos miramos sin rotar la cabeza, ladeando tan sólo las pupilas, temiendo lo peor.

—Hoy mismo tenéis que entrevistar a Palacios y La Gran Mentira —dice—. Esta

tarde, justo antes del concierto. Primero sesión de fotos y luego charla contigo, Cienfuegos. Palacios ha dejado claro que quiere que te encargues tú de hacerla.

Eso no me sorprende; todos quieren. Yo soy su perro fiel. En mis piezas publicadas lucen siempre fabulosos. Sé lo que se espera de mí, que nadie se lleve a engaño. Llevo unos cuantos años haciendo esto, acumulando réditos que puedan canjearse por mi retorno al podio de los vencedores. La corrupción crepita mientras avanza por mis arterias, imparable y mendaz, como la anexión alemana de Los Sudetes, en 1938.

—Quiere el toque Cienfuegos —añade, poniéndose en pie. Yo me llevo las manos a la cintura neumática, por si pretende volver a sacudirla. Sascha tiene veintinueve años y rasgos de Pocoyó, cachetes gordoflacos y cuello inexistente, y lleva el cabello azabache revuelto, como un tejón recién zarandeado, y también una camiseta magnífica de un grupo pop que a mí me encanta y a él no puede gustarle, porque Dios no lo permitiría. Sobre su oreja izquierda, colgada de la pared, la portada enmarcada del número 300 de nuestro suplemento muestra a dos jóvenes modelos simulando ser muy felices y extrovertidas y carcajeantes, con esa mueca inquietante que en lugar de transmitir gozo evidencia alguna súbita desconexión de neurotransmisores.

Eloísa lo llamaría B.I.C.E.: Banalidad e Interferencia Cerebral Extrema.

O tal vez: B.Z.A: Bobas Zancudas y Anoréxicas.

—El toque Cienfuegos —repite Sascha, señalándome con un dedo y afectando voz grave, mientras me observa con sus ojos agrietados por la nocturnidad—. Venga, campeones. —Luego, pinzándonos de los codos, nos levanta a Juana Bayo y a mí como un robot de cadena de montaje, nos desplaza hasta la puerta, nos transporta al otro lado y la cierra en nuestras narices de forma sorpresiva. Plam.

Vistas distópicas del interior de «La Nación»

—*Campeones* —dice Juana Bayo, y se ríe, sus nupias todavía acariciando la madera de la puerta.

Trato de imitarla y sonreír, con resultados francamente decepcionantes. Aúpo los hombros, suspiro y los dos echamos a andar hacia la calle, cruzando la redacción. La mitad de las mesas están vacías desde que tuvo lugar la última regulación de empleo, hace una semana. El efecto es apocalíptico, como si hubiera caído una de esas bombas que exterminan a la población pero dejan el paisaje immaculado.

—Si no fuera por *esto*, anda que no le habrían dado ya morcilla a Ese Imbécil —dice Juana Bayo, señalando a la mesa vacía de uno de los despedidos. Aún no la han limpiado, y está sembrada de Post-its, bolígrafos Pilot, hojas promocionales y un muñeco violeta peludo de largos brazos, pegado a la parte superior de la pantalla, cuya pancarta anuncia: *Al Mejor Papi*. Trato de recordar quién la ocupaba, pero me es

imposible; su ex dueño ha sido extirpado de la historia y el espacio que ocupaba ha sido cauterizado, todo ese oxígeno antropomórfico se ha cerrado sobre su antigua presencia como una costra a medio curar.

—Alégrate de que no te tocó a ti —contesto, pasando el dedo sobre el polvo de una de las mesas. En la madera polvorienta queda dibujada una curva peligrosa en forma de C.

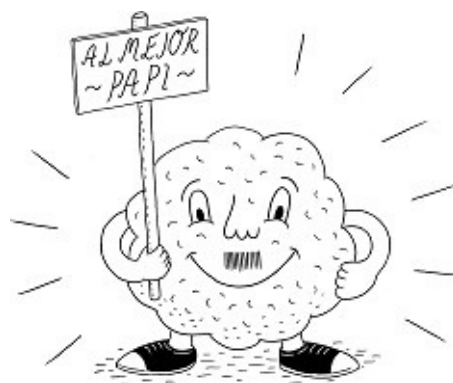
—¿Has encontrado piso ya? —me pregunta, y frota uno de mis omoplatos, como si fuese un ala de golondrina herida. Todos en la redacción saben que acabo de separarme. Todos lo saben porque a la mañana siguiente de que me dejara Eloísa me puse a llorar a gritos en el lavabo para hombres, y tuvieron que venir a consolarme las tres telefonistas de la cuarta y una señora de la limpieza.

Desde allí, la voz no hizo más que correr y correr.

—Aún no. No puedo pagar lo que me piden, y eso que Eloísa no me está apretando las tuercas con la manutención. Estoy en el sofá de Eugenio Cuchillo, por el momento.

—Ah —aparece el característico semblante de duda, cejas aupadas y fruncidas a la vez, que siempre acompaña a la mención de Eugenio Cuchillo—. ¿Y cómo lo llevas?

—Bueno —contesto, inclinando la cabeza a un lado—. Voy tirando.



—Ocho años con la misma persona son muchos años —me dice. Todo el mundo repite lo mismo, con las mismas palabras, como si fuese parte de un gran guión preestablecido. Pobre Juana Bayo; la verdad es que la comprendo. ¿Qué se supone que debe decirse a alguien como yo? Nada que ella pueda decir se acercará ni siquiera remotamente a hacer que me sienta mejor. Lo óptimo es echar mano del libro de clichés conversacionales y esperar a que la conversación termine pronto.

—Sí. Lo son. Ocho, ni más ni menos. Con la misma persona.

—¿Y Eloísa? —pregunta.

—No hablemos de Eloísa, por favor.

Bueno, sí: hablemos de Eloísa

La conocí hace ocho años, verano del año 2003, en una fiesta. Por aquel entonces yo era distinto, y ella también, y el toque Cienfuegos significaba otra cosa. Yo acababa de publicar mi primera novela, *Mambo para gatos*, en una gran editorial con notable despliegue de medios. Sobre esa misma época dijeron de mí en un periódico: «HA NACIDO UNA ESTRELLA»; en cuerpo cuarenta, ¡el titular, ni más ni menos!, y todos los demás magazines hablaban de mi genio, de la trascendencia de mi prosa, y aparecía en tertulias de televisión cada mediodía, y yo creía ser feliz. Estaba bastante orgulloso de *Mambo para gatos*. Era, quizás, lo único bueno que había expelido en la vida. Y me gustaba que de repente todos me hicieran caso, que me preguntaran mi opinión sobre cualquier asunto en debates y mesas redondas: era como si me palpara y existiese de golpe, como si acabaran de proporcionarme un cuerpo tangible, útil, efectivo, en lugar de la mortaja fantasmal que solía albergarme. En aquellos años me observaba en el espejo y la imagen que regresaba a mí era la de un tipo resultón y elegante, delgado y capaz. Un señor a envidiar. Una inversión de futuro.

A Eloísa, en todo esto, la vi venir como ve las cosas un vigía despierto, el horizonte limpio tomando forma en la distancia: era el tipo de persona que, al ser presentada, quiere ante todo dejar claro que sabe quién eres pero que le importa un pimiento.

—Así que has escrito una novela —me dijo, afectando ignorancia, encendiendo un cigarrillo y luego apuntando el humo para que penetrara en mis ojos con máxima corrosión.

—Una novelita —dije yo, tosiendo primero, pues el humo se había quedado flotando alrededor de mi cabeza como un halo de moscas. Luego me enderecé el cuello de la camisa romana que llevaba, metí el dedo dentro del gintónico, empujando los hielos hacia abajo para crear un movimiento arquimédico y desplazar el alcohol hacia arriba, y forcé voz de Gary Cooper para añadir—: Pequeña. Casi no cuenta, vamos. Hagamos como si no estuviese aquí, entre nosotros, dividiéndonos, nena.

Ella se carcajeó y escupió sin querer el cigarro, que salió proyectado y cayó en mi gintónico y se apagó con un push, quedándose allí zarandeado por las olas como un barril de naufragos. De inmediato subió el olor desagradable de ceniza nicotinesca sumergida en líquido.

—Huy, perdón —me dijo, pegando cuatro dedos finos a su boca y arqueando ambas cejas, sus rótulas crujientes y codos puntiagudos en tensión completa. Yo lo miré (al cigarrillo naufragado), la miré (a ella), y luego me enamoré, en tres prácticos pasos. Fue así de sencillo. Me quedé allí con el combinado menos bebible de la historia, mirando cómo se iba a otro extremo de la sala, riéndose aún en voz alta, sacudiendo sus huesos al andar.



Huesos, huesos, tú eres sólo huesos

Le podría haber cantado. Eloísa estaba realmente flaca, tenía una cintura de galgo rodeable con los dedos pulgar y corazón, y llevaba el pelo rubio despeinado y punzante, como un pajar en pleno ataque de nervios. Una Cleopatra anémica con cabello Eurythmics: cara de góndola, larga nariz egipcia, una nariz perfecta y en lanza, con insinuación de respingo final, una nariz divina. De su nariz fue de lo primero que me enamoré. Y luego ese cabello de bomba Orsini, tan rubio y picudo, tan nervioso, tan poco del país.

Aquella noche estuve un buen rato observándola mientras ella gesticulaba con fiereza, sin reparar en mí, rodeada por un perfecto círculo de gente hermosa, culta y cruel. Todos sus amigos eran poetas o pintores, sus padres eran escritores y editores, todo el mundo a su alrededor había escrito y pintado y producido cuadros, versos y palacios, y supuse que Eloísa no hablaba con nadie que realizara trabajo manual, exceptuando las insorteables transacciones monetarias en la panadería o el kiosco.

Eloísa era una reputada diseñadora gráfica, y las paredes de media Barcelona hablaban el familiar lenguaje de sus tipografías. Ella era la responsable de los carteles del aborrecible festival de música inmunda. También había ideado logotipos de marcas célebres, como la de una famosa e imbebible cerveza local, la línea gráfica de una conocida editorial de novelas espantosas y la imagen corporativa de un frágil conglomerado de rapaz banca catalana. Su CV, si es que se llaman así en su mundo, era de los más envidiados de la industria.

Y sin embargo Eloísa desactivaba la solemnidad de aquel empleo con una naturalidad imposible, para mí inimaginable, diciendo siempre: «No somos lo que hacemos.»

«Somos *exactamente* lo que hacemos», le contestaba yo cada vez.

Eloísa, en cualquier caso, resultó ser el último brote fresco de la rama noble de su familia. Pues en aquella rama fue a posarse un carroñero miserable llamado

Cienfuegos, doblándola y mutilándola para siempre, como un podador loco e incompetente, cortando los setos que le habían ordenado ni tocar.

Destrozándole la vida, en resumen.

Pero aquellos días todo olía bien, aún. No nos precipitemos al abismo. Aquellos días yo todavía era *alguien*, mi tronco rebosaba de autoestima, mi prosa tenía trascendencia, y el futuro parecía recién barnizado, pulido como una pista de patinaje sobre hielo para que brillaran mejor las expectativas. La injusticia del mundo, que me hizo nacer en el barrio equivocado con los apellidos erróneos, hijo de unos padres y madres que no venían a cuento, iba a ser remediada al fin. La torpeza de aquella cigüeña insolvente iba a ser corregida, después de todo.

¡Aleluya!

¡Chúpate ésa, destino!

Pero antes, una advertencia

En este libro no aparecen padres ni madres. Los protagonistas están solos, sin vínculo umbilical, prisioneros de una deriva que no puede solventarse con una mera intervención paterna, encadenados a un devenir por el que no se puede culpabilizar al progenitor. Éste es un libro de huérfanos, de gente sin parientes, sin maletas generacionales ni bagaje familiar aparente. Los padres me deprimen; el vínculo indestructible que forjan sin querer al obligarte a emerger de su cuello uterino y a beber de sus pezones. ¿Por qué no podemos nacer de un huevo, como los ornitorrincos o los dinosaurios?

Primeros ridículos en una librería

Pasadas unas semanas, volví a toparme con ella. En una librería de la calle Elisabets. El cuatro de julio del año 2003. Yo me encontraba en la K de narrativa anglosajona, en Stephen King, a mi aire, mascullando entre dientes una canción reviejísima que llevaba pegada a mí desde la hora de la ducha.

Do es trato de varón; Re, selvático animal; Mi denota posesión; Fa es lejos en inglés.

Me estaba haciendo una serie de preguntas cruciales sobre la letra de la canción (el selvático animal llamado «Re», por ejemplo) cuando la vi entrar por la puerta. Con su cabello frenopático, su bolso tamaño hamaca doblado sobre su antebrazo, y esa ropa que llevaba puesta, lo más elegante de todas las habitaciones en las que irrumpía.

Dejé de cantar, solté a toda prisa *El resplandor* sobre el mostrador de Información y me desplacé lateralmente hacia cualquier otra letra, cualquier otra sección, el culo pegado a las estanterías y trazando sincopados pasitos Nureyev sin dejar de mirarla fijamente, y desesperado empecé a buscar un título, el que fuese, vamos, vamos, rápido, rápido, Dios, haz aparecer a algún escritor solemne y seriote ahora, te lo suplico, déjame bien ante ella, oh buen Dios.

—Vaya, pero si es el gran Cienfuegos —me dijo, con su voz de Mae West, una voz incongruente con el tejido óseo que la sostenía. Dicho así, mi nombre sonaba a escapista antiguo: El Gran Cienfuegos, señoras y caballeros, se liberará en directo de una caja fuerte arrojada al proceloso mar.

Cuando me volví, *La montaña mágica* estaba en mi mano, por arte de magia. ¡Gracias, Dios! Lo abrí y simulé concentrarme en unos párrafos.

Oh, vaya. Era la edición en alemán, anotada. Un yunque colosal, pegado a mi mano como un cuerpo del delito del que no hay forma de zafarse. Levanté la mirada, apreté los molares, un músculo picudo se erizó en mi mandíbula. Eloísa dirigió la vista al libro y comprendió y sonrió.

—Buscaba algo ligerito —le dije, y carraspeé, y cosí las cejas a mi tabique nasal, y cerré el libro con un ¡plom!—. Para releerlo, en verdad.

—Perdón, ¿va a querer este libro, o lo devuelvo a su sitio?

Una de las dependientas plantaba ante mí *El resplandor* como si fuese un excremento de mastín defecado fuera del pipicán. Aquí no, Nuca.

Eloísa podría haber llamado a esto C.C.I.I.: Chasco de Ceporro con Ínfulas Intelectuales.

O tal vez E.P.Q.F.L: El Paleta Que Fingió Leer.

Pero no lo hizo, ni desorbitó los ojos por culpa de mi falso libro, ni nada. Eloísa se rió, aquel día, y levantó levemente su nariz, y yo hubiese chupado su nariz, hubiese construido un columpio y me hubiese mecido en aquella nariz, aquella nariz magnífica, y agarró *El resplandor* y lo llevó a la caja y me lo regaló.

Aquel cuatro de julio daría inicio a mis primeros años de paz y amor con Eloísa. Aquel cuatro de julio mutaría su tono onomástico ocho años después, cuando Eloísa me dijo que ya no me quería, que le resultaba imposible seguir queriéndome. Y yo quise llamar a aquello traición, cantarme a mí mismo alguna de las mil canciones de música pop que hablan de mujeres traidoras, pero fui incapaz. Lo que pasó es lo que pasó: Eloísa dejó de quererme, por todo lo que nos había sucedido y yo había causado, por la llegada del Podrido, y a mi alrededor las paredes se blanquearon, como si entraran nuevos inquilinos que quisieran borrar todo rastro de los anteriores, y las ciudades que visitamos se convirtieron en cenizas, y los recuerdos buenos quedaron manchados por la basura presente, basura que había conseguido cambiar nuestra percepción del pasado, y los libros y muebles se hacían más y más pequeños, igualito que en la mudanza de *Merlín el Mago*, cuando Eloísa me dijo que ya no me quería, que era incapaz de quererme más.

Pero no nos deprimamos

No. Mucho antes de todo lo malo, hace ocho años, aquel cuatro de julio, pasamos el resto del día juntos, comiendo aquí, bebiendo allá y paseando entre ambas actividades. Le firmé *Mambo para gatos* en un bar de la misma calle Elisabets que olía a morros, meados, serrín y bacalao reseco. En la pared colgaba una fotografía de Cruyff autografiada, y a su lado, tiesa de pura mugre, una bandera independentista con tantos lamparones que parecía confederada. Bajo aquella bandera le firmé mi libro a Eloísa. Al terminar, incluso le guiñé el ojo izquierdo. Así: chak. Porque podía, por una vez en la vida me sentía capaz de flirtear con éxito, gracias a *Mambo para gatos*.

Y por la noche, bien borrachos, bailamos. Agarramos mi vieja Vespa roja y fuimos a aquel bar musical de la plaza Reial donde sólo sonaba rock clásico, y estábamos bebiendo chupitos de Southern Comfort cuando empezó el piano del «The year of the cat» de Al Stewart.

—Te voy a enseñar una cosa —le dije, levantando una ceja y moviéndome hacia la pista—. No te despistes.

Allí en medio le empecé a bailar a Eloísa una danza individual que había patentado cuando era protofeliz, en mi mocedad atropellada, llamada El Pollo Descabezado Shuffle, y que consiste en atravesar la pista de un lado a otro dejando los brazos muertos a cada lado del tronco, balanceándolos como muertos, anestesiados, dando a la vez pasos muy rápidos y cortos con los pies mientras agitas con ímpetu la cabeza decapitada de izquierda a derecha, y aquella noche la gente me dejaba el camino libre, erigía un pasillo de cuerpos para mí (cuando el primer solo de saxo), y Eloísa se moría de risa y aplaudía a rabiar.

—Me encanta *mucho* —me dijo cuando volví a su lado. Más adelante descubrí que siempre decía cosas así: Cálmate *mucho*. Cállate *mucho*. También hablaba con siglas, era como un tic que Eloísa tenía. Por ejemplo: Baile: M.A.P. (Meneo Atolondrado de Pelvis). Espinacas: E.V.I. (Entidad Verduzca Incomestible). Y otras aún más imaginativas.

—Eso no es nada —jadeé, ya a su lado, seguro de mí mismo y de un cuerpo que obedecía mis órdenes sin chistar—. Prepárate para lo mejor.

Y justo a continuación, mientras sonaba el «Driver's seat» de Sniff'n'The Tears, le ofrecí una demostración de La Langosta a Go-Gó, que consiste en situar un pie delante y otro atrás, firmes ambos en el suelo, y luego propulsar el tronco de forma frontal, y a continuación separarlo en la dirección opuesta, una ola que retrocede y vuelve a chocar contra los acantilados, y mientras ambos brazos están levantados, las manos forman pinzas de langosta, pinch-pinch, haciendo que pellizcan a la pareja de uno, y yo iba repitiendo estos movimientos con ella, y Eloísa, en su taburete, se meaba.

Quiero decir: de verdad. La hice reír tanto que se le escapó un poco de pipí,

durante el tango que nos marcamos con un sincopado «Frenesí» final, la versión de Ray Conniff, no la de Frank Sinatra.

—Hostia, me he meado —me soltó en la oreja, cuando terminó la canción, y ese aliento envolviendo mi cartílago como un saco de dormir, mezclado con el hecho de imaginarla sentada en la taza del váter con los pantalones por los tobillos, me arrancó un escalofrío entre los omoplatos.

Así que al final, envalentonado por la bebida y el excelente resultado de mi humorismo, al final le dije:

—Vámonos, mujer.

Y ella me espetó:

—Vas muy rápido, Cienfuegos. ¿Se puede saber qué quieres?

Y yo, muy serio, le contesté, ajustando en mi cuello una pajarita imaginaria y creyéndome tan garboso como Brian Ferry en el vídeo de «Avalon»:

—Qué voy a querer, nena: quiero que seas sólo para mí, y que tú vayas por donde yo voy.

A partir de aquí, hay buenas y malas noticias

Las buenas noticias son que aquella noche, ya en su habitación, las piernas de los dos colgando de la ventana enrejada, yo en calzoncillos, ella en bragas, mirando quién entraba y salía de las farmacias 24 Horas del paseo de Sant Joan, ella moviendo los pies desnudos arriba y abajo, arriba y abajo, las uñas de los pies pintadas de negro bailando en el cielo con salero de grillos espasmódicos, me soltó:

—Nadie en mi vida, te lo juro, me había hecho reír así.

Hacia unos momentos yo había arrancado un póster de John Lennon (etapa *Imagine*) de su pared y lo había lanzado por el balcón, gritando ¡Muere, maldito hippy mentiroso!, y a Eloísa casi le da un soponcio. Lo que dijo me lo dijo mientras su póster de adolescencia, regalo de algún antiguo novio come-kéfir y sandaliero, reposaba sobre un árbol, sesenta metros más allá, tras haber planeado unos metros como una alfombra mágica sin faquir.

Las malas noticias son que, ya en su habitación, después de separarme de ella tras haber bailado el otro baile misterioso en su cama, el baile que se baila sin pantalones, *no me dijo*:

—Nadie en mi vida, te lo juro, me había follado así.

No dijo eso. No dijo palabra, si he de ser sincero. Pero, bueno, en esta vida no se puede tener todo, ¿verdad? Me conformé con lo primero que había dicho, qué remedio. Y en lo otro tampoco había hecho tan mal papel. Me sentía bastante bien, en conjunto, con Eloísa y *Mambo para gatos* y mi silueta enjuta y los mediodías en tertulias televisivas y todo lo demás. El futuro pintaba apetecible por primera vez.

No podía saber que tres años después se presentaría por primera vez el vacío en mi barriga, y ese bloqueo acabaría aquí, en mi cabeza, y *Mambo para gatos* sería mi único libro, y todo iría peor, y nacería el Podrido en mí, y al final ella no sería sólo para mí ni iría siempre por donde yo voy, y tras ella lo perdería todo, incluso los pocos sueños que aún me quedaban.

Bueno, todo menos a Curtis.

Me miro el reloj de pulsera en la esquina de la Ronda de la Universitat con plaza Catalunya, justo enfrente de la tienda oficial de souvenirs del Barça. Desde donde estamos se distinguen los toldos y banderas de La Rabia, ondeando juntas en mitad de la plaza como una macedonia de poliéster: CNT, verdes, republicanas, alguna catalana, un arco iris gay, una A anarquista, una cara del Che Guevara, una jamaicana y una griega. Le digo a Juana Bayo:

—Curtis debe estar a punto de salir del colegio. Corro a buscarle.

Entra Curtis

—Mira qué dino —me dice, enseñándome un nuevo muñeco de estegosaurio—. El estego es mi amigo.

Sostengo a Curtis en brazos, a la salida del colegio L'Univers, en la plaza del Poble Romani del barrio de Gràcia, y los padres que se agolpan en la puerta me analizan. Me analizan porque soy un hombre cansado y antiguo, con vaqueros grasientos gastados en las rodillas, camiseta de Vacuola y Los Citoplasmas, peinado de madreSelva, sienes color plata, la cara arrugada, fabricada con el papel de estaño que recubría el Apolo 15, y también barba de un mes y mirada gas mostaza, pero sobre todo me analizan por una razón: el niño de tres años que sostengo pegado a mi pecho no se parece *en nada* a mí.

O sea: en nada.

Me apresuro a mostrar La Cara de No Haberte Tirado un Pedo: la cara que uno moldea en sí mismo cuando un ascensor en el que van tres personas comienza a ser invadido por el inconfundible aroma dulzón de una ventosidad, y al menos dos de esas personas pueden ser exculpadas (las posibilidades de un pedo a dúo son infinitesimales), y por consiguiente no necesitarían disimular; y aun así terminan poniendo *esa* cara. La cara del silbido fu-fi-fu-fiu, tratando de disimular una culpa que no era tuya, que has hecho tuya por quién sabe qué razón atávica.

Y también la haces pública —*esa* cara— si tu hijo ostenta un pelo blanco de oso polar, estilizado en un cazo artúrico que le peina su madre y que yo trato de sabotear cada día con algo de fijapelo, y la nariz de su madre en mitad del rostro del niño, esa nariz invencible, enamoradora de gente, encarada levemente hacia los cielos, desafiando a Dios.

Curtis. Mi hijo se llama Curtis.

Aún con La Cara de No Habermé Tirado un Pedo puesta, le pregunto (aunque temo la respuesta):

—¿Quién te ha regalado ese estego, Gorila? —porque también le llamo así, a veces. De más pequeño le pirraba imitar a un gorila golpeándose el pectoral con los nudillos. Y yo le pinchaba una canción que se llama así, «Gorilla», de los Rubinoos, y la bailábamos juntos, sus pies sobre los míos, y él se reía y abrazaba mis dos rodillas como un Sansón a la inversa.

—El amigo de mami —contesta, y hace que el estegosaurio se dé un garbeo por mi coco. Como pastando en mis pelos de maleza.

Ya puestos, voy a preguntar otra cosa que también sé:

—¿Quién es el amigo de mami?

—A-dol-foo —contesta, con el tono de cansancio condescendiente que utilizan los niños cuando preguntas algo que para ellos es obvio.

Un nudo se contrae en mi interior, y mi estómago es de repente una babosa sepultada en sal. La tristeza se mezcla con la rabia en un ponche difícil de describir. Me duelen las mandíbulas y la garganta, también los brazos (no consigo entender por qué los brazos), y los ojos me escuecen y tengo ganas de gritar y llorar y darles mil patadas a las papeleras de plástico verde de la plaza.



Esto no hacía falta, Eloísa. Díselo a tu nuevo *amigo*. Después de todo, hay una línea en la arena. Puedes ser el nuevo amigo de la ex mujer de otro, puedes incluso haber sido el clavo que saca otro clavo —yo debo ser el clavo oxidado, la alcayata obsoleta—, haber sido el que está en la parte entretenida de los cuernos (pues su disfrute, como el del chantaje, depende exclusivamente de la parte que te haya tocado desempeñar en ellos). Puedes haber sido todas estas cosas, incluso puedes ser *el amigo* que está haciendo a todas luces de novio actual, de consorte en público.

Pero *no haces* de padre del hijo de esa ex mujer de otro. O, al menos, no tan temprano. No regalas nada, y mucho menos dinosaurios, que son el muñeco favorito de Curtis. Si alguien compra dinosaurios, ése soy yo.

Hay una línea en la arena, joder, Eloísa. Por mucho que ya no me quieras.

Díselo a tu amigo de las narices.

Donde a Curtis se le escapan algunas verdades incómodas

—Qué simpático es Adolfo —le digo, rajando en mi cara una sonrisa que parece el cuello degollado de un jabalí—. Yo también te compraré otro dino. Uno más grande. Un tiranosaurio, ¿vale?

—¿El grande-grande?

Coño. El grande-grande me llega a la cintura. No creo que nadie lo haya comprado nunca. Es un modelo de expositor con el que nos topamos el otro día en una juguetería de la calle Bailén. Además, debe valer doscientos euros.

—Si hace falta, sí —y Curtis me da un beso. Y yo lo hago descender al suelo, aún en la plaza del Poble Romaní, y él empieza a andar, su paso milhombres, esos andares que tiene, que parece que vaya a comerse el mundo, el lenguaje corporal IwoJima que utiliza quien vive en un territorio lleno de conceptos absolutos y verdades incontestables.

—¿Cuándo te lo dio, Curtis? —le pregunto, arrojando su mano pálida dentro de la mía, y su mano se convierte en un escalador embutido en un saco momia.

—Antes —dice.

Quiere decir «ayer». A su edad el tiempo es fluctuante. «Después» es «Mañana». Es un galimatías, al principio. No hay reglas escritas: «Antes» también quiere decir «Cualquier tiempo pasado» o «En aquella ocasión concreta, hace un año, dos meses y seis días». Pero, ahora mismo, «Antes» significa «Ayer», por desgracia.

—¿Ayer vino Adolfo a casa, o te lo dio en otra parte?

—En casa. Viene muchas tardes a ver a mamá —y sonrío, y luego se agacha y empieza a toquetear una hormiga que deambulaba por la acera con un grano de arroz en la boca.

El nudo se agita en mi interior, cimbreado, como un cocodrilo que fingiera ser un tronco y un explorador absorto en sus mapas le hubiese aparcado el culo encima. El nudo está tenso, porque huele la desgracia. La ve venir.

—¿Viene m-muchas t-tardes? —medio grito de puro pavor, y trato de camuflarlo con entusiasmo de mentirijillas, la voz resultante un tartamudeo Pato Lucas que afligiría al más pintado.

—Sí —empujando la hormiga delicadamente hacia delante con el dedo índice—. Y me cuenta cuentos. Mamá dice que escribe cuentos, igual que tú. Cuentos muy buenos —se vuelve hacia mí—. ¿Son sus cuentos más buenos que los tuyos, papá?

Le froto el pelo, pese a la daga que atraviesa mi pecho, y las ganas de vomitar que

irrumpen en mi laringe.

—No, hijo. Claro que no. ¿Cómo puedes preguntarme eso? Mis cuentos son mejores, cojones.

—Cojones no se dice —afirma, de forma mecánica, la cabeza ya concentrada de nuevo en asediar a la pobre hormiga.

—Bueno, ¿qué quieres que hagamos esta tarde? —cambio radicalmente de tema. Curtis y yo pasaremos juntos un par de horas, pues he de dejarle en casa a las siete. En mi ex casa, quiero decir (se me ha escapado). Hace un mes que ya no vivo allí. Eloísa me puso de patitas en la calle, como dije al principio.

—¡Bailar! —me suelta. A Curtis le encanta bailar; en eso sale a mí. A mi yo pasado. Ahora no bailarían ni que me echaran nidos enteros de alacranes a los pies descalzos.

—Pero aquí no hay tocadiscos, hijo.

—¡Canta! —suplica, entusiasmado, dando voces y olvidando de repente a la hormiga, que huye aliviada con el grano de arroz a cuestas—. ¡Canta, va! —Y unos cuantos gitanos catalanes de la plaza del Raspall que estaban apoyados, charlando, en la esquina del Bar Resolis, se vuelven y me miran, curiosos.

Así que me pongo a cantar el «Gorilla», con tristeza, y Curtis se arranca a bailar el twist en medio de la plaza. Algunos de los gitanos, al verle, dan entusiastas palmas rumberas, y el de Curtis es un twist loco, con tronco y piernas bailando distintas canciones, dos pedazos de Madelman desaparejos que uno ha unido para ver qué pasaba, y el resultado es un cuerpo dividido en partes independientes que bailan «Gorilla» sin reparar en dónde cae el ritmo, sólo Curtis bailando contento en medio de la plaza. Los niños de tres años no entienden la noción de aburrimiento. Ni la de miedo. Uno sabe que es adulto cuando pasa la mayor parte del tiempo cagado de terror o paralizado de pura abulia. Y sin bailar, nunca más.

Pero, viéndole así, recuerdo las veces que bailé la canción con él en brazos, y Eloísa cogiéndonos a los dos en medio del comedor, como si los tres hiciésemos piña, como si no tuviéramos miedo de nada, como si aquello fuese a durar siempre, como si todo lo que nos pasó estuviese arreglado al fin.

—Haz el robot —me ruega ahora Curtis, sin interrumpir su danza—. Haz el robot, por favor.

Y yo me adelanto y le danzo El Robot Psicodélico. Un baile que patenté sólo para él, cuando nació. Y que básicamente consiste en simular que uno es un robot, y decir con voz cibernética, «Ma-tar humanos», y de vez en cuando romper en algún gesto ye-yé robotizado.

—Ma-tar humanos —le digo. Y muevo mis extremidades, esforzándome por hacerlo exactamente como lo hacía cuando todo era mejor que esto, cuando todo iba bien, o al menos lo parecía, y estábamos juntos los tres.

—¡MATAR RUMANOS! —grita él.

—¡No, Curtis! —le cubro la boca con ambas manos, espionando simultáneamente a

mi alrededor—. *Humanos, hijo.*

Curtis me ignora, aparta mis brazos y empieza a dar saltitos de puro gozo, y los gitanos nos miran con extrañeza a los dos, allí, los dos haciendo de robots en medio de su plaza. Y recuerdo claramente cuando pensaba que íbamos a estar juntos los tres siempre, el resto de nuestras vidas.

Y sin casi darme cuenta, y sin que Curtis se dé cuenta, me echo a llorar. Soy un adulto llorando en medio de una plaza pública; en eso me he convertido. Lo único que puedo hacer ahora es tratar de derramarlo por dentro, como una metástasis, sin que nada pueda detectarse en el exterior aparte de una pequeña convulsión en los hombros y los ojos enrojecidos, pero por dentro aquel dolor en las quijadas, en las paredes del cuello y en el estómago, *aquel* dolor, tenso y tirante y temible y anudado, que parece estrujar el hueco de dentro, solidificarlo hasta que pesa más que mi propio cuerpo.

—Ma-tar humanos —le susurro a Curtis con un jadeo casi, sin que él note nada. Y dejo de cantar completamente, mirándome los zapatos, y respiro hondo, los ojos inundados de lágrimas, medio ciego y submarino. Y él que me ruega:

—Oh, otra vez. Por favor, papá. El robot otra vez.

Me gustaría presentar a mi único amigo de mierda

—¿Eso te dijo tu hijo? —berrea, y arranca a reír—. ¡No me lo puedo creer! ¡Y en tu casa, encima! —y continúa riendo con un tono bastante Vlad el Empalador—. ¡Ay que me troncho, madre!

He aquí a mi mejor amigo, mi *único* amigo, amigo de mierda y colega de profesión. Se llama Eugenio Cuchillo, y escribe el mismo tipo de inmundicia que yo, sólo que para la competencia. Llevo años llamándole también «mi mejor amigo» por puro hábito, aunque un observador neutral, un marciano recién desembarcado de su aeronave, lo definiría como enemigo sin dudarlo.

Mi único amigo es alguien que no me gusta demasiado. Por desgracia.

Acabo de recordar una canción de un grupo australiano llamado God que habla precisamente de eso:

*Nunca podré ser
El alma de la fiesta
Nadie me cae bien
Excepto tú.*

*Eres mi único amigo
Y ni siquiera te caigo bien.*

Hubo un tiempo no muy lejano en que siempre cantaba canciones como ésa, un largo periodo en que la música siempre venía a cuento y relataba mi existencia, mi localización en el vasto cosmos: *Usted está aquí. Usted es esto*. Pero un día no muy lejano (cuando Eloísa me dejó) me di cuenta de que aquellos discos me habían estafado. Que yo había creído en su salvación, en su oferta de curación sentimental, en lo inofensivo de todo aquel drama-en-tres-minutos, porque al final todo se arregla (decía, de hecho, una de aquellas canciones), y entonces Eloísa fue y me dejó de verdad, a pesar de la promesa infinita de mejora y reconciliación de todas aquellas malditas tonadas, Eloísa se fue sin dejar espacio para estribillos o caras B, y allí me di cuenta de que nadie puede salvarte, pero mucho menos un montón de discos de música pop.

Y así, poco a poco, fui abandonando mi cantar.

De acuerdo, de acuerdo, pero ¿Quién es Eugenio Cuchillo?

Perdón. Eugenio Cuchillo es, con su cara de carretera comarcal y ojos blandos de altramuz, el ser más bajito, antipático, cínico, estrábico y malparido del negocio, y hubo una época, cuando todo iba bien y nuestro paso era ascendente, no descendente, en que nos reíamos juntos del triunfo menor de los triunfadores menores, de la superficie de los superficiales y la belleza de los bellos. Nos creíamos intocables, y creíamos que lo nuestro era para siempre. Nuestra inmunidad. Eugenio Cuchillo también escribió un libro notable: *Apocalypso*. El título era un juego de palabras entre Apocalipsis y Calypso (el género musical). Pues éramos novelistas revelación capaces de producir juegos de palabras astutos de ese jaez.

Inmunes, los dos.

Por desgracia, algo cambió, la rueda de la fortuna dejó de sonreírnos, y por ello hoy en día me es difícil tolerar la visión de Eugenio Cuchillo. Nuestra amistad actual es un reconocimiento diario de nuestra caída, y de cómo tratamos de aferrarnos a los despojos flotantes que quedaron en la superficie de nuestras carreras. Así que su presencia debería aliviarme, sí, como el mal de muchos que es, pero en realidad sólo me ayuda a ver con mayor claridad nuestra situación presente. Como si de un detergente sólo alcanzara a distinguir el vertido tóxico final, no la efectividad de sus agentes limpiadores.

Cuando, hacia el año 2006, ya habíamos caído los dos al eslabón más bajo de la industria gacetillera y nos encontrábamos en algún guateque, pasarela o presentación de la línea de verano de alguna odiosa firma de ropa *sport* americana, él siempre me decía, mostrando los dientes color yema de huevo:

—Desprecio su pose. A usted y a su jodida familia.

Como en aquella famosa película de mafiosos. Y yo le contestaba, igual que en la película:

—Los dos formamos parte de la misma hipocresía, Eugenio Cuchillo. Pero nunca vuelva a meterse con mi familia.

Y nos reíamos, los dos. Yo aún era capaz de bromear sobre mi desdicha, por aquel entonces. Además, era un decir: podía meterse con mi familia todo lo que le saliera del trasero. Mi familia nunca viene a cuento. Lo importante era la primera parte de la frase. Lo de la misma hipocresía.

En fin: mandarí a Eugenio Cuchillo a freír espárragos si no fuese porque no conservo otros amigos y él es quien me alquila su sofá desde hace unos meses. Por cierto que las sospechas que siempre albergué sobre los estándares de higiene que utiliza (en las zonas de cocina y retrete/ducha, básicamente) quedaron confirmadas de forma dramática la primera noche que deslicé mi mejilla sobre uno de sus cojines grasientos.

Soy consciente de que esto no era precisamente información privilegiada, ni ha hecho avanzar la trama de ninguna manera útil. La verdad es que lo he dicho sólo para dejarle mal.

Seres fallidos

—Vale. Ja-ja. Muy divertido —y saco un par de pastillas de Primperan del bolsillo del anorak. El baile lagrimal con Curtis me ha soliviantado el estómago, y el oleaje de jugos gástricos choca furioso contra el rompeolas de mi píloro. Niego con la cabeza y dejo escapar un suspiro amargo, y me meto las cápsulas en la boca, y luego las baño con un Almax, que sabe a anís, y me bebo casi toda la cerveza de un trago grande. Aguardo un rato, inmóvil, hasta que emerge el eructo. Por un breve instante el estómago se apacigua, sólo un poco.

Estamos en un club vacío de la calle Muntaner que casi hace esquina con la Diagonal, a media tarde, esperando a que empiece la ronda de entrevistas con Palacios, ese colosal fraude.

—O sea —Eugenio Cuchillo continúa donde lo dejó, con la sombra tétrica de una sonrisa en su cara de congrio en salazón, los ojos muertos de las sardinas en salmuera—. Que Eloísa sigue con ese imbécil, como se llame, *ese* imbécil, Imbécil Imbécilson. ¿Y no te lo ha comunicado aún de forma oficial?

Eugenio Cuchillo lleva una camisa hawaiana con delfines dorados que le va bastante grande. Le chiflan las camisas hawaianas. Tiene seis o siete distintas. En otra de ellas aparece el Taj Mahal, entero, dibujado con una sobrecogedora atención al detalle.

—Bueno, los días como hoy no la veo, en cualquier caso —respondo, acabándome el culo de cerveza, y con el dorso de la mano me deshago de un mostacho de espuma—. Yo llamo al timbre y Curtis sube solo a casa. A *su* casa. Llegamos a ese acuerdo Eloísa y yo...

Eugenio Cuchillo vuelve a reírse, y dos becarias escandinavas con gafas grandes como objetos de carnaval se vuelven y le miran.

—¿Acuerdo? —aúlla, y levanta las palmas de pura interrogación, y en esa pose parece un candelabro abollado—. Dime en qué parte de todo lo que sucede estuviste de acuerdo tú, anda, señor Calzones.

Intento sonreír y me encojo de hombros, y doy por finalizada la conversación. Volviéndome, le realizo la señal con puño en acción de manchar, unida a dos dedos numéricos (significa «dos cervezas más»), a una camarera tatuadísima y pechugona que hace como que no estoy allí, aunque mi volumen y maleza capilar no dejan lugar a dudas sobre lo real de mi ser.

—Cienfuegos —me dice Eugenio Cuchillo mientras deposita una mano en mi clavícula, y yo le acerco un billete de diez, pinzado con los dedos índice y corazón, a la chica de la barra, que finalmente ha accedido a servirme—. Eres el perdedor más grande de Barcelona.

Los delfines dorados de su camisa hawaiana brincan en el aire y se sumergen de nuevo en el océano Pacífico.

—No soy un perdedor —contesto, un minuto después, empujando el cambio dentro de mi bolsillo derecho y luego apoyo ambos codos en la barra, observando sin interés las botellas multicolor de la repisa—. Fui importante, por si no te acuerdas. *Relevante*.

—Es verdad —separa mucho los párpados, tal que si hubiese descubierto de repente algo maravilloso y beneficioso para la humanidad: la electricidad, o la vacuna contra la viruela—. Somos algo peor, Cienfuegos: seres *fallidos*. Fracasados.

—Gracias, amigo mío.

—Caídos —añade—. ¿Cómo dicen los ingleses? Unos *hasbeen*, eso. Gente que *ha sido pero ya no es*.

—Vale, cojones —le digo, bebiendo más cerveza sin mirarle a los ojos—. Tampoco hace falta ensañarse. Ya he pillado el concepto. Lo triste es que de verdad creía que iba a marcar una diferencia con todos los demás estafadores, ¿sabes? —de repente me entra una tristeza de tamaño mediano, y se me enrojecen los ojos y se me escapa una vocecilla estrangulada—. Que no iba a caer en los mismos errores. Que iba a ser incorruptible. Eso es lo más triste: las expectativas que tenía respecto a mi incorruptibilidad.

—Perdona, tío. Lo decía por tu bien. No quería soltarlo tan a lo bestia. Pero tienes que aceptarlo ya. Tómatelo con humor, hombre.

—¡Aceptarlo, aceptarlo! —le grito, levantando la mano en forma de hacha cerca de mi oreja—. ¡Qué tendrá de especial aceptar tu fracaso! Perder no tiene nada de

bonito, y aceptarlo menos aún.

—¡Pero estamos vivos! —se ríe, y me punza el bíceps con el dedo índice, pok-pok—. ¡Tenemos buena salud! ¡Vivimos!

—Esto no es vivir, cabrón.

¿Lo peor de todo? Es que Eugenio Cuchillo tiene razón, aunque me fastidie. Soy un remojado. Una galleta maría mal almacenada que ha perdido su consistencia original, eso es lo que soy, y hace tiempo que se me agotaron las excusas de cara a mí mismo.

Eloísa diría que soy un P.S.A.: Persona Superada Artísticamente.

O un X.P.T.: Ex Poseedor de Talento.

Pero da igual: no quiero que parezca que me autocompadezco. Sólo quiero volver a ser aquel que fui. Regresar al vórtice donde empecé, donde cambié, y aplicar otro tipo de fuerza en sentido opuesto, enviar a mi pequeño e inocente Yo hacia otro lugar. ¿Es eso posible? ¿Lo sabe alguien? ¿Puede alguien ayudarme? ¿Es eso tanto pedir?

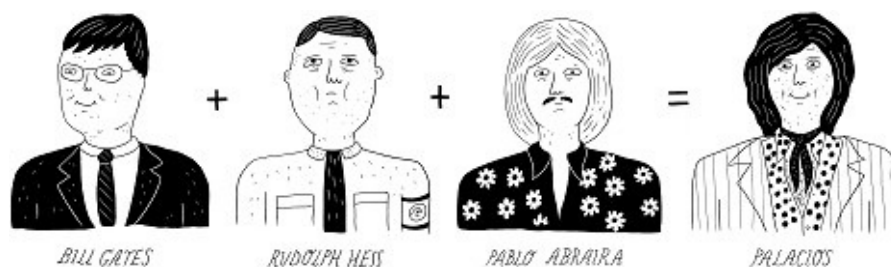
Soy un tío sencillo

Me dice Palacios, sentado al estilo John Lennon frente a un gran piano blanco, sorbiendo whisky en un vaso ancho, un foulard de cachemira tumbado sobre su hombro con el relajo digestivo de una anaconda durmiente, y un traje blanco de lino que cubre de forma atentamente descuidada el resto de su cuerpo, mientras una chica argentina que me han presentado antes —alta y guapa y pálida, con nombre de prostituta cara, apellidos sajones y mejillas sonrojadas— muestra sus incisivos de inmaculado nácar y, sentada a su vera, le observa con pasión.

—Bueno, a pesar de las apariencias, ja-ja.

Yo asiento y garabateo arabescos sin significado en mi bloc, que mantengo oculto a sus ojos sobre mi mano izquierda, los intestinos cubiertos por la escarcha permanente del nudo y esta pesadumbre inamovible que no hay forma de lavar.

Palacios se hace llamar por su apellido aislado, sin nombre de pila, y es el cantautor rockero más popular del país. Mi crítica interior secreta, encapsulada en una línea, sería la siguiente:



Es una verdadera pena que nadie vaya a leer eso, después de todo, porque yo

estoy aquí sólo para alabarle. Ése es mi único cometido, como siempre. A-la-baré a mi señor. Le alabaré porque me lo han mandado, y también porque posee lo que yo más deseo, sin contar a Eloísa: el éxito.

—Me han comparado a muchas cosas —continúa hablando—. Pero no me gusta definirme. No soy «esto» o «aquello otro», ¿sabes? Me gusta moverme, no «ser» nada —va puntuando todas las comillas con movimientos de dedos-gancho en el aire—. No hay un Palacios «Cantautor», ni un Palacios «Pintor», ni un Palacios «Documentalista» —Palacios acaba de filmarse a sí mismo en un documental sobre su persona—. Sé lo que no soy, pero no lo que «soy». Me gusta esa incógnita. ¿Qué era Leonardo? ¿Era «pintor»? ¿Leonardo «el Pintor»? ¿Quién diseñó el helicóptero, entonces? ¿No fue él también? ¿Eso le hace Leonardo «el Diseñador de Helicópteros»? No, él no se encasillaba. No podías meterle en un cajón y etiquetarlo. Las etiquetas no «pegan» con nosotros.

—¿Nosotros?

—Leonardo y yo.

Creo que antes ha realizado una comilla aérea de más, y por añadidura en el lugar erróneo, pero no importa. Lo que importa es garabatear y asentir con la cabeza entera y doblar bien el cuello en afirmación a cada insensatez que suelta, y también importa ir lo más rápido posible para salir de aquí rumbo a mi cita secreta.

—¿Próximos proyectos? —digo, regresando a Palacios y ordeñando de mí mismo algo de falsa excitación. Cuando hablo, Palacios se encontraba a medio introducir una gran sección de su lengua en el epigastrio de la argentina, a la vez que intentaba sintonizar el pezón de una de sus tetas, así que no escucha lo que digo. No me atrevo a molestarles, y permanezco unos minutos esperando a que terminen, mirando una vez más mis mocasines. No son gran cosa, la verdad. El incómodo sonido de saliva siendo intercambiada me acompaña durante todo ese lapso de tiempo.

Cuando termina, Palacios se vuelve hacia mí, un mechón sobre el ojo derecho y la boca reluciente. A su lado, los pechos de la chica, cúpulas punzantes del Kremlin, pugnan por acaparar toda mi atención. Me apena confirmar que, a pesar de su patente reclamo visual, no recibo cosquilleo prostático alguno. Hubo una época en que utilicé el sexo para arrancar mi dolor, pero hace cuatro meses (cuando Eloísa me dejó) mi tristeza se tornó blandura. Genitalmente, me refiero.

En fin: estos pensamientos tristes tengo, aquí, pretendiendo entrevistar a este pobre desgraciado sin talento alguno. Aunque al menos es rico, vive adulado y presumiblemente disfruta de orgía diaria, cosa que desde luego no puedo decir de mí mismo. Debo admitir que en estos momentos la sensación predominante de cara a Palacios es la envidia; una envidia seca y amarga, intragable, como una escarola sin aliño. La envidia es muy poco favorecedora, ¿verdad? Como la rabia o la codicia, son cosas que siempre le afean a uno. Malos hábitos.

Más Palacios

—¡Que tengas mucha suerte, Palacios! —le grito, cuando percibo que ha dejado de relatarme sus planes de dominación musical—. Ahora nuestra fotógrafa te hará unas cuantas fotos —y la señalo. Juana Bayo se acerca, saliendo de las bambalinas, como una extra de *Las zapatillas rojas*, y su cabellera negra y lacia, larga como una capa de vampiro (casi le cruza el coxis), se mueve como una cortina sacudida por el viento otoñizo, cambiando de tono según la posición, consiguiendo nuevos grados de negrura con cada uno de sus pasos, como un retal viviente de tela moaré. Llevaba un rato allí, Juana Bayo, esperando, observándonos con una expresión que no sabría definir. No sé qué piensan los de la promoción del 85; no sé qué hay en sus cabezas estiradas y verdes y rabiosas y ambiciosas.

Me pongo en pie, sacudo la mano sudorosa de Palacios, le sonrío a la groupie argentina, que me mira como mirarías a la cucaracha más deforme del alcantarillado, le envío un minúsculo levantamiento de cejas a Juana Bayo y me evado por el extremo opuesto del escenario, entre el silencio y las cortinas, como un pésimo cómico que hubiese terminado su representación sin arrancar una sola risa.

Cuando llego a la barra y me vuelvo, Juana Bayo está arrodillada a un extremo del piano, flexionando sus tríceps poderosos, esas piernotas de atleta que tiene, y Palacios deja caer ambas manos sobre el teclado, la cabeza gacha, su pelo lacio descolgándose sobre su cara, los ojos entrecerrados y temerario arremangue a la altura de los codos. Afectado por su afectación. Y se oye un clauank sordo y fuera de nota, de cuando sus dedos simulan tocar algo sobre el piano, y entonces empiezan los clics y los flashes de la cámara de Juana Bayo.

Clicflashclicflashclicflashclicflashclicflash.

Como mil eclipses de mil soles. Y, con esa luz parpadeante en mi nuca, lanzo el bloc encima del mostrador y describo un gesto autoexplicativo y autoritario en tres simples movimientos (Cerveza. En mi cuello. Ahora) a la camarera tetuda de antes.

Vayamos por partes

¿Eugenio Cuchillo y yo? Estamos aún en la barra, bebiendo gintónicos sin parar y calentitos sin pagar, aguardando a que Palacios reúna a su grupo de acompañamiento, La Gran Mentira, se acerque al piano blanco y empiece a balbucear sus lugares comunes que no significan nada. Los dos tenemos ya la crítica para nuestros respectivos empleadores redactada en la cabeza, que luego embelleceremos con trozos de realidad para que no parezca sólo mito y se note que estuvimos aquí de cuerpo presente.

—¿Cómo estás, *campeón*? —una mano aterriza en mi espalda. Ningún problema, porque la espina dorsal es el único emplazamiento de mi cuerpo que desconoce la infección de lípidos.

Me vuelvo y es Juana Bayo, con su cabello capucha de verdugo y su anatomía bien discernible debajo de la ropa y sus recias pantorrillas de fondista. No es que me interesen esas cosas. No hace falta que nadie me ate cuando las sirenas canten, que decía la canción.

La miro. Juana Bayo parece fea o guapa dependiendo de cómo le da la luz, de qué lado sopla el viento. Tiene la nariz robusta, de ariete, con aro de plata ensartando una narina, y cejas negras que son colas de mofeta puestas a secar, y una boca grande en perpetua semiapertura, labios de logotipo de los Rolling Stones, bien dibujados y rotundos, y tras ellos unos dientes de castor que en su pubertad le debieron acarrear un par de motes de tono roedor y varios lamentos quejumbrosos de primeros novios («¡Así no! ¡Me estás mordiendo!»), pero ahora quedan curiosos. Y luego está esa cabellera. Brillante, honda, impenetrable; una tumba egipcia. Ondeando aquí y allá como una bandera pirata.

A pesar de que Juana Bayo nació en El Clot de padres castellanos, su cara me recuerda la de una cantante del Bronx, Laura Nyro: la mirada medio triste, los labios siempre a punto de susurrar, siempre entreabiertos, el pelo betún, la brasa ardiendo en las pupilas y el corazón goteando sangre, como un tatuaje de marinos.

Dándole la espalda a Eugenio Cuchillo, que empieza a hablar con otro gacetillero, le pregunto a Juana Bayo:

—¿Ha ido bien la sesión con ese maldito subnormal?

—Bua, qué mano más blanda tiene el tío —contesta Juana Bayo—. Es como si te dejara un jilguero mojado ahí, en la palma. Qué asco, chaval.

—Un oriundo de Manito, ¿eh? —le digo yo, pese a que esa broma catalana se la inventó Eugenio Cuchillo—. Bueno, al menos está flaco y es guapo, qué quieres que te diga. Al final del día, cuando se mira en el espejo, su abdomen no tiene esto — y pinzo con dos dedos mi anillo de circunvalación neumática, que tiene el grosor de una longaniza ibérica.

Juana Bayo mira mi pequeño flotador y se ríe de una manera deliciosa, y expulsa los ojos un poco hacia fuera, con ese superávit de lozanías que no sabe ni dónde poner, que casi va desperdiciando de tanta que tiene, que se le escapa por todos los poros, que la gente huele intoxicándose y mareándose y termina proponiéndole todo, lo que sea, cualquier cosa por oler esas fragancias a pospubertad eufórica, por tocar esas pantorrillas corintias que casi nadie ha tocado. O un montón de gente lo ha hecho, ahora que lo pienso. Ni lo sé, ni me interesa.

Juana Bayo, repartiendo su canto por el mundo; qué envidia da.

Pero yo no soy Ulises, como (insisto) decía aquella canción.

—Para que te enteres —hincó las mejillas y eructo, aunque sin sonido; soplando—. No siempre he estado así, que lo sepas. Yo era *alguien*. Flaco, además.

—Mira, Cienfuegos —me dice—. No estás tan gordo, ¿vale? Deja de compadecerte de ti mismo. Siempre te quejas de todo, pero nunca haces nada. Te quejas de tu barriga, pero no haces ejercicio. Te quejas de tu jefe, pero no le mandas a la mierda. Te quejas de que Eloísa te dejó, pero no haces nada para volver con ella. Te quejas del mundo, pero no mueves un dedo para cambiarlo.

—Nadie puede cambiar nada —le digo, rastrillando un lateral de barba con cuatro dedos—. Las cosas siempre empeoran. Es lo que hacen las cosas: empeorar. Cuando tengas mi edad lo entenderás, niña. Todo era mejor antes.

—Especialmente tú, viejales.

—Eso no te lo discuto. He tenido mejores días.

—Ahora es el momento de cambiar las cosas a lo grande, ¿no lo ves? —y le arrea una palmada no muy fuerte a la barra—. Pero en la calle. Este domingo son las elecciones, y nada va a cambiar, estoy de acuerdo. Pero en la calle sí podemos cambiar cosas. Hay que reclamar la calle, Cienfuegos.

—De momento reclamemos la casa de la que me ha echado mi señora. Vayamos por partes. Luego ya vendrán el resto de fincas. Lo que oyes. Qué. No me mires así.

El sorprendente advenimiento de Defensa Interior

Dooooob. Un ruido de artefacto acoplándose en el escenario hace las veces de sirena para anunciar el inicio del show de Palacios y La Gran Mentira.

—¿Tapones? —le digo a Juana Bayo, y le ofrezco una cajita, y Juana Bayo mete sus dedos en la caja y toma dos, sonriendo desconfiada, y se los coloca, uno en cada oreja de zorro del desierto. Yo hago lo mismo, sin dejar de observar el intrincado aro azteca que atraviesa su lóbulo derecho.

—.... —sus labios se mueven.

—¿Dices? —pregunto, descorchando uno de los tapones y enfocando mi oreja en dirección a su boca.

—Digo que nunca voy a volver a hablar contigo de política —responde, quitándose un tapón—. Tu cinismo me pone de los nervios. Eres un fatalista, y me deprimes.

Cuando termina de hablar nos recolocamos los tapones los dos.

Hago rotar el taburete para que mi mirada enfoque el resto del local. Todas las sillas de la platea están invadidas por las Ultracuerpos, fans guapas y jóvenes y robustas y lelas que desconocen la muerte y el desamor, el dolor del parto y la caída gravitatoria de los pechos. La sala huele a desinfectante, cemento húmedo, frío aéreo, cajas de cartón humedecidas y cerveza rancia estancada. En el escenario, unos hombres están colocando un sintetizador Korg en un extremo del piano blanco de Palacios, y yo elevo mi bloc y me dispongo a apuntar el puente entre tradición y

modernidad que representa ese inoportuno aparato, pero de repente aparece Palacios, y pasea de manera descuidada hacia el micrófono, como si estuviese en el pasillo de su casa a punto de descolgar el interfono, y entonces nos dice a todos:

—Buenas noches. Antes de empezar, quisiera anunciaros una sorpresa.

Ni a mí ni a Eugenio Cuchillo nos gustan las sorpresas, porque significan trabajo extra, y búsqueda añadida de adjetivos arcanos. Los dos nos miramos con escepticismo, torciendo las bocas a un lado, como lenguados cubistas.

—Unos fans míos que estaban aquí han subido al backstage —y señala detrás del escenario— para pedirme por favor que les dejara debutar de teloneros. Para mí es un honor ayudar a las nuevas generaciones. Os pido un fuerte aplauso para: ¡Defensa Interior! —y señala a un extremo del escenario.

El público aplaude ahora, pero poco a poco dejan de hacerlo, paulatinamente, y se escucha un Ah y un Oh y varios espasmos, porque de entre las cortinas surge el grupo, y nadie ha visto algo así antes, así que todos tratan de gestionar adecuadamente las nuevas sensaciones para que no puedan ser malinterpretadas por los demás como racismo o mofa generalizada.

El que anda delante es un enano malnutrido con el cabello largo hasta los hombros, grasiento y encajado detrás de las orejas, perfil marsellés y una sombra de barba picapiedra que ninguna cuchilla podría arrancar. Luce una camiseta donde puede leerse D.I., bermudas floreadas, y los ojos inflamados. Si uno resigue sus hombros caídos y decide ignorar la joroba que brota en el ecuador de su espalda, se topa con la razón principal de los ¡Ah! regurgitados de antes: uno de sus brazos es fornido y extrañamente amplio, como los de los lanzadores de pértiga olímpicos de aquel Astérix, pero el otro es *un muñón*. No, no es exactamente un muñón: en el extremo exterior puede distinguirse algo parecido a una manita de caimán, prensil —pues sostiene un cigarrillo liado— con perfil de globo a medio hinchar. En el brazo bueno, sobre la muñeca, lleva tatuado un cadalso negro.

Detrás de él, como si el enano anduviese arrastrando el Naranja de Bulnes, va un gigante. Un señor a otra escala, extenso y talludo, que anda con incongruente soltura tras el canijo y provoca que a su lado todo parezca de juguete. Una nariz gordota descansa torcida hacia un lado de su cara, y en la cima de su cabeza brota una cresta, sólo que no tiesa. La cresta se desploma hacia el lado izquierdo de su cráneo, como la de un pollo tullido con disfunción eréctil.

El bajito se acerca primero al micrófono, y lo manipula para que quede a su altura. El gordo monstruoso se apalanca detrás del Korg, sin mediar palabra, y manosea algún botón.

—Esto es un nuevo ensayo para la construcción de La Nota —dice el bajito, agarrando el micrófono—. La Nota del Amor.

De repente, el gigante manipula el aparato electrónico, que en sus manos mengua hasta parecer una melódica, y los altavoces rugen con algo parecido a una colisión entre planetas a la deriva. La gente de la platea empieza a ponerse en pie, chocando

entre sí, y es en ese preciso instante cuando el enano empieza a chillar, agarrando el micrófono con la mano buena, abofeteándose simultáneamente una mejilla con la mano mala. Es un chillido agudo que suena a corderos llameantes y autocares preescolares duchados con napalm. Y detrás, el BADONGGGGGG del sintetizador sólo parece aumentar, a veces mutar de tono pero quedarse en otro aún peor. Me cubro las orejas, igual que el resto del público, pero incluso llevando tapones el gesto no cumple función alguna, y empiezo a marearme, como cuando le doy vueltas circulares en el aire a Curtis, en alguna plaza de por ahí.

Juana Bayo me estruja el brazo primero, luego devuelve la mano a su oreja para tratar de detener la avalancha de estrépito. Varias Ultracuerpos macizas empiezan a devolver en el suelo, muesli y pesto sin digerir baña sus botas Barbarella. Entra en escena el griterío general, no-audible.

Para entonces, el enano del escenario ha empezado a sangrar por la nariz con impresionante caudal, y las letras de su camiseta van siendo salpicadas por gotas que brotan de ambos orificios nasales, un zumo más negro que rojo, similar a la pulpa de zarzamoras. Pero eso no le impide seguir chillando en el micrófono.

Uno de los amplificadores explota de repente, y uno de los altavoces expulsa un push inaudible sobre el gran ruido, y deja de funcionar. El enano lanza el micrófono al aire con gran ímpetu, sin mirar adónde va a caer. Distingo a Palacios al fondo, con el traje de lino vomitado y una mancha de meados con forma de Nueva Zelanda en una pernera. Tras describir una parábola, el micrófono termina a sus pies, dándole la vez ante una faena taurina que todos prevén horripilante.

Al micrófono que quedaba en pie, el enclenque le dice, como si fuese lo más normal del mundo, como si recién acabara de interpretar «María Cristina me quiere gobernar» para una audiencia de vejestorios en chaqué y cacatúas enjovadas:

—Hemos sido Defensa Interior. ¡Gracias!

Así: como si nada.

Y luego los dos desaparecen apresuradamente por entre las cortinas del telón. Nadie aplaude.

Un montón de maricones

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —pregunta Juana Bayo en la puerta del club. El color está reapareciendo en nuestras mejillas, como tinta invisible, al enfrentarnos al frío de la calle Muntaner.

—No tengo la menor idea —le digo—. Pero desde luego no era lo que se esperaba ese imbécil de Palacios. Coño, todavía me baila el líquido aquí, en el — señalo mi cráneo— como se llame.

Devuelvo el bloc al bolsillo de la chaqueta mientras una melodía embotellada que

brota del interior del local empieza a subirme por la pernera del pantalón, helicoidal, rítmica y resbaladiza como una serpiente de cascabel.

—Necesito beber —dice Eugenio Cuchillo, saliendo del club, y su cara de congrio es ahora de color verde-gris lagartija, y lo cierto es que nunca había sido Paul Newman, pero ahora parece un basilisco con vaqueros—. Vamos a otro sitio, anda. Quiero gas.

—No puedo —les miento, para ocultar mi gran cita secreta, y buscando afianzar la coartada añado al instante una verdad—: Tengo que entregar muchos encargos espeluznantes e inmorales para *La Nación*.

—¿Qué tienen las manoletimas para estar tan «in»? —pregunta Eugenio Cuchillo.

—No tengo ni idea, tío —le digo—. ¿Me tomas por idiota?

—No, ése es uno de mis encargos: ¿*Qué tienen las manoletimas para estar tan «in»?*

—Ah, vale —me froto el mentón—. Yo tengo que escribir los «nuevos códigos de la elegancia más masculina». Para eso voy a tener que hablar con un montón de maricones, por supuesto.

—Bueno, yo me largo —dice Juana Bayo, interrumpiendo nuestro fascinante debate—. Se comenta que van a intentar desalojar la plaza Catalunya antes de las elecciones, y cuantos más seamos, mejor. Tendríais que venir, en lugar de quedaros aquí recapitulando vuestro fracaso personal.

—No —le contesto—. Tengo trabajo.

—*Esto* también es tu problema, Cienfuegos —me dice, volviéndose para marcharse pero señalando en la distancia, con un dedo láser que atraviesa los edificios, hacia la plaza Catalunya—. Haces como si no lo fuese, pero lo es. Tienes un hijo. Él va a heredar toda esta mierda. ¿No te preocupa eso? ¿El legado que vas a dejarle?

—Será una mierda, pero hay para todos —digo, intentando repetir aquel chiste. Nunca se me ha dado bien contar chistes.

—Lo peor es que ya no hay para todos, tío. Algunos han estado acaparándola, la mierda —contesta Juana Bayo, ya alejándose, y antes de desaparecer me chilla—: ¡Esto te concierne, Cienfuegos!

—¡Y una mierda, me concierne! ¡Ya tengo mi crisis! —grito, muy fuerte. En la oreja del portero cubano del local, pues Juana Bayo está demasiado lejos para escucharme. Eugenio Cuchillo también ha acabado largándose en dirección opuesta, a un cóctel celebratorio de una marca de gorros de snowboard donde repartirán cava gratuito y pinchos afeminados. Estoy solo en medio de la calle Muntaner, mirando el tráfico de taxis y motocicletas fugaces en la Diagonal, bajo los plátanos resacos.

Bueno, bueno. Me froto las manos. Como cada noche, voy a tener que ocuparme de mi problema principal. De la única forma que conozco.

En marcha, Cienfuegos, viejo patético. Llegó tu hora.

Ahora sí: mi gran secreto

Bienvenidos, damas y caballeros.

Mi gran secreto es que aquí estoy otra vez, a las tres de la mañana, en la puerta de tu casa, intentando con mi pensamiento que saltes de tu cama y cambies de idea sobre mí. Aunque a decir verdad no lo estoy intentando demasiado, porque, para empezar, no estoy en tu puerta, sino detrás del buzón de correos, igual que cada noche. Escondido y en cuclillas, como un voyeur tras el seto de un camping nudista. Dicho de otro modo: en realidad te estoy espiando, Eloísa. Tú no lo sabes, pero es así y de nada serviría negarlo, y no tengo ni idea de qué hago hablándote, cuando si de algo va este asunto es precisamente de que ni me oigas ni me veas.

Veamos:

Hay buenas y malas noticias.

Las buenas noticias son que llevo cuatro meses, desde el día en que Eloísa me dejó, viniendo aquí cada noche, en mi vieja Vespa roja, al portal de mi comfortable piso en el Born, y estoy siguiendo las pautas de mi gran plan para recuperar a Eloísa, y aún no me han detenido los Mossos d'Esquadra, y encima sigo viendo a Curtis un par de veces a la semana y dos fines de semana al mes. O sea, que mi plan está funcionando.

Las malas noticias, por otra parte, resulta que son las mismas que las buenas (¡qué casualidad!): vuelvo a estar en la puerta de casa de Eloísa, a las tres de la mañana, como cada noche desde hace cuatro meses. Tras el buzón, vamos. El guardián entre el centeno. El idiota entre el centeno. Un C.T.B.: Cretino Tras el Buzón.

Y eso indica que mi plan no está funcionando en absoluto, porque yo sigo aquí, con una severa descomposición de tripa, mientras que Eloísa y Curtis están allí arriba, en mi antigua casa de ciento veinte metros cuadrados y techos altos con marco de filigrana modernista y un espacioso balcón, y no sé si hay alguien más cohabitando con ellos, quizás resida ya aquí ese advenedizo de Adolfo, aprovechando la coyuntura presente, reclinando su gran mandíbula en mi cojín, oliendo las fragancias naturales que se guarecen tras las orejas de Eloísa, y también en su entrepierna y sobacos, lamiendo las uñas minúsculas de sus manos ganchudas, haciéndola reír en mi lugar, recibiendo sus caricias exclusivas en la nuca, escuchando noche tras noche el celestial crujido de sus rótulas.

No me gusta pensar en eso. Me niego a pensar en eso.

De repente empieza a soplar un viento helado que viene del parque de la Ciutadella, un chorro de aire ladeado y polar que me golpea en un costado del cuello como un golpe de kung-fu, y se levantan centrifugadas unas hojas de plátano, y una me da en toda la frente, ¡splat!, y me la arranco molesto de un bofetón, y mientras miro sin éxito a mi antiguo balcón y decido que tengo que comprar unos prismáticos, me digo, en voz alta:

—Tiene que haber algo mejor que esto. Algo mejor, lo que sea; una vida mejor.

Tiene que haber una vida mejor que ésta, Cienfuegos. Mecagüen la puta, tío: céntrate.

En pie: la alcaldesa de Simplón

Me incorporo detrás del buzón, y si Eloísa estuviese mirando desde mi ex balcón (no lo está), lo que vería sería la parte superior de mi cabeza emergiendo desde detrás de una seta amarilla, tan sólo las cejas en forma de M, como un pésimo pitufo espía que no sabe esconderse bien.

Pienso en Curtis, en su pijama de jirafa, en que debe estar durmiendo en su litera con los brazos abiertos, posición crucifixión, o abrazado a su enorme elefante de peluche, e imagino su respiración constante y cálida, algo láctea, aquel olor nocturno a yogur y sudor y galleta y jabón y ácido úrico residual, y el estómago se retuerce sobre sí mismo como una toalla empapada que alguien estuviese intentando escurrir en la playa, rotando cada uno de sus extremos en direcciones opuestas.

Pienso en Eloísa. Cuando acabábamos de conocernos, en el año 2003. La rubia palillo que condujo junto a mí aquella vez en un Marbella verde camino de la costa vasca, un Marbella con nombre, ella lo bautizó Otto (en las cuestas empinadas siempre le acariciaba el salpicadero y decía: «Vamos, Otto, vamos, guapo»), escuchando y cantando los dos a pleno pulmón *When I was thirty-five, It was a very good year*, cuando éramos mucho más jóvenes y todo estaba por hacer, y cada día traía con él la maravilla de estar conociendo a alguien. Conociendo de veras. Cada gesto, palabra, historia, tic: una sorpresa agradable. Completando el puzle Eloísa. Escuchando a los Turtles. Inventando siglas divertidas.

Eloísa. La rubia mondadientes que, cuando me equivoqué al mirar el mapa y terminamos en Burdeos —por aquella época yo no conducía aún, y mis tareas se limitaban a mirar el mapa, cambiar el casete, encender pitillos y contar cómicas anécdotas de juventud—, sufrió un ataque de risa metrallera, y dos lágrimas le alcanzaron la punta de esa nariz increíble y allí se quedaron, como admirando la altitud, aquellas dos lágrimas.

—Éstos no tienen pinta de vascos —le dije yo, abriendo la ventanilla y señalando a un gendarme francés con cara de De Gaulle y mejilla-papada cimbreante.

A menudo, yo llamaba a Eloísa la alcaldesa de Simplón, por una canción que me gustaba cantarle cuando aún cantaba y que decía:

*No estaba cerca cuando repartieron los cerebros
Ni puedo pasar de la cubierta de tus libros profundos
Y quizás yo sea el Alcalde de Simplón
Pero una cosa sé:
Y es que te quiero*

*Y cuando toda su lógica y razonamientos se enfríen
Tú aún estarás cálida en los brazos del Alcalde de Simplón.
Por favor pónganse en pie: el Alcalde de Simplón.*

Me acuerdo del primer día en que le canté estas palabras a Eloísa, en el 2006, cuando ya se gestaba (secretamente) el Podrido en mis desagües y ella trataba de consolarme y me decía que aquello no era lo importante, que todo era muy simple, hombre, que al menos nos teníamos el uno al otro, para siempre de los siempres. Y yo le canté la canción, y añadí eres una simplona, mujer, y ella se rió con dulzura, y me acarició la mejilla durante un rato, y luego me espetó «Quizás ésa sea mi canción, Cienfuegos», y me miró durante unos segundos más.

—Yo siempre te querré, Cienfuegos —añadió luego, y llevó su mano a mi nuca, y comenzó a amansarla, y sus ojos empezaron a brillar de emoción, como pulidos de repente por una de esas máquinas de encerar suelos—. Aunque me llames simple. No hay nada de malo en eso: simple es bueno. Me da igual lo que seas. Aunque te pusieras como una vaca, aunque perdieras una pierna —sonrió, haciendo toc-toc en mi muslo con los nudillos—, aunque no volviesses a escribir un libro nunca, ¿a quién le importa? Como te quiero yo, está por encima de todas esas cosas pequeñas. No te quiero por lo que haces, sino por *cómo* eres.

—No es tan fácil —le dije yo.

—Sí lo es —contestó ella—. La mayoría de las cosas son muy fáciles. Es sólo que la gente no sabe verlo.

Yo la miré, y casi me echo a llorar, aquel día, porque nunca me había querido nadie así, no sabía a qué compararlo. Comparado a qué, como dice aquella canción de negros que antes cantaba todo el tiempo. ¿Querer sin canje ni trueque, sin nada a cambio, querer a alguien por su alma y ya está? Yo no era capaz de querer así, estaba seguro; pero no dije nada. Quizás no se daría cuenta, si mi actuación era convincente a lo largo del resto de mi existencia.

Y sin embargo

Me sentí *tan* agradecido y feliz, aquel día, pensando que había encontrado a la mujer de mi vida. Que daba igual lo que pasara, porque ella había firmado por mí. No hacía falta compararme a nada: yo era su elección. Me hubiese encantado creerme eso, pero me fue imposible. Al poco tiempo vi que su amor no era suficiente. Necesitaba dejar llenar este vacío, este anhelo, y ella lo temía. Ella debió olisquear la llegada del Podrido, el vórtice del cambio, estoy seguro.

En fin. De qué sirve torturarse, ¿eh?

Dan las cuatro en mi reloj digital de pulsera, me cierro el anorak hasta el cuello

con firmeza y, tras emitir un suspiro miserísimo que ensancha mi caja torácica, vuelvo a andar cabizbajo y derribado hacia mi vieja Vespa roja. Y me iría a casa, pero ya no tengo; cambiaría mi vida, pero no puedo. Sin viajar al pasado y reordenarlo todo, cosa que es técnicamente imposible en la coyuntura científica actual.

Las cosas, para qué voy a mentirme, están un poco mal. Las cosas no tienen muy buena pinta, si tengo que ser sincero conmigo mismo. Me siento como un elefante que se balanceara sobre la tela de una araña, y sería útil saber qué espero conseguir aquí, tiritando con ritmo de maraca cubana, acosando de madrugada (sin que ella se dé cuenta) a mi ex esposa.

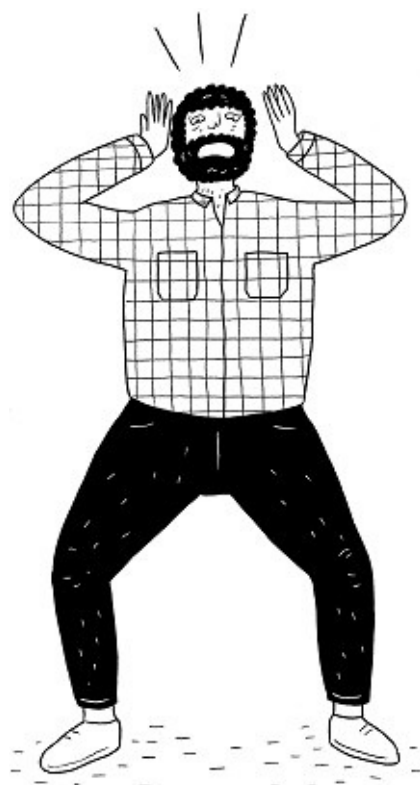
Hace dos días entré en una farmacia para comprar Valium, Almax y Primperan, y en la pared colgaba el cartel publicitario de una crema reparadora facial que proclamaba:



Y quizás eso es lo que estoy haciendo.

Aunque sin ningún resultado apreciable, de momento.

2. Defensa Interior



Es un Teletubby

No sé cuál de ellos, suelo confundirlos, pero lo que está claro es que es un Teletubby de peluche y lleva un gran leño incrustado violentamente en el culo. Y le falta un ojo. Y le han pintado sangre en el ano, la cara y la boca, y cuelga de una horca, y está ahí, un fruto raro, víctima de un linchamiento racial. ¿Sus cosas favoritas? Si aún las iba buscando, como en aquel capítulo que Curtis siempre miraba, no está teniendo mucha suerte.

Es difícil decir qué hago aquí, observando el muñeco linchado. Ni yo mismo lo sé, si tengo que confesarlo. Sé cuál es mi excusa nuclear: estoy aquí para una entrevista (me repito). Estoy aquí para una entrevista con Defensa Interior, una entrevista no sólo no autorizada, sino completamente ficticia, porque nadie la iba a publicar. Y mucho menos *La Nación*.



Unas horas antes

Es domingo por la mañana, seis de noviembre, el día de las elecciones al Parlament. Se me ocurrió hace unas horas, lo de venir aquí. La velada-con-mareo de Defensa Interior había azuzado mi curiosidad, y me descubrí pensando en ello mientras terminaba de pasar a limpio las notas de la entrevista a Palacios, en la oficina de *La Nación*. Estaba de pie, mirando la calle desde el ventanal de nuestra planta y mesándome la barba. Los antidisturbios habían cercado la plaza Catalunya, y

varias de sus furgonetas, enrejadas y sombrías, negras como nubosas noches manchegas, se apostaban en cada una de las cuatro esquinas. Nadie podía entrar ni salir. Los habían sitiado, en previsión de las elecciones.

Imaginé de qué hablaban todos aquellos hombres acorazados y encapuchados dentro de sus vehículos; qué tipo de chistes debían hacer para matar el rato. La forma en que debían hablar de sus mujeres, de sus vecinos árabes, de los chicos de la plaza, de las adolescentes guapas con las que se cruzaban.

—Se creen que pueden contener La Rabia —me dijo Juana Bayo, que se había acercado a donde yo estaba—. Pero no somos sólo los cientos de allá abajo. Somos cientos de miles. Nadie puede pararlo.



—Sí que pueden —le dije, señalando a un contingente de Mossos armados con cara de malas pulgas que descendía, marcial, de una de las furgonetas negras—. Mira esas porras y escopetas enormes. La tradición es que quien almacena los fusiles decide cuándo termina el baile y se encienden las luces y se va todo el mundo a casa, tranquilitos y sin armar bulla.

—Sus porras no van a servirles de nada esta vez. Tenemos la razón, y encima la estamos poniendo en práctica sin recurrir a la violencia. ¿Qué pueden hacernos?

—Sí, ya he escuchado hablar de vuestra posición contraria a la violencia. Eso demuestra que ignoráis el verdadero poder que tiene la intimidación física, Juana Bayo —le dije, abandonando el ventanal—. Nadie quiere recibir. El miedo es un determinante capital del espíritu humano. Está en todos los libros, empezando por los de la Alemania nazi. Así que zúrrales lo suficiente, y aceptarán lo que sea. En cuanto a lo de qué pueden haceros, se me ocurren unos cuantos cientos de ejemplos previamente probados en las cárceles de Argentina, Chile, Ruanda, Bosnia, Polonia y, muy especialmente, las de tu propio país desde 1939 hasta el día de hoy.

—Bah. Ya no tenemos miedo. ¿No has oído el lema? —levantó un poco la voz, a mi espalda—. «Sin casa. Sin trabajo. Sin dinero. Sin miedo.»

—Sin dientes —me reí, recordando el chiste aquel del niño y la bicicleta, pero ella no, así que tuve que carraspear un poco—. La verdad es que os envidio —añadí, dejando aterrizar el culo en la silla que estaba delante de mi ordenador, y levanté la vista. Ella aún escudriñaba la plaza. Llevaba el pelo recogido en una trenza que cruzaba casi toda su espalda y parecía una cola de rape gigante. Llevaba mallas brunas, minifalda de pana verde y bambas negras hechas trizas. Admiré de nuevo sus sólidas piernotas de rugbista—. Tener miedo es un fastidio, la verdad. Limita mucho las opciones prácticas de uno.

—Perros —sólo dijo, sin haberme escuchado. Supuse que se refería a la policía, no a chuchos con collar que pasearan por la calle.

Me concentré en mi página en blanco. Justo cuando me disponía a describir lo genial que era Palacios, Juana Bayo se acercó a mi mesa. Levanté la cabeza con semblante fastidiado y dije, resoplando, Y ahora qué pasa.

—¿Te acuerdas de los dos enajenados que se colaron el otro día en el concierto de Palacios? —me soltó, doblando el cuello hacia un lado y agarrando sin darse cuenta un clip de mi mesa—. ¿Los del mareo y el muñón?

—No era un muñón. Era una manita.

—Lo que sea. Muñón. Manita. Pezuña. ¿Te acuerdas o no?

—Me acuerdo. Por supuesto que me acuerdo. Estaré teniendo pesadillas protagonizadas por ellos hasta el fin de mis días.

—Bueno —desanudando el clip—. Pues da la casualidad de que un amigo mío les conoce. Se llama Zumos, es un escalador que lleva un ateneo en la calle Llibertat. Flipa: se ve que viven en una casa okupada, un par de números más abajo en su misma calle, y beben en su bar. El pequeño vende números de la ONCE en una caseta de la plaza Joanic, y el gigante... El gigante creo que trabaja en una empresa de inserción laboral, recogiendo residuos farmacéuticos. O algo así. Los he visto por Gràcia alguna vez, son todos ex yonquis o deficientes mentales. El grande debe ser una de las dos cosas, o las dos a la vez.

—Llibertat con qué —pregunté, ignorando lo último que había dicho, mientras las moléculas primigenias de una idea empezaban a socializar en mi cerebro. Saqué mi bloc de notas y me sentí Marlowe por un breve instante—. Venga, canta, gorrión.

—Llibertat con Fraternitat.

—Muy graciosa. Haciendo esquina con Igualdad, supongo —me puse a cantar con el puño en alto, soltando el bloc sobre la mesa, y con los dedos de la mano restante haciendo ventosa en la cabeza simulé llevar un gorro frigio ladeado—. ¡Marchons, marchons...!

—No es broma: viven en la calle Llibertat con Fraternitat, atontado— y dejó el clip completamente deshecho sobre mi mesa. Parecía que le hubiesen dado una paliza. Ya no parecía un clip; sólo un alambre poco agraciado.

—Joder con el simbolismo —hice descender el puño y lo desmonté, de piedra a papel.

Le di las gracias y me dispuse a irme, colocando primero un brazo y luego el otro dentro de la manga de mi anorak barato. El clip tetraplástico se quedó allí, sobre mi mesa gris, exhausto tras la operación sin anestesia que le había practicado Juana Bayo.

Pero antes: un breve encuentro con Asturias

Mientras recorría la oficina a oscuras vi de lejos a Asturias, el encargado de la sección de libros del suplemento, emergiendo del ascensor. Tenía cara de verraco silvestre, hirsuta y chata, incisivos en rebelión y ojos saltones, los párpados caídos como persianas tontas, y la típica calvicie veterana que debió aparecer en su coronilla a los veinticinco (y parecía haber estado siempre allí, imposibilitando imaginarle de otro modo).

Confieso que nunca llegué a tratar con Asturias, no teníamos demasiado en común y tenía fama de ser un plomo, y lo cierto es que tampoco íbamos a congeniar en el futuro, porque acababan de despedirle. Justo ayer. Había tenido gemelas hacía tan sólo cuatro meses: Dunia y Teresa. El día que se reincorporó después del parto me enseñó las fotos en la máquina de café, los ojos porcinos empañados de pura emoción, pidiendo perdón por ser tan sensiblero, y yo le dije: No pasa nada, Asturias; son muy monas (por decir algo; la verdad es que, como él, tenían una cierta mirada sapuna y eran tirando a feas).

En *La Nación*, cambié de rumbo con un quiebro fenomenal y me apresuré hacia las escaleras en dirección perfectamente opuesta a la que llevaba Asturias. No sabía qué decirle. ¿Qué puede decirse a alguien a quien acaban de lanzar a la basura como un pañal pringado? Me convencí de que ya encontraría otro empleo, aunque sabía bien que eso no era cierto. Lo más posible era que fuese de cabeza al paro y a la tristeza sazónada con recetas de neurodepresores que suele acompañarlo.

Bueno, mejor no pensar mucho en esas cosas. Te pondrías enfermo.

Luz y fuerza

En media hora estoy ante el Teletubby, mirándolo fijamente. Quizás es como un felpudo de *Bienvenidos*, me digo. La casa okupada está efectivamente en la calle Llibertat, como dijo Juana Bayo, casi haciendo esquina con la calle Fraternitat, justo al lado de la calle Progrés. La calle paralela a Llibertat se llama Perill. La fina línea entre libertad y peligro. Me río, en mi cabeza, sin abrir la boca. La calle huele a sopa de pollo y alquitrán, y a la gasolina melosa de los motores de dos tiempos.

Unas puertas más allá, desde donde me encuentro, se distingue una tienda de luminotecnia decorada con dos grandes mosaicos antañones, dos artefactos hermosos de los años cincuenta en perfecto estado de conservación, colocados uno a cada lado de la puerta, que parecen berrear LUZ y FUERZA.

Examino el interior del recinto desde la verja, hincando la nariz entre dos barrotes rebozados de líquen y óxido. La casa exhibe las puertas y ventanas tapiadas a toda prisa por propietario y antidisturbios que son comunes en algunas fincas okupadas. Es la clásica caja unifamiliar española de dos pisos: pared de cemento, persianas verdes desteñidas por el sol, balcón casi ornamental de medio metro, tendedero metálico en el terrado, antena de televisión de la época carolingia. El patio está poblado de maleza, ortigas, menta, porquería heterogénea y piezas de moto y muelles oxidados y cabezas de muñeca Nancy y plástico de varios colores, remanente de juguetes escacharrados de otras navidades, otros inquilinos. Del interior de la casa llega un lamento metálico, como si un elefante apesadumbrado resoplara una y otra vez por un canalón de acero. Durante un instante me pregunto si tendré que manipular el Teletubby para hacer sonar un timbre, quizás sacudir el palo en el interior del recto como si se tratase de una zambomba, pero de repente una ráfaga de ojos topa con el timbre real, y lo pulso. En ese preciso instante oigo cánticos en la calle, y también silbatos, me vuelvo un instante y una pequeña manifestación está marchando por el medio de la calzada. Quince o veinte hombres y mujeres con chalecos grises y verdes de Telefónica, pañuelos rojinegros anudados al cuello. Varios de ellos ríen. Al frente, sostenido entre cuatro o cinco de ellos, un lienzo reclama la READMISIÓN DESPEDIDOS TELEFÓNICA en letras hinchadas de perfil barbabapá. Un tipo alto con gorro de lana del Barça lleva una pancarta que reza: *Violencia es cobrar 600 euros*.



Una de las mujeres se acerca a mí. Lleva el pelo teñido de rubio con rizos húmedos, y un forro polar Quechua azul cielo, las uñas teñidas color plata de cucharilla. Sonríe y me canta:



—No nos mires, únete.

Y pone en mi mano una pancarta. La giro para leerla: ESTAMOS HARTOS.

Y se aleja, mientras sus amigos empiezan a cantar: «Lo llaman democracia y no lo es.»

En ese momento suena un zumbido en la puerta exterior, y soy admitido al interior del patio, mientras me froto las manos y me ajusto al cuello una bufanda del Europa que le birlé a mi padre hace mucho, mucho tiempo.

No vamos a hablar de mi padre ahora (ya avisé). El pobre diablo no tuvo nada que ver en todo lo que se cuenta aquí. Entre sus numerosas cojeras y demasías no se cuentan el haber provocado mi divorcio, por suerte o por desgracia.

Lo llaman democracia y sin embargo no lo es

Finalmente se abre la puerta de la casa y aparece el canijo de la otra noche. Desnudo. Desnudo y con la cabeza bañada en humo, un Turó de l'Home coronado por la niebla. Sus testículos, que lucho por no observar, se balancean igual que una red de pesca mayor repleta de atunes. Lleva zapatos amarillos, sin calcetines. En la mano buena sostiene un trombón de varas, en la mala un cigarrillo liado. Da unos pasos hacia delante, colocándose bajo la luz del templado sol invernal, y ajusta los ojos al otear el cielo. Inclina la cabeza hacia la manita de caimán, y da una calada, y secuestra el humo dentro de la garganta, y cuando está cerca de mí aún no lo ha expulsado, y entonces me dice:

—¿S-h-h-í? —con aquella voz aspirada de no querer escupir lo que almacenan tus pulmones. Sus ojos desprenden llamaradas, repletos de capilares, hinchados, los ojos de alguien que duerme distinto, o que lleva tiempo sin hacerlo, o que lo ha hecho últimamente a intervalos de diez minutos cada seis horas, como una víctima de la Ley Antiterrorista española.

—Soy Cienfuegos —digo, esperando algún tipo de reacción, como el absurdo acto reflejo de una época en que aquel apellido significaba algo—. Periodista en *La Nación* —su cara no muta, aún—. ¿El suplemento del sábado? —y nada. El canijo expele el humo, que yo destierro de mi cara arreando cachetes al aire, y se encoge de hombros—. Os vi en concierto el viernes —digo, como último recurso, y luego le suelto—: Vengo para una entrevista con Defensa Interior. Para un libro que estoy escribiendo.

¿Por qué mentí de ese modo? No se me ocurría cómo decir la verdad sin sonar ridículo: confesar que quizás estaba tratando de pasar una nueva página de mi funesta existencia, buscar cualquier asomo de fractura que me arrancase del círculo vicioso en el que me enquisté hace cuatro meses. Quería evadirme de esta soledad y este desespero. Cambiar de vida, sí. Alterar mi futuro. Fugarme. Y para ello estaba decidido a aferrarme a cualquier cosa, por descabellada que pareciese. Defensa Interior tenía todos los números para ser esa cosa descabellada.

—Si es para un aviso de desahucio, ya lo han entregado —dice, sonriendo, como si no hubiese recibido mi frase, y señala con el trombón de varas al Teletubby colgante. Y desde donde estoy distingo ahora que el muñeco lleva en la espalda una navaja albaceteña, clavada a un pedazo de papel amarillo con pinta oficial, membreteado. Sus facciones (las del canijo, no las del Teletubby) continúan inmutables, y es obvio que no escuchó lo que acabo de decirle. Le casca un último toque al porro y lo deja caer al suelo, y su mano en forma de tortugueta empieza a rascarse el pecho. La jeta sigue ahí, con las cejas en elevación, ya empezando a interrogarse sobre mi presencia. Yo me concentro en una de sus orejas, para no ver la manita ni los testículos, algo más abajo, y digo, finalmente:

—¿Desahucio? No, no, no es eso —agito la cabeza, entrecierro los ojos y levanto sin darme cuenta la pancarta y la agito ante sus ojos. ESTAMOS HARTOS.

—¿Estás con La Rabia, tío? —me espeta de repente, mirando primero la pancarta y luego a mí.

—Claro —miento de nuevo, para mi propia sorpresa—. Lo llaman democracia y sin embargo no lo es —canto, moviendo la cabeza y blandiendo la pancarta en alto. ¿Habrá más estrofas en la canción? Decido repetir la última parte de la frase, para dejar claro mi involucramiento en la causa—. No lo es, no lo es. ¡De ninguna manera! No, no, y mil veces... Ejem. Chim pon.

—Haberlo dicho antes, chaval —suelta él—. ¡Tira para dentro! —la manita agarrándome de un hombro, y yo aparto instintivamente la cabeza hacia un lado, como si me hubiese brincado encima una lagartija con mal aliento, y andamos juntos hacia el interior de la casa.

El interior de la casa

Es una trapería. Una trapería cruzada con una habitación estudiantil cruzada con una porqueriza cruzada con un laboratorio de serie barata de ciencia ficción. Un trastero lleno de piezas de máquinas, teclados incompletos, cables pelados, altavoces a medio desmantelar, cajas vacías de pizza Sapri, camisetas y calzoncillos grisáceos, abalorios luminosos no identificados, un gato chino que dice adiós en movimiento perpetuo, destornilladores y soldadores aquí y allá, y un montón de enseres de pintor: brochas, cubos, escaleras, rodillos en aguarrás. También cuelgan de las paredes varios carteles: pancartas de La Rabia, uno de The Shamen, otro donde se lee algo en inglés de Spiral Tribe, un *smiley* pirata, sonriendo como si se trajera algo entre manos, y una pancarta octogonal roja apoyada en la ventana que reza: STOP DESAHUCIOS.

La casa huele a cerrado, a yeso húmedo, a trapos mal secados, a mandarina ligeramente pasada, a aguarrás y pintura plástica y, por encima de todo ello, como soldando todos los olores en uno, a marihuana.

Canijo aparta una cosa larga y oblonga que parece, no, es un didjeridú, y se sienta en un sofá de skai rojo reluciente, pulido por la cantidad de aceite y traseros que lo han ido erosionando, y apoya la manita en el trombón, que coloca en vertical como un fusil en descanso. No me invita a sentarme, así que me quedo de pie y me deshago del anorak. No parece molestarle el silencio. Quizás espera a que diga algo. Pero no sé qué decirle. Habría que hablar ya, vamos. Esto empieza a ser incómodo, Cienfuegos. Un momento, ¿qué hace? ¿Se le está cayendo la cabeza hacia un lado?

Oh: se ha quedado dormido.

Comentarios sobre La Nota del Amor

—Hola —digo no muy alto, y toso—. Ejem. ¿Ejem? ¿Señor? —y le palpo el hombro izquierdo con precaución. Él abre un solo ojo. El izquierdo.

—¿Sí, dígame?

—Me llamo Cienfuegos —susurro—. Soy de, esto, La Rabia —él continúa con un ojo abierto y el otro cerrado—. Os vi el otro día tocando, tocando... —¿cómo se llamaba?—. La nota. Eso. La nota del amor.

—Oh, La Nota —dice, ojo aún cerrado y mayúsculas en las primeras letras—. La grandeza de La Nota. ¿Te conmovió la grandeza de La Nota?

—Mucho, mucho —apoyo la pancarta de ESTAMOS HARTOS en el suelo y la sostengo en equilibrio bajo la palma de mi mano—. Fue un instante inolvidable.

—Esa nota musical liberará a la gente —me contesta, grave, y luego se acerca una bolsa de plástico llena de pequeños cogollos de hierba seca y comienza a manosear su interior—. Hay ritmos que pueden inducir trances y llevarte más cerca del mundo de los espíritus. Es un ritmo compatible fisiológicamente que puede crear una comunidad telepática de hermanamiento, en estos momentos en que tanto

necesitamos una. ¿Entiendes? Ésa es nuestra aportación al proceso de liberación actual —de repente abre el otro ojo, ¡ping!, y me escruta con los dos—. ¿Sabes lo que es una octava, hermano?

—La misma nota pero en una frecuencia más alta, o algo así —contesto, todavía de pie ante él.

—Algo así. Mira, te voy a ofrecer una demostración —y, aún sentado, se tapa un oído con un dedo tostado y abre mucho la boca. Distingo una muela empastada con plata—. Esto es un la³: AAAAAAAAA —y su falsete chirría en el eco de la casa—. ¿Captas? Y esto es un la⁴: AAAAAAAAA —el falsete suena ahora más agudo—. ¿Notas la diferencia tonal? La misma nota pero con el doble de erizos, digo hercios.

—Precioso.

—Pues imagina elevar esa octava y hacerla un todo.

—¿Un toro?

—Un *todo*, tío —se impacienta—. Anda, siéntate aquí —me invita, tap-tap-tap. Le obedezco, y al sentarme me hincó algo plástico en el trasero. Lo saco, es un CD pegajoso donde se lee *Music for zen meditation*, y lo deposito a un lado mientras él me propina un cachete algo insultante en la mejilla: plas, plas—. ¿Qué te sucede a ti cuando escuchas una nota que sube una octava, en una canción de un grupo que te gusta, eh? —y señala mi camiseta de Vacuola y Los Citoplasmas—. ¿Eh, colega? ¿Hermano?

—Me emociono. Me pongo de buen humor. No me des bofetadas, te lo ruego.

—Exacto —dice, y se atiza una palmada en el muslo: ¡plas!—. Pues IMAGINA —ahí da una voz— crear música que *siempre* suba una octava, hasta la eternidad, sin descender jamás. Como la nota perpetua de La Monte Young. ¿Dónde terminaría? —pregunta, pero antes de que pueda responderle se contesta a sí mismo—. Terminaría en la divinidad del hombre, amigo mío. En el acceso a un estadio superior, donde el goce sea orgásmico y sempiterno. Y, por tanto, a la libertad. ¡LIBERTAD! —y levanta ambos brazos. A altura desigual.

Se me queda mirando muy fijamente.

—¿Lo llaman democracia y no lo es? —sugiero, por decir algo.

Un ciego atroz

—¿Qué pasó la otra noche? Un grave error —continúa diciendo, en contestación a una pregunta que no hice, y saca al fin el cogollo escogido de la bolsa y lo desmenuza sobre un papel de fumar, y luego le da forma cilíndrica sobre la superficie de su mejilla, rodándolo con la mano buena—. Riesgo y yo buscábamos La Nota del Amor, pero por las vibraciones del lugar aquel brotó La Nota del Odio. Y, una vez

brotan el odio, tienes que llevarlo a su lógica conclusión, tío. ¿Entiendes? Es el mismo concepto, sólo que llevado a su lado diabólico: la octava que desciende sempiternamente conduce al puro mal, al dolor, a la perversidad humana. Y sólo puedes acceder a ese estadio infernal con infrasonidos, con bajas frecuencias que operen directamente sobre el cerebro del oyente, como la nota marrón, extraída de una gigantesca caja de resonancia de Helmholtz. ¿Pillas?

—Así, así —respondo, mi mano derecha un Spitfire que oscila las alas en desesperado tirabuzón.

—Llevo un ciego atroz, como ves.

—Ya. ¿Y cuánto hace de esto? —le sigo la corriente—. Que buscáis La Nota, me refiero.

—Desde 1982. Veintinueve años de búsqueda subterránea. Intermitente. En muchas ocasiones no es la prioridad. Atravesamos periodos de más faena —se detiene, y parece haber perdido el hilo, entonces expulsa un kilo de humo, entrecierra los ojos y añade—: Hoy hace cinco días que no dormimos. Un momento: ¿quién eres tú, tío?

—Me llamo Cienfuegos. De La Rabia —levanto el ESTAMOS HARTOS y lo agito un par de veces más, oé-oé—. Os vi la otra noche en el concierto de...

—¿Concierto?

Teletubby otra vez

Seis horas más tarde, vuelvo a estar junto a él. El viejo Teletubby (es Dipsy, estoy casi seguro). Se está gestando entre nosotros una gran amistad, quizás influida por la compasión que siento cada vez que me enfrento a la estaca en su trasero. Pulso el timbre por segunda vez, se repite la operación, suena el buzzzz, se me permite el paso, entro en el patio, sale el flaco con una camiseta donde se lee PSYCHIC TV, continúa sin llevar calzoncillos a pesar de los diez grados que hielan las aceras y acuchillan los cogotes, y en cualquier caso la camiseta no hace más que subrayar su desnudez. Y sigue luciendo zapatos amarillos, de punta cuadrada y tacón sólido.

—¿Sí? —me dice, interrogando mis facciones con sus ojillos de topo.

—Ya estoy aquí —contesto, y me froto las manos y respiro algo de vaho hacia fuera.

—Muy bien, colega. Me alegro. Yo también estoy aquí. Ambos estamos aquí, en el planeta, haciendo avanzar la conciencia humana —y se hinca un dedo en la nariz, y hurga allí unos instantes—. Pero, aparte de nuestra existencia compartida en este sistema solar en plena expansión psíquica, ¿qué coño quieres?

Le observo un rato para tratar de discernir si está bromeando.

Nop. No está bromeando. No señor. Permanece estático mirando un punto

indeterminado a mi izquierda, a media distancia, en silencio, como si le hubiese dado un aire. Pasan cinco minutos. Bizquea un par de veces. Se rasca una nalga un par de veces más, con la mano buena.

Precaución: flashback

Una hora antes de que suceda todo eso estoy en casa de Eugenio Cuchillo con una temulencia grande, colocando varios artefactos de mala manera en una bolsa cilíndrica de deporte, los ojos cansados y la boca reseca y un hambre canina.

Mientras recapitulo comida con un alto porcentaje de glutamato introduzco en la bolsa varias camisetas arrugadas de grupos musicales (Big Star, MC4, The Byrds, Superchunk y The Fleshtones) y también los únicos pantalones chinos que aún me abrochan, calcetines y calzoncillos limpios y, en el espacio superior que sobra, deposito *Mambo para gatos*, mi vieja copia, y cierro la cremallera.

En el pasillo me cruzo con Eugenio Cuchillo, que parece que acabe de sobrevivir a un despiadado interrogatorio policial. Los ojos sangrientos, la postura curvilínea, la tiesez petrificada de cuello y brazo izquierdo sugieren que ha pasado un par de horas navegando por esas páginas de sexo virtual que frecuenta a diario desde que abandonó toda esperanza de encontrar un amor. *Perfectgirls*. *Youjizz*. *Xhamster*. *Redtube*. *Hungarianhoneys*. Etcétera. No es que Eugenio Cuchillo sea virgen en el sentido etimológico del término, pues tuvo una novia en ciernes hace once o doce años. Ella se llamaba Asunción, y está prohibido tocar el tema, por lo que sucedió entre nosotros tres, así que nunca la mencionamos.

—Eugenio Cuchillo —le espeto, a todas luces enloquecido, con cráteres oculares de lama tibetano y gesticulando con el dedo índice, dibujando bucles concéntricos en el aire—. Me voy de esta casa a cohabitar con unos músicos que están claramente enajenados y que posiblemente vivan al margen de la legalidad. Lo pongo en tu conocimiento para que te enfrentes al hecho de que cualquier opción me parece mejor que vivir aquí, en tu compañía. Aunque, por supuesto, te agradezco que me hayas permitido yacer en tu sofá grasiento durante estos tres meses espantosos. Te garantizo que han sido los peores de mi vida. Puedes estar contento. He tocado fondo al fin. Espero que te vaya bien y que Dios te perdone por tu completa falta de compasión — y le señalo—. Algún día te encontrarás en mi misma situación, y entonces veras por qué duele así. Pero, claro, ahora eres incapaz de imaginarlo, porque careces por completo de corazón y de empatía. Como dijo aquel pastor alemán, «Vinieron a por los comunistas, pero yo no hice nada; vinieron a por los judíos, pero yo no hice nada; y al final, cuando vinieron a por mí, no había nadie para defenderme». O algo así, ahora no me acuerdo de las palabras exactas. Cito de memoria. Lo dijo un pastor. Alemán.

Eugenio Cuchillo me observa frunciendo el ceño y colocándose bien las gafas Buddy Holly en el puente de la nariz. La camisa hawaiana de hoy exhibe coches clásicos americanos, compitiendo por ser los más veloces de su imaginaria carretera pectoral.

—¿Un pastor alemán dijo eso? —contesta—. ¿Quién era, Goofy? ¿El perro hablador?

—Quiero decir un *cura* alemán, capullo.

Los dos nos reímos a carcajadas a la vez, sin poder evitarlo, casi de forma automática, atávica. Y esa risa nos sorprende tanto que nos quedamos mudos unos segundos. No suelo reír mucho, desde que sucedió lo de Eloísa.

—Pero ahora en serio —le espeto, con boca de argamasa—. Me voy a vivir con esos Defensa Interior, porque los he encontrado.



—Eso no es una razón —me contesta—. Yo podría encontrarme un cerdo defecando en la alacena, y no por eso me iría a compartir piso con él.

—Pues deberías, porque es el único ente con estándares de higiene doméstica similares a los tuyos.

Y volvemos a carcajearnos, los dos, como si no hubiese sucedido ninguna de las cosas que han sucedido, entre ambos y a nuestro asuncionesco alrededor.

Conversaciones en torno a Asunción (aún es un flashback)

—Qué cretino eres, Cienfuegos —me dice Eugenio Cuchillo, y ahora sí se pone serio, *muy* serio, demasiado para mi gusto, si tengo que ser sincero—. No sé cómo nadie te aguanta. Vas por el mundo pidiendo compasión, haciéndote la víctima,

porque según tú todo es siempre culpa de alguien: del mundo, de Eloísa, de tu jefe, de la imbecilidad de la gente, de la mala suerte, de la maldición del destino, de tu madre loca, de la muerte de tu abuela. Pero el que no tiene ninguna empatía eres tú. Tú-tútú—casi tarareando, y meneando la cabeza de un lado a otro—. Siempre va todo de ti. El centro del universo. Pero *tú* eres el que siempre lo jode todo.

Cierro los labios con fuerza mientras un odio caliente me recubre y enrojece las mejillas, como si me hubiese metido a lo loco debajo de una ducha de agua hirviendo. Una parte de la cogorza parece desvanecerse de repente. Recuerdo el día en que, con la guardia baja, le conté lo que había sucedido (y estaba sucediendo) de verdad con Eloísa, y la bifurcación asuncionesca. Lo que yo había hecho, cuando el Podrido. Mi parte de la debacle. Eugenio Cuchillo acababa de convidarme a cocaína en el baño y, acelerado y beodo como iba, me dio por conversar. Eloísa estaba aún embarazada, entonces. Aquella noche, Eugenio me pegó el único puñetazo que ha soltado en la vida. En toda la oreja.

—Hay que aceptar la culpa de vez en cuando, Cienfuegos. Te lo digo como amigo, pese a todo lo que ha pasado entre nosotros, porque nadie te lo va a decir si no te lo digo yo, porque ya no queda *nadie* que te aguante, vamos. Pero yo te conozco desde que tenías diecinueve años. Acepta todo lo malo que hiciste, y que el único responsable de ello eras tú. Vete a saber, quizás eso te ayude a progresar.

—P-progresar no es una palabra positiva. Los cánceres también progresan, avanzan hacia delante, pero pudriendo la carne a su paso —digo, farfullando y con un ojo a medio parpadear, semiciego de nuevo. Me froto una mejilla con la mano plana, apretujando.

—Ya sabes lo que quiero decir. A veces la culpa es útil. Quizás sea bueno vivir con algo como lo tuyo en la conciencia.

—Cómo se nota que ese peso no lo llevas tú, maricón.

—Es la única forma de no volver a repetir el error —añade, tranquilo y sincero. Un par de Corvettes azul eléctrico (¿o son Cadillacs?) de su camisa emprenden una súbita huida por la Ruta 66 que Eugenio Cuchillo lleva impresa cerca del sobaco izquierdo.

—Bueno, no me taladres —cierro los ojos y me froto el pelo—. Ya lo he entendido. Todo el mundo me sermonea, últimamente —le miento, y él lo sabe. Me ocupé de que no quedara en el mundo una sola persona que pudiese sermonearme. Quemé mis puentes, como suele decirse.

—Esto va a acabar mal, eso sí lo ves, ¿no? Si continúas así. Por eso todo el mundo te sermonea. Porque has sido siempre un hijo de puta que iba a la suya, y que se jodan los demás. Como no cambies, despídete de Eloísa para siempre.

—Eloísa ya se ha ido para siempre —le contesto, y me vuelvo—. Y los hijos de puta no cambian. ¿Cómo van a cambiar? ¿Cómo voy yo a cambiar?

Quiero el cuchillo (fin del flashback)

Eugenio Cuchillo se queda allí, dirigiéndome una mirada torva, y de repente parece un tótem de los indios de Alaska. Un tótem meditabundo que cavilara de veras sobre mi pregunta anterior, tratando de encontrar maneras de modificar al hijo de puta, de modificarme a mí, como si mi pregunta no fuese en absoluto retórica, sino por completo literal. ¿De qué modo le cambiamos el cerebro defectuoso a este monstruo de Frankenstein?

Antes de salir por la puerta de su casa, me quedo quieto mirando hacia el exterior y, con la mano en un rodillo imaginario colocado en posición vertical, haciendo que pulimento una columna de mármol, sin volverme hacia Eugenio Cuchillo, digo, recitando:

—Qui-qui-qui-qui-qui... —arañando el rodillo imaginario hacia delante y hacia atrás, haciendo que rapeo—. ¡Quie-ro el Cu-chi-llo!

Igual que en una película de Eddie Murphy que a mí y a Eugenio Cuchillo nos divertía mucho de jóvenes, cuando vivíamos juntos. *El chico de oro*. Sólo teníamos dos cintas de vídeo, y nos terminamos sabiendo todos los diálogos y escenas de aquellas dos películas de memoria.

No tengo que volverme para saber que Eugenio Cuchillo está ahora muriéndose de risa, doblado sobre sí mismo, convirtiéndose en un potro de madera, olvidando lo mucho que me odia a veces, a menudo, casi siempre. Luego, sin despedirme, me marchó.

Que cante el Cienfuegos

¿Sabéis de qué me acuerdo a menudo? De un día que íbamos juntos por la calle, en el año 2005, en pleno verano, Eloísa y yo. Uno de esos finales de tarde cargados de colonia infantil y jazmín y asfalto y gasolina de scooter y champú de manzanilla y chopos jóvenes. Íbamos abrazados los dos por una calle de Gràcia, en plenas fiestas, tropezando con el gentío, y al pasar cerca de un patio escuchamos al otro lado de la tapia el sonido de una fiesta: música, algún cántico, olor a tabaco y ¡plops! de botellas recién inauguradas y cien conversaciones entrelazándose bajo un sauce iluminado. Y Eloísa y yo nos miramos y sonreímos, aquel día, inundados por un repentino afecto hacia la humanidad, hecha materia en todo aquel sonido de fiesta entre amigos.

Y, de repente, la música paró y una voz empezó a gritar «Que hable el Figueras, que hable el Figueras», y el resto de invitados se unió a aquella voz, y en nada eran un coro de góspel, todos chillando «Que hable el Figueras» y dando palmas. Y el Figueras, a quien no vimos, porque le cubría la tapia, debió encaramarse a alguna

mesa y empezó a decir, emocionado: «Estoy muy contento de que estéis todos aquí, celebrando mi cumpleaños... De que estén todos mi amigos, y toda la gente a quien quiero...» Y se interrumpió, y debió tragar un buen cascote de saliva, y luchó por continuar y fue incapaz, y entonces se oyó un «Bueno, gracias a todos» más débil, y luego el Ooooh que dejan escapar las chicas cuando un niño sonrío, o un perrito mueve la cola, o un hombre adulto se echa a llorar.

Y, por otras razones bien distintas, al otro lado de la tapia, yo estuve a punto de echarme a llorar también. Y miré mis dos zapatos, y miré los socavones en el asfalto, más abiertos y oscuros que bostezos felinos, y tragué ese trago de saliva triste que pasa por el cuello y sabe a serrín con guindillas. Y Eloísa sólo me echó una mano a la nuca y murmuró: «No pasa nada, Cienfuegos. Cada uno es como es y quiere a su manera.» Mientras de fondo sonaba un «Cumpleaños feliz» ajeno. Eloísa era capaz de leerme el pensamiento.

—No soy el tipo de persona al que la gente quiere de ese modo —le dije, y su mano escuálida estaba ahora en mi espalda y sus labios en mi frente, como una bendición parroquial.



Eloísa me abrazó fuerte, me besó más fuerte aún y me alejó a empujones de allí, como si aquella fiesta fuese un accidente de carretera. Como algo que es mejor no ver de cerca, no sea que te joda la vida entera.

Que siga la acción

—¡Que cante el Cienfuegos! —me cantó Eloísa aquella noche del 2005, cuando llegábamos a casa, colocándose ante mí y dando palmas y despertando a algunos vecinos del Born—. ¡Que cante ya el Cienfuegos, que es un tío grande!

Yo la cogí por la cintura, cerca del interfono. Aquella cintura de hormiga. Su aliento olía a lima y chicle, y su cuello a un tenaz perfume llamado Paris. Una fragancia como de niña, que venía en una caja rosa; era el que llevaba a los diecisiete y nunca lo cambié, ni siquiera por mí, y eso que le dije cien veces que me aturdía,

aquel pestazo a cerezas y rosas. Palpé con los dedos el vello invisible del coxis por debajo de sus pantalones, justo encima de sus nalgas (me encantaba esa zona). Y le canté, suavemente, al oído (porque entonces aún cantaba todo el tiempo):

*Ay en el beso que te di (paparapá)
hace piedra el corazón (paparapá)
dime si sientes tú por mí (paparapá)
lo mismo que siento yo.*

—Pues claro que siento lo mismo, pasmao.

—Sólo preguntaba, huesuda.

—¿Lo ves, como sí iba alguien a pedirte que cantaras? —me dijo—. Tienes que tener más fe en la gente, malpensado.

Así que le seguí cantando durante todo el tiempo que me dejó. Que fue bastante, pero no suficiente. Nunca es suficiente.

Ahora en serio: ¡Que siga la acción!

Que sí, que sí.

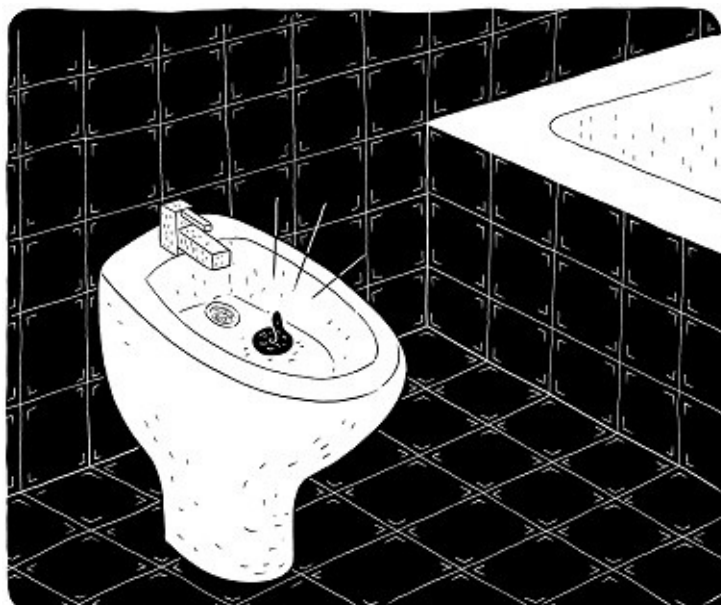
Defensa me observa, sentado en un taburete, el cabello detrás de las orejas y los párpados perezosos, bajados como toldos de julio a media tarde. Sigue semidesnudo, fumando de una cachimba con apariencia de alambique casero. Ya estamos dentro de la casa, sentados en un sofá de skai rojo que parece despellejarse a sí mismo, mudar de piel, como una iguana.

Me pasa el narguile, y tomo la boquilla entubada y aspiro el humo, y toso un par de veces. Cojones. Esto está fuerte.

—¿Fumas mucho? —me pregunta.

—Demasiado —le contesto, y fumo otra vez, y luego le devuelvo el tubo con las mejillas hinchadas. Soplo el humo tras tragar la mitad—. ТЖОМ, ТЖОМ. Debería dejarlo un poco. Esta mierda me está matando.

La verdad es que no fumo hachís desde BUP, una terminología que ni siquiera existe. La última vez que fumé hachís, en la fábrica de ladrillos que había detrás de mi instituto, junto a unos amigos filodelincuentes, agarré tal ciego de porros y moscatel que perdí un zapato y, cuando llegué a casa, cagué por error en el bidé. Una caca perruna, retorcida e insignificante: fea. Mi madre me lo estuvo recordando hasta el día de su muerte. Para ella, cagar en un bidé era peor que asesinar a alguien.



—Como te decía en la puerta, me llamo Cienfuegos. —Y aspiro hondo y me froto la cara, masajeando mis párpados y mejillas, pero también como si a la vez deseara moldear mis facciones, hacerme otro busto en arcilla. Y clavo los codos en las rodillas y me miro los mocasines de tela, que se multiplican en seis, igual que si me hubiera transformado en una escolopendra, y noto que empiezo a estar *muy* subido, por culpa de la falta de práctica. Le recuento grosso modo los detalles de mi vida averiada, y añado—: No sé por qué te explico todo esto; creo que el porro me está subiendo un montón. ¿A ti no? Me siento... —señalo de repente un punto móvil situado cerca de mi pie, perdiendo el hilo—. Oh, una linda mariquita.

—Es una cucaracha, creo —dice Defensa.

—¿Sí? —atrapo el insecto del suelo y me lo acerco a la nariz. Es una cucaracha, en efecto. El bicho mueve las patas con desesperación, correteando en el aire a la usanza del Coyote—. Te llamaré Evelyn —me vuelvo hacia Defensa, tratando de sonreír, y la cucaracha aprovecha el descuido para subirse por mi brazo a toda prisa y encaramármese por la maleza capilar, buscando un escondrijo. Son extrañas, las cucarachas (pienso); son definitivamente insectos, pero si te fijas no son tan distintas de algunos pequeños mamíferos. Hay en ellas una insinuación de inteligencia vertebrada, como si fuesen capaces de sentir miedo, o afecto, o...

—Tienes ojos tristes, Cienfuegos —suelta Defensa, interrumpiendo mis reflexiones internas sobre el fascinante mundo de las cucarachas. Hemos intercambiado roles de algún modo imprevisto. De repente parece mucho más sobrio y centrado que yo. No recuerdo cuándo puede haber sucedido este trueque de borracheras—. Como si llevaras una carga muy pesada en los hombros.

—Echo de menos a mi familia —le digo. De repente ya no tengo seis pies. Tengo uno solo. ¿He sido amputado en un momento de distracción? Empiezo a buscarme el otro pie. Ah: míralo. Estaba debajo de mi muslo, el pillastre. Y ahora se me ha dormido, caramba. Le doy un par de buenos azotes a la pantorrilla para que la circulación regrese a la zona. Entonces me doy cuenta de que llevo un buen rato

concentrado en esto, sin decir palabra, abofeteándome las cachas una y otra vez como un demente. Miro hacia Defensa, que sigue observándome y esperando que continúe con la frase. Así que le digo:

—No sabes lo que es que te separen de tu familia. Es como una falta física —me aprieto la panza como si buscara arrancarla—. Como si te faltase algo todo el tiempo. Ahora entiendo a los inmigrantes, el dolor de la separación... Ellos dos eran mi sol. No los inmigrantes. Eloísa y Curtis, quiero decir.

De repente aparece el llamado Riesgo desde otra parte de la casa. Enorme como lo recordaba. Pienso por un instante en un personaje de Raymond Chandler, uno que era francamente descomunal; en sus manos, las pistolas parecían juguetitos de plástico, miniaturas coreanas. Riesgo cruza una puerta encogiéndose todo él, una Alicia a medio cambiar de talla en la canción de Jefferson Airplane, y contrayendo los hombros para no arrancar la madera de los goznes.

Riesgo se coloca cerca de donde estamos, al otro lado del sofá, y me mira interrogante, aunque sin insolencia, y coloca una manzana en el sofá y de repente somos muñecas en su casa de muñecas.

—Es Cienfuegos, un amigo —le dice Defensa, señalándome con el pulgar.

La cucaracha de mi cabeza (Evelyn) se lanza al vacío. Hay hartazgo y desilusión en el movimiento de sus antenas. Suicidio blatodeo, sólo que al final no, porque rebota en el sofá y cae de pie sobre las baldosas, y entonces agita las antenas y se larga a toda velocidad. Riéndose, quizás.

Riesgo asiente con la cabeza, desde las alturas. Su cabeza, así, tan pequeña (por la perspectiva) al lado de sus muslos y barriga kilométrica, le hace parecer un *kikaiju* de Mazinger. Uno de esos brutos mecánicos con cuerpo de musculado escarabajo de la patata.

—¿Por qué no habla? —le medio susurro, medio farfallo, a Defensa, mi mano haciendo de paraviento borracho en la mejilla derecha—. ¿Es mudo?

—En absoluto —contesta Defensa, tirando de un hombro de su camiseta para recolocarla correctamente en su tronco—. ¿Qué te hace decir eso?

Nos quedamos un instante callados los tres. Oh: ahora distingo sin ningún género de dudas que voy pedo. *Muy* pedo. Pedísimo, si existe ese superlativo. Superpedorrísimo espialido...

—¿Se puede saber por qué te echó de casa tu mujer? —suelta Defensa. Se mueve un poco sobre el sofá de skai, así que alcanzo a distinguir un destello de su nalga blancuzca y famélica—. Si no es mucho preguntar, ¿eh?

Bajo la cabeza y cierro los ojos. Estoy así unos segundos, como si me hubiese dado algo. Defensa me zarandea enérgicamente de un hombro, sin duda pensando que me había dado algo.

—Los detalles dan igual —le digo, después de uno de esos suspiros que parecen no terminar nunca al inspirar, y que cuando sueltas aire te abandonan con varios casi sollozos lastimeros y patéticos y tartamudos—. La cuestión es que sucedió algo

terrible, y fue por mi culpa. Y yo no creía que ese algo terrible fuese algo tan terrible, porque entonces sucedió algo maravilloso que yo creía que anulaba lo terrible, pero resultó que no: que lo terrible no se cancelaba por nada de lo maravilloso.

Defensa entrecierra los ojos, volviendo la cabeza hacia donde estoy.

—No estoy seguro de haber compren...

—Mira. Shhhht —le interrumpo, poniendo mi mano en su boca y luego separándola—. Es superfácil, tío. ¿Lo terrible? Es algo que hice. ¿Lo maravilloso? Es Curtis. Mi algo-que-hice permanece aquí a pesar de Curtis, aunque yo creía que Curtis anulaba la terribli... La tetrici... La terribilidad de mis actos.

—Sigo sin ent...

—No importa —le interrumpo por segunda vez, levantando ambas manos en silueta de anticuado portero de fútbol, perfectamente *extrapedo*—. Lo único que pasa es que necesito un lugar donde dormir durante un tiempo. ¿Puedo quedarme con vosotros? —y les miro alternativamente a ambos.

—Claro, tío —dice Defensa, poniendo una mano en mi mejilla. Riesgo asiente con la cabeza, y también pone su mano, su gran mano, en mi otra mejilla. Ambos me acarician el melón durante un par de segundos, masajeando mis cachetes con cariño animal. La postura es, sin duda, una de las más absurdas que ha conocido la humanidad. Me deshago de ambas manos y me pongo en pie, y todo da vueltas, todo me da vueltas.

—Graciasghmpf —digo, eclosionando la boca e hinchando las mejillas, porque el vómito ha empezado a trepar hacia mi boca a toda velocidad, y salgo corriendo hacia donde ellos me indican con frenética mímica, y abro la puerta del baño de un empujón y entonces, como el que conduce un autobús de porcelana, agarro el retrete con ambas manos, y me pongo a devolver y a llorar, simultáneamente.

Defensa y Riesgo escuchan los dos sonidos desde el sofá, el vomitollanto que acabo de inventar, y se miran, y suspiran a su vez. Como habiéndose contagiado de mis pesares.

Mucho más tarde

Logro escapar de la casa de Defensa Interior para respirar una pizca de aire limpio. Son sólo las seis de la tarde, pero el cielo se está tiñendo de un color granizado aguado de sandía que parece durar unos minutos nada más, y el sol se refugia detrás de los edificios de la calle Llibertat a gran velocidad, la impresión que da es que le esperan en otra parte del globo, y todo en Barcelona empieza a cubrirse de un gris desdichado y lleno de melancolía que no me es de ninguna ayuda.

Ya no estoy ciego. Ya empiezo a ver, aunque aún desdibujado, como un paciente operado de cataratas. Y sufro la resaca más grande que ha visto la ciudad. Qué mal

saque tengo. Nunca me ha sentado bien beber, y fumar peor aún. De mozo siempre terminaba peleándome con alguien, o desmayándome, o vomitando en el interior de algún vehículo. Aunque lo más habitual era que pusiera en práctica una aguerrida combinación de las tres: un I.V.D.: Insulto-Vómito-Desvanecimiento, con ocasional defecación en emplazamiento desaconsejable. Ésas eran las claves de mi éxito.

Paseando, sin casi darme cuenta, las manos bien hundidas en los bolsillos del anorak, desciendo desde el sur de Gràcia hasta el paseo de Sant Joan, y me detengo en la esquina con Indústria donde vivía Eloísa de joven, donde dormí por vez primera aquella noche de verano del año 2003. Me acomodo en un banco helado del paseo y, sin querer, me pongo a observar a un par de niños que juegan en el parque más cercano, pendiendo de un iglú de hierro, levantando las piernas para no tocar tierra, mientras sus madres los observan sin demasiado interés.

El paseo ahora ha dejado de recibir luz diurna, y sólo lo iluminan los autobuses pasajeros y las grandes farolas que lo delimitan avenida abajo por cada lado, una gran pista de aterrizaje que va a parar al parque de la Ciutadella y, luego, al mar. El escaparate roto de una empresa de trabajo temporal se exhibe al otro lado del paso de cebra como una mala dentadura. Hay carteles de La Rabia colgando a modo de guirnaldas entre los árboles, y grafitis en las paredes. *Estamos Hartos. Democracia Real Ya. No hay pan para tanto chorizo.* En la acera izquierda, la secuencia de establecimientos parece tener un discurso propio, me habla: una agencia de viajes cerrada; un bar gallego, O'Chispa, en traspaso; una tienda de manicura china, abierta; otro bar gallego, con nombre gallego (O'Retorno), aunque regentado por camboyanos que fuman sin cesar en la puerta; un banco que afirma ser mi mejor amigo y buscar mi felicidad; tres carteles de Se Alquila en balcones, dos carteles de En Venta en portales. Miro la copa de los árboles, por si aún está el póster de John Lennon que lancé por el balcón de Eloísa aquella vez.

Ya no está, claro. No sé qué esperaba.

Sí que lo sé: esperaba que aún estuviese. Es increíble. ¿Cómo puedo haber pensado eso? Hay que ser anormal.

Un poco pequeño

De repente, observando de nuevo a los niños del paseo, me acuerdo de una frase de Curtis que me rompió el corazón, una vez. Era un día en que me enfadé por algo que había hecho, quizás fue aquella tarde en que acababa de mearse en el suelo a conciencia, sólo para jorobar, y le solté un grito, enfurecido. Y al instante, para explicarme, añadí, con más dulzura:

—Ya eres mayor, Curtis. Ya no eres pequeño. Ya no puedes hacer estas cosas, ¿entiendes?

Y él, con la boca arrugada, contraída y en puchero, plantado en medio de su charco de meados, el flamenco más desaseado del estanque, sacó el labio inferior y contestó:

—No quiero ser mayor. Quiero ser un poco pequeño.

E hizo la señal de «un poco» con dos dedos. Y añadió:

—¿Ves? Un poco pequeño.

Y empezó a andar por la sala con la espalda torcida, como tratando de disminuir su estatura, como restándose edad, como si de golpe hubiese visto de forma terrible que lo de crecer no era bueno. Que envejecer era peor.

Yo, al ver aquello, me reí lo mío, pero me reí con unas ganas terribles de llorar a mares, porque vi lo que él había sentido: el miedo al futuro. Sin que fuese miedo auténtico, pero igual: la desgana de crecer, de avanzar, hacia el estadio adulto, que sólo le acarrea a uno dolores, sinsabores y traiciones.

De golpe siento lo mismo que mi hijo, aquí en el paseo de Sant Joan a las siete de la tarde. El deseo de ser un poco pequeño. Retroceder al menos a cuando conocí a Eloísa en el año 2003, o a cuando nació Curtis, y yo creía que ya íbamos a ser felices siempre, a estar juntos siempre, y paseábamos por aquellos campos de maíz dulce que había por todas partes antes de esto, antes de lo de hoy, antes del Podrido, antes de mi culpa, antes del mal, antes de todo lo que sucedió, antes de aquellas noches en que mi cuerpo desprendía olor a semen y sudor y coño ajeno, antes de que ella se sujetara con ambas manos la barriga de ocho meses y, sollozando, me preguntara en el comedor: «Pero ¿por qué?, ¿por qué me estás haciendo esto?»

Un poco pequeño. Sólo un poco, nada más.

Lo justo, vaya.

Ripocepótamo/Ripogallo

Pasan un par o tres de días. Enciendo mi teléfono móvil, que llevaba desconectado desde Dios sabe cuándo. Llamadas perdidas de Eugenio Cuchillo, Sascha, Juana Bayo y Eloísa (que sólo llamaba, estoy seguro, para organizar el calendario curtisiano). Ése es mi deprimente círculo de contactos. No le devuelvo la llamada a nadie y vuelvo a pulsar la tecla roja.

Esa tarde recojo a Curtis del colegio y lo llevo a visitar a los Defensa Interior, con los que he estado intimando de forma creciente. Las malas condiciones estrechan lazos.

Es posible que tengamos que dormir *chez* D. I. esta noche, los dos, porque Eloísa está de viaje a no sé qué ciudad de Europa y no vuelve hasta el viernes. Haciendo turismo mientras yo viajo a los infiernos. Cada uno tiene sus hobbies, supongo.

—Éste es Curtis, chicos —y le obligo a avanzar empujando su cabeza—. Di

«Hola», Curtis.

—Hola.

Defensa catapulta eficazmente tras el sofá una cachimba hecha con una botella de Font Vella punzada, que continúa humeando desde allí con un hilillo lechoso, fino y blanco como un cordel trenzado, y se pone en pie. Riesgo, que estaba haciendo flexiones con los puños en el suelo, también da un brinco, y ambos se colocan delante de Curtis, que les sonrío. Los tres, allí en formación, las estaturas tan distintas, cobran una belleza plástica extraña. Parecen matrioskas rusas: *muy* grande, mediano, pequeño. En perfecto orden, de más a menos.

—Hola Curtis —dice Defensa. Y, tras inclinarse previamente, le hace entrega de la mano buena.

—¿Por qué tienes mano de cocodrilo? —escupe mi hijo sin coger la mano, señalando la inefectiva, al otro lado del tronco, y yo le casco un pequeño *calvot* en el cogote. Penk—. ¡Ay! ¡No pegues!

—No pego —le digo, agachándome unos centímetros como para una foto de alineación de fútbol, las manos en mis rodillas y colocándome justo enfrente de su cara, casi rozando su nariz con la mía—. Eso no es pegar, Curtis. No cuenta como pegar. Si dices eso, la gente pensará que te zurro regularmente, cosa que no es cierta.

—¡Sí pegas! —miente, agitándose, y trata de arañarme—. ¡Eres un pegón! ¡Eres un pegón y por tu culpa mamá no está aquí porque eres... —le agarro de las muñecas, y él pierde el hilo y lo recupera bien rápido—. ¡No te quiero! ¡Ya no te quiero! ¡No somos amigos! ¡Quiero que venga mamá! —y se echa a llorar. De esa forma terrible y sentida, la forma en que lloran los niños cuando lloran de veras, no por un capricho, cuando se enfrentan a la injusticia o la violencia o el desamor o la confusión y el caos.

Odio ese llanto, porque hace que me sienta desamparado e inefectivo. Lo odio por cómo manipula mis hormonas y mi instinto paterno.

Aún de cuclillas, le abrazo fuerte, y su cuerpo todavía se resiste al abrazo, y se agita y tiembla como una anguila tratando de escapar, y le aplico una mano a la nuca, y le acaricio el pelo color nieve recién caída, su cabello de ángel, y le doy un beso en la mejilla llena de lágrimas, y la boca se me llena del familiar sabor a plomo y galleta salada.

—Yo también, Curtis. Yo también quiero que venga mamá —le digo, casi besando su oreja, aún maniatándolo con afecto, y entonces pienso que haría lo que fuese por defenderlo. Que mataría por ahorrarle el dolor. Que mataría a gente que intentara dañarle. Los mataría *de verdad*, no de manera retórica.

—Soy medio cocodrilo, Curtis —dice de repente Defensa detrás de nosotros, riéndose y enseñando su no-colmillo, la plaza de parking siempre libre que acampa en su dentadura, y nos volvemos, Curtis y yo—. Mi mamá era un caimán. ¿Ves este agujero que tengo en los dientes? Me lo hice comiéndome un hipopótamo.

—Me gustan los hipopótamos. Y los rinocerontes —dice Curtis, la sonrisa

reasomando, y zafándose de mí y secándose las lágrimas con ambos puños. Olvidando su pesar.

—Pues tienes suerte —y señala a Riesgo—. Riesgo es una mezcla de rinoceronte e hipopótamo. Un Ripocepótamo, se les llama.

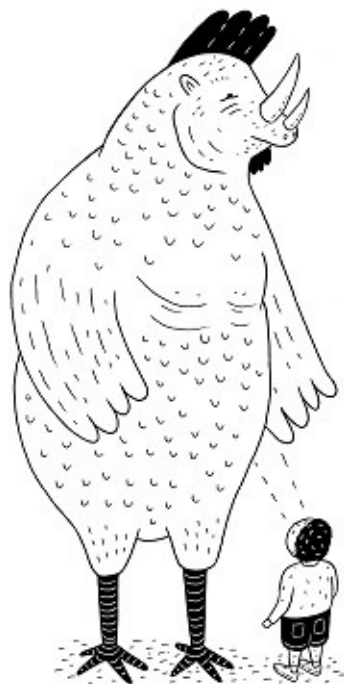
—Ri-po-ce-pó-ta-mo —repite Curtis prestando gran atención.

—*Ripocepótamo* —repito yo, dudoso, poniéndome en pie y mirándoles.

Riesgo muestra una caja de donuts glaseados con chocolate blanco y moteados con virutas de chocolate con leche —parecen donettes microscópicos, en el altiplano de su manaza— y se la presenta a Curtis. Defensa se pone de puntillas y le endereza la cresta a Riesgo.

—También es medio gallo, ahora que me acuerdo —y grita—: ¡Kikirikí! Un Ripogallo.

Y Curtis se ríe, donut en mano, y repite: «Ripogallo», como intentando memorizarlo, bendita criatura. Luego dice Gracias y Riesgo asiente con la cabeza, y los tres se marchan hacia el patio, Curtis me da un beso en la mano primero, un besote que consigue anudarme la tráquea y las cuerdas vocales, y entonces Defensa empieza a contar la historia de una cama voladora que suena un poco como la de *La bruja novata*, sólo oigo unas cuantas frases sueltas mientras se alejan de mí, y hay un momento en que la luz solar desvaneciéndose en el exterior perfila las tres siluetas, el gigante, el manco y el albino saliendo de la casa, un poco como los extraterrestres entrando en el platillo al final de *Encuentros en la tercera fase*, y el trío cobra así (con ese mortecino fulgor de tarde invernal barcelonesa) una nueva hermosura monstruosa, como si de repente la belleza fuese sólo capaz de anidar de veras en los corazones blandos y los cuerpos rotos, como si la auténtica perfección fuese patrimonio exclusivo de los descartados, deformes y olvidados. De los niños y locos y pobres y feos. Una belleza tan majestuosa y limpia que ningún guapo, rico o cuerdo podrá siquiera acariciar, nunca jamás. Nuncajamás.



Violento intercambio de pareceres frente a la ex casa de Cienfuegos

Un par de noches más tarde, día de no-Curtis. 3.00 horas, otra vez la puerta de la casa de Eloísa, mi ex casa, tratemos de adivinar quién está detrás del buzón, y encima con una nueva cogorza de insoportable magnitud. Exacto: yo. Ecce homo. Ecce Gordus. He aquí el imbécil entre el centeno, una vez más. El cuarentón grotesco que, tras pasar una tarde fumando porros y bebiendo cicuta junto a Defensa y Riesgo, se agazapa ahora detrás de la seta amarilla de correos, con una caja de pizza Sapri en una mano y una porción de Frutti di Mare a medio comer en la boca, el aceite de los mejillones en escabeche goteando hacia el suelo, y tambaleándose todo él con las paredes trémulas de un edificio en pleno derribo. Sí, no cabe duda: ése soy yo, yo y no otro, con un pedazo de calamar a medio masticar entre las muelas y una gran borrachera en mis sentidos y extremidades, que se mueven a sus anchas sin esperar órdenes concretas, ignorando la cadena de mando.

—Santo Shanghái —digo, en voz alta, con la boca llena y escupiendo fragmentos de gamba descongelada—. Vaya tablón.

Dejo caer la caja de pizza, que ya terminé y me ha sentado fatal, el nudo que se extiende en grandes llamaradas de pasión destructora por mi tracto digestivo, y me abrazo con ambas manos al buzón.

—Amorcito —digo, y me repugno de inmediato al verme difuso en el cristal de una zapatería de señoras.

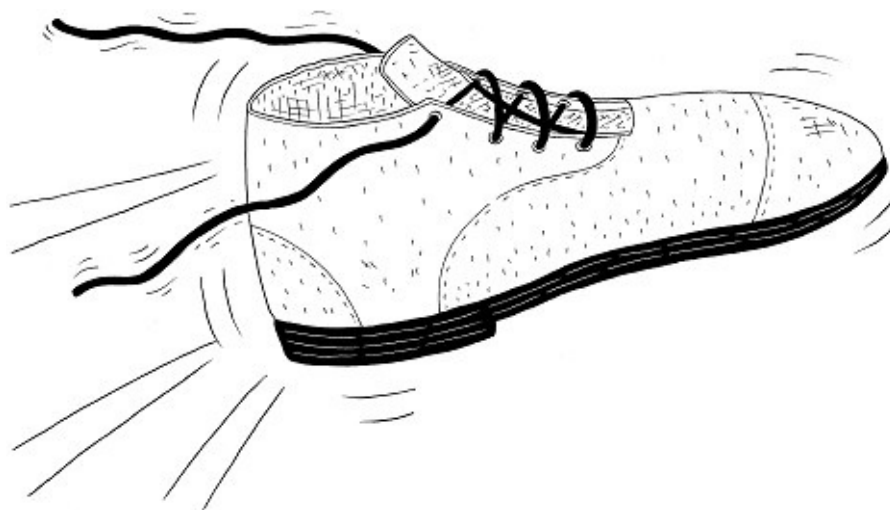
Y de repente, mientras despego la mejilla de la superficie helada del buzón

metálico, mi cara se vuelve sin previo aviso hacia la acera del edificio donde viví, y veo a *Eloísa*. También a *Adolfo*, ese aprovechado y maniobrero y patrulla escoba de mujeres que no le pertenecen. Los veo por cuadruplicado, pero es innegable: son ellos dos, en toda su inmensa conjura. Abrazándose las espaldas como dos delanteros de rugby a punto de empezar una melé, y si entrecierro mucho los ojos vuelven a ser dos, sólo dos, siempre dos, obviamente ya sin mí.

—Serán hijos de puta... —baluceo, sin soltar el buzón aún, como un desgraciado a punto de ahogarse en alta mar que se resistiese a abandonar su barril de pólvora flotante.

Los dos caminan hasta la puerta de la finca sin reparar en mi presencia, charlando apaciblemente, y mientras *Eloísa* rebusca las llaves en su bolso, pues siempre tarda horas en encontrar los útiles urgentes, él la agarra con suavidad, y le da la vuelta como el que mueve un periscopio, y pone la nariz de ella enfocando hacia él, como un punto de mira sublime, perfecto, y desde aquí veo el cabello albino de ella, y su gabardina afrancesada verde esmeralda con capucha, y sus botines de charol, y su falda plisada de tartán hasta la rodilla, y entonces él le dice algo, y ella contesta otra cosa, y entonces se besan.

La furia me invade. Soy incapaz de gestionar esa visión ¿Los labios de *Eloísa*, que fue mi sol, que fue mi luz y mi fuerza, pegados a otros labios? Me separo del buzón, y busco apresuradamente a mi alrededor algo contundente que lanzar, y no hay maldita la cosa, éste es el barrio más limpio de Barcelona, coño, y ¡Bah!) finalmente logro arrancarme un zapato sin pensar y, blasfemando, lo lanzo con el máximo impulso escupiéndolo un gruñido final.



Y parece verdaderamente increíble, ¿pues no va el zapato y le arrea en toda la frente al advenedizo de *Adolfo*?

¡TUNCH!, y él pega un salto alarmado hacia atrás, y se encoge sobre sí mismo y se toca la frente para confirmar que no mana sangre de allí, y entonces *Eloísa* se vuelve hacia el buzón, siguiendo la línea aérea que ha trazado mi zapato volador, y él la imita y escudriña en la penumbra, así que me abalanzo al suelo como un soldado en

pleno desembarco.

—¡Cienfuegos! —grita ella, sospechando de mí al instante, con voz dolida y urgente—. ¿Estás ahí? ¿Se puede saber qué haces? ¿Cienfuegos? —y yo, con la mejilla pegada a la acera, nadando crol en el asco hacia mi propia persona—. Sé que eres tú, Cienfuegos —ya con delicadeza—. Por favor —suplica, la voz rota de repente—. Cienfuegos, sal y hablemos, te lo pido por favor. Esto no puede seguir así.

Me incorporo gradualmente, con cautela, tras un coche y, sacando sólo los ojos, imitando sin querer aquella pintada callejera de la cocorota tras el muro, les veo (pero ellos a mí no). Veo la cara rota y asustada de Eloísa, el mismo gesto facial que componía cuando tenía que enfrentarse a mi Podrido, todas aquellas noches blancas, y tengo ganas de llantovomitarse. Vomitollar.

Adolfo, acto seguido, mira hacia ella y seguro que le espeta, en voz más baja, «No vale la pena, cariño», con toda la razón del mundo y con tono de sirope tibio en sus palabras, y le echa un brazo al hombro y le agarra la mano a Eloísa (*¿Cariño?*), mientras yo sigo allí detrás, con un estertor asfixiante en el cuello y espasmos terribles en la boca del estómago, de nuevo. Eloísa se echa a llorar, cubriéndose la cara. He visto esto muchas otras veces, pero nunca deja de conmoverme.

Incrustan la llave en la cerradura y empujan la puerta de hierro fundido de mi entrada e introducen sus cuerpos en el interior, desapareciendo de mi vista.

—Mierda —escupo, ya poniéndome en pie, y ambas rodillas crujen, y tengo la sudadera bañada en el aceite de vertidos de pescado de mi pizza, pues me tumbé precisamente encima de la caja, y fragmentos de mejillón en escabeche puntúan mi torso aquí y allá, y cojeando con un solo mocasín me dirijo hasta mi Vespa, que dejé a un par de manzanas de la finca. Cuando llego a su lado, me agacho y, ahora sí, vomito durante unos minutos, manchando la rueda trasera y parte de mi calcetín. Una fuente corrosiva que parece circular por todo mi pecho en embates rabiosos, como gritos de Kraken, y lo salpican todo. Y ahí, cuando termino, en lugar de llorar me echo a reír, pero es la risa menos feliz que has oído nunca, es otro tipo de risa, otro tipo de animal, otra bestia, esa risa miserable, es la risa del reconocimiento de la propia bajeza y vileza y el miedo de uno. Una risa repugnante que nunca había oído en mi boca. Un nuevo escalón hacia el fondo. Allí siempre hay sitio para uno más; eso es lo que dicen.

La situación pos-zapatazo no es muy halagüeña

Me estoy encaramando a mi Vespa roja cuando de golpe me asalta la conciencia de que acechar a Eloísa sólo está empeorando las cosas, pero no sé cómo pararlo. ¿Adónde te mudas cuando el lugar del que quieres mudarte eres tú mismo?

Un murciélago da vueltas alrededor de la farola más cercana, y su vuelo es tan

regular que parece sujeto a ella con una cuerda, como la pelota en una de esas raquetas de ping-pong individuales. Esta noche no hace viento, y los termómetros deben haber crecido un par de grados. Unos ingleses bebidos berrean desordenadamente en alguna calle cercana, quizás en el paseo del Born, algo parecido al «Guantanamera» pero con otra letra e incongruente amenaza de violencia en el tono. Se oyen varias sirenas de policía en la distancia.

Miro una vez más a mi antiguo balcón, los ojos llorosos y la garganta ardiente, mientras la Vespa empieza a desplazarse lentamente, y continuo dando círculos, y círculos, y círculos, una y otra vez, como en aquella canción de los Who. Cayendo lentamente, hundiéndome con la parsimonia y aceptación pausada de una burbuja de jabón cuya única esperanza es el ¡pop! final.

—Lo siento —murmuro para mí, como en un ensayo general al perdón, al fin, por primera vez en mi vida—. Perdóname, Eloísa. Es todo culpa mía, ya lo sé.

3. Días sin huella



Escenas pintorescas frente al Parlament

Mis días sin huella empiezan a las siete de la mañana de un lunes. Noviembre. Vuelve a ser lunes, maldita sea. Me duele la cabeza, en parte por una nueva resaca, en parte por lo temprano que es. No me levantaba a estas horas desde que iba al instituto, y en el instituto jamás logré levantarme a estas horas.

La ciudad está distinta, hoy. Parece otra, como si durante la noche le hubieran pegado el cambiazo a la población y hubiesen recolocado en su lugar otro tipo de ciudadanía. En lugar de chicos y chicas con pantalones pitillo y camisetas de colores y gafas imposibles y apellidos imponentes, está lleno de parias con bocadillos envueltos en papel de plata, ranas y monos azules y beige, zapatos grises acorazados, y señoras de la limpieza del Perú, y niños chilenos y venezolanos descargando camiones de fruta, letras caligrafiadas tatuadas en el cuello, nomeolvides tintados de sus hijas o mujeres o países: *Tamara. Keira. Caracas.*

Estamos los tres en la calle Wellington con Pujades, al lado del parque de la Ciutadella, cerca del Parlament de Catalunya, no muy lejos de mi antigua casa. Defensa, Riesgo y yo. Defensa luce un largo cucurucho cónico de papel color chupachús en la cabeza donde se lee: LA RABIA. Sus zapatos amarillos son flores de mimosa sobre el asfalto. Riesgo acarrea una trompeta de juguete de color verde. En mi mano, la pancarta ESTAMOS HARTOS. Defensa se aseguró de que no la olvidara cuando salimos de casa. Nos dirigimos a efectuar una protesta por el resultado electoral de ayer (ganaron los desaprensivos de siempre).

—Esto es tuyo, Cienfuegos —me ofreció, amablemente. Yo le sonreí, la cabeza a punto de estallar como una piñata en pleno cumpleaños infantil, y agarré resignado el objeto de marras.

—Espero no molestar —les dije, cuando me levantaron, uno de cada brazo, y me dejaron en pie en medio del salón de su casa. Las piernas me temblaban—. Nunca he ido a una manifestación. Sólo en una ocasión atravesé una porque me dirigía al metro. Era cuando acababan de matar de dos tiros en la cabeza a un político socialista, y había un millón de personas en plaza Catalunya, y bastantes cabestros gritaban a favor de la pena de muerte —de repente me coloqué la palma de la mano enfrente de la boca, y eché allí el vaho, ¡santo Dios!, olía como si un vagabundo hubiese utilizado mis molares como váter portátil—. Pero, bueno, en cualquier caso quiero acompañaros a la manifestación.

Empezaba a pensar que tal vez Juana Bayo tenía razón y aquello había que resolverlo en la calle, como las cosas de antes.

Riesgo realizó el gesto universal de En Marcha, Pues, agarrando su trompeta de plástico verde. Defensa se ajustó el capirote de papel con gestos de nazareno fuera de sus casillas. Yo contuve una arcada. Los tres nos pusimos en marcha, cada uno en su papel.

Escenas pintorescas frente al Parlament II

Se oye un trueno en el parque de la Ciutadella. Miro al cielo. Poco a poco se han ido congregando nubes malcaradas y oscuras allá arriba, como previniéndonos de algo terrible a punto de suceder. Hay bastante gente, diría que un millar o más de personas. Algunos han pasado la noche aquí, me cuenta Defensa, como si el hecho tuviese que impresionarme, pero sólo consigo pensar en el dolor de riñones que deben estar sufriendo, y los dedos de los pies congelados, y la boca pastosa y árida de no haberse podido lavar los dientes.

Todo el mundo parece nervioso y expectante, yo más que nadie. Por supuesto, estoy esperando el momento de salir huyendo del parque (acabo de darme cuenta ahora mismo de que *eso* es lo que estoy esperando), confundiéndome entre la multitud. Me circunda un nuevo tipo de tensión, y percibo que tengo miedo. Sí, miedo es la palabra: el agarrotamiento de intestinos, y aceleración de las palpitaciones, y el sudor frío y el peso pesaroso sobre los hombros: miedo. El de toda la vida.

—Tú tranquilo, Cienfuegos —me dice Defensa, atrapando mi muñeca, leyendo mi mente—. Esto es resistencia pacífica. No va a pasar nada.

Miro a mi alrededor: La Rabia. Los estoy viendo de cerca por primera vez. Son muchachos y muchachas jóvenes y semijóvenes, de diecinueve a treinta años, con mochilas, zapatillas deportivas, faldas anchas, chaquetas de chándal con llamativos colores jamaicanos, algunos de ellos bebés recién destetados sin capuchas ni tirachinas ni AK-47 entre manos. Parecen seguros de sí mismos y lo que están haciendo, pese al desasosiego imperante. Su lenguaje corporal emana una dignidad que se alza a su alrededor con solidez de andamiaje. Desde luego, no parecen nada peligrosos, como llevan días anunciando los periódicos. La mayoría están sentados en el suelo, simplemente. Aparcados ante la catástrofe venidera, herbívoros salvajes que aún no tienen catalogado a su nuevo depredador. Pero no parece ser eso, así que posiblemente se trate de sangre fría. Hola, qué tal. No habíamos sido presentados. Aquí Sangre Fría, aquí Mi Canguelo.

Algunos llevan pancartas: NO SOMOS ANTISISTEMA, EL SISTEMA ES ANTI-NOSOTROS. NO ES UNA CRISIS, ES UNA ESTAFA. NO FALTA DINERO, SOBRAN LADRONES. Hay carteles de Indymedia, Rebelión, Mongolia, asambleas vecinales y la CNT.



A nuestro alrededor, policía. *Mucha* policía. Nunca había visto tanta policía, ahora caigo; sólo en películas de Bruce Willis y noticiarios televisivos. Mossos d'Esquadra. Un cordón de hombres uniformados, con casco y defensas antidisturbios, que cerca a los manifestantes. Todos llevan la cara cubierta, y cachiporras, y no condecora sus pechos insignia identificativa alguna. Varias furgonetas negras terminan de sitiar los accesos a la confluencia de calles. Los Mossos negros están inmóviles, observando a la gente, las manos cruzadas tras la espalda, como estatuas antiguas de guerreros troyanos, sin hablar. No se distingue casi piel tras su uniforme; sólo ojos. En el cielo, el rugido entrecortado de un helicóptero. Levanto los ojos y lo observo cruzar el espacio con deliberada lentitud. Esas libélulas mecánicas me ponen nervioso, coño.

Empiezo a hacer descender la pancarta de ESTAMOS HARTOS dulcemente, aprovechando que Defensa y Riesgo están conversando con alguien. Ya roza el suelo. Me agacho discretamente, intentando que no haga ruido, y me dispongo a abrir los dedos y soltarla allí, para que la recoja alguien con menos crisis privadas y terror primordial y premonición holocáustica que yo.

—¡Cienfuegos! —grita alguien.

Nunca dije ser un valiente

Me incorporo, como fustigado en la nalga por un relámpago. Es Juana Bayo, al trote hacia mí, cincuenta metros más allá, saludándome con una mano y sonriendo

con boca de metro, expuestos sus desordenados dientes de piraña, su melena de brea, su nariz ensartada al estilo odalisca. Una Sherezade en pleno sprint. Levanto el ESTAMOS HARTOS y lo sacudo con dedicación un par de veces sobre mi cabeza, como si fuese un arco de Orzowei, sonriendo y mirándola.

—¡Eh, aquí! —le grito, contento de verla, pancarta al aire—. ¡Eh, Juana!

—Baje eso inmediatamente —dice una voz remachada de autoridad y malas pulgas. Me vuelvo. Es uno de los policías, que ha abandonado la barrera para situarse junto a mí. Lleva la porra en la mano, ya, y separa el brazo de su cuerpo, dejando pista de despegue para el embate. Su cara está cubierta por un pasamontañas que lleva debajo del yelmo, y sólo consigo verle las cejas. Unas cejas de labranza, crispadas, que se unen encima del tabique nasal como el abrazo de dos puercoespines.

—Oh, ja, ja, no —le digo, señalando la pancarta con un dedo y negando con la cabeza—. No es eso. Se confunde, qué gracioso, señor agente. Mi capitán. No es mía, ja, ja —y la agito en el aire un par de veces más, el ESTAMOS HARTOS bien visible otra vez, ante sus narices enmascaradas y ante las de todo el mundo—. Sólo estaba llamando a una amig...

El empujón me tira al suelo. Durante un segundo ni reparo en lo que ha sucedido, sólo noto el tremendo dolor de culo y la piel arañada del codo izquierdo y la tumefacción en el pecho, donde aterrizó el porrazo. El policía se abalanza sobre mí, ya con la porra levantada aunque sin administrar el segundo golpe.

—TE HE DICHO QUE BAJES ESO, HIPPY DE LOS COJONES —me grita, abandonando por completo el trato de usted.

—¡Déjale en paz, cabrón! —grita Juana Bayo, y desplaza ligeramente al policía con su musculosas ancas, interponiéndose entre él y yo—. ¡Que no ha hecho nada!

Sigo en el suelo, sin entender. ¿Hippy yo? La pancarta aún está en mi mano, bien enfocada hacia la barrera policial para que no se pierdan ni una coma de mi espontánea protesta. El agente, los ojos crepitando de pura ira, deja caer ahora la porra con toda su energía sobre la pierna atlética de Juana Bayo, en el costado de su espinilla derecha. Ella suelta un grito de dolor y se dobla hacia un lado, pero no se cae. Al instante, decenas de chicos se colocan a nuestro alrededor, sentándose en el suelo y levantando las manos, con las palmas enfocando hacia la policía. 1.000 placas solares. Parece un repentino campo de girasoles humanos, frágiles y entusiastas como plantas tiernas al sol, brotando en mi perímetro.

Pero no importa. Algo imperceptible, inaudible, sucede en el cordón de policías, la orden debe haber llegado por intercomunicador, y empieza la carga. Todas esas botas, galopando hacia nosotros, ese sonido de calamidad colindante y las caras cubiertas y las porras en alto, agitándose, un mar de antenas de insectos oscilando como en una película catastrófica de hormigas mutantes, y esa pared de brutos sin cara en armadura negra, directos hacia donde estoy. Exhibiendo la peor de las intenciones. El helicóptero regresa y se sitúa justo encima de nuestras cabezas. Trocotrocotrocotró.

Me pongo en pie, activado por un resorte, y, saltando por entre las cabezas sentadas de La Rabia, soltando mi pancarta, echo a correr en dirección opuesta a la de la policía.



En una esquina, metros más allá, me detengo para asegurarme de que nadie me persigue. Los Mossos están ahora administrando una paliza salvaje, sin ningún control, a los chicos sentados. Jamás había visto algo así (sólo en documentales sobre *einsatzgruppen* del Canal 33). Los huesos me tiemblan mientras observo cómo suben y bajan los brazos, como en la siega del trigo, sobre las cabezas y brazos de La Rabia. Los achichonados jóvenes levantan las manos abiertas, en vano, con una determinación tan valiente que es casi ridícula. No distingo a Juana Bayo, ni a Defensa Interior. Espero que estén a salvo.

Miro el reloj del móvil. Son las siete y cuarto de la mañana. Todo ha sucedido en quince minutos.

Bueno, bueno. Lo importante es que ya estoy a salvo, ¿No? Nunca dije ser un valiente.

Dominio del miedo

Llego a la calle Llibertat a las ocho y pico. Vine andando prisoso, en trote de gitano robaperas. Mi moto está plantada delante de la casa de Defensa Interior, y el manillar en reposo hace que parezca una bestia ciclópea dudando sobre el siguiente movimiento a realizar. El frío de la mañana es templado, soportable y septiembrero, casi agradable. Empujo la verja, pero está cerrada con un candado. Me quedo un rato pensando en qué hacer, allí en medio de la calle, las manos de nuevo en los bolsillos. Algunas tiendas de alrededor empiezan a abrir sus puertas con ruido de persianas metálicas. Un señor calvo con un puro salivado en la boca y chaleco de lana beige abre la luminotecnia de Luz y Fuerza. Dos edificios más allá distingo la Asociación de Vecinos Vulcano, un bonito ateneo con grandes ventanales, y me dirijo hacia él. Allí trabaja el amigo de Juana Bayo, Zumos, el que nos dio la dirección de Defensa Interior.

El ateneo está abierto, por fortuna. Los cristales de la puerta tiemblan al ser empujados, vidrios antiguos sin casi espesor y restos de adhesivos de Cinzano y Kina San Clemente y Gaseosas Casa Negre, y cuando la cierro de nuevo alcanzo a ver los dos mosaicos de la luminotecnia, fuera, en la calle: LUZ y FUERZA.

Entro, y mi estatura disminuye ante lo grandioso del lugar: me empequeñezco, como si hubiese masticado una seta mágica. Los techos son muy altos, con grandes lámparas que cuelgan de ellos y algunos ventiladores parados, y hay un mar de mesas de formica con motivos guingán, patas negras y sillas a juego, la formica astillada en varios respaldos, y la barra parece ocupar kilómetros al lado izquierdo del local. Una música delicada, mediterránea y morisca, tocada con sintetizadores Batiatto, mana de un par de altavoces discretos colgados de un par de las columnas hexagonales que sostienen la primera planta. La canción es casi inaudible pese al silencio reinante. No hay un alma, pero flotan en el aire fantasmas de humo de cohibas, Pato WC, serrín humedecido, anís español y cafelitos previos. Sobre la barra, rozando el techo, un panel orlado donde puede leerse: *Fraternitat de Veïns Vulcano, Llibertat 1907*. Me gusta la paz de los bares vacíos.

—Bon dia —dice una voz.

Me vuelvo. Un hombre de mi edad, aunque de mayor volumen muscular, cara redonda y patillas de costilla de cerdo que ocupan casi todo el perímetro de cada mejilla. Lleva el pelo rizado y gigante de seto africano involuntario, parecido al mío, aunque mucho mayor. Unos pelos negros y duros emergen de los orificios de su nariz con apariencia de cangrejos ermitaños. Lleva un delantal blanco. El dueño: Zumos. ¿Juntos, los dos, con ese par de afros hispanos? Parecemos la sección rítmica de Santana, etapa Woodstock.

—Soy amigo de Juana Bayo. Vivo con Defensa Interior —le confieso.

—¡Hombre! Hace tiempo que no veo a la Juana. ¿Cómo está?

—Muy bien. En plena forma, vamos —pienso sin querer en el porrazo que le arreó el antidisturbios en la espinilla, y siento una punzada de remordimiento y bochorno por mi miserable huida de cagón.

Zumos echa a andar hacia la barra y me deja atrás. Al llegar a la barra se coloca detrás de ella, tras sortearla por debajo en una esquina abierta. Rodeando su cabeza, moscatel Trajinerero. Garnatxa. Gandesa. Málaga Virgen. Anís del Mono. Vi ranci de bota. Falset. Pacharán Zoco. Orujo de hierbas. Orujo blanco. Marc de cava. Aguardiente de hierbas Hijoputa. Licor-café gallego. Ponche Caballero. Coñac Soberano. Cazalla. Vodka Wistoka y ginebra Larios y gin Xurriquera y licor estomacal Bonet y también Fernet-Branca y ratafía, Stroh, licor triple, Licor 43 y Calisay.

—¿Qué te pongo?

—Sólo un café —le digo, sacando un sobre de Almax del bolsillo— y un Vichy, por favor. Llevo un resacazo mortal. Y se me hace un nudo, aquí, en el estómago... —me acaricio la parte superior del vientre. La cobardía y la pena siempre me agudizan la gastroenteritis, o úlcera duodenal, o colon irritable, o lo que sea que estoy padeciendo desde que Eloísa me dejó.

S.D.I.P.A., lo llamaría Eloísa. Síndrome de Disfunción Intestinal por Adulterio.

Sonriendo, sin intentar comprender lo de mi estómago, Zumos empieza a llenar de café molido uno de los brazos de la Gaggia.

Mientras observo los movimientos camarerescos del Zumos, distingo una fotografía enmarcada a su vera. Una imagen vieja, en el tecnicolor aguado de las fotos baratas de los años ochenta. Es un escalador en mitad de una descomunal pared de piedra, los dedos-gancho de murciélago hincados en los escasos salientes que pueden apreciarse. No se ve el suelo, pero es fácil suponer que está a suficiente altura como para partirse el cuello por varios sitios, y de forma irreversible. El hombre barbudo de la imagen parece un extraño quiróptero con casco, incrustado en una esquina particularmente vertical del planeta.

—¿Eres ése? —y señalo al escalador hirsuto del cuadro.

—Sí —responde, orgulloso, y me sirve el agua con gas.

—Para escalar hace falta no tener miedo, supongo —le digo, y echo un trago al Vichy. El vacío estomacal lo agradece con un pequeño estertor, un ronroneo de gato agradecido. Suelto un pequeño eructo en el interior de mi puño. Zumos coloca el café ante mí, y no le miro directamente a los ojos—. Tener un coraje particular.



—Déjame que te diga algo sobre el coraje. Mucha gente cree que el coraje es ausencia de miedo, pero no lo es. Los hombres sin miedo son locos o insensatos o psicópatas. El verdadero coraje es el dominio del miedo.

—Eso del «dominio del miedo» suena más fácil de lo que es en realidad. Cuando te estás cagando en los pantalones no hay tiempo de pararte a meditar cómo dominar tu miedo. Cuando te cagas, te cagas.

—Se trata precisamente de combatir ese cagarse —me contesta, enderezando la columna vertebral, desperezándose una pizca y luego rascándose una patilla pilosa y desordenada.

—Quería decir de verdad, no metafóricamente —le contesto, acercando la nariz al café ardiendo y oliéndolo con pasión. El aroma del café siempre me suaviza el dolor intestinal. Es uno de mis Lugares Seguros. Éste me lleva a mi niñez, cuando mi abuela me dejaba ir a hincar la nariz en la máquina de moler los granos. Siempre me avisaba justo antes de ponerlo a hervir. El café es un rincón feliz de mi cabeza, una cabaña de verano bien afianzada a un árbol alto, al que no pueden acceder los chascones. Continué hablando—. ¿Y si te ensucias los pantalones? Me gustaría ver cómo dominas el miedo entonces, con una plasta gigante inundando tus calzoncillos.

El escalador se ríe. Tiene los dientes beige de tetraciclina que ostenta mucha gente nacida alrededor de 1970. Esos dientes son un tatuaje tribal, un identificador generacional, para mucha gente de mi edad. Yo me libré de eso, pero lo compensé con una variada selección de taras distintas. Peores.

—Si has luchado contra el miedo, eso es suficiente. Puedes ignorar la mierda que inunda tu culo e ir con la cabeza bien alta —dice, los brazos en jarras a lo Peter Pan—. Has ganado tú. Que digan lo que quieran.

La versión oficial

En la pantalla del televisor aparecen de pronto unos cuantos parlamentarios zarandeados ligeramente por chicos de La Rabia. Se oyen increpaciones y quejas indignadas.

—Sube el volumen, por favor —digo.

Zumos sube la voz en el aparato. El presentador está diciendo que La Rabia intentó impedir el acceso de los diputados al hemiciclo, hacia las ocho y media. No se ven imágenes de las cargas policiales previas, cuando aún estaba todo el mundo sentado en el suelo. Sólo muestran planos cercanos de políticos socialistas y conservadores, el rostro entre confuso y atemorizado, mientras unas decenas de jóvenes fuera de quicio les chillan improperios en la oreja. Uno de los jóvenes, un pelirrojo con perilla de chivo y muchos pendientes de aro concentrados en un solo lóbulo, le pinta con spray una A de anarquía en la gabardina gris a una diputada con dentadura de poni y pelvis raquítica, y varios Mossos se le echan encima y le hacen picadillo, al chico, a base de puñetazos y patadas. Se corta la imagen. Aparece un helicóptero del ejército. Asumo que habrán cambiado de noticia, y estarán a punto de decir: «Mientras tanto, en Corea del Norte...»

Nadie dice nada.

—¿Es eso un helicóptero militar? —digo, dejando caer un azucarillo bastante gordo en la taza, que salpica unas gotas de café al platillo, flota un instante y luego se hunde como un yunque hasta el fondo del recipiente.

—Eso parece —dice el escalador.

El presentador afirma que el nuevo presidente fue transportado en helicóptero hasta el interior del Parlament para evitar que los violentos pudiesen tratar de agredirle físicamente. Dice *los violentos*, no otra palabra. Dice *agredirle físicamente*.

—Yo estaba allí —digo, y Zumos se vuelve hacia mí, y su boca se comprime en forma de esfínter—. La policía cargó a las siete contra una sentada pacífica. Yo lo vi. Estaba en medio de todo, mira —echo otro azucarillo enorme en el interior del café, y luego le muestro el codo pelado, arremangándome un brazo de la sudadera—. Pero no lo han dicho. No ha salido en el telediario.

El escalador me mira con cierta admiración. La televisión muestra ahora imágenes de unos cuantos hombres muy fornidos prendiéndole fuego a un contenedor de basura. Dos de ellos llevan walkie talkie. Todos van enmascarados con pañuelos independentistas, y llevan el cabello bien rasurado, con la nuca perfecta, y vaqueros de cintura muy alta, y chaquetas polares del Decathlon. Se mueven como policías, y cualquiera en su sano juicio juraría sobre la Biblia que son policías. Menos el presentador televisivo, que afirma que son «radicales».

La televisión cambia de noticia sin mostrar las cargas policiales. Aparecen imágenes de griegos quemando una ciudad entera y atizándole a las fuerzas del orden sin compasión. Trompadas sensacionales, y decenas de antidisturbios atenienses

corriendo por las calles como gallinas cluecas descabezadas.

Sorbo un trago de café. ¡Dios, cuánto azúcar! Esto está imbebible. ¿Por qué narices he echado tanto? Me han puesto nervioso los malditos helicópteros, los griegos, los policías, los cojones de La Rabia, el coraje del Zumos y el nuevo presidente.

—¡Buen café! —le grito, y continúo observando las revueltas y los incendios en Grecia, los policías atemorizados, las nubes de humo oscureciendo el cielo, los carros acorazados del ejército lanzando chorros de agua a presión contra los alzados, las vallas cruzadas y los contenedores llameantes y los coches volcados a modo de barricadas, la gente normal que grita y salta y amenaza a las fuerzas del orden, como si ni se les pasara por la cabeza retroceder, imposibles de amedrentar, sin nada que perder. Es bonito.



Jeremiah Johnson

Zumos pierde interés y cambia de canal. En la televisión se ve aparecer a un trampero barbudo vestido con pieles de animal, andando como puede por la nieve. Es una reposición matinal de *Jeremiah Johnson*. La he visto cientos de veces, junto a Eugenio Cuchillo; era la otra película que teníamos en VHS. Un fulano allí, en el monte, enfrentándose a la naturaleza, lleno de humildad pero *valiente*, un hombre de verdad, coño. En la pantalla, Jeremiah está intentando encender un fuego bajo un árbol, y de repente cae un montón de nieve del abeto y sepulta la fogata. Jeremiah

pone cara de chasco, pero sabemos que no va a darse por vencido tan fácilmente. Menudo es él.



Zumos vuelve a cambiar de canal en la televisión haciendo gala de un errático talante como telespectador. Es el 3/24 de noticias. Están emitiendo aún más imágenes de los disturbios de la mañana.

¡Oh! ¡Riesgo está allí, ahora, en la pantalla! Parece una película de Bud Spencer, pero no lo es. Es él, rodeado de cuatro policías, y los está apartando a empujones, intentando no hacerles demasiado daño, pero lanzándoles por los aires igualmente, como si fueran romanos en un *Astérix*. Algunos se colocan tras él, y le atizan con las porras en la espalda, pero Riesgo no parece sentir los golpes, y continúa deshaciéndose de antidisturbios. Él solo, un cíclope enfurecido contra los hombres de Ulises. La guerra de Riesgo. Riesgo al doble de tamaño, como si alguien hubiese colocado una lupa inmensa ante su figura.

Unos cuantos chicos de La Rabia tratan de contenerle, y se oyen alaridos de Violencia no, Compañero, pero él no escucha, él no puede escuchar, y se zafa de ellos de un empujón y continúa con lo suyo, y mientras tanto unos subtítulos se deslizan por entre sus pies en la pantalla —*Vándalos anarquistas agreden a la policía...*— y él ha agarrado a un Mosso por ambos brazos, como si fuese un bebé, y lo está levantando unos centímetros, escudo y porra incluidos. Como si estuviera a punto de cambiarle el pañal, o emplastarle un besote en un carrillo.

Adolfo el Benigno

Me bebo tres pacharanes en fila india, para intentar rebajar mi vergüenza, como el que echa soda a su licor. Para que el ente original no sea tan concentrado y dañino.

Zumos se marcha a servir al otro extremo de la barra, pues acaban de entrar unos cuantos clientes ansiosos de beborreo, y yo distingo a mi lado un ejemplar arrugado y lleno de manchas del suplemento de *La Nación*. No necesito acercarme para saber quién es el tipo que ocupa la portada, presumiendo de una chocante confianza en sí mismo.

Adolfo Bocanegra.

¿Él y yo? Nos encontramos siempre en los mejores momentos. Nuestras citas siempre son en el vórtice del abismo.

Allí está, en la maldita portada, chaleco de lana escocesa y pantalones de pana con dobladillo y zapatos ingleses, luciendo en la fotografía una cara de buena persona tan rotunda que debería estar castigada por la ley. Adolfo, el nuevo novio de Eloísa. Adolfo, el escritor de moda, el niño mimado de la crítica. Adolfo el de la mandíbula cetácea, y el perfil de Chet Baker, y la raya al lado majestuosa, y los pómulos erizados, y las respuestas comedidas y esa humildad desarmante, a prueba de entrevistadores maliciosos, que exhibe en cada aparición pública. Adolfo el Adulto. Adolfo el Benigno, él y su apelativo de conde catalán del siglo XIII.

Agarro el periódico. Qué previsible es este encuentro entre ambos.

—Lo del zapatazo fue sin querer, cabrón —le digo a la imagen del papel, con la mirada ida y tembleque en las muñecas, aferrado al periódico en formato majara, bastante intoxicado ya de pacharán matutino—. No me lo tengas en cuenta. Bueno: la verdad es que fue queriendo, lo admito. Pero empezaste tú. Tú te llevaste a Eloísa. ¿Cómo dices? —aplico la oreja al papel—. Vale, vale, tú no te la llevaste, de acuerdo; ella se fue de mi lado. ¡Pero tú la recogiste, hijo de puta! ¿Quién te mandaba recogerla? ¿No podías dejarla donde estaba, en el suelo, metomentodo de mierda? Y por cierto: ¡deja de regalarle dinosaurios a Curtis! Te aviso seriamente: ¡NO MÁS DINOSAURIOS!

—EO. Que el periódico es de la casa, tío.

¿Periódico? Me miro las manos y tengo *La Nación* allí, entre mis puños eclosionados, hecho una bola a doble página.

—Lo s-siento —le digo al Zumos, intentando plancharlo contra mi muslo con ambas manos—. Lo pagaré.

La camada de dipsómanos al otro extremo de la barra me observa con cautela, por si me da un telele y se impone el reducirme por la fuerza.

—No, hombre. Da igual, si ya estaba hecho un asco.

—¡M-m-ira! —le muestro la portada, sin escucharle, y escupo algo de saliva en su cara—. Éste es el hombre que se ha llevado a mi amada —señalo la cara de Adolfo en la fotografía—. Este jabrón con raya al lado y gara de buen tipo, ni más ni menos. Ahí lo tienes, faseándose por el mundo sin ningún remordimiento a su nombre, con la conciencia tranquila, un burócrata de la maldad, como Eijk.. Como Eichmann, sólo que con cara de beato.

—Sí que tiene cara de buena persona, sí —dice Zumos, tratando de secarse mis

escupitajos de la mejilla con disimulo.

—Bueno, pues no lo es —digo, enderezando el cuello lo mejor que puedo y colocando de nuevo la portada en la nariz del Zumos como si se tratase de una prueba irrefutable, y luego mirando a los ojos del Adolfo en la foto—. Es un bastardo. Una sanguijuela amoral que va regalando estegosaurios por ahí, a los niños, ¿verdad, Adolfo? ¿VERDAD, MAMÓN? Pues a ver si te gusta esto —y lanzo el periódico al suelo y empiezo a saltar encima de él, pisándole a Adolfo la cara con ambos pies, chomp chomp chomp.

El Zumos me pregunta si Eloísa me puso los cuernos o no. Perdona que te lo pregunte, añade. Yo paro de saltar, me vuelvo, todo circunspecto yo, y le admito que no. Lo admito. Eloísa me dejó, y luego se fue con este puto piernas, le digo. No hablemos de eso, le digo. No hablemos de cuernos.

—Bueno, en estas cosas —me suelta el Zumos, levantando ambos brazos—, si es en justa lid, como dicen, que gane el mejor, ¿no?

—Ése es precisamente el problema, joder —le suelto yo, aún de pie encima del periódico, como si el suelo estuviese recién fregado—. Que el mejor es él —y apunto hacia mis pies con el índice derecho—. Que él es el mejor, y yo soy un hijo de puta falsario, egoísta, traicionero y cobarde. Él siempre ganará, ¿no ves? No tengo la menor oportunidad. La gente como él siempre gana.

Recojo el papel del suelo y lo dejo encima de la barra, hecho una porquería irreparable. De golpe, suena un móvil. ¡El mío! Gracias, Dios.

—Perdón, tengo que coger esta llamada —le anuncio innecesariamente al Zumos, y me dirijo hacia el exterior con el móvil marcando el camino, como si se tratara de una linterna de colonias. Alumbrando las tinieblas del tortuoso sendero.

Es Sascha

El bueno de Sascha. Mi jefecito. Qué alegría verle materializándose en el móvil, aunque presumiblemente se trate de una llamada con elevado potencial amonestador. Sascha, ahí, con todas las letras de su nombre aparcadas en batería en la pantallita de mi teléfono aerotransportable. Antes lo tenía guardado en la E de «ESE IMBÉCIL», en mi Lista de Contactos, pero Juana Bayo me dijo ¿Y qué pasa si un día te dejas el móvil en su despacho y le da por llamarte y te pilla? Así que lo repatrié a la S, por si las moscas.

—Sascha, amigo mío. Sí. No. Estoy en ello. ¿Que la entrega era ayer? ¿Que siempre me paso por el forro las entregas? ¿Que me estoy buscando el despido? No. Digo, sí. Lo entiendo, pero... No, me queda claro. No, no tengo nada que añadir. Sí, tienes tú la razón. Sí, mandas tú. Ya te lo estoy diciendo. Claro, te la escribo hoy mismo. No hace falta que me lo recuerdes: dejar bien a Palacios. Palacios es

sensacional. ¿Contento? ¿No? Ah, que no estarás contento hasta que tengas ese artículo de mierda en tu Bandeja de Entrada. No te preocupes, me pongo a ello ahora mismo. ¿Que dónde estoy ahora? ¿Que no he pasado por la oficina en toda la semana? ¿Que no hago más que golpear? —miro la puerta del Vulcano—. Estoy documentándome en vistas a la comparativa de cócteles novedosos que me encargaste, para que te enteres. Sí, en esa coctelería del paseo de Gràcia que te indicaron. Justo ahí estoy, sí señor. Tomándome un celestial batido de... papaya. No, *papaya*. No tengo mucha cobertura. ¿A qué sabe la papaya? CRRRRR —hago crujir la lengua—. Se me está cortando, Sascha —le arreo un par de golpes al móvil contra la pared exterior, PONK PONK, haciendo que salte un pequeño trozo de cemento—. No tengo buena recepción. CRRRRRIII, ¿me oyes? —y le cuelgo el teléfono apretando con énfasis la almohadilla roja—. Puto inútil.

Sin volver a entrar al bar, echo a andar hacia las oficinas de *La Nación*. Tengo muchas cosas de las que ocuparme, y la primera de ellas es evitar mi fulminante despido. Evitar mi despido se ha saltado la numerosa cola de cosas angustiantes que hay que solventar a toda prisa, arrancándome con gran violencia del páramo neblinoso de mis días sin huella.

En marcha, Cienfuegos.

Si yo fuese carpintero

Eloísa y yo nos mudamos a vivir juntos muy pronto, a los pocos meses de conocernos, en la primavera del año 2004. No veíamos ninguna razón para aplazarlo. Yo tenía treinta y dos años, Eloísa treinta cumplidos, ya no éramos adolescentes y estábamos enamorados. Hay que decirlo así, porque no se ha inventado forma mejor. Enamorados, con el dolor de tripa bueno y las ansias de hablar y todas las necesidades nuevas que trae la naciente estación mental. Eloísa había heredado de su madre un piso en el Born, no muy lejos del club Màgic, en la calle de la Ribera, delante del antiguo mercado. Y allí nos fuimos, los dos.

Recuerdo el piso vacío, recién pintado, y Eloísa y yo allí en medio, rodeados de cajas y cartapacios suyos, libros míos naciendo de cajas de detergente abiertas, la mudanza ya terminada y las paredes desnudas y sólo un par de bombillas heladas, anémicas, funcionando en todo el piso. Parecía una comisaría franquista acabada de reubicar.

H.V.R., diría Eloísa: Horror Vacui al Revés.

—Aquí escribiré yo —le dije, señalando una estancia chaparra y angosta que daba al patio interior—. No tiene mucha luz, pero no habrá ruidos. Necesito concentración para mi esperada segunda novela. A no ser que la quieras tú. La habitación, no la novela. Bueno, ya veremos. Tú tienes que trabajar aquí, también.

Eloísa me dijo que todo se andaría, y luego me magreó el culo y me soltó Baja a buscar vino, Chinaski. Vamos a celebrar la mudanza.

Como si me viera, allí, aquella noche, sentado en postura John Wayne (piernas muy abiertas, cuerpo echado hacia delante, mano en un muslo) sobre una caja de champú Deliplus llena de discos, con un vaso desechable de tinto en la otra mano y los dientes y labios púrpura, y Eloísa igual, con aquella sonrisa que parecía no serlo, era la sonrisa de alguien que estaba luchando por no reírse todo el rato, la curva de los labios y la nariz dominando el paisaje y tirando de sus rasgos hacia arriba sin descanso, como si fueran riendas de un jamelgo. Aquella sonrisa Gioconda, exenta por completo de cinismo. La sonrisa de alguien a quien la vida le parece un asunto hilarante.

—Ahora que te he llevado al huerto, Cienfuegos, tengo que confesarme *mucho* —y torció la boca hacia un lado, mordiéndose el labio inferior—. Te he traído aquí basándome en un procedimiento fraudulento, como dicen los abogados.

Yo me atraganté, y tras expectorar unos segundos llené mis pulmones hasta el borde, esperando lo peor de lo peor. ¿Qué era lo que me esperaba? No recuerdo qué debí pensar. Algo fatal, sin duda. Alguna malformación irreparable, alguna enfermedad mortífera que me había pegado, ¿alguna maldición familiar? ¿Se trata de un hombre? ¿Otro hombre? ¿O es que *ella* es un hombre? Oh, no.

—Quiero tener hijos —me dijo, arqueando las dos cejas con expectación—. Ya está, ya lo he dicho —y soltó un bufido de alivio—. No hace falta que sea hoy, no tienes que bajarte los pantalones ya mismo —y sonrió, intentando llenar el espacio que venía tras lo que había dicho con más palabras, muchas más—. Pero algún día querré, y los querré tener contigo. Es mi única condición. Que seas el padre de mis hijos.

Solté el aire del pecho y me llevé una mano a la frente, haciendo que borraba el sudor y luego lanzándolo lejos. Mi erguidez se desmontó miembro a miembro.

—Qué susto me has pegado, cojones. Pensaba que ibas a decirme que ya estabas casada, con un gángster napolitano, o algo —y puse voz Corleone, el gáznate bien rascoso, y empecé a zarandearme a mí mismo por el cuello de la camisa, secretamente aliviado—. ¡Quítale las manossz de enzima a mi espozza, bastardo!

—No es broma, Cienfuegos. Esto es una promesa que tienes que hacer si quieres estar conmigo siempre. Si no vas a querer tener hijos, dilo ahora, y nos tomaremos esto —y miró a su alrededor, y luego nos señaló a ambos, dos objetos a subasta— como otra cosa distinta. No pasa nada. Pero no quiero hacerme ilusiones y que luego abandones el barco en plena travesía. ¿Truco o trato?

Que luego abandones el barco en plena travesía. Eso fue lo que dijo. El maldito símil naval.

—Truco —le dije—. Los caramelos, vamos. Y si es Verdad o Acción, siempre la Verdad. Que no pienso soltar, que quede claro. La verdad es una falacia. Un invento burgués.

Ella me miró arrugando toda la nariz y la frente, y se le quedó cara de perro chino.

—¡Quiero decir que claro que querré tener hijos contigo! —añadí de inmediato, en formato imperativo sobreexcitado, sin pararme a pensar en lo que estaba añadiendo—. ¿Estás loca? ¿Cómo me preguntas eso? —de repente se me ocurrió una idea dramática—. Mira, te lo voy a decir cantando, igual que en *Siete novias para siete hermanos* —y agarré el cúter, y abrí una de las cajas de discos, y busqué con las puntas de los dedos hasta que di con el que me interesaba, y lo agarré y lo saqué y lo incrusté en el tocadiscos a pilas que me había regalado Eugenio Cuchillo a los veintidós, y sólo entonces dejé caer la aguja sobre la segunda canción.



En la portada del disco, que dejé acostado en el suelo, se veía a Tim Hardin curioseando desde una ventana cerrada, y a su lado una rubia con un vestido de amebas se sostenía la rotunda barriga con mano cuidadosa. Ella se examinaba lo que llevaba allí, aquel bulto, aquella cosa creciendo imparable en su interior, pero Tim Hardin miraba directamente a la cámara, marejadilla en el ceño y mal de ojo, como evitando admitir la presencia enorme de aquel embarazo, aquella cosa que lo ocupaba todo y no dejaba espacio para nada más. Tratando de *negar* su presencia; pensando quizás en la conveniencia de abandonar el barco.

De golpe comprendí que no era una foto feliz. Era una foto de mal agüero, la verdad, como si él estuviese maquinando algún puñal ingrato, alguna salida a todo aquello por la puerta de atrás. Pero no comenté nada de esto, porque no venía a cuento en el contexto en que estábamos, y el disco me gustaba a pesar de todo ello, y no quería ser el aguafiestas mayor de nuestro primer día en el piso nuevo.

Así que, mirando fijamente a Eloísa, tomando una de sus manos de alondra por su muñeca de insecto palo, mientras empezaba a sonar la melodía, le canté que Si yo fuese un carpintero, y ella mi señora, ¿te casarías conmigo igualmente, querrías entonces tener mi hijo?

A Eloísa le nació un pantano en los ojos.

—Claro que sí —dijo, sus ojos estufas catalíticas con el gas al máximo, llameantes y encendidos—. Ya te dije que te querré siempre, seas lo que seas y hagas lo que hagas.

—¿Incluso si soy un carpintero? —bromeé.

—Más aún si eres carpintero —contestó, sorbiendo por la nariz y secándose las lágrimas con los dedos—. Entonces seguro que querré tus hijos.

—La verdad es que no soy carpintero. Pero soy un escritor de éxito, que es aún mejor, ¿no?

Y, sin pellizco alguno en mi estómago aún, el tórax rebosante de confianza en la suerte y el devenir, agarré a Eloísa de ambas manos, y la puse en pie, y le encasqueté un beso en plena boca, y su lengua sabía a Tomillar frío. La giré, como el que gira un torno de alfarería, y desde su espalda le susurré una obscenidad al oído izquierdo, y el vello albino del cuello se puso firmes, y me pegué a ella por detrás, adherido de repente a su trasero al modo koala.

—No hace falta que me los hagas ahora, ya te lo he dicho —susurró ella, mientras yo le bajaba los pantalones y la llevaba a tumbos contra la pared de la sala, sin despegarme, como si estuviésemos haciendo una carrera de sacos en tándem. Le bajé las bragas.

—No veo razón alguna para esperar —le dije, y separé sus nalgas con ambas manos—. ¿Cuántos quieres? ¿Con ocho basta?

Y empecé a empujar dentro de ella, y Eloísa empezó a gemir y una nueva lágrima sietemesina se le deslizó hacia abajo por el pómulo derecho. Le acaricié la mejilla con la punta de un dedo, y le pregunté por qué lloraba, incapaz de dejar de empujar. Siempre me excitaba ver llorar a Eloísa, por cierto; besar aquella lágrima solitaria y paciente. Nunca averigüé de dónde surgía esa extraña compulsión mía. Supongo que se trataba de alguna perversión sádica relacionada con la dominación.

Como no contestaba, volví a preguntarle por qué lloraba.

—Porque estoy contenta —dijo ella al final.

Remember

Ya en las oficinas de *La Nación*, la melancolía invade mi territorio soberano por varios flancos. Son las seis de la tarde, y todos se han marchado. Mi mesa es una de las únicas áreas habitadas del hemisferio norte de la planta, donde nos alojamos los encargados de los suplementos de tendencias para tontos del bote y las guías de fin de semana para los que no saben planificar el ocio por sí mismos. Las mesas restantes están limpias y despejadas, como si su ocupante y sus enseres se hubiesen desintegrado súbitamente. Una calma posnuclear se ha mudado para siempre al despacho. La sensación es, de nuevo, como en una de esas películas de ciencia

ficción, cuando el protagonista viaja a un tiempo distópico en el que los humanos se han extinguido, y lo único que queda de ellos son los despojos inservibles de su civilización fallida. Sus ordenadores estúpidos, sus trastos para hablar a distancia, sus videojuegos inutilizados, sus documentos irrecuperables encerrados en programas olvidados hace siglos, cuyo código ya nadie sabe quebrar.

Aquí, justo a mi lado, solía sentarse el Remember, el bigotudo crítico de rock de la vieja guardia. Era una enciclopedia humana, el sabio más sabio de nuestra pequeña aldea gremial. Tal vez por eso mismo, Remember fue uno de los primeros a quien Sascha echó. El jefe dijo que sus conocimientos habían quedado obsoletos, y que sus métodos eran absurdos (Remember aún escribía a mano sus artículos). Los llamó «métodos absurdos», como en aquella película del Vietnam, sólo que sin saberlo. Mediante la violenta reconversión saschística, nuestro sabio pasó a ser nuestro caído prematuro, el primer soldado desconocido en la batalla del ERE.

Me caía tremendo el Remember. En realidad no se llamaba así, pero le anglicamos el nombre en una revista musical donde trabajábamos los tres, Eugenio Cuchillo también, a mediados de los ochenta. En aquella época a Remember también le llamaban Rememberpedia, por todo el conocimiento musical y político que almacenaba entre las elevaciones tortuosas de su corteza cerebral.

Remember siempre nos decía: «En la vida hay que probarlo todo al menos una vez. Menos el incesto y el baile country.»

Y también: «Hay cosas que suenan mejor de lo que en realidad son. Como la benzocaína».

El Remember tenía un código de honor, en cinco puntos de Nunca, que nos repetía borracho y sobrio, y cada vez que la ocasión lo requiriera, con gran solemnidad:

1. Nunca cruces la línea de un piquete.
2. Nunca trabajes en publicidad.
3. Nunca te fíes de la lujuria.
4. Nunca te mezcles con gente más mala que tú.
5. Nunca olvides el pasado.

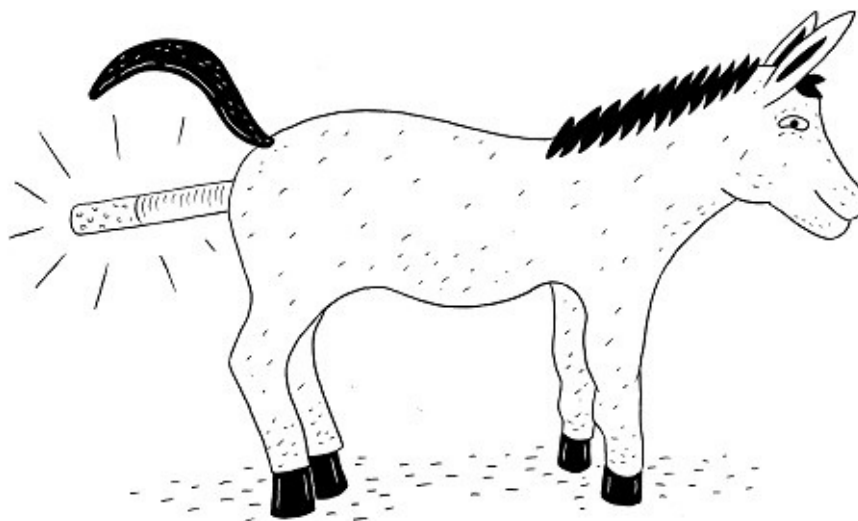
Ahora observo con pesar su mesa vacía, de color gris plastificado, desnuda de enseres y cedés rayados y revistas musicales inglesas, desaparecido el viejo póster de Buffalo Springfield que acostumbraba a enmarcar su cara. Me digo que debería haber prestado más atención a aquel código de honor, en lugar de tomármelo como la broma de taberna que nunca pretendió ser.

El día en que se marchaba, el Remember me dijo:

—Me siento como uno de aquellos regalos gilipollas del *TP*, ¿te acuerdas? Aquellos bibelots baratos que no servían para nada, como el burrito expendedor de cigarrillos que expulsaba la carga por el ano si le tirabas de una oreja. Pasado de moda.

—Aún los venden, en los súper chinos —le contesté yo—. Esas cosas nunca pasan de moda, Remember. Tú no puedes pasar de moda. Eres permanente. Eterno, indestructible, como la gripe.

—Dale recuerdos de mi parte a Broad Street, Cienfuegos —se despidió. Remember siempre estaba mofándose de la carrera post-Beatles de Paul McCartney, que le parecía una inmundicia. Y mientras se marchaba, le escuché cantar—: No more lonely nights, da-da-di-do-do-do.



En *La Nación*, sigo pensando en el Paul McCartney de 1984 y en el simpático burrito expendedor de cigarrillos por vía rectal. Me gustaba el Remember. Me hacía pensar en cosas interesantes.

En la máquina de café, mañana tras mañana, hablábamos él y yo de nazis famosos, del asesinato de Kennedy, de Jacques Vergès y la liberación de Argelia y lo de Klaus Barbie, de la Creedence Clearwater Revival, de los jemeres rojos, y de Gene Clark en solitario, y de cómo los Wings eran el grupo más repugnante de la tierra. Otros días decidíamos que no, que el más repugnante era el Phil Collins del «Another day in paradise». Número Uno en Estados Unidos, decía el Remember. Eso siempre debería hacerte sospechar, pavo, me decía.

—¿Todos los números uno *blancos* en Estados Unidos post1967? —pretendía preguntarme, y al instante se autocontestaba—. Bazofia pura.

Se equivocaba, pero no importa.

La cuestión es que ahora, a pesar de todas las palabras que el Remember expulsó entre estas paredes durante años, a pesar de todas aquellas discusiones enriquecedoras que mantuvimos al lado de la máquina de café, a pesar de la concisa maravilla que era su código de cinco Nuncas, es como si nunca hubiese estado aquí. Su presencia no dejó huella alguna.

Si no cuentas mi recuerdo, claro.

Y, asimismo, la única cosa que parezco haber memorizado (y puesto en práctica) de sus cinco puntos es la siguiente:

4) Nunca olvides el pasado.

De acuerdo, Remember. Haré todo lo posible por seguir tu consejo.

Calimocho desaconsejable en el WC

A lo mío: abro mi mochila y saco las dos botellas. Una de Coca-Cola de litro y medio y una de agua que contiene un litro de gandeses a granel. Me las llevo al lavabo, cruzando toda la planta con las botellas dentro de la pelliza, apretujadas en la zona de la barriga. No se nota mucho, creo. Mis pasos suenan esponjosos en la moqueta gris, como si anduviera sobre las hojas podridas de un bosque de hayas. *La Nación* ostenta una superabundancia de color gris chinchilla en sus interiores. Sobre el lavamanos abro con un crujido la botella de Coca-Cola y tiro la mitad por el desagüe. El líquido oscuro desaparece borboteando ruidosamente. Luego la coloco allí en posición vertical y, tras abrir la botella de gandeses, vierto casi todo el vino en el interior de la botella de cola, mezclándolos e intentando no ponerme perdido. El baño se somete al dictatorial olor a uvas fermentadas de la Terra Alta.

Cuando termino, queda un cuarto de vino en la botella. Lo miro un segundo y luego me lo echo al gollete y lo hago desaparecer. Vasos comunicantes. Hace un segundo estaba en la botella, y ahora está todo en mi interior. ¡Magia!

Eructo. Oork. La melancolía fúnebre empieza a replegarse, y un amago de coraje holandés comienza su despliegue por mis articulaciones. Me pregunto cómo debió ser la primera borrachera del hombre, qué debió pensar aquel cromañón afortunado al comprobar que tropezaba de repente con todos los cantos, veía triple y se le escapaba el pipí, pero a la vez desaparecía de su cabeza todo tipo de terror primordial: a la noche, a las fieras, a los Dioses de la caza, a la fertilidad de las hembras, al invierno, a sí mismo. Debió sentirse un superhombre, como yo me siento ahora.

Lanzo la botella vacía a la papelera y me miro en el espejo. A pesar del nuevo valor espirituoso y la posesión superhumana, sigo teniendo la misma pinta atroz. No ha cambiado a lo largo del día. Si eso, es aún peor. Me empujo los párpados hacia abajo con los dedos. Sin querer, me canto: *Mírame a la cara, y dime lo que ves / Un ser huraño y solitario, porque qué otra cosa es vivir sino soledad*. El color de la membrana inferior, como se llame, se ve deslucido, apagado, como si le faltara riego sanguíneo. De repente pienso en una ocasión en que íbamos a seccionar un arenque en Ciencias Naturales, debía ser cuarto de EGB, y mi abuela me compró un arenque *en salazón*. Como si viera ahora aquel arenque, el color ferruginoso que exhibía, la salmuera granulada que lo vestía. Todos los peces estaban muertos, pero el mío era el que tenía peor pinta. Como una momia de pez. El interior de mis ojos es de un color parecido: el tono de ente disecado que se obstina en permanecer. Permanecer, ésa es la cuestión.

Donde Cienfuegos se hace una pregunta legítima

Echando otro trago, ya de la botella de calimocho, una mano apoyada en la pila del lavabo, me pregunto por qué no me han echado aún de *La Nación*. No tiene ningún sentido. ¿Por pena? Suena altamente inverosímil. Este tipo de corporaciones no conocen la pena. La chica de marketing que despidieron el mes pasado tenía un marido parapléjico, y la echaron igualmente. Se llamaba Aurora Cantalapiedra. Nunca llegué a hablar con Aurora, aunque una vez fisgué sus fotos en internet desde casa (buscando masturbarme, si tengo que especificar). Estaba bastante curvacea en bikini, pero la visión del marido al lado, estático como un ficus con babero en la mayoría de instantáneas, me angustió bastante y, a pesar de que cubrí su figura con un folio pegado a la pantalla (usé celo), no conseguí que se me pusiera dura. Seguía imaginándole allí detrás, al marido, con su jeta de Stephen Hawking en pleno apretón, haciendo una mueca petrificada y gargolesca que parecía condenar mi onanismo pertinaz. No volví a mirar aquel «Vacaciones en Comillas 2009» de Aurora Cantalapiedra, la tetuda de marketing; a saber qué estará haciendo ahora. ¿Eres feliz, Aurora? ¿Y las amistades cómo van?

Durante los primeros días del Expediente de Regulación estuve en tensión, como anticipando la caída de la guillotina en mi cuello. Las llamadas al despacho de Sascha se iban sucediendo con terrible regularidad, y las mesas se vaciaban como por arte de birlibirloque, parecía un terrible pogromo de exterminio en proceso de diezmar nuestro koljós, y sin embargo mi nombre nunca sonaba. Hombres y mujeres se levantaban vacilantes de sus sillas, algunos ya llorando, cuando escuchaban su apellido en la boca del jefe, pero yo permanecía sentado, mirando fijamente mi pantalla, fingiendo no ver lo que sucedía a mi alrededor, toda la planta levantándose al unísono para ir a consolar al recién despedido cuando emergía, ya ex empleado de *La Nación* y convertido en un amasijo descoordinado de miembros, lloroso y trémulo, de aquel despacho infausto.

Al cabo de varias semanas, cuando sólo quedaba ya en pie el cuarenta por ciento de la plantilla, empecé a relajarme. A pensar que había escapado, por los pelos, del gran Terror.

Y, sin embargo, sigue siendo incomprensible (me digo). Tengo el perfil exacto del individuo echable: malhumorado, antiguón y revenido, obsoleto, sin prestigio, desusado y bocazas, con una cierta tendencia primigenia a ignorar la cadena de mando que camufla con coba y servidumbre tanto como puedo (no sé con qué porcentaje de éxito). Mi único atributo verificable y cuantificable es la disponibilidad. Lo escribo todo, nunca digo que no a nada, y dejo bien a todo el mundo. El toque Cienfuegos; ya se habló de él cuando procedía. No me apetece repetir toda esa mugre.

Camino Soria

Se abre la puerta, y entra la Socorro. La mujer de la limpieza del turno de tarde. Redonda como un almohadón y más fea que un catapultazo de estiércol. Pero buena gente.

—Huy, perdone, pensaba que no había nadie en la oficina —dice, haciendo amago de retirarse, y de repente percibe que se trata de mí—. ¡Hombre, qué tal, majo!

—Voy ca-mi-no So-ria —le canto, moviendo el trasero. Socorro es de Soria. Siempre le he cantado esa canción. Tiene cincuenta y pocos años, y aparenta ciento tres. Su trabajo, con los vapores de lejía y el kilometraje fregado, no es precisamente de los rejuvenecedores—. ¿Un traguito, buena mujer?

—Cojones, Cienfuegos —me dice, entrando en el baño—. Qué mala cara tienes, majo. Parece que te haya atropellao un camión.

—No es Coca-Cola sola —le digo, acercándole la botella de plástico casi hasta tocar su napia—. Hay vinazo, sólo que disfrazado de bebida gaseosa americana. Es camuflaje.

Socorro no necesita que le explique qué hago bebiendo calimocho de ganesa en un urinario de *La Nación* a las seis y media de la tarde. Socorro era una de las que acudía sin falta, todas aquellas veces que me puse a llorar a gritos en los lavabos, cuando Eloísa me dejó.

—¿Qué celebras, hijo? —me dice, y aparca el carrito de la limpieza al lado de la puerta, y coloca el triángulo amarillo con el dibujo del tipo resbalando en el suelo entre nosotros: *Peligro, suelo resbaladizo*. Parece una pirueta de baile, no alguien a punto de partirse la crisma. Es un dibujo un tanto irresponsable; lo pintan como si fuese divertido, lo de patinar en el baño.



—Que Eloísa y yo hemos vuelto —le digo, y le sacudo otro trago al vinito dulce

—. ¡Ha triunfado el amor! A pesar de nuestras deformidades físicas y mentales, nos amamos. Como en *Chuek. Sherrek*. Nunca sé cómo pronunciar ese nombre. La película del ogro verde con trompetillas en lugar de orejas. A Curtis le encanta esa película, porque el ogro se tira pedos subacuáticos en su fangal, y...

—Pues no sé qué habría pasao si no volvéis —me contesta, ignorando mis reflexiones sobre el ogro flatulento, y empieza a sacar el mocho color gris mocho.

—Esa opción ni se contemplaba, Socorro. No con mi encanto natural, mi ingenio y mi excelente sentido del humor —y le robo otro trago al botellón.

—Oye, majo. Mira que te digo una cosa: que a lo mejor no os ibais bien —no la he engañado ni un segundo. Lleva el detector de basura masculina instalado de serie, y hace décadas que practica con marido, cuñado, padre, hijos y nietos—. Hay gente que se quiere mucho, pero tiene que separarse, porque se sacan lo peor. No lo he visto veces —y mueve una mano batidora—. Así de veces, en el pueblo. Mi hermano y mi cuñada, mira. Se separaron como amiguísimos, la jueza no entendía qué coño hacían allí firmando la separación, si iban dándose la mano y del bracito y toda la pesca. Pero es que se iban mal, se hacían daño, me entiendes. Él tenía una cosa dentro, algo que le quemaba, eso le decía a ella, algo que no podía controlar, y luego se volvía un animal, y pimplaba demasiaio...

Socorro me mira atentamente. Bajo la botella y le coloco el tapón y la instalo detrás de mi trasero. Toso.

—Bueno, pues ahora están la mar de bien —continúa, y da una palmada—. ¿Sabes? Se han casado por segunda vez con personas que los tratan bien y les quieren, y los niños no ven riñas, ni a su padre echando las tripas en el lavabo, y todo el mundo está mejor. A veces uno de los dos tiene que tener coraje, y tomar la decisión por los dos. Porque a veces hay uno que no daría el paso, que se quedaría agarrao allí a la mierda, por muy mala que fuese. Quedarse solo le da miedo a todo el mundo. No hay que tener vergüenza. Todos hacemos igual, ¿no? Más vale loco conocido...

Me dirijo hacia la puerta, para marcharme de allí, y le echo una fugaz mano al hombro a Socorro, al pasar.

—¿Pero dónde vas así?

—Qué será, sera-a-a-á —le contesto, medio cantando, y saliendo por la puerta, y atizándome muy fuerte en el hombro con el marco de ésta en el proceso (sin sentir dolor alguno), y continúo entonando la melodía—. *Ahora que al fin ya soy mamá, mis propios hijos quieren saber si serán ricos, si estarán bien. Me toca responder: ¿Qué será, será?* —me vuelvo hacia la Socorro, que está aún en el interior del meadero con una sonrisa dulce a medio pudrir y el mocho en la mano—. Pues será una mierda, eso será. Qué va a ser si no, Socorro. Una gran mierda.

Drinking and driving

Ya estoy llegando. Casi olvido que esta noche se celebra el premio anual de novela de mi antigua editorial. Menos mal que se me ocurrió abrir la Bandeja de Entrada de mi cuenta de correo antes de abandonar, todo jacarandoso y acalorado yo, la redacción. Al principio no vi la invitación, pues estaba agazapada entre las tinieblas de las misivas de comercio sexual que recibo a diario. *Alivio para tu mástil. Haz que tu masculinidad sea colosal. Dale más poder a tu cigarro puro. Gran tubería, resultado permanente. Alargar tu herramienta de macho será la mejor venganza contra tu ex.*

Me río, ya sobre ruedas, al recordarlo. ¿Mi cigarro puro? ¿Mi herramienta de macho? ¿Venganza contra mi ex?

Ahora en serio, no debería conducir en este estado. ¿Qué estado es éste? ¿Es una ciudad-nación medieval italiana? ¿O un imperio anticuado aunque orgulloso, como la Rusia de 1940? ¿Soy Luxemburgo o Eufrasia?

¿Eufrasia? Quería decir Eurasia.

¡Eufrasia! Me río aún más fuerte, sobre la Vespa roja. Estoy parado delante de la iglesia de la plaza Bonanova, ante un semáforo en rojo que he atinado a ver de pura chiripa. Le doy un par de veces al claxon, no tengo ni idea de por qué. Luego hago sonar a bocinazos el clásico: ¡*Nas de Barraca, Sant Boi!*

Me encanta esa tonada. Po-po-po-po-po-PO-PÓ.

Luego canto, dando voces en un inglés más o menos aceptable: ¡*Drinking and driving! ¡It's so much fun!*

Se me instala un descomunal Nissan Pathfinder azul ballena al lado. Lleva el prototípico pánfilo repeinado al volante, que me mira un instante, sin comprender. Quizás esté tratando de explicarse cómo puede haber retrocedido en el tiempo hasta 1986, cuando era legal conducir motocicletas sin llevar casco. No, no llevo casco, señor raya al lado, maricón declarado. Porque no me da la gana. ¿Estas gafas de sol negras? ¡Me apetecían! ¡Eso es, amigo! ¡Chúpate ésa! ¡Me apetecía conducir con gafas de sol! ¿Hay alguna ley contra eso?

De hecho, hay un montón de leyes contra *eso*. No era lo que trataba de expresar.

Bueno, no importa. Le hago cuernos con una mano al finolis engalanado del Nissan, y luego expulso una sonora pedorreta con la boca, przzzzzz, y aún me da tiempo —mientras él se da a la fuga cuando el semáforo cambia a verde— de despedir nuestra reciente amistad con un nuevo: ¡*Nas de Barraca, Sant Boi!*

Qué risa, madre. Me encanta el vino. Planeo mejorar mi saque, por supuesto, pero aun así. Mi saque y mi volea, ja-ja. No estoy pensando en Eloísa casi nada, vamos. Esto es fenomenal.

—¡Me gustan las mujeres, me gusta el vino-o-o! —berreo, arremetiendo a todo gas por el paseo de la Bonanova—. ¡Lanzaos al asfalto! —les grito a unas chicas

flacas y bonitas y sobre todo borrosas, con perlas en los lóbulos de las orejas, que seguramente chismorrearán sobre novios y dinero y sus papás y su veraneo en Calella, desde una esquina—. ¡Todo el mundo se está lanzando al asfalto, para escapar de este espanto de mundo! ¡Seguid mi consejo, queridas pijas! ¡Los ricos también lloran! ¡Tenéis que seguir mi consejo! ¡Lanzaos al asfalto!

Si he de decir la verdad, dudo que lo sigan, pues he estado a punto de matarme en un bandazo imprevisto, cuando miraba en su dirección. Endereza y mira al frente, Cienfuegos. Recuerda cuál es tu misión. Recuerda, haz el favor. Recureda, faz el favor. Ercredada, zaf le vafor. Recurrucurrucureda, Zaf y Ravof. Ravof, Zaf y Rodoreda. Ravozas y el Rodondendron. Dron. Dron. Dron.

Está usted invitado

Dron. Dron. Dr... Un momento: ¿qué es lo que tenía que recordar? No consigo... Ah, sí, desde luego: el premio de novela que entrega anualmente mi editor. Justo acababa de incrustar el punto final en mi gran artículo sobre Palacios, aún en *La Nación*, y despedía con un último sorbo los tres cuartos de calimocho, cuando vi aquel mail.

Está usted invitado...

¡A mí personalmente! A mí, me invitaban. No todos me habían olvidado, allí estaba la prueba irrefutable. Mi editor aún me amaba, me dije, borracho como un cerdo e incapaz de razonar con solidez. Mi agente, una persona en extremo incompetente (en los días más amargos le hacía a él único responsable del hundimiento de mi carrera) a quien no veía desde la oscuridad espiritual del año 2006, también estaría allí. Visualicé cómo nos abrazaríamos los tres y hablaríamos de mis proyectos futuros, de la película que va a rodarse sobre *Mambo para gatos*, de mi regreso triunfal. ¿A qué actor ves tú en el papel de...? Luego danzaríamos una jota vigorosa, y la culminaríamos abrazados al modo de futbolistas victoriosos. Y luego iría a donde estuviese Eloísa con Adolfo, y me arrodillaría a sus pies, y le rogaría que volviese a mi lado, y le diría que todo fue culpa mía, por primera vez, y venga, vámonos a casa los tres, no, este capullo de Adolfo no, me refería a Curtis, quiero darle un besote en la frente a Curtis, es lo que más deseo en este momento.

Ésa es mi misión. ¿Cómo suena? ¿Eh? ¿Cómo suena?

¿Hola?

Ahora sí: acontece el desastre

Da igual, no necesito contestación de nadie, me importa tres pepinos la opinión pública sobre mi misión, y en cualquier caso ya estoy llegando. Por suerte, han subido un montón las temperaturas. No tengo nada de frío. De hecho, estoy ardiendo. Me suda la entrepierna, como si alguien hubiese vertido un jarro de agua en mis ingles. ¿Me habré meado encima? Todo es posible, aunque... Un momento, ojo. ¿Eso de allí delante es un semáforo en ámbar o un intermitente trasero de coche? Me levanto un poco las gafas: un semáforo. Parecía un intermitente. Son las lágrimas, cayendo como moscas desde mis ojos, que me han empezado a cegar. Sí, estoy llorando. Qué asquerosamente previsible. Nunca debería tratar de pensar en Curtis y beber a la vez.

Ahí está la sala donde se celebra la fiesta. Bien. Frenemos la máquina y descendamos de mi montura con todo el *savoir faire* del que podamos hacer uso.

Un momento.

Va.

Un momento.

En serio.

Esto no frena.

¡ESTO NO FRENA!

La palanca baila suelta debajo de mi zapato con el disloque de aquellos muñecos de goma y alambre a los que se les partía el esqueleto metálico. La pisoteo de manera enloquecida. Se escucha un crac. Suena definitivo. Final. Aprieto con la mano derecha el freno de la rueda delantera: tampoco sirve para nada; debería haberlo cambiado hace siglos, maldita ITV lenitiva. Pero al menos (algo sucede) parece que está ralentizando una pizca mi fulgurante acercamiento. Las dos ruedas chirrían sobre la acera, sólo que no lo suficiente, ni en broma.

La velocidad que llevo ahora es tan baja como para percibir segundo a segundo lo que estoy haciendo, pero tan alta como para imposibilitar el saltar en marcha o lanzarme de bruces contra la pared. Es la velocidad recomendable para conseguir un trompazo más humillante que dañino. Es perfecta para el ridículo, como esas caídas al salir de un coche en que no vas directo de boca a la acera, sino que vas cayendo con el suficiente tiempo para ir viendo tu desplome con todo detalle, sintiendo cómo no obedecen las piernas y ese tobillo se dobla por allá y ya estás a punto de dar con la cara contra la farola y ya estás allí, de puras narices, ni siquiera desvanecido sino en perfecto control de tu memoria y tus facultades mentales, la nariz rota y un tobillo hecho puré y los ojos bien despiertos para reparar en el daño que acabas de infligirte y la cantidad de transeúntes que han disfrutado de tu cómico descenso.

Ya estoy en la puerta. Todo sucede muy rápido y muy lento a la vez.

—AAAAAAAAAAAAAH. ¡PASOOOO!



El portero, con su librea encarnada y perfil Jeeves, se echa a un lado de un brinco, y vocea un gran ¡Cuidado! preventivo hacia el interior, y allá voy, contra las cortinas granate de terciopelo, que se cortan frente a mí de un golpe de Vespa, y la luz del interior del club no me ciega, porque aún llevo las gafas de sol, distingo caras fugaces que se desdibujan en los recovecos de mis pupilas, y toda esa gentuza literaria con sus copas de champán a medio beber abre mucho los párpados cuando circulo acelerado por el alarmado pasillo humano que formaron, y la moto va aminorando la velocidad de forma muy tenue según avanzo por el gran anfiteatro de la fiesta, murmuro Perdón unas cuantas veces, empiezan a oírse entre los aullidos los flashes de las primeras cámaras, ¡caramba, si ahí está Juana Bayo!, qué casualidad, pero ella no levanta la cámara, sólo abre la boca hasta el descoyunte maxilar, suelto una mano para poder saludarla, fantástico, ahí va la moto hacia el suelo por el lado donde he dejado de sujetarla, en sincronización perfecta con la dirección original, que ahora veo tiene su estación término en la pura barra.

Ya llego a mi destino. El camarero uniformado tras la barra echa al aire el gin fizz que estaba confeccionando y también brinca a un lado, como si le hubiese detonado una mina en los pies. El griterío aumenta, y sólo camufla sus voces el estruendo de la barra cediendo ante mi moto ya derribada, que ha resbalado por la moqueta hasta chocar contra las patas del bar móvil y ahora lanza todas las botellas y vasos al aire, junto a mis gafas de sol.

—¡Mecagüenla...!

Lo dije chillando, pero no debió oírse, pues en aquel momento estaban cayendo en mis cejas y nariz y antebrazos un montón de copas de champán desmenuzadas, cuyos cristallitos se hincaron diligentemente en todo mi cuerpo.

Ponk.

Eso era una botella de Larios, que impactó en mi frente tras rodar un trecho a través de la barra tumbada. Me detengo completamente, al fin. Estoy inmovilizado,

por supuesto, pues mi Vespa pesa un quintal y no puedo zafarme de ella por mucho que lo intente. Los flashes continúan explotando con irritante insistencia y yo soy su epicentro. Parece que todo lo caíble me cayó ya encima. Al fin puedo relajarme. Lo de relajarme es un decir, porque estoy sangrando por varias zonas, pero al menos mi cuerpo ha adoptado una posición no dinámica. La moto muere con un ¡pef!, y todo lo que queda luego es silencio y terror.

Miro a mi alrededor. Todos están paralizados y a medio hacer algo, como un cuadro holandés de una escena costumbrista. Ahí está mi querido editor, con la cara color mancha de nicotina y un pinchito de pollo al curry entre los dedos, inmóvil y céreo, su cuerpo hecho estatua de alabastro. A su lado, el inútil de mi agente, que recién se acaba de echar un vino tinto por toda la cara y pecho, y parece que le haya estallado encima una granada de zumo de ciruela.

Un par de muchachos, editores jóvenes, parecen ahora venir a socorrerme desde otro extremo del club, salían juntos del lavabo, pero pasan de largo cuando llegan a mi vera y se abalanzan sobre mi antiguo editor. Por un momento parece que le están agrediendo, quizás aprovechando el desconcierto reinante para vengar alguna afrenta editorial pasada, pero entonces observo de nuevo a mi ex editor. Una de sus manos se aferra ahora al lado izquierdo de su pecho, y a la vez saca la lengua en una mueca espeluznante, y sus dos globos oculares viajan dos o tres centímetros fuera de las cuencas. No hay duda: el hombre, que es de edad avanzada, está sufriendo un remarcable infarto de miocardio, y su rostro va adquiriendo poco a poco el tono del atún crudo. Mi querido editor cae ahora al suelo de morros. Los editores jóvenes le voltean y le abren la camisa, y proceden a aporrear su esternón con desespero.

Junto a ellos, rodeado por un mar de fotógrafos y en estado de sublime inmovilidad erguida, está el que deduzco que es el ganador del premio literario de este año. Los fotógrafos ya cesaron de tomar instantáneas de su cara —pues en estos instantes dividen su atención profesional entre mi figura inerte incrustada en la antigua barra, ahora un amasijo de madera y vidrio pulverizado y líquido, y la muerte en directo del editor más ilustre de España—, pero el tipo sigue allí, la sonrisa como borrada con láser y las cejas en derrumbe: Adolfo Bocanegra. El ganador. Siempre el ganador. Que gane el mejor. Tenía que ser Adolfo el Benigno, no lo sabía pero debí haberlo imaginado. No podía ser otro.

No me sorprende ver ahora una familiar nariz naciendo tras uno de los hombros de Adolfo Bocanegra como el sol en un radiante amanecer de Formentera. Eloísa, claro está. Su rostro ha superado la incredulidad, y acampa un poco más allá, en el estadio que roza la locura irreparable.

Me desmayo. Ya era hora.

Pero no lo suficientemente rápido, aparentemente, porque antes de perder el sentido aún tengo tiempo de escucharlo con toda claridad:

—¿Cienfuegos?

4. Nudos e indultos



Un decepcionante tête-à-tête con Sascha

—Tú estás chalado de verdad, ¿no?

—Perdona, Sascha —le digo—. No te entiendo.

Ese Imbécil mira otra vez el manuscrito como si fuese un bicho venenoso, y vuelve a hablar con gran seriedad.

—Creo que tendrías que hacerte mirar la cabeza, colega.

Y regresa al papel con los ojos, y va negando con la cabeza, y carraspea de puro tic en un par de ocasiones, y a intervalos me echa miradas incrédulo, como asustado y a la vez sorprendido de que esto esté sucediendo, y yo permanezca aquí, en su frío despacho, y no sea un holograma, o algún tipo de broma pesada Cienfuegosforme que le han gastado sus amigos de la sección de Deportes, en el piso superior.

Poco a poco empieza a filtrarse por entre los pliegues de su encéfalo la posibilidad de que todo esto sea real, por inverosímil que parezca, y la imperiosa necesidad de hacer algo, decir alguna cosa. ¿Pero qué? Esto no lo enseñaban en la carrera de marketing y comunicaciones. No era uno de los ejemplos prácticos que estudiaron en tercero. Su cabeza sigue pegada al papel, y dos finas columnas de humo brotan de sus orejas. Las manos le tiemblan, lo que nunca es buena señal. Manos traqueteantes nunca mienten, que decía mi abuela.

Delante de él, sin duda, estoy yo. ¿La cara? De púgil, sembrada de tiritas y embarrada de mercromina, al igual que las manos y otras partes de mi cuerpo que no vienen a cuento, pero que duelen lo que no está escrito. Sobre todo al sentarme. Una venda circular comprime la costra de mi frente, y medio hombro se debate indeciso entre el azul turquesa y el morado deslucido, por el trompazo que me di contra la puerta del váter al principio de la noche anterior. El ojo izquierdo, negro betún; estilo lémur asimétrico. Espíritu: suicida. Fuerza: bajo mínimos. Luz: cortada hasta nueva orden por falta de pago.



Me revuelvo sobre el cojín de la silla; Sascha me permitió esa mullida concesión, como si yo fuese un prisionero de guerra protegido por la Cruz Roja. Algo me dice, asimismo, que va a ser la última. El momento se acerca. Sascha despega al fin el rostro de mi crítica de Palacios, sé que es mía porque veo mi letra abigarrada y demente y obsesiva al trasluz, y sí, en efecto, le di la crítica *manuscrita*, como si estuviésemos de nuevo en 1987. Todo indica que al final no la deposité en su Bandeja de Entrada en forma de pulido y objetivo documento de Word, como era mi intención sobria. Qué deslíz.

Oh, madre

—Quiero que leas esto que me has entregado y luego me digas qué harías tú en mi lugar con alguien que presenta esto, esta... Esta inmundicia —la voz le tiritita, entrecortada de furia sin aditivos. Me acerca el papel pinzándolo con sólo dos dedos, como si fuese un papel de váter recién usado por alguien que comía demasiada carne roja y pollo al pimentón.

Agarro el folio. Por culpa de aquel traicionero ganesa con cola no recuerdo muy bien lo que escribí, aunque sí intuyo el tono y la intención usados. Veamos. No es muy larga, no debí creer oportuno desperdiciar demasiado tiempo en ella. La leo a toda prisa.

Un minuto después: Oh, madre.

Oh, no, por favor.

—Al menos es corta —titubeo, el papel aún entre mis dedos. Gotas de vino seco mezclado con saliva viruelan el texto aquí y allá. Está lleno de insultos, calumnias y juramentos antitodo. La verdad es que me sorprende haber escrito eso; no es mi estilo habitual. No suena en absoluto a mí. Pero *In vino veritas*, ¿no es eso lo que dicen? ¿Quién se atrevió a poner en duda mi valentía? En cualquier caso digámosle ahora adiós a mi empleo, que se apresura a emerger alado por la ventana.

Pero me equivoco de medio a medio pensando que todo terminó. Cuando vuelvo a mirar a Sascha, el color de su rostro ha variado, y parece un pez de esos que se camuflan con el suelo marino, lo vi en un libro de Curtis. Ahora es color bermellón con toques morados. La cara de sofoco del que termina de correr una maratón, o acaba de ser injuriado de manera imprevista por un inferior.

—Siento mucho haber escrito eso —digo, cabizbajo—. No sé qué se me pasó por la cabeza. Lo reharé.

Cuando levanto la mirada, Sascha sostiene el ejemplar de hoy de *El Pueblo*, la competencia de *La Nación*. En los titulares de portada, PERROS RABIOSOS en cuerpo desmesurado, y una foto colosal de aquellos hombres musculosos y policiescos con intercomunicadores en las orejas pegándole fuego al contenedor de basura. El

subtítulo recalca que los parlamentarios acudieron a la sesión en helicóptero. Se hace énfasis en que hubo 36 heridos, 33 de ellos Mossos d'Esquadra y 3 de La Rabia, que se «autolesionaron» en comisaría. Pero no es eso de lo que desea discutir Sascha, por cómico y mendaz que pueda parecer el titular.

Nervioso, pasa las páginas del periódico velozmente hasta llegar a la sección de Cultura. Distingo la foto incluso invertida, desde donde estoy, pero Sascha se apresura a rotarla y presentarla ante mí en la posición adecuada. En esa postura, me hace entrega del periódico. Yo le devuelvo el manuscrito de mi artículo, intercambiando regalos, y Sascha hace de él una bola y lo lanza por detrás de su hombro, los músculos de la quijada en pleno calambre final.

Tres puntos. La bola que era mi artículo acierta justo en medio de la papelera.

—Lleva sonando el teléfono toda la mañana —escupe, con asco, después de encestar—. Parece que de repente vuelves a ser famoso. Todo el mundo quiere hablar con el tal Cienfuegos. El jodido ex escritor loco de la moto. Estarás contento.

El jodido ex escritor etc.

El contuso J.E.L.M (Jodido ex Escritor Loco de la Moto) padece demasiado dolor de cabeza, manos y posaderas como para leer el artículo con atención. El titular es más que suficiente, y terroríficamente previsible. Dice: GOLPE CONTRA EL PREMIO DE NOVELA. Aún diría más: campa a sus anchas por todo este asunto la repugnante inevitabilidad de una tragedia griega.

Bajo los titulares, una espléndida foto de Cienfuegos empotrándose contra la barra móvil del club, el puño en alto, la lengua fuera, a horcajadas sobre la Vespa roja a medio caer. En un recuadro superior de la foto otra imagen del fulano, más borrosa y pixelada, esta vez delante del Parlament con la pancarta de ESTAMOS HARTOS y en pose de increpar violentamente a un Mosso (¡No fue así, palabra! ¡Sólo saludaba a Juana Bayo! ¡Tienen que creerme!). El texto, que leo en diagonal, danza al mismo compás: Ideas radicales bla bla sus vecinos no sospechaban que bla bla llevaba planeando su venganza bla bla el fracaso de su carrera yak yak resentimiento contra el ganador del año Adolfo Bocanegra plin plon recientemente separado de su esposa bla bla abusos verbales y físicos (¿cómo?) patatín patatán chocante aumento de peso (esto sí es un golpe bajo) blep blop editor fuera de peligro (gracias, Dios mío) pin pan y patatán.

Mientras digería lo escrito, Sascha se había puesto en pie y ya sostenía la puerta. Una imagen vale más que mil palabras, como afirma el dicho.

—No voy a fingir que esto no me hace feliz —dice, un leve temblor aún subyacente en su fina voz. Lleva una camiseta de Vacuola y Los Citoplasmas, a los que no ha escuchado en la vida. Su puño se aferra de forma visible al pomo de la

puerta. De ser Hulk, ya lo habría desmenuzado como a una nuez. Me pongo en pie, aún sosteniendo *El Pueblo*—. Pero entiende que no nos queda otro camino. Has puesto al periódico en una situación insostenible.

De repente, suena el teléfono. Suena urgente, como si estuviese levantando la voz, como si el llamador hubiese logrado transmitirle la premura de su mensaje al aparato.

—No te muevas —me dice, y anda un par de pasos hasta su mesa—. ¡Sí, qué pasa! —vocea—. Oh, buenos días —su tono se desliza unos cuantos octavos hacia abajo, y de repente casi susurra, servil como una mucama—. No, aún está aquí. ¿Cómo? Sí, por supuesto. Ahora se lo digo. N-no, ningún problema.

Sascha ha vuelto a cambiar de color facial. Sus mutaciones camaleónicas son maravillosas. Ahora luce un ocre otoñal, los carrillos parduzcos, un cierto tono ojeroso de cirrótico, semejante a la pared interna de un pulmón. El conjunto recuerda la ropa de camuflaje para zonas desérticas: caqui con salpicaduras café.

—Era Simón Santos de Verano —me interpela, abatido—. Dice que aguardes un segundo, que quiere hablar contigo.

¿Quién diablos es Simón Santos de Verano?

Es el subdirector de *La Nación*. Hijo del director, y segunda persona más poderosa del edificio, y la trigésima quinta más poderosa (y popular) del país, aparentemente. Lo anunció nuestro propio periódico en un artículo escrito por algún lacayo e ilustrado con gráficos de quesitos, hace no mucho, en la sección de Sociedad.



Jamás me he cruzado con Simón Santos de Verano. Quizás accede al periódico por una entrada secreta, como Bruce Wayne. Su intervención en este asunto me

confirma que el alcance de mi hecatombe supera lo previsto.

No pasa ni un minuto y Santos de Verano se materializa en la puerta del despacho de Sascha. Sin duda, utiliza corredizos privados con pequeños autos de golf para recorrer las superficies de *La Nación*, al modo de los villanos de James Bond.

La primera sorpresa es la siguiente: está sonriendo. Su boca se extiende por el ecuador de su cara como abierta con una cremallera, y está llena de dientes sólidos y cegadores. Tiene un perfil esculpido de cordillera pirenaica, lleno de pómulos y narices y barbillas rotundas, cabello ondulado en aplicado caos, mandibulón firme y una cicatriz en la mejilla izquierda que finaliza en el extremo de su labio, y le hace parecerse a John Keats, o Byron, o algún otro poeta aficionado a los duelos. Se mueve con la confianza aristocrática de los que poseen multitud de cosas materiales y espacio terrestre privado, y todo está siempre bajo su control, incluso la meteorología. Es el hombre más hermoso que he visto nunca. Creo que estoy enamorado.

—Cienfuegos —me dice, con un acento de Pedralbes tan ostentoso que suena a un mal actor sobreactuando al imitar un acento ostentoso de Pedralbes. Extiende su mano, su amplia y pulcra mano, hacia mí—. No puedes imaginar el honor.

—¿Perdón? —estoy paralizado por la sorpresa; soy uno de esos animales que simulan su propia muerte al enfrentarse al depredador. No recuerdo el nombre del bicho en cuestión. Está en un libro de Curtis.

—Digo que no puedes imaginar el honor. *Mambo para gatos* es el mejor libro que he leído jamás. Admiro tus huevos, Cienfuegos.

—Espero que no literalmente, señor —murmuro.

Simón Santos de Verano se carcajea muy fuerte, y el mundo entero tiembla y luego se alegra de su dicha, porque él manda sobre todas las cosas grandes y pequeñas.

—Tu sentido del humor es remarcable, además —me dice—. No me sorprende. Siempre he dicho que a la literatura española le hace falta más humor, hostia. Y tú eras uno de los mejores.

—Ya no ejerzo, señor.

Muy bien, Cienfuegos. Trátale de señor, eso es. Regresemos al feudalismo de tu mano. Lame sus botas, cuando tengas un momento.

—No me jodas. Todo el mundo pasa por baches; la historia de la literatura está llena de ellos. Mira, he de confesarte que me sulfura lo desperdiciado que estás. Te he mantenido en el periódico porque te admiro —dice «te admiro» y luego no se echa a reír, como sería lo lógico, ni a dar vueltas de avutarda a mi alrededor mientras aletea con los brazos encogidos y chilla co-co-co-co, que te lo has creído, infeliz—. Y pensaba que deseabas un poco de privacidad para trabajar, imaginé que te estabas documentando en un empleo infame para una nueva novela, y veo que acerté. Tu *performance* de ayer me confirma que tienes tu regreso bien organizado. Así que ya podemos hacer planes para tu futuro, si te parece.

—¿Futuro, señor? ¿*Performance*, señor? —así se hace; continúa con lo de señor,

Cienfuegos. Quizás se decida a aplicar el derecho de pernada, después de todo.

—Hombre, lo del premio de ayer. Genial —suena genial—. Incluso lo de presentarte junto a los pies negros aquellos a manifestarte en el Parlament, por la mañana. Puro artificio, como el tiburón aquel del premio. —¿Tiburón? ¿Premio? No tengo ni idea de qué me está hablando este hombre—. Cómo sabes que no hay nada mejor que un par de escándalos para volver al candelero, ¿eh, Cienfuegos? Como los Sexy Pipols.

—Creo que se refiere usted a los Sex Pistols, señor.

—¡Eso! —y ríe de nuevo y me deposita la mano manicurizada en el hombro derecho y lo oprime al estilo clerical—. Nunca me acuerdo del nombre: Sex Pistols —toma ahora *El Pueblo* de mi mano, aún abierto por la noticia, y le echa un vistazo fugaz—. Esta publicidad no se puede pagar con dinero. Cómo me joroba que se haya aprovechado de ello la competencia. Quedemos y comamos; se me han ocurrido un par de ideas para ti en *La Nación*. ¿Tienes libre el martes 15 de noviembre? ¿Te han llamado ya de otros periódicos? Doblaré su oferta, que te quede claro. Quedemos en la plaza Maria Cristina a las siete de la mañana. ¿Te duelen las heridas? ¿Estarás bien?

Todo lo que contiene el despacho está inmóvil, excepto él. Él es la única figura en movimiento, como en *The Matrix*.

—Bueno, ¿no dices nada? —no puedo contestarle. Me he quedado mudo, ignoro si de forma terminal—. Acaba lo que tienes que acabar aquí —se vuelve hacia Sascha, que tiembla de pies a cabeza y parece una guirnalda de papel de cebolla en un ventoso cumpleaños campestre—. ¿Tenemos cosas pendientes de Cienfuegos para publicar? —Sascha observa sin rotar la cabeza, por un rabillo del ojo, mi artículo manuscrito hecho bola de basura basquetbolística en el interior de la papelera—. Publica *lo que sea* que haya entregado, y daremos por finalizada su estancia en esta planta. Por supuesto, habrá que anunciar que era una maniobra publicitaria. Encárgate tú de eso, Sascha. No, espera: lo haré yo mismo. Mientras tanto, Cienfuegos: mutis —realiza la mímica abrelatas a un lado de su boca—. No hagas ninguna declaración y mantente alejado de los periodistas. Buscamos ahora el efecto enigmático de escritor maniático, huraño y reclusivo, pero también excéntrico, excesivo y despampanante. Ésa es la marca que queremos vender —y regresa a mis ojos, y me mira fijamente, poniéndose cómodo en el interior de mis pupilas, y mantiene la mirada allí, tan pancho—. Como Gunter Esetón...

—¿Hunter S. Thompson?

—¡Exacto! Como él, como el gafas del pistolón. Te quiero en Cultura, y en Actualidad. Te quiero de columnista principal, de escritor kamikaze que no tiene miedo a decir lo que piensa. Eres la caña que le hace falta a este viejo diario. Tengo ideas para ti, Cienfuegos —y coloca de nuevo su mano bronceada, de uñas sublimes y venas viriles en el dorso y un leve destello de vello rubio aquí y allá, en mi amoratado bíceps derecho—. Sé que no me decepcionarás. ¡Eres el autor de *Mambo*

para gatos!

—Gracias, señor. ¡Sí, lo soy! Yo también sé que no le decepcionaré. Auch (mi brazo).

—Llámame Simón, hombre —ignora mi magulladura y desaparece por la puerta, con un chasquido de dedos, como un trasgo travieso. Como Puck o Rumpelstiltskin.

«Mambo para gatos»

Un descuido narrativo: acabo de darme cuenta de que no conté el argumento de mi única novela.

Érase una vez un niño que en 1964 es abandonado por sus padres (guiño freudiano subconsciente) en un club de baile nocturno, y el niño se hace mayor allí, con el personal como familia putativa: las camareras, el disc-jockey, algunos clientes, algunos delincuentes, y un puñado de chicas tremendonas y fumadoras (quiero decir que son putas) desempeñando tareas de carácter maternal. El libro también describe la relación del chico con la música de la disco, cómo va cambiando con los años, primero ye-yé, y luego soul, y luego psicodélica, y luego lata progresiva, y al final llega el punk, y suceden eventos dramáticos, y algunos divertidos, y a ratos la novela daba pena y a ratos incluso hacía reír. Era un *tour de force*.

Eso decían los críticos. Y los lectores. 5.400 lectores, sin contar los que lo leyeron de prestado en la biblioteca ni todos aquellos muertos de hambre que lo sustrajeron de librerías poco vigiladas.

Puse mi alma en *Mambo para gatos*, incluso lloraba al escribirlo, como un chiflado en plena crisis sentimental. Me emocionaba la emoción de mi propia prosa. Y ahora *Mambo para gatos* está muy lejos, como algo que no me pertenece, y que sólo me sirve para recordar retales de algo verdaderamente hermoso cuando me emborracho, y beodo recito interiormente mis fragmentos favoritos, maravillándome con la verdad y la fuerza y el drama y el humano humor de sus palabras. Admirando al tipo que lo escribió; aquel otro hombre. El que andaba erguido. Cienfuegos *erectus*.

Alguien con camperas

En la puerta del ascensor, me topo con el Remember. Me alegra verle. Nos abrazamos, y él me atiza varias palmadas firmes pero cariñosas en la espalda. Viene a discutir unos temas de su indemnización, que están tratando de escatimarle los abogados de la empresa. El Remember es alto y anda sobre botas camperas desde que tiene uso de razón, y lleva el pelo sujeto en una cola de caballo, y bigote frondoso en

forma de manillar de bici de carreras, como uno de los Freak Brothers. Alguien dijo que no deberías fiarte de nadie que llevase botas camperas ni cola de caballo, pero es una superstición superada, de cuando existían Billy Ray Cyrus y los Eagles. Hoy en día me fío de cualquiera que vaya con camperas, y a pies juntillas. Es una bota de hombre digno, como el Remember.

—Nos estamos movilizándolo para exigir readmisiones a la empresa, Cienfuegos —me dice, las dos manos embutidas en su chaqueta de ante, como Jack Nicholson en *Easy Rider*—. Pero te juro que si no sirve de nada discutir, vuelvo con un Kaláshnikov. Vuelvo con un bazuca y lo vuelo todo, te lo juro. Me los cargo a todos, a todos los hijos de puta de la junta directiva, empezando por el pijo de Santos y terminando por la rata acojonada del Sascha.

—¿No tendríamos que agotar primero todos los marcos del debate democrático? —le digo, primero grave y luego sonriendo, porque acabo de darme cuenta de que he sonado a imbécil.

Remember también se ríe.

—Claro, Cienfuegos. Agotemos los marcos —me agarra un bíceps, él también ajeno al tremendísimo dolor que causa en mi hematoma—. Pero después de los marcos vuelvo con el Kaláshnikov y le meto un cargador entero por el culo al puto explotador del Santos y luego otro al sarasa de su esbirro, ¿vale? ¿Qué te parece?

Asiento con la cabeza. El Remember me pregunta si es que he olvidado los cinco puntos del código de honor. Si ahora resulta que soy uno de ellos. Le respondo que no. No soy de ellos ni en broma. Pero no importa: él me recita los puntos del código igual, como siempre:

1. Nunca cruces la línea de un piquete.
2. Nunca trabajes en publicidad.
3. Nunca te fíes de la lujuria.
4. Nunca te mezcles con gente más mala que tú.
5. Nunca olvides el pasado.

Al terminar, sus camperas realizan un giro marcial y se encaminan hacia la sala de reuniones, dos mapas de Italia que hubiesen cobrado vida en mitad de un mapamundi.

—¡No haré nada de eso, Remember! —le miento—. ¡No te preocupes, colega!

Mi frase menos preferida de todos los tiempos

Por allí llega Eloísa, y desde aquí puedo distinguir que lleva mi zapato en la mano. Cuando tu ex mujer se acerca a ti con una sola pieza de calzado en la mano,

una pieza de calzado de tu propiedad que le lanzaste a su nuevo novio a la frente desde detrás de un coche, y encima tú te encuentras, en estos precisos instantes, encaramado como un chimpancé al columpio de un parque infantil de la plaza John Lennon, de pie, algo borracho de pacharán (pues estuve festejando en solitario lo de mi nuevo empleo, antes de recoger al niño), y meciéndote en el aire más desmadrado que una Mary Poppins reloca, y encima habías estado voceando, a pleno pulmón:

*¡Ayyyyyy,
la del pirata es la vida mejor,
sin trabajar, sin estudiar,
co-o-o-nn-n-n la botella de ron!*

Bien: cuando algo así sucede, y encima un día después de aquel zapatazo irrumpiste en la fiesta literaria de tu ex editorial donde premiaban al nuevo novio de esa mujer, dando quizás el espectáculo más bochornoso de tu vida y arruinando para Adolfo cualquier tipo de publicidad no relacionada con dicha irrupción... El futuro inmediato no luce extraordinariamente halagüeño, qué podemos decir.

Y lo peor es que lo estaba pasando bastante bien, estábamos cantando a dúo (Curtis en el columpio de al lado, acompañándome en las segundas voces), en el parque infantil que hay a un lado de la plaza, Curtis se partía de risa y ya llegábamos al trozo en que hay que berrear, con renovado vigor:

*Ayyy, la del pirata es la vida mejor,
es siempre muy divertida.
VIVIMOS BORRACHOS y SOMOS MUY MACHOS
y no nos preocupa la vida,
AYYY,
Y NO NOS PREOCUPA LA VIDA.*

Y aquí era donde yo repetía: «¡Y no nos preocupa la vida-a-aa-a-a-A-A-AH!» Sin embargo, todo se desarrolló de modo imprevisto: intenté dar el golpe de puño que es como un cambio de marcha en el aire, y para ello me solté de una de las cadenas que sostenían el columpio, en el preciso instante en que vi a Eloísa avanzando por un extremo de la plaza con mi zapato en la mano y, alarmado de repente, no percibí que el columpio seguía hacia delante sin mí y perdí pie y asidero, y ¡plam!: al suelo fui a parar.

Y Curtis riéndose a matar. Partiéndose de risa, sí (los niños son muy poco considerados para con los percances ajenos). Yo casi que me hubiese reído también, varias madres se inclinaron con cierta cautela para ayudarme, creo que habían reconocido mi cara de los periódicos, pero tanto su intento de auxilio como mi aborto

de carcajada quedaron cercenados a medio camino por la cabeza de Eloísa, que surgió de entre todas sus siluetas como un pálido sol semioculto por nubarrones parduzcos.

—Tenemos que hablar, Cienfuegos —con la voz rota, más afónica de lo habitual.

Antialeluya y no-hurra. «Tenemos que hablar.» Mi frase menos preferida de todos los tiempos. Después de:

a) «¿Es usted el padre de Curtis? Ha habido un accidente»,

b) «¿Ve usted esta mancha en la radiografía?»,

c) «Y ahora: ¡una versión de los Wings!».

¡A cubierto, Cienfuegos!

Me pongo en pie mientras Curtis se abalanza trotando hacia su madre, y Eloísa se inclina hacia él y, cuando le sacude un besazo en el carrillo izquierdo, por un momento vuelvo a ver la blandura, aquella blandura y bondad que eran *tan* Eloísa, que eran algunas de las razones por las que me prendé de ella, y tras decirle a Curtis Quédate aquí jugando un momento, amor, se vuelve hacia mí, se enfrenta a mi cara magullada y a mi bandana de gasa y a mi ojo a la funerala, y los ojos de ella empiezan a lanzar destellos acuosos, como la superficie de una piscina llena.

—Esto es tuyo —dice, y pone el zapato en mi mano, sujetándome antes la muñeca con fuerza, y los labios trémulos bailan un foxtrot vencido en su cara—. No sé qué decirte, Cienfuegos. Ya no sé qué decirte. Estoy confundida. Estoy empezando a preocuparme de verdad por ti.

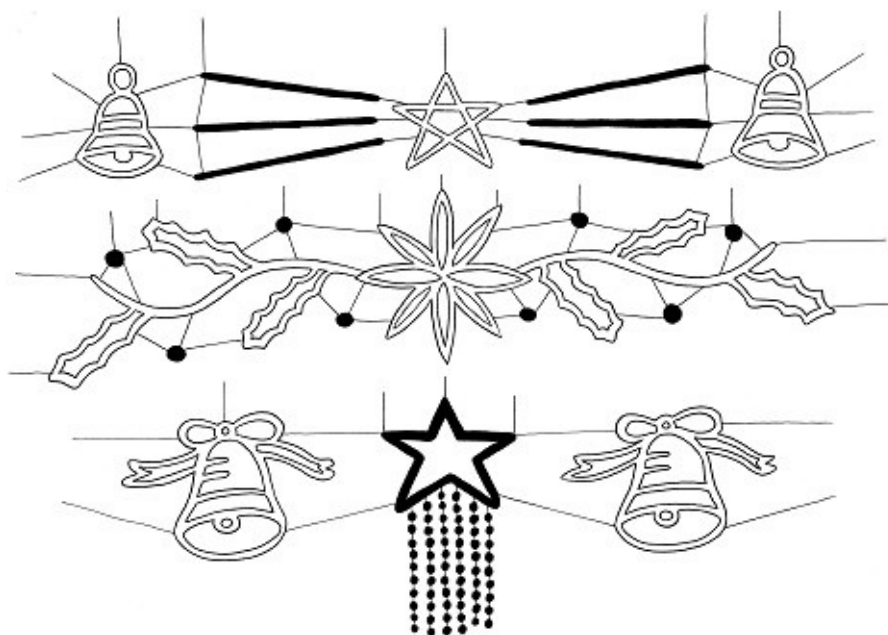
Y allí, en medio de la plaza John Lennon, yo sólo quiero repetirle que siempre la cuidaré, como quise repetirle aquel día en que las lágrimas ardían en sus pómulos y ella se sujetaba la barriga de ocho meses buscando protegerla de mis instintos, como la chica de la portada de *Tim Hardin 2*, y yo sólo quiero decirle que siempre podrá refugiarse en mis brazos, que seré su refugio y sostén, el lugar adonde siempre puede ir, que nunca la volveré a traicionar, ni decepcionar, que ella es la mujer de mi vida, qué tonto fui en no haberlo visto antes, y ella decía aquel día Por qué me estás haciendo esto con la voz vibrante, una voz ahogada que daba ganas de echarse al suelo y empezar a pegarte puñetazos en la propia cara para no escucharla, para que no se quedara para siempre grabada en tu mente, para no ver tu condena, ahí esculpiéndose para la eternidad en tu estómago con el cincel de aquella voz, y Eloísa también dijo Cómo va a salir este niño, mientras sollozaba, ya incapaz de parar, todo su cuerpo estremeciéndose, y yo no sentía NADA, nada sentía, completamente vacío, allí dentro sólo el ansia de huir, el ansia de correr libre por el mundo y abandonar barco tras barco y el pavor a aquello que se gestaba en su útero, y hacer como que *aquello* no existía, como Tim Hardin, el de la imagen, no el de la letra, negar su

existencia, bloqueando cualquier sentimiento de compasión, y aquel día no le dije que siempre la cuidaría, no dije eso, sino Creo que tendríamos que vivir separados un tiempo, le dije, y ella se sujetaba la barriga de ocho meses y se agitaba a cada hipada y yo sorbía tragos largos de una lata de Fosters grande y todo me importaba tres pepinos, todo menos mi libertad, todo menos Yo, yo debía ponerme a salvo.

¡A cubierto, Cienfuegos!

Uh-Oh, no tinc por!

En un extremo de la plaza John Lennon se plantan unos operarios con escaleras y, encaramándose a ellas, empiezan a colgar las luces de Navidad. El acto es tan incongruente con lo que nos está sucediendo, como si acabara de inaugurarse una celebración de la desgracia familiar, y también con la suave temperatura del invierno más cálido que se recuerda en años, que no puedo dejar de observarlo.



Es como si estuviésemos en California, pienso sin querer. Navidad en Big Sur. Curtis sigue balanceándose en un mecedor, a su aire, gozando de su lujoso mundo interior y su inocencia sin mácula, cantando una canción del Club Super3 que llega a mí entrecortada, y que suena

Uh-Oh, no tinc por!

Y Eloísa cierra los ojos, y recuerdo como si lo viera la forma en que se quedaba dormida en el sofá a mi lado, justo en el momento crucial de alguna película, tan plácida y hermosa ella, y cuando yo la despertaba para ir a la cama echaba a andar

hacia allí con renquera de soldado malherido, y se desvestía como sonámbula, y se sacaba los pantalones con tan poco acierto que siempre se desprendía un calcetín y se quedaba dentro de la pernera, sin pie dentro, alojando un pie de aire, y yo reía por dentro y sacaba el calcetín y luego la arrojaba y le daba un beso en los labios y ella decía, casi en sueños, Te quiero, Cienfuegos. Y yo le respondía Siempre te querré. ¿No lo ves? Siempre te querré. Incluso yo llegué a creerme que nunca le haría daño, qué gracia.

—Te he estado llamando. Tienes el teléfono apagado.

—Soy famoso —le digo, cerrando también los ojos y apretujando los morros, imitando a una modelo-prostituta en portada de *La Nación*—. Me han recomendado que no hable con la prensa.

—No entiendo cómo ha acabado así, todo esto —balbucea, los ojos de caverna, los hombros hundidos, y yo quiero abrazarla, yo quiero deshacer todo lo que hice, olvidar lo que pasó, pero es demasiado tarde para todo eso, para ocultar la basura que los gatos esparcieron fuera de la bolsa.

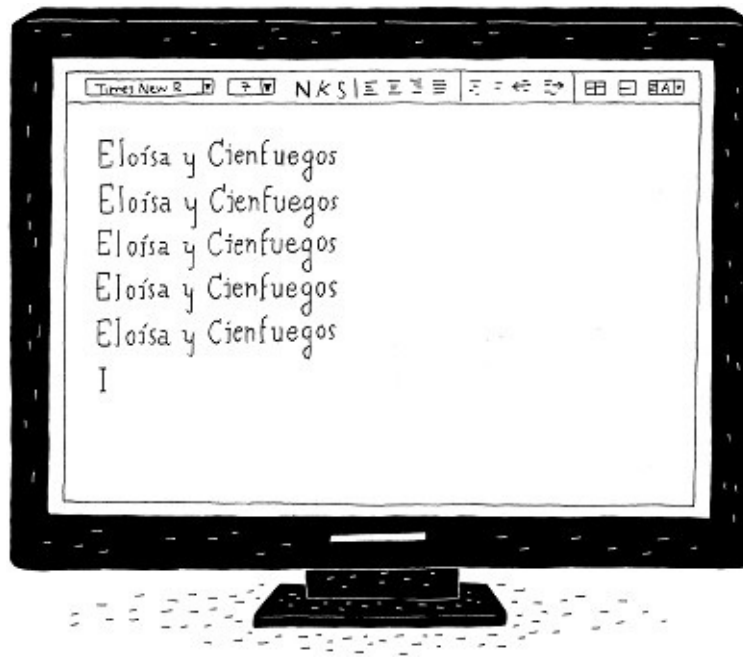
—¿No? —le digo, fingiendo que nada me afecta y guardando el zapato en el interior de mi bolsillo derecho—. Yo lo entiendo perfectamente.

—Era un decir —dice ella, echándose a llorar, ahora sí, volviéndose un poco para mantener la cara escondida de los ojos de Curtis, mientras una lágrima huerfanita esquía hecha snowboardero exhausto por la ladera derecha de su rostro—. Yo también me acuerdo.

El Podrido (una explicación)

Observemos pues al Podrido. Mi otro yo, el fruto de mi anticipada crisis de los cuarenta. Analicemos su hábitat y costumbres de apareamiento, su depravación, su agresividad patológica, su relación con el resto de la camada.

El Podrido, el viejo Podrido, nació en el año 2006. Sobre esa época estaba tratando de escribir mi segunda novela, que el mundo esperaba sin aliento (ja, ja), pero algo había sucedido: el asunto no progresaba. Y cada mañana me sentaba allí, delante de la pantalla, en un cuchitril mal iluminado con paredes de gotelé y techamen de zulo, y tras las primeras cuarenta o cincuenta páginas el libro se atascó, se quedó allí, paralizado, como un mulo que se niega a caminar aunque le bastonees los cuartos traseros. Y Eloísa entraba de vez en cuando a mi despacho, echaba un vistazo a la pantalla por encima de mi hombro, y lo que leía allí era:



Así, durante seis o siete páginas de Word, a espacio y medio, cuerpo doce, Times New Roman.

Y yo me volvía, esperando que ella me besase en el cuello, y mirando hacia arriba desde donde estaba yo sentado veías aquella nariz, la sombrilla más elegante, un pequeño toldo de hotel parisino. Ella se inclinaba, sonriente, como yo había predicho, y me besaba el cuello, y ya incorporada me decía: «Ya saldrá, hombre. No te preocupes, amor mío.» Me llamaba amor mío. Y, una vez ella había abandonado el despacho, yo volvía la mirada a la pantalla, iluminado sólo por la bombilla de 60 vatios de un flexo rojo, y borraba con el botón izquierdo del ratón + tecla de Suprimir todos los *Eloísa y Cienfuegos*, y una voz chillona que parecía nacer de entre mis orejas me decía: estás acabado, Cienfuegos. Treinta y cuatro años y ya estás acabado. ¿Aquella historia, *Mambo para gatos*? Era la única historia que había en tu interior, lo único que tenías que decir, ¿no lo ves? Enfréntate al fracaso, no pasa nada, no todo el mundo está hecho para el triunfo.

Suprimir Suprimir Suprimir Suprimir Suprimir.

El Podrido, presentándose en mi casa por primera vez. Sus primeras palabras. Gu gu. Encantado de conocerme. Apostado en mi hombro, un pequeño demonio ratonero de *Tom y Jerry*.

Y allí, justo allí, algo *me* sucedió. Surgió en mí un comportamiento raro y nuevo, el nacimiento de un hombre *peor*, una alta tensión, unas ganas de no estar, de irme a otras partes, como si estuviese viviendo el derrumbe de la casa donde habitábamos, como si aquellas paredes fuesen mi cárcel. Porque puedes estar encarcelado en tu vida, ¿no? Pues no. Ella nunca lo estuvo. Eloísa era feliz aún, con nuestra vida. *Muy* feliz. Ella era una mujer simple, en el buen sentido de la palabra; benigna. Ella era la alcaldesa de Simplón. Se contentaba con verme bailar El Pollo Descabezado Shuffle y también La Langosta a Go-Gó, y luego preparar la cena juntos, y hablar un rato allí, en la cocina, y un día agarrar a Otto e irnos los tres (contando el coche) de viaje, sin

ser más que lo que *éramos*, dos novios normales viviendo existencias plácidas: videoclub, cine, cenas, regulares desórdenes de cama, paseos y cervezas de media tarde, acompañados por amistades o sin su compañía. Y yo le seguía diciendo a Eloísa: «Lo que más me gusta de ti es tu simplicidad.» Y es curioso que las virtudes de alguien se transformen con los años en sus mayores defectos, porque cuando el Podrido acechaba en las trincheras de mi mente me dio por decirle: «Lo que menos me gusta de ti es tu falta de ambición, Eloísa.»

Para entonces, Eloísa había decidido dejar de trabajar para bancos y grandes corporaciones, y sólo realizaba trabajos pequeños para asociaciones vecinales y movimientos sociales o negocios familiares, de modo que dejó de aparecer en revistas o ser invitada a cócteles.

Y me decía: «Ahora te tengo a ti, Cienfuegos. Lo demás me importa un bledo.»

Y también: «Tu aparición ha abierto un boquete gordo en mi ambición, Cienfuegos. ¿Lo entiendes?»

Un boquete gordo. En su ambición. Y cómo hubiese deseado yo responder lo mismo, cómo hubiese deseado yo sentir algo parecido, copiarle el boquete, agarrar su bola de derribo y empezar a tirar tapias y paredes maestras de mi ambición. Pero no podía. Al principio traté de no hacer demasiado explícita mi decepción por su nuevo estatus semianónimo, pero no me salía muy bien, como actor nunca he sido gran cosa, y luego me enfurecía conmigo mismo por ser tal como yo era, pero ya era tarde, no podía luchar con lo que yo era, eres lo que eres lo que eres lo que eres.

Y mientras tanto yo seguía examinando a conciencia la pantalla brillante de mi ordenador, y sólo la nada más absoluta me devolvía la mirada, cada mañana, durante horas.

Suprimir Suprimir Suprimir Suprimir Suprimir.

Y yo le decía a ella: Salgamos, Eloísa, vamos aquí y allá, que no se les olvide que estamos vivos.

Y ella me preguntaba, genuinamente sorprendida: ¿A quiénes?

Y yo, perplejo, le contestaba: ¡A todos! ¡A todo el mundo! ¡A la gente! ¡A la prensa!

Hasta que ella me dijo un día: Pero ¿no eres feliz con lo que tienes, amor?

Y yo, los puños cerrados de rabia, rompiéndome los dientes delanteros de la pura presión, le decía: Sí, claro, claro. Claro que lo soy. No tiene nada que ver una cosa con la otra, Eloísa.

Y ella me contestó, con los ojos disecados y un esguince en la boca, pero aún intentando sonreír a toda costa: *Éstos* son mis sueños, Cienfuegos. Esto era lo que yo quería, Cienfuegos. Estar siempre así, con alguien como tú, viviendo, con la calma, feliz, sin preocupaciones, y algún día formar una familia, y ocuparnos de ella. Tener niños.

Una familia, ¿eh? Una familia, ¿dices? ¿Niños, dices?

Quita de aquí, anda.

El Podrido en la práctica (con algunos útiles ejemplos)

Allí empecé/empezamos (el Podrido y yo) a salir, a hacer turismo, a ver mundo (ja, ja). Desaparecía noches enteras, iba a cualquier lugar donde se celebrara un evento vagamente cultural, y me introducía en la cara seis océanos de vodka con tónica y orujo blanco y escrutaba las salas, cuerpo a cuerpo, hasta que alguien me reconocía, y ese alguien venía a preguntarme si estaba escribiendo algo, y ya no te veo nunca en televisión (acababan de echarme de la tertulia del mediodía por comportamiento indecoroso), y yo me drogaba con cualquier cosa a la que me convidara cualquier imbécil, y les hablaba, ya en el baño con cualquier imbécil, Imbécil Imbécilson, de la grandeza de *Mambo para gatos* y de todas las cosas maravillosas que iba a hacer, de los grandes libros que tenía preparados y que superarían con creces la promesa de *Mambo para gatos*, pero por dentro aquel vacío y aquel asco permanente que nada lograba barrer. Y aquel asco no se iba, aquel agujero no se tapiaba, y terminaba la noche yéndome a casa de alguna veinteañera que había leído *Mambo para gatos*, y escrutaba, bien borracho, la exposición de su vida en las paredes, y mientras ella me arrancaba la chaqueta manga a manga, yo examinaba sus gustos, tan extraños a mí, sus libros espantosos y discos inmundos y pósters de películas bobas. Miraba todo eso con la mente en blanco, sin juzgar, su vida a la vez tan distinta y tan parecida a la de todo el mundo (incluyéndome a mí), registraba sus montones de ropa haciendo pudines en las sillas, y sus fotos colgadas, las fotos de niña y las de adolescente rodeada de amigos y novios, todas esas caras sonrientes de humanidad desconocida, y mientras ella sacaba un pie moreno y diminuto de las braguitas que yacían despanzurradas en el suelo, yo pensaba triste en el mal final, en cómo habíamos terminado así, todos, con esa horrible desesperación, con esa soledad infecta y ese daño innato.

La mayoría de veces ni conseguía empalmarme. Me quedaba tumbado en sus camas, con los pantalones a medio sacar atascados en las rodillas y la polla aturdida, y una náusea adusta que era una piedra calcárea de cantera atrancada en mitad de la garganta. Así que, no viendo otro camino de salida, me sumergía entre sus piernas lleno de tristeza y me quedaba allá un rato, con las mejillas nadando en los muslos de cualquiera de aquellas chicas. Cuando ya había sucedido lo que tenía que suceder en sus cuerpos, yo murmuraba un par de excusas y sonreía con una mueca espantosa, un día me vi por casualidad en el espejo de una de ellas y no me reconocía, no reconocía a aquel fulano, luego volvía a mi casa, al Born, volvía despeinado de los bares cerrados, como en la canción, y Eloísa seguía allí, desvelada, a las cuatro y media de la noche. Sentada en la cama con las piernas cruzadas, con las manos en su regazo, su cabello de arroz más erizado de lo habitual. Su expresión era de intentar comprender, incluso entonces trataba de averiguar qué me sucedía, aliviar mi pena, curar de algún modo la negrura interior que yo acarreaba por estos mundos de Dios, ponerse en mi lugar. Y me preguntaba, me preguntaba Cómo estás, Qué te pasa, cariño, pero el

Podrido no contestaba, no tenía por qué, a veces murmuraba Estoy un poco borracho, Eloísa, y me dejaba caer a su lado, oliendo a semen y a excreciones secas de gente extraña, lejana, y ella lloraba y me acariciaba la espalda, amansaba mi nuca, pero yo simulaba estar dormido ya, y cuando ella lograba dormirse al fin llegaba mi turno, y yo me ponía a sollozar calladamente, tratando de no agitar el colchón con los hipos, y me dormía con la humedad salina de la almohada secándose en mi mejilla y pestañas.

Allí nació el Podrido. Sólo he empezado a entenderte ahora, viejo compañero. Nació de no poder ser feliz con lo que tenía. Nació de esta negrura interior, de mi demonio privado, de mi otra mitad innata, de mi trocito peor. Nació de engañar a Eloísa, que era la mejor mujer que yo había conocido. Nació alimentado por el sudor rancio de aquellas noches, y los regresos tambaleantes con las manos impregnadas de coño forastero, y el no poder mirar a Eloísa a la cara, y la pantalla del ordenador brillando cada mañana, cegándome como faros de camión en sentido contrario, esperándome en el interior del despacho como el altar de algún dios malévolos, y aquel miedo gestándose dentro de mí como un pequeño rapacillo con ojos de culebra, algo maligno que tenemos dentro, la maldad que hacemos, esa oscuridad, ese demonio, esa podredumbre.

Allí nació el Podrido, y aquí está aún, como ha podido verse. Es un doble nudo. Es imposible deshacerlo, da lo mismo. Ya es parte de mí.

Las tres expresiones más repugnantes del idioma español

Eloísa se seca la lágrima con cuatro dedos y traga saliva y respira hondo y recompone sus fragmentos. Yo me llevo las manos a los bolsillos y tuerzo la boca y reordeno mi rostro, a mi vez, soy de repente un Mr. Potato restituyendo las piezas de su cara al lugar pertinente. Seguimos el uno delante del otro. Cien cosas que debería decir orbitan a mi alrededor como anillos saturninos. Cien cosas que no voy a decir. No sabría por dónde empezar a pedir perdón. No es tan fácil, cuando hay tantas cosas por las que hacerlo. ¿Qué priorizas? En su perfil distingo la resolución de no mencionar mi atropello en el premio literario. De nada iba a servir.

Un par de renos rampantes despiden destellos rojos y verdes ante mis ojos, en el panel de luces festivas, y salen zumbando hacia las nubes. El cielo se cubre con una avalancha de nubes coliflor, y empieza a oscurecerse. Curtis se lanza por el tobogán, ¡Mira, papá y mamá!, y los dos nombres juntos en la misma fra-

se me provocan un escalofrío ciático en las piernas.

—¿Te duele eso? —me pregunta.

—¿Lo que ha dicho Curtis, o la carnicería que hay en mi cara?

—Tu cara.

—No, eso no duele. ¿Y sabes qué? Creo que me van a dar un empleo acojonante en el periódico —le digo, tocándome los vendajes—. Tendré más dinero para pasarte. Si es que nos divorciamos.

—Me alegro por ti —dice ella, la sonrisa poliomielítica y los ojos achinados. Su voz desmenuzada y afónica me recuerda las primeras veces que hablábamos por teléfono, cuando empezábamos a salir juntos. Le encantaba hablar por teléfono, y podía pasarse horas al aparato conmigo, y las cosas que me contaba sólo se interrumpían por los cigarrillos que encendía, y el ruido de expulsar el humo, y las carcajadas que yo le arrancaba. Me gustaría regresar a aquella risa; aquella risa era mi país, era otro de mis Lugares Seguros. Pero ya no lo es, ni volverá a serlo.



Eloísa no niega lo de divorciarnos, ni yo voy a mencionar a su nuevo novio. Estoy tratando de borrarlo de mi mente. El vacío crepita en mi abdomen, cambiando de postura, como un feto fallecido a medio pudrir.

—¿Dónde estás viviendo? —me pregunta.

No puedo contarle la verdad, obviamente.

—He alquilado medio piso a la derecha del Eixample —es lo primero que se me ocurre.

—¿Tienes una habitación para Curtis?

—Por supuesto, ¿por quién me tomas?

Cómo decirle que no tengo habitación ni para mí. Sólo una maltrecha y vapuleada colchoneta verde de gimnasio en casa de Defensa Interior. Si lo pienso, tampoco tengo ni idea de qué hago allí. Está claro que fue otra de mis decisiones imbéciles, otra negación de mi estadio adulto, otra espantada de cara a mis responsabilidades.

—Acuérdate, por favor, de que este viernes te apuntaste como voluntario para acompañar a la clase de Curtis en una excursión a la Fundació Miró. Y el lunes que

viene tienes que ir a las siete de la mañana a hacer cola para coger plaza en el polideportivo donde Curtis hará natación el año que viene. ¿Puedo fiarme de que lo harás?

—«Siete de la mañana», «hacer cola» y «polideportivo». Quizás las tres expresiones más repugnantes del idioma español.

Eloísa se ríe, casi contra su voluntad, y yo la imito.

—¿Sabes que cuando te ríes así parece que no haya pasado nada? —le digo.

—Pues ha pasado, por desgracia. No se puede cambiar.

—Ojalá se pudiese cambiar.

—Sí. Ojalá.

El punto de no retorno

Eloísa y yo siempre discutíamos sobre otras parejas, amigos suyos que se separaban, y la parte que nos parecía más fascinante era el puro desamor. La gente que dejaba de quererse, un día. Que llevaban meses sudando la gota gorda para reenamorarse de alguien, y un día caían en que para qué, y se miraban en el espejo y descubrían que habitaban una estafa, que vivían a medias y no tenían lo que ambicionaban, y que la vida es muy recorta para estar con la persona equivocada. Eloísa y yo nos creíamos a salvo de esa situación. Que nunca iba a sucedernos. Uno siempre se cree a salvo del horror, hasta que El Horror se presenta en tu puerta para la cena de esa noche, con una botella de cazalla en la mano y habiendo olvidado comprar el postre, una prostituta debajo de cada brazo y costra reseca de sangre en un orificio nasal. Gritando improperios de tono nacionalsocialista y luego anunciando su intención de sablearte dinero.

—Ojalá volviésemos a querernos.

—Yo te quería mucho, Cienfuegos —dice Eloísa, y vuelve a llorar, ahora—. Te hubiera querido siempre. Pero tú me forzaste a que te dejara de querer.

—Pero hay que perdonar las cosas —le digo.

¿Es esto una disculpa por mi parte? No exactamente, pero suena de forma remota como una.

—Yo creía que podría, pero me di cuenta de que no, que ya era imposible volver atrás. No podría perdonarte aunque quisiera.

Eloísa y yo también hablábamos a menudo del punto de no retorno, de cuando alguien en una película soltaba algo que cambiaba por completo las reglas del juego y reconstruía el mundo y alteraba el pasado con una palabra y ya nadie podía volver a su posición anterior. Que te hacía saber algo que no podías des-saber. Yo creía que Curtis había aplastado el punto de no retorno, pero luego quedó claro que no. Que el punto de no retorno es indestructible. Que para algunas cosas no existe la redención.

En un libro del Oeste que leí una vez decían: hay cosas de las que no se puede esperar perdón, porque nadie puede perdonarse a sí mismo.

Me pregunto: ¿Es esto mi punto de no retorno?

Para animarme, recuerdo sin querer lo que me dijo Eugenio Cuchillo, en su casa, hace unos días. Quizás sea bueno tener algo así en la conciencia, dijo.

Curtis se materializa a nuestro lado de sopetón, modo elfo altruista y buentipo.

—Me estoy aburriendo.

Pesadilla Monstruosa

Eloísa se seca apresuradamente las lágrimas con las puntas de los dedos y levanta a Curtis por los sobacos y le dice, tras sorber por la nariz, le dice, sin pensar: ¿Quién te quiere a ti, eh?

—Mamá —contesta él, automáticamente—. Y papá.

Cuando empezábamos a salir, un día le solté a Eloísa exactamente lo mismo: ¿Quién te quiere a ti? Y ella me contestó: Mucha gente, listo. Y tenía razón. Era tan fácil, querer a Eloísa. El difícil de querer siempre fui yo, como demuestra mi desértica agenda de contactos.

—¿Mamá quiere a papá? —le pregunta Curtis a su madre. Eloísa se queda callada unos instantes.

—Papá y mamá no pueden vivir juntos, Curtis —le dice. Eloísa y yo miramos en Internet, por separado, consejos para contarles la separación a los niños. Todas las páginas coincidían en aconsejar reiterarle al niño que no había vuelta atrás—. Nadie tiene la culpa —esto también lo decían en una de esas páginas. «Evitar culpabilizar a nadie de la ruptura», decían. En nuestro caso es una mentira: la culpa es sólo mía. Pero de vez en cuando hay que mentirles, a los niños.

Un helicóptero de la policía sobrevuela el cielo con un ruido cortante, de picar cebolla a toda prisa. Los insectos de acero se han convertido en una constante de la ciudad desde la toma de la plaza. Curtis realiza un puchero de insatisfacción, aún en brazos de su madre. Ella me lo entrega y yo lo agarro por debajo del trasero.

—Pásatelo bien con papá, Curtis —dice ella—. Mañana por la tarde haremos un pastel de chocolate tú y yo.

Curtis dice ¡Bien! Curtis añade inmediatamente, sin venir a cuento, que un amigo de su clase no quiere jugar con él a dioses griegos. Fui yo quien le enseñó los dioses griegos. Siempre me han gustado sus leyendas de traición, incesto, odio filial y matanza indiscriminada. Curtis dice entonces que le gustaría tener un hermano, porque uno de su clase tiene un hermano. Eloísa y yo ni nos miramos. Ella siempre quiso dos hijos, y ahora me huelo que su segundo, de tenerlo, no va a ser mío. Curtis le dice a su madre que en Plutón hace frío, y que nadie podría vivir en Plutón, por el

frío que hace, ni los animales del frío. Curtis dice que tiene hambre. Curtis dice que quiere que le compre un muñeco de Pesadilla Monstruosa. Curtis habla todo el rato.

—¡Pesadilla Monstruosa! —me aúlla al oído, y suena como si me estuviese faltando.

Eloísa le emplasta a Curtis un beso en la frente, y sus labios están tan cerca de mi cara que casi puedo oler el aura de colonia Paris alojada debajo de sus lóbulos. No puedo creerme que no haya una forma de dejar a Curtis en el suelo, abalanzarme sobre ella y besarla fuerte y hacer que todo vuelva a ser como antes. Y decirle Olvida todo lo que hice, por favor. *Des-sabe* lo que sabes. Y a continuación pedirle a Dios que borre cuatro o cinco años de mi vida, ¿qué son cuatro o cinco años para ti, viejo refunfuñón? No soy nadie, soy insignificante, borrar esos cuatro años no perjudicaría a nadie más, déjate de *Qué bello es vivir*. Sólo borra mi pasado, te lo suplico. Borra mi pasado o hazme olvidar. Cualquiera de las dos opciones me sirve, te lo juro. A la porra el punto 5 de Remember. ¡Quiero olvidar! ¿Me oyes? ¡Olvidar!

Eloísa se vuelve y empieza a alejarse, cruza diagonalmente la plaza John Lennon en dirección al mar, con sus pasos entrecortados y gráciles. Los renos del panel navideño se oscurecen encima de mí y una campana dorada cobra vida, parpadeando de repente con bombillas alternadas, como si nos llamara para la cena. Ding dong. Cierro los ojos con fuerza. Toda la barriga se me estremece.

—¡Pesadilla Monstruosa! —me vuelve a escupir al oído Curtis.

De acuerdo: la culpa es mía

Le digo. Que sí, que se lo digo.

—¿Toda la culpa? ¿Lo admites?

—No sirve de nada, a estas alturas, pero sí. Lo admito. *Todo* es culpa mía.

Creí que el nudo del estómago se relajaría una pizca, pero no lo hace.

El motivo de esta falta de reacción es simple: no estaba hablando con Eloísa. Aún no estoy preparado.

—Primero debería saber de qué tienes la culpa —me dice Juana Bayo, y entrecruza las piernas. Lleva unos pantalonesmalla Tezenis de estar por casa, muy ajustados, y va en calcetines. Qué musculazos flexores tiene, caramba.

Son las ocho y media de la tarde. Tras dejar a Eloísa tomé la resolución de no vivir junto a Defensa Interior (me avergonzaba la falta de bravura que escenifiqué ante ellos aquella mañana del Parlament y, naturalmente, su casa daba asco), y buscar un piso donde alojar a Curtis los días en que me corresponda estar con él. Así que Curtis y yo nos presentamos aquí hace un par de horas, y pedimos asilo a Juana hasta que logre encontrar algo decente. Le he comprado un pijama nuevo a Curtis, y también el muñeco de Pesadilla Monstruosa, que resulta que es un dragón tan

monstruoso como avanza su nombre.

Juana Bayo me echa una mano suya encima de la mano mía que reposa en mi rodilla. Curtis duerme ya en la cama que compartiremos él y yo. Juana Bayo vive a la derecha de la plaza Joanic, en la calle Grassot. Desde su terraza se ve el cuartel de la Guardia Civil de la Travessera, muy cerquita. Si aún fuese época de bombas vascas, el piso estaría en un lugar más bien imprudente. Su casa está llena de fotografías, suyas y ajenas: algunas me suenan del periódico, otras son de fotógrafos famosos, otras...



¡Eh, en una salgo yo! Estoy en la redacción de *La Nación*, en mi mesa, llevo un bolígrafo incrustado en cada orificio de la nariz, y uno más en cada oreja. Cuatro bolígrafos, brotando de cavidades faciales de mi coco. Parezco un divertido sputnik, y bizqueo, y sonrío allí con enajenación, congelado en el tiempo. Si no conociese al hombre de la foto, su mueca provocaría que me cayera bien instintivamente. Parece una persona simpática, la típica persona que escucha a los demás cuando le cuentan sus problemas y todo eso, y les aconseja y les cuenta chistes verdes de los buenos. Un coñón. Un vivalavirgen benigno. Si no lo conociera.

Pero, por desgracia, sí que lo conozco, y es un hijo de puta de marca mayor.

Un L.O.B.: Lo Opuesto a Benigno.

—¿Tienes un par de horas? —le digo, volviendo la cabeza desde mi fotografía, y luego bebo con cautela, como un pajarillo, de la cerveza que me trajo. He decidido no beber en exceso; no me hace ningún bien, y sólo está empeorando lo poco empeorable. La miro: Juana Bayo se ha manufacturado dos trenzas en el cabello, una a cada lado de su cráneo, y está guapa. Sigue teniendo cara de Laura Nyro, expectante, melancólica, resoluta y perezosa a la vez. Su brillante oriental parpadea a un lado de su nariz, como un reflector de bicicleta.

Cuando Juana Bayo asiente, sí que tiene un par de horas, me dice, yo le cuento lo

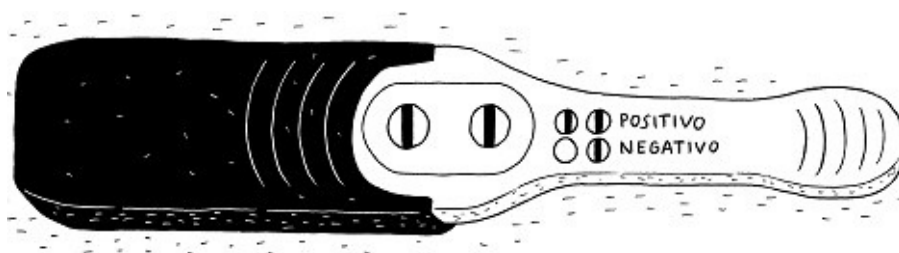
que queda por saber. Del Podrido.

Ahí va. Tú lo has querido, loca. Luego no me vengas.

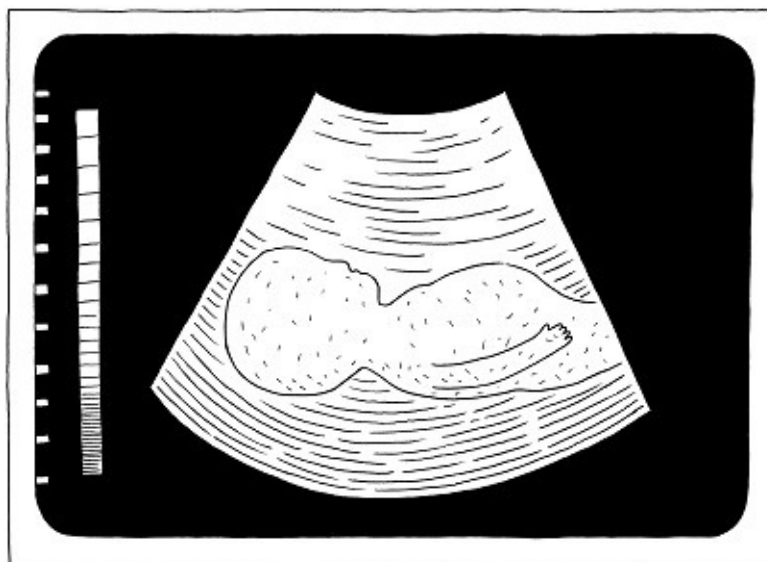
El Podrido, por tercera y última vez

Le cuento a Juana Bayo lo de las noches en que regresé a casa oliendo a semen + vagina + vodka + cocaína barata de la Zona Franca, blanquecinos mocos secos en la nariz y mugre de procedencia sospechosa bajo las uñas. Le cuento que todo me daba igual, pero Eloísa seguía queriéndome, tenaz y obstinada, incapaz de aceptar la derrota. Le cuento que creímos que un niño salvaría nuestro matrimonio, como afirma el cliché, y le sonríe a Juana Bayo con una mueca avinagrada y deshecha. Le cuento que Eloísa salió del baño una noche y me mostró aquel artilugio plástico con la línea roja atravesada, lo sostenía con dos dedos, y yo lo miré sin entender, y de repente entendí, y me entraron ganas de vomitarme encima y arrebatarle aquella basura y hacerla pedazos contra la pared.

Embarazada.



Le cuento que la barriga de Eloísa empezó a crecer mes a mes, y a mí me importaba un pedo. Cuando alguien me felicitaba, simulaba no escuchar y cambiaba de tema, dejando bien claro que me importaba un pedo. Le cuento las veces que llegué tarde a las ecografías porque estaba follando con cualquier otra, cualquiera, Cualquiera Cuálquieson, el Podrido firme a las riendas de mi mente y cuerpo. Le cuento las veces que no llegué tarde, y aquellas veces era casi peor, porque me sentaba a su lado en la consulta del ginecólogo, y observaba cómo le aplicaban la crema en toda la superficie de la barriga, creciente y ovalada como un huevo de Pascua, «Ahora vas a notar un poco de frío», le decía siempre aquel médico a Eloísa, y luego pegaba allí aquel instrumento telefónico, y lo paseaba por todo el abdomen hinchado de ella, y en la pantalla limítrofe, en aquella pantalla aparecía como en un embrujo de magia negra una sombra humaniforme, cabezuda y nerviosa, y podías distinguir cómo el feto tensaba y destensaba las piernas, y aquello no significaba nada para mí. Podría ser una cobaya. Un dibujo en televisión. Un goblin maléfico. A la mierda con él, sea lo que sea. ¡A la mierda! (decía, aunque dentro de mi cabeza).



Eloísa me miraba entonces con dulzura, y su dulzura rebotaba en las rocas de mi ceño como algo que hubieses dejado caer desde la cima de un acantilado, y un día el ginecólogo nos dijo «Yo diría que es un niño. No es del todo seguro, pero mirad ahí, esa protuberancia podría ser el pene», y yo entrecerraba los ojos, y lo único que veía eran interferencias, y el vacío, y ganas de volatilizarme, y Eloísa se echó a llorar en la consulta, y yo casi también, ella de felicidad genética y yo de asco por todo y de pena por aquel niño que no había pedido nada de aquello, que no había escogido a su padre y que nadaba allí dentro, desnudo y aún amparado por el cobijo de aquellas paredes de tejido vivo, aunque por poco tiempo, aquel pobre bebé.

Y aquel día, como tantos otros, salí de la ecografía y me fui directo a la casa de Asunción, que era la novia de Eugenio Cuchillo, ya no era la novia de Eugenio Cuchillo, rectifico, ya habían cortado y poco importa, porque antes de entrar hay que dejar salir, pero a mí me importaba poco aquella moral de entradas y salidas y Eugenio Cuchillo y el goblin danzante de Eloísa y lo que Remember decía (punto 3) sobre desconfiar de la lujuria. Sólo quería meterla en Asunción, porque cuando la metía dentro de Asunción no pensaba en lo que estaba sucediendo, ni en el vacío ni en el feto ni en aquellas piernecitas minúsculas que se tensaban allí dentro del útero, como bailando, ni en cómo Eloísa me dijo «Baila como tú, mi amor, ¿lo ves?» y yo hubiese vomitado a gritos y le hubiese arrancado la cara por decir aquello, por recordarme todo lo que estaba haciendo, por intentar destrozarme mi vida con aquella cosa insignificante que insistía en moverse y vivir y perdurar, allí en su interior.

Asunción no era importante

Le digo a Juana Bayo, aún sentado en el comedor de su casa. Podía haber sido cualquiera. Cualquiera Cuálquieson, le digo, y Juana no se ríe, pero Eugenio

Cuchillo se hubiese partido, me apuesto lo que quieras.

Asunción, el día que me presenté entumecido por lagares de vino en su pisacho de la calle Villarroel, me dijo que iba a hacerme cosas que nadie me había hecho nunca, y yo imaginé viajes en el tiempo, transmutación de cuerpos, materializar dioses prehistóricos con un conjuro olvidado, y me reí a carcajadas de su frase, como un poseso, porque sabía que al final no sería nada de aquello, sólo Asunción metiéndose mi polla en la boca en un pasillo con muchas corrientes de aire y baldosas frías con dibujos romboidales, y yo allí, con los ojos escocidos de rabia y el culo congelado, luchando por no pensar en el feto aquel, en el feto bailarín aquel, en aquel monstruo que me perseguía en sueños, no pensar en él para evitar que mi pene se deshinchara como un globo punzado en la cara de ella, hasta que finalmente la agarré en brazos, no pesaba nada, y la llevé a su habitación desordenada y cuando logré volver a endurecerme (no sé ni cómo) y empujé en su interior ella gimoteaba de placer con un ruido parecido al de un ratón atrapado, o al de un bebé hambriento y quejumbroso, era un sonido que te helaba la sangre en las venas, hi-hi-hi-hi-hi-hi, un chirriar como de ratas atrapadas en un fuego en alta mar, sin escapatoria, y yo le cubrí la boca para no oír aquella voz asquerosa y me corrí en su barriga, y pegué la mía encima, allí, todo viscoso y frío, y Asunción ponía cara de plenitud y yo sólo quería cerrar los ojos y deslizarme por el espacio, estar solo en el espacio en una de aquellas naves auxiliares individuales de *Alien*. Y ella se dormía pegada a mí, su culo contra mi entrepierna y las plantas de sus pies encogidas sobre mis muslos, y yo temblaba y pensaba en el feto bailarín y volvía a temblar y pensaba en matarme de una puta vez, acabar con esta farsa. Con esta mentira.

No eres tú, Cienfuegos

Es lo que me repetía Eloísa aquella noche en que le dije que deberíamos vivir separados, y ella se sostenía temblando su barriga de ocho meses, y yo trataba de no pensar en el feto bailarín, de borrarle de la historia, porque uno de los dos debía morir, el mundo no era lo suficientemente grande para los dos.

—No te reconozco —añadió, hipando.

Y yo bebía cerveza a tragos tamaño Iguazú y me entraban ganas de reír, al escuchar aquellas palabras patéticas.

—Al revés: *esto soy yo*. Qué quieres que te diga. Soy lo que soy lo que soy. No te engañes.

Y pensaba, para consolarme: ¿de quién es culpa la decepción? ¿Del decepcionado, por haber cargado al decepcionador con todo ese tonelaje de expectativas infundadas? ¿O del decepcionador, por ser lo que es en realidad?

Pensaba eso porque su bondad me daba asco y era intolerable. Le decía eso

porque su santidad era el espejo donde veía reflejado a su opuesto, el pitufo negro, yo.

Ella no me contestaba. Sólo abría los ojos con creciente incredulidad y lloraba y temblaba, cada vez más enérgicamente, y las paredes se desplomaban a su alrededor como víctimas de un terremoto devastador 7 de la escala Richter.

—Mira, Eloísa —le farfullaba yo, borracho otra vez—. No puedo ocuparme de un niño. Ya tengo un niño del que ocuparme: yo. Todo esto que hago es por tu bien, y por el de... —y señalé casi con disgusto a su barriga. Ya tenía nombre, Curtis, pero me negaba a pronunciarlo, porque pronunciarlo hubiese representado admitir su existencia— ... él. *Eso*.

Y de repente sucedió algo tan inesperado como terrible: me entraron de nuevo unas ganas espantosas de decirle a Eloísa que olvidara todo lo que acababa de decir, que había cambiado de idea, que siempre iba a cuidarla, que siempre podría refugiarse en mis brazos, que sería su refugio, el lugar adonde siempre puede ir, su sostén, que nunca la volvería a traicionar, ni decepcionar, que ella era la mujer de mi vida, con lo que yo te quiero, cómo estoy haciendo esto, cómo no te digo Te protegeré siempre, Eloísa, Todo irá bien, déjame a mí, quiero ser el hombre que dice Déjalo en mis manos, Todo irá bien a partir de ahora, No tengas miedo nunca, Eloísa.

Pero no dije nada de eso.

Al contrario. Dije exactamente lo contrario:

—Mira, no te voy a dejar ahora, ¿entiendes? Eso sería una locura. No soy un malnacido. Tendremos el niño, y te ayudaré los primeros meses, y luego nos separamos. ¿Te parece eso justo?

Y Eloísa me miraba, aún incrédula, me miraba tratando de reconocermelo, como si yo fuese un desconocido, un allanador de morada cubierto con un pasamontañas, y se sostenía la barriga y era incapaz de dejar de hipar y sollozar, y mi cansancio por todo aquello se tornaba asco y luego desprecio.

—Creo que es bastante justo —le solté, con la mano ya en la puerta, pensando en si sería posible correrme al menos una vez en la boca o mejillas o culo o tetas de alguna desconocida, a poder ser de una forma más o menos digna, sin deplorables gatillazos intermedios—. Volveré tarde. No me esperes levantada.

Un sombrero de gilipollas con traje a juego

Juana Bayo me mira, sin decir palabra, y por un instante me arrepiento de haberle contado lo que le conté. Uno nunca debería decir lo que piensa. Decir lo que piensas modifica a peor la opinión que los demás tienen de ti, incluso cuando esa opinión inicial no era demasiado alta. Por añadidura, me siento igual de mal que antes de

haber hablado (como ya sabía que iba a suceder). Es un error común otorgarle al ritual de la confesión más propiedades sanadoras de las que realmente posee. A veces, sacarse las cosas del buche no cumple ninguna función resolutive.

Empieza a llover con una violencia inesperada, al estilo de los trópicos, una tromba de gotas anchas como vasos de txiki. Es por el calor inesperado de este extraño invierno del 2011. Juana Bayo se pone en pie, aún sin decir palabra, y abre la puerta de la terraza. La noche huele a junio, por la cercanía del mar. Pienso en Curtis y yo edificando una Sagrada Familia con arena mojada y los dedos en embudo, en una playa de la Costa Brava, y en Eloísa leyendo bajo la sombrilla, inspeccionándonos de vez en cuando con el amor más grande que ha existido nunca instalado en los ojos. El comedor queda ahora sepultado por el ruido de los goterones ametrallando los balcones de hierro y los toldos y los tragaluces de las tiendas y los supermercados.

Juana Bayo lía un cigarrillo, lo enciende, aspira el humo y finalmente dice:

—Es como si hasta ahora hubieses llevado un sombrero de gilipollas que no te pegaba. Y luego, al contarme todo esto, te hubieses puesto un traje entero a juego con aquel sombrero extraño. Pero también es como si, al terminar, se te hubiese caído entero el traje de gilipollas y ahora estuvieses desnudo.

La miro, los ojos reducidos a dos ranuras de tragaperras. Le digo que no he entendido una maldita palabra, Juana Bayo, y que no hable en metáforas como un maldito escritor.

—Quiero decir que no eres *tan* malo, joder.

Yo me pongo en pie y me acerco hacia ella. En el cristal de la ventana varias pegatinas anuncian la llegada del Otoño Caliente de La Rabia. Desde el balcón puedes ver a un par de guardias civiles hablando tranquilos, en la puerta del cuartel de Travessera, sus uniformes manchas verdes distorsionadas por la lluvia. Le pregunto que cómo cojones puede decirme eso. ¿No ha estado escuchando? ¿Hablo en chino, mujer?

—Creo que para purificar tu traición quieres pintarte como más malo de lo que fuiste —me dice, dejando el cigarrillo en un cenicero y afianzándose ambos moños en la cabeza con las dos manos—. ¿Verdad que te quedaste? ¿Verdad que no la dejaste tirada? Mucha gente lo hubiese hecho, pero tú permaneciste allí, ¿no?

Admito que sí, que me quedé. Ya ves. Menudo héroe soy.

—Pues ya está —me dice—. Lo tuyo es patético, desde luego, penoso y lamentable y también ridículo y mezquino. Pero no eres un villano de novela, tío. Hiciste lo que hiciste y luego nació Curtis, que es una monada, ¿no?, y al final Eloísa no pudo perdonarte y os separasteis. Es una putada, pero nadie ha muerto, aquí. Nadie tiene una metástasis. Nadie tiene una putrefacción en la corteza cerebral. Nadie tiene cáncer de lengua o alzhéimer o está sufriendo una hambruna o está de refugiado en un campo de los Balcanes. Lo tuyo es superable. —Juana Bayo apaga su cigarrillo y me toma una mano—. La vida sigue, Cienfuegos.

Medito un instante, recupero mi mano y entonces ella me dice, abriendo sus fosas nasales y haciendo que el brillante pakistaní lance un destello de faro, me dice:

—¿Y cómo le sentó eso a Eugenio Cuchillo? Lo de Asunción, quiero decir.

—Un día se lo conté, hacia esa misma época —contesto, la mirada fija en la cortina de agua que parece separar el balcón del resto del edificio. Uno de los dos guardias civiles abandona la garita de guardia y se mete en el interior del edificio—. Nos acabábamos de meter cocaína en el baño, invitaba él, y se me soltó la lengua, y se lo dije, bastante farruco y con bastante poco tacto, si mal no recuerdo. Creo que también le canté la canción de «El vino que tiene Asunción», pero sustituyendo «vino» por «culo» —Juana sonrío, y luego deja de hacerlo, al percibir que no estaba bromeando—. Él me miró un instante, y cuando impactó en su cabeza la verdad de lo que acababa de escuchar me pegó un puñetazo, el único que ha atizado en su vida. No me hizo sangre; pegó vacilante, sin práctica, y me arreó aquí —indico— en plena oreja. Dolió lo suyo, eso sí. A la mañana siguiente, le dije a Asunción que no iba a volver a verla. Le solté la típica mentira: que era todo muy complicado, aunque en realidad no existía ni una sola complicación teórica —Juana Bayo me observa sin hablar—. Es lo único digno que hice en toda esta historia: abandonar. Bueno, voy a ver cómo está Curtis.

—Te acompaño. ¿Puedo?

—Claro.

Curtis está agarrado a su Pesadilla Monstruosa, pierna fuera de la manta, una pernera del pijama subida, mostrando su rodilla, la boca abierta, como duerme Eloísa, el puño aferrando con fuerza al pequeño muñeco. Su respiración constante y pausada pone el ritmo en la habitación, y ese ritmo se une al de la lluvia, como si cantasen a dúo, como en aquella canción de 1962 que le encantaba a mi madre, el ritmo de la lluvia. Noto la presencia de Juana Bayo detrás de mi hombro, observándole también.

—Da gusto verles así, ¿verdad? —susurra. Y luego desaparece, Voy a abrirme una cerveza, ¿Quieres?, y yo respondo que no, que ya estoy bien, y sigo allí, inmóvil, observando a mi hijo Curtis mientras fuera cae el gran diluvio.

¡Indultado!

Por un instante, en mi temporal habitación Juanabayoésca, recuerdo el día en que Curtis nació.

Existe un vídeo de la clínica que me rompe el corazón y no he logrado volver a ver nuncajamás. En él Curtis acaba de nacer, está tumbado en la cuna con ruedas del hospital, envuelto en mantas al estilo kebab, los ojos ciegos de boxeador noqueado, y al lado de su cara tumefacta por el trauma puede distinguirse una pegatina que proclama «Curtis C.». En el vídeo se me ve inclinado a su izquierda, agarrando su

mano diminuta, recién hecha, acabada de hornear, oliendo su olor a crema hidratante y sangre de placenta y jabón de lavanda y azúcar, y de fondo se oyen voces de alguien fuera de imagen, quizás el padre de Eloísa, que dice: «¡Pero apártate, que no se ve al niño!» Y entonces, en la filmación, me vuelvo por acto reflejo hacia quien ha hablado, y *mi cara*. Resulta difícil describir esa faz. Cuando la vi en el vídeo, ignoraba que podía utilizar una expresión semejante, que ese rictus estuviese en el catálogo de mi código genético. Es una cara nueva. Una nueva expresión. Algo parecido a cuando me vi en el espejo de casa de Asunción, cuando no reconocía mi reflejo, pero a la vez de forma completamente distinta. Un hombre *nuevo*, pero esta vez para bien.

Pues allí se ve la expresión de un hombre abrumado por la felicidad, una felicidad que le supera, y que desconoce cómo gestionar, una felicidad que jamás ha existido antes, de la que no hay precedentes, que nunca experimentó y de la que nunca le hablaron; y si lo hicieron, él no estaba por la labor. He ahí el nacimiento instantáneo de un hombre sin nudos, ni amarras, ni ganchos, ni cables, por primera vez; un tipo al que le han regalado por sorpresa una descomunal felicidad Made in Taiwán sin manual de instrucciones.

Y aquel tipo sonriente con los ojos húmedos, estupefacto y tembloroso y aterrorizado y feliz, aquel tipo me rompe el corazón.

Yo me rompo el corazón.

Porque ni escucha lo que todo el mundo le está rogando, y no se aparta, en la maternidad, es incapaz de apartarse de aquel bebé, no puede soltarle, porque teme que si lo suelta todo volverá a ser como antes, toda la mierda y la decepción y el Podrido y el vacío y la crisis y la vergüenza y la autocompasión y la deslealtad y la mentira y el olor a semen rancio, así que se le ve allí, en el vídeo, durante dos minutos, estático, aquel tipo abrumado, aquel tipo feliz que cree que todo se quedará así, que siempre estarán juntos, que jamás se separarán los tres, que siempre dormirán con Curtis en su cama, agarrados los tres, ya para siempre.



Porque aquel tipo cree, *sabe*, acaba de darse cuenta de repente, inmóvil al lado de la sala de partos, de que aquel niño es su *salvación*. Lo que salvará su vida. Lo que detendrá la infelicidad. Lo que le absolverá de sus herejías y cobardías del pasado.

Aquel infeliz, que cree que pueden pasarle cosas buenas después de todo. Aquel infeliz, lleno de amor naciente, cree que aquello durará para siempre, el muy ingenuo. Cree que ha sido indultado, ni más ni menos.

Indultado, sí.

Que hubo una reunión en alguna parte, y se consideraron pros y contras de cara a su vida futura, y la asamblea votó darle otra oportunidad. La última oportunidad para ser un hombre distinto, un nuevo ejemplar de ciudadano. Como en *Canción de Navidad*, como en *Qué bello es vivir*, como en todas las películas dulzotas.

Y la inmensidad de ese indulto, la posibilidad de que Dios o la asamblea genética o el fantasma traslúcido de las navidades pasadas o un ángel de segunda hayan perdonado su maldad y miseria antiguas se vuelven insostenibles, y casi está a punto de volverse loco, ese hombre, allí en la clínica, y por eso se queda rígido como un maniquí, en el vídeo, «¡Pero apártate, que no se ve al niño!», y él sin escuchar las palabras del padre de Eloísa, sólo agarrando aquella mano invisible de pequeño roedor austral, oliendo su piel inmaculada y pálida como la mantequilla, sintiendo ese hondo y extremo amor genético que ha brotado de la nada, atado allí, pegado allí, sin quererse mover aunque arruinara el metraje, aunque tapara al niño, aunque arruinara la parte gráfica del evento, pues ese infeliz se cree indultado.

Salvado, ¿entiendes? Como si fuese así de fácil.

¡Limpio!

Limpio, coño.

Y por eso ese infeliz me rompe el corazón, y también por eso intento no pensar en él, ni en su indulto fallido, pase lo que pase. Son cosas demasiado grandes. Te

pondrías enfermo, ahora de veras.

La semana perdida

Paso una semana entera escondido en casa de Juana Bayo, siguiendo las recomendaciones de Santos de Verano, sin contestar el móvil ni hablar con nadie. Estar con ella me sienta bien, porque Juana Bayo es una persona normal: no tiene demonios, ni ambiciones, ni remordimientos, ni pasados mal resueltos. Su benignidad me limpia, esteriliza mis infecciones.

Me alimento regularmente, al fin, y trato de engullir cosas sanas. Juana Bayo me cocina acelgas. Nunca las había probado, aunque parezca imposible. Están buenas, le digo, y lucho por creer en mis propias palabras mientras derramo mares de aceite de oliva, montañas de sal, en el plato. Sólo bebo un vaso de vino joven por la noche, aunque me cuesta. Las tardes en que me corresponde recoger a Curtis, voy a jugar con él y por la noche, ya en casa de Juana Bayo, le cuento cuentos de topos, ranas, elefantes multicromáticos, brujas acomodaticias y razonablemente simpáticas pese a su situación laboral, hipopótamos coronados, la Vía Láctea, semidioses griegos enloquecidos por la envidia, la codicia y la lujuria. Miro por encima los dibujos de un Teo, *Teo i la seva família*, y pienso en 1985, cuando era adolescente, cuando se dibujó el libro, y un dulce amor por el niño que fui me baña entero, y se derrama sobre Curtis como una cascada. Una sensación tremenda de mil novecientos ochenta y cinco ocupa mi mente a menudo, como un país maravilloso en el que aún nada se había torcido, y la inocencia aún estaba por desmenuzarse, y no habían intervenido en mi vida los desastres, decepciones y demonios del futuro. Pensar en aquel año me sienta bien, aunque me entristezca un poco.

Miro la televisión en pijama: todo parece hundirse. Han cazado al yerno del rey en un desfalco sensacional. El gobierno ha anunciado recortes masivos en educación y sanidad para combatir la crisis, pero no en los sueldos de parlamentarios, no anuncia subida de impuestos para los ricos o las grandes corporaciones, ni disminución alguna de los gastos militares, pese a que en Europa ya no hay enemigos de ninguna clase. En Valencia se disuelve a los estudiantes manifestados a garrotazos. En Valencia se construye un aeropuerto donde nunca vuela nadie. El gobierno empieza, nada sutilmente, a poner en duda la viabilidad de un sistema de salud pública. El monstruo encargado de Sanidad afirma que la salud es un bien privado que no depende del Estado, y que «no hay un derecho a la salud». Sube el IVA. Italia, España y Grecia ven cómo se desploman sus mercados, leo en *La Nación*, y el Estado inyecta capital a los bancos en quiebra. No entiendo lo que eso significa. No comprendo cómo un Estado puede desear salvar a la banca que le llevó al precipicio. ¿No sería más lógico dejar caer ese fardo inútil?

Juana Bayo me explica todas esas cosas y me habla de política mientras las cicatrices en mi cara y manos van cerrándose; cambia mis tiritas, hierva mis acelgas, me arroja en la cama como si fuera un niño de cuarenta años. Me habla de la traición del partido socialista en los ochenta, pese a que fui yo, y no ella, quien vivió aquel periodo (¿cómo no me enteré de todo esto?). Durante una semana no cesa de llover. He dejado de vomitollar y de beber tanto, aunque sigo pensando en Eloísa a menudo. También le he prometido a Juana Bayo ir a la manifestación masiva de noviembre contra los recortes. Los acampados en la plaza siguen allí a pesar de las trombas y las incomodidades, las amenazas de desalojo y la constante presencia policial. Admiro su determinación y pureza casi tanto como envidia su optimismo inquebrantable. Pienso en 1914 y 1929 y 1939. Pienso en todas las catástrofes y todos los hombres que estuvieron de cuerpo presente en ellas, lo que pensaron, lo que deseaban, lo que perdieron, los que palmaron. Nunca había pensado en estos asuntos; es curioso. Nunca creí que tuviesen una relación directa con mi vida.

Un día me afeito, preparándome para mi regreso victorioso a *La Nación*, y luego voy a una tonsoría de plaza Universidad, y un africano amable llamado Vincent me cuenta en inglés raro que su novia está aún en Nigeria. Entiendo justo la mitad de lo que me dice. Me cuenta que quiere ahorrar para casarse con ella y traerla aquí y tener hijos, que aquí sí se vive bien, me dice. Pegada con celo al espejo hay una foto de Vincent henchido de orgullo, agarrando por el hombro a un célebre futbolista negro y multimillonario que le mira de reojo, palpablemente molesto por la intromisión. La foto fue tomada en un aeropuerto, se distinguen bolsas de mano en los hombros y grandes ventanales al fondo. Observo la extraña instantánea (lo único que tienen en común ambos bípedos es el color de su piel) mientras él me afeita con máquina el cabello de la nuca y me esculpe una raya al lado que luce borbónica, ondulada como una patata frita. No me veo guapo, pero me siento algo mejor después del corte.

Sueño con decir la verdad, finalmente. Con lanzar un mensaje a toda la gente que he dañado, decirles: Eh, sé lo que hice, era joven e inconsciente y egoísta, no era mi intención, sólo quería decirles que lo siento, que yo sólo quería querer y ser querido, pero no tenía ni idea de cómo conseguirlo. Deciros que ya no llevo el caparazón de armadillo. Que no quiero endurecerme más. Como dice aquella canción: Ni hace falta que encajéis mi mano. Me basta con saber que comprendéis lo que pido.

Me basta con que escuchéis esto: Yo sólo quería querer. Saber cómo se quiere, cuál es el procedimiento, cómo se llega a él. ¿Era eso demasiado pedir?

Árbol-roca-montaña

Algunos días me detengo debajo de toldos, en el paseo de Sant Joan, y tan sólo miro la lluvia con las manos en los bolsillos. Sigue sin hacer nada de frío. Pienso en

cosas que olvidé que me gustaban: los bares de carretera secundaria que uno ve al pasar por los pueblos, islas imperecederas de formica y baldosa en mitad del vértigo del progreso. La forma en que anhelaba, de muy joven, estar sentado para siempre en uno de aquellos bares, sólo leyendo y bebiendo y viendo los coches pasar, aún ignorante del Podrido, la crisis, el ansia y el vacío que llegarían. Calmado, feliz en mi refugio, mi fortaleza de la soledad. Siempre le hablaba a Eloísa de aquellos bares, se los señalaba desde el coche, como algo que me gustó tiempo atrás y pugnaba por recordar la razón.

Pienso en Lugares Seguros: la comida que me gustaba de niño, la cocina de mi abuela y los discos que amé, y me pongo de nuevo mi vieja camiseta de Vacuola y Los Citoplasmas, con su cuello deshilachado y su agujero en el sobaco izquierdo. Un día incluso estoy a punto de echarme a bailar con una canción, pero al final me entra el pánico de arruinarlo todo si lo hago, así que permanezco inmóvil, mirando girar un disco titulado *Magic bullets* como si fuese un diagrama hipnótico. Fui injusto con todos esos discos; ellos no tuvieron la culpa de mi fracaso. Les absuelvo. Después de todo, ¿de quién es culpa la decepción, eh?

Y pienso en otro Lugar Seguro: verano de 1988, a los diecisiete, yendo en bicicleta por un camping donde trabajé. En la avenida que seguía el camino de la playa, pedaleando sin manos, nueve de la mañana, todo el mundo durmiendo en sus caravanas y tiendas, el planeta entero aún en la cama, y el olor del mar de El Prat llenándome la cara por dentro, y la brisa del Mediterráneo en el tupé, música gloriosa sonando en el walkman, explotando sobrenatural en el interior de mi cabeza, *we're living in violent times, oh I tell you*. Todos los anhelos y esperanzas y la inocencia de aquellos días y el amor a la vida concentrados allí, sobre aquella bicicleta rápida, pensando que todo iba a ir bien, después de todo.



En casa de Juana Bayo, sueño despierto con otras ciudades, pensiones que olían a minestrone y cocido de pobre con mucha col, hostales que pisé de madrugada,

paredes con desconchones como sarpullidos y cristos sacrificados en cada dormitorio, gente que conocí y quise, mujeres a las que traté pésimo, caras de niños con traje y flequillo que olvidé, discos pequeños que no cesé de bailar, clases que me salté, abrigos militares americanos con mosaicos de chapas en las solapas y capucha orlada en cola de zorro, veloces motos multicolor yendo hacia el mismo lugar, todos aquellos sueños rotos, rotos sin solución. Veo casas desde mi balcón, chimeneas y ropa al sol, y me doy cuenta de que estoy cantando sin querer una canción que me encantaba cuando era mozo, y entonces tarareo: *aviones plateados, rozando los tejados, no sé de qué me quejo, soy libre ante el espejo, no salgo ahora que puedo.*

Cuando llega la noche, me tumbo en mi cama en casa de Juana Bayo y miro el techo, y entonces me esfuerzo por conciliar el sueño, pero sin beber ni espiar a Eloísa ni tomar Dormidina es difícil, y veo las luces de los coches que circulan por la calle reflejadas en el techo como proyecciones de Cinexín mal enfocadas, y veo la ropa de Juana Bayo tirada por todas partes, desorden en campaña, y finalmente consigo dormirme.

Por las mañanas me quedo en cama mientras Juana Bayo se va a sacar fotos por cuenta propia (no para *La Nación*) al Raval y a Vallcarca, los desahucios y las limpiezas étnicas camufladas de sanitización urbana, para documentar lo que está sucediendo en la ciudad, y yo espero su llegada releyendo algunos libros de humor inglés que traje conmigo, y me esfuerzo por no mirar mi cuenta de correo. Juana me cuenta, un día al regresar a casa, que finalmente no se publicó mi artículo sobre Palacios, y eso me alivia. Pero no enciendo el móvil, por si acaso. Intento recibir algo de esa calma que el resto del mundo da por sentada, que ni valoran. Les envidio. Envidio su placidez, su falta de grandes expectativas, su anhelo de una felicidad sin embrollos. Escucho una canción que habla de ser un árbol, y otra que habla de ser una montaña, y otra más que habla de ser una roca. Pienso mucho en el mensaje de las tres.

Árbol-roca-montaña.

Quizás las canciones sí tenían razón, después de todo.

Escucho una cuarta que habla de gente que es como el *Titanic*, que va por el mundo hundiendo a los demás, hombres que son plagas. La pongo una y otra vez, sentado delante del aparato reproductor con las manos en las rodillas, como un testarudo monje budista. Busco respuestas en todas partes, vuelvo a escuchar todas las palabras que ha cantado todo el mundo a lo largo de la historia por si allí se esconde la solución. Miro mi foto Sputnik con los cuatro bolígrafos incrustados en la cara, intentando reconocerme en ella, aquel tipo simpático y jovial, aquel hombre que escuchaba penas ajenas, aquel tipo que toreaba a la vida. ¿Adónde se fue? ¿Dónde se esconde?

Acepto a regañadientes lo que soy, fui e hice.

Soy el *Titanic*. Un hombre-plaga. Ésa es la cruz que acarreo.

¿Algo más?

Sólo una cosa. Sentado en la terraza esquinera de una pastelería-granja en la plaza Joanic, en el extremo opuesto al cubículo donde Defensa vende lotería, un mediodía en que no llueve y estoy tomando un café solo, escucho a un par de vagabundos leerse el horóscopo de una revista el uno al otro. Llevan zapatillas hinchadas, pantalones superpuestos y chubasqueros militares de capa, y uno empuja un carro de supermercado abarrotado de bolsas de plástico llenas de bazofia, y su cabello es ex pelirrojo casi cano, y sus manos están abultadas, moteadas por coágulos color lila aquí y allá, y ambos apestan a putrefacción genérica.

—«Expansivo en todos los sentidos» —lee uno de ellos, el que no empuja el carro, cuando pasan cerca de mi mesa, sosteniendo la revista—. «Un buen momento para realizarte en tu trabajo.»

Y justo ahí los dos se echan a reír juntos de una forma tan franca y gozosa que casi me uno a ellos y echo a correr paseo de Sant Joan abajo con las manos en la cabeza y aullando: ¡Increíble, el hombre! ¡Increíble, la fuerza que tiene!

Por un breve instante, incluso llego a creer que todo irá bien. Que estoy curado. Qué gracia.



5. Todo es E



Segunda anunciación de Santos de Verano

Pasan unos días, llega la reunión con Santos de Verano. Son las siete de la mañana, una hora infernal pero conveniente para mí. Resulta que a las nueve he de acompañar a los niños de la clase de Curtis a la Fundació Miró, para aquella obra de teatro musical. Eloísa me presentó como voluntario sin consultarme (aunque odio el teatro), pensando qué más le dará una cosa que otra, a ese pelagatos.

Se presenta un día movido. Estoy en la plaza Maria Cristina, apoyado contra la pared frontal de El Corte Inglés, donde me citó el subdirector de *La Nación*. Llevo puesto mi único traje, una cosa inmunda y bolsuda, color gris jerbo y marca blanca, un disfraz de persona normal que adquirí hace diez años en este Corte Inglés, precisamente, y que aún me entra. Eloísa lo dejó a indicación mía en el colegio de Curtis, y me lo entregó una profesora.

Detrás de mí está Papá Noel. En el interior del escaparate. No es el de verdad. Básicamente se trata de un parado con barbablanca y barrigón postizo y traje bitonal rojoalgodón, posiblemente beodo, rodeado de pajes femeninas bastante neumáticas. Ellas llevan el vestido muy corto y medias y botines de elfo, y gorro con pompón. Observando de reajo sus culos jóvenes me coloco bien la corbata y deslizo el dedo por el interior del cuello, pringándolo de sudor.



Es un día importante, que convendría no arruinar. Estoy bastante nervioso, por las implicaciones de lo que puede suceder, y cambio el peso del cuerpo de un pie a otro y me froto las manos y luego me repeino con la palma entera de la mano derecha. Llevo días sin beber y comiendo acelgas más bien insulsas, e incluso creo que he perdido peso. ¿Y si esto sale bien, como predecía el propio Santos, y vuelvo a la primera fila? ¿Y si desaparece mi vacío y reaparece mi talento? Tal vez si regresa mi talento ahuyentaré al Podrido. Me examino el cuerpo, y no noto sus pisadas. A lo

mejor se marchó para siempre. Olvidó llevarse el vacío y el dolor estomacal, pero no pasa nada, no voy a echárselo en cara; ya se marchitará solo, el vacío, a su ritmo.

De repente, capto por una esquina ocular a un ente trotante que se acerca hacia mí. Es Santos de Verano. En chándal. Un chándal italiano bellísimo, funcional y discreto, bien cortado, tal vez hecho a medida, como la ropa de tenis eduardiana, un chándal azul marino que seguro cuesta más que algunos modelos de utilitario español. El tipo corre con gracia y velocidad, y se sitúa ante mi nariz en medio minuto, y cuando lo hace no cesa de trotar, levantando las piernas sobre el mismo punto de la acera de una forma que debería ser ridícula, pero que en él luce como un glorioso baile de superación personal.

—Cienfuegos, ¿dónde vas así? —y me señala con ambas manos—. ¿No te dije que hablaríamos haciendo footing? —pongo cara de facóquero, como si un par de manos fuertotas me estuvieran comprimiendo las mejillas—. ¿No? ¿No te lo dije? Vaya, qué cabeza la mía.

¿Todo lo que dice? Lo dice sin resollar demasiado, considerando que ha bajado galopando desde Pedralbes. Si tratase yo de hacer lo mismo estaría ahora en el suelo, vomitando el alma y con la lengua a ras de baldosa, reseca como una esterilla de puerta, un oso hormiguero en plena angina de pecho.

—Lo siento —digo, por decir algo.

—Nada, no es culpa tuya —pero no se disculpa. Los de su clase social nunca se disculpan, según parece, con los mierdas de la mía—. Venga, vamos.

Me quedo mirándole, perplejo.

—Pero no voy... —y me pellizco con los dedos ambas caderas del pantalón Planta 3, Ropa de Hombre, dándole una forma casi triangulada que recuerda al atuendo de las Waffen SS.

—Ya, es una pena —suelta, y empieza a trotar otra vez, alejándose de mi cuerpo—. ¡Pero tengo que correr una hora al día, Cienfuegos, si no, estoy jodido luego, en el polo! ¡Sígueme!

¿Polo? ¿Qué polo? ¡Eh, espere!

Jo vaig fent footing

Nos ponemos a correr por la Diagonal en dirección a L'Illa y la plaza Francesc Macià. A los dos segundos estoy destrozado, por mi dieta hipocalórica y mis hábitos sedentarios, que las acelgas de Juana Bayo no han conseguido aún eliminar de mi constitución. Empiezo a respirar con dificultad, tratando de mantener su paso. La gente se vuelve cuando pasamos, no por él —que parece Hermes, jefe de los sueños, mensajero de los dioses— sino por mí, por supuesto. Desde fuera debo de parecer un caco harapiento y mantecoso dándose a la fuga. Si no fuese por mi acompañante,

estoy seguro de que ya me habrían detenido.

—Según lo veo —me dice, y sus dos manos dibujan un marco, como una cámara por la que fuésemos a mirar, y no cesa de correr—. Tendríamos que empezar con una columna, y no una columna cualquiera. La columna de la página 3, la columna de opinión cotidiana más importante del periódico.

Sé de qué columna habla. Es lo que el Remember denominaba «El Oráculo de la Infamia». Una columna que obra maleficios: si el columnista se queja en ella una mañana de los rumanos que limpian parabrisas en la Gran Vía, a la mañana siguiente ya no están allí. Han desaparecido por la noche, como secuestrados por trolls perversos de la Selva Negra.

—Es... Un... Honor —digo, encontrando gran dificultad a la hora de hablar, pues no accede a mi cuello el aire suficiente como para expeler palabras de más de dos sílabas. Luego me llevo las manos a los riñones, porque el flato está clavando allí lanzas ardientes. Mi ritmo va disminuyendo, paso a paso.

—Por supuesto, imagino la primera versando sobre un tema candente, un tema de interés general, escrito con tu habitual saña afilada y tu humor inmisericorde, lo veo como si...

No oigo lo que continúa diciendo, y Santos de Verano se aleja de mí, corriendo de forma endiablada, por el carril de peatones de la Diagonal. Tras recorrer diez metros se vuelve de repente y me sorprende aquí, a cuatro patas en el suelo y asfixiándome con severidad, y vuelve a trotar en mi dirección.

—¡Caramba, Cienfuegos! ¿Estás bien? —y se inclina y me presiona un omoplato con la firmeza de un adulto, la determinación de un cacique con responsabilidades que controla completamente de lo que acontece en su hacienda.

—EJHHHHHHHHH —le digo, tomando aire, una mano en la barriga y la otra en el asfalto. Varias bicicletas rápidas pasan a nuestro lado, haciendo sonar los timbres con gran indignación (RIING RIING RIING) porque ese señor gordo que parece estar muriéndose ha obstaculizado ligeramente el carril ciclista con una parte infinitesimal de su pie. A todos los ciclistas urbanos de Barcelona los imagino en Treblinka II, metiendo prisa a los peatones en la puerta de las cámaras de gas y tocando timbres de bicicleta cada vez que se vacía y llena el compartimento con una nueva remesa de judíos y comunistas, los ciclistasguardias gruñendo e increpando a todo el mundo, furiosos, malfollados, vegetarianos y muy, pero que *muy*, infelices.

Donde Simón Santos de Verano se arranca la máscara

Pero ahora no puedo pensar en ello (en un Treblinka II dirigido exclusivamente por ciclistas vegetarianos y célibes de Barcelona), porque carezco de la sangre que urge para regar los pliegues de mi corteza cerebral.

—¿Quieres que llame a una ambulancia? —pregunta, ahora sí dejando de hacer footing y sacando una maravilla de móvil cósmico que debe tener línea directa con los arcángeles. Empieza a desplazar su dedo índice sobre él, convencido de poder arreglarlo *todo* con una llamada; incluso cancelar mi muerte. Podría hacerlo, estoy seguro.

—No, por Dios —digo, y me semiincorporo, y me quedo de rodillas ante él, como un pastor del pesebre frente al niño Jesús, y trato de hablar sin asfixiarme—. Continúe, continúe.

—Trátame de tú, hombre, no seas pesado —me dice, mirando hacia donde estoy colocado en pose felatriz, y esconde su móvil en un bolsillo del chándal—. Decía que veo tu primera columna como una cosa golpeadora, cañera, que dé que hablar, me entiendes —no pregunta, afirma: Me *entiendes*—, y para que veas que te lo pongo fácil, incluso te voy a sugerir el tema: los energúmenos esos que han tomado la plaza Catalunya. Tú estuviste allí, por tu *performance*. Viste lo que están haciendo. Quiero una columna de indignación ciudadana contra esos muertos de hambre. Que se vea que estamos todos en contra de su violencia, y que no toleraremos que secuestren la voluntad popular.

—¿Secuestran?... Pero si son inofensivos. Sólo están ahí acampando, con el frío que hace, y no paran de caerles... —iba a continuar, pero veo su cara. Su cara es una lámpara de camping gas recién encendida, cuando la camisa se torna rojo flamígero.

—¿INOFENSIVOS? —grita, muy furioso—. ¡Lo que están haciendo es antidemocrático! La política hay que dejarla a los políticos, que para eso tuvimos una Transición modélica —se calma un poco, porque varios paseantes han vuelto la cabeza y nos observan; guardando las distancias, eso sí—. Existen cauces reglamentarios en nuestra democracia para efectuar cualquier reclamación que sea pertinente. ¡Pero estos hippies asquerosos se están saltando las reglas del juego! ¡No puede permitirse esa anarquía, es indignante! ¿Es eso democracia, gente cualquiera reuniéndose, discutiendo y tomando complejas decisiones económicas en la calle? ¿Democracia? ¿Qué tendrán que ver las asambleas populares y la voluntad de la gentuza con la democracia? ¡No me hagas reír! Alguien tiene que decirlo, y *La Nación* no se calla las verdades, aunque sean incómodas. Ésos son unos irresponsables, hombre, unos irresponsables. ¿Estás conmigo? ¿Me sigues, Cienfuegos? Quiero una columna severa pero humillante, que se ría de sus infantiles mundos utópicos —lo dice con asco, como si la palabra «utópico» hubiese vomitado esputos mucosos dentro de su garganta—. No te cortes. Quiero que te rías de las pancartas comunistas de esa acampada de boy-scouts. ¿Me sigues, Cienfuegos? ¿Sabes lo que te quiero decir?

No sé qué quieres decir

Me suelta Juana Bayo. Estamos en la puerta de l'Univers, el colegio de Curtis, rodeados de otros padres, esperando el autocar que nos llevará a la Fundació Miró. Curtis me agarra la mano y le explica algo a un amigo de su clase, algo que tiene que ver con Gormittis del Fuego y un tal SonOrca, que según se ve es un mala persona de mucho cuidado. O un muchachote ejemplar, ahora no recuerdo (a veces desconecto cuando Curtis habla durante mucho rato seguido). Todo huele a gofres con chocolate, de la pastelería que hay en la esquina de arriba, y se me revuelve el estómago.

Algunos de los padres me miran muy fijamente, disimulando de forma carencial y luego chismorreando en pequeñas células de tres o cuatro cotillas. Son, sin duda, los que vieron mi foto en el periódico hace unos días, en plena pérdida de papeles y catástrofe motorizada. Son los mismos que en los cumpleaños de sus hijos —adonde me veo obligado no sólo a acudir, sino también a hacer amago de socializar— nunca compran bebidas de adultos para los padres, y creo (estoy convencido) que lo hacen exclusivamente con el fin de jorobarme a mí. Esperan que un día pierda los nervios, irrumpa corriendo y chillando en el Bonpreu, y regrese con un pack de seis latas de cerveza, y las engulla como un cerdo delante de todo el mundo, babeando y eructando, para poder decir de mí al fin que soy un borracho sin control y un chiflado hijo de perra. Esos hipócritas de esfínter prieto...

Por fortuna, parece ser que ninguno de ellos se fue de la lengua con el profesorado, o no estaría aún encargado de supervisar esta excursión.

—Bueno, eso —le contesto, y me froto el lugar donde estuvo la barba, de puro reflejo—. Que me han encargado eso, lo que te acabo de decir.

—Y has contestado que no, claro. Que se metan su encargo en el culo, esos mamporreros del poder.

Miro a un punto indeterminado de la acera, en silencio. Distingo en un chaflán del ojo los calentadores y las botas de escalar de Juana Bayo, su camiseta de Dr. Calypso. Me muerdo el labio inferior, una piel que tenía suelta, y la arranco, y me la trago. Llega el autocar, y aparca muy cerca de donde estamos. Lleva en el parabrisas el distintivo amarillo de Transporte Escolar donde se ve el monigote mochilero raptando a la niña pequeña.

—Es más complicado de lo que piensas —contesto, con voz espectral—. Han despedido a casi toda la plantilla, ya lo has visto. No quiero ser el siguiente; que estoy divorciado, joder. Claro, para ti es muy fácil todo, nadie depende de tu sueldo —olvido decirle que del mío tampoco, pues Eloísa cobraba seis veces más que yo, y mi aportación

pecuniaria doméstica era casi irrelevante—. ¿Tú sabes la repercusión que tiene esa columna? Podría ser mi gran oportunidad. La oportunidad de una vida, directamente. De ahí al premio de periodismo de *La Nación* va un solo paso.

—No me lo puedo creer —su cara es de decepción grande, como si de veras le hubiesen comunicado algo asqueroso, una derrota horripilante, Alesia, Versalles, una claudicación que inspirara la mayor vergüenza conocida por el hombre. Su cara es,

literalmente, la de *no poder creerse* alguna cosa—. ¿No tienes ningún tipo de código moral, o qué?

Pienso un instante en el código moral de Remember, y en cómo me estoy pasando felizmente por la rabadilla al menos tres (¡tres!) de sus preceptos.

La maestra de Curtis, una chica simpática y algo bizca (bizquea de un solo ojo) que habla con los adultos como si aún fuesen niños, me viene a informar de que hay que ir embutiendo a los chavales en el vehículo, que se nos hace tarde. No lo dice así. Lo dice como si yo tuviese cuatro años, y me acabara de enseñar a aguantarme el pipí. Sólo falta que me realice la cuenta atrás amenazadora: «Cuento hasta tres, Cienfuegos. Uno...»

—Esto sí que no me lo esperaba de ti —me suelta Juana Bayo allí, en la acera, cuando agarro a Curtis de la cintura y lo paso, un cubo de agua en pleno incendio, a otra voluntaria de la AMPA. Curtis se ríe, porque le he agarrado sin querer por Zona de Cosquillas.



Me vienen ganas de espetarle a Juana Bayo aquello del decepcionado y el decepcionador y las expectativas por bajar, quién tiene la culpa de todo ese embrollo de confusiones etimológicas y semánticas, pero se me quitan las ganas, y encima me acuerdo del Podrido y el código del Remember, y me deprimó bastante por todo, de nuevo.

¿Sabes qué? Mejor no digo nada.

La maestra me mira y da un par de sonoras palmadas. Autoritarias y premurosas, no celebrativas o rumberas. Me apresuro a obedecer.

Basura³

Cuando todos los niños están sentados en el autocar, los adultos tomamos

nuestras posiciones al frente y al fondo de la cabina, y el vehículo arranca en dirección a la Fundació Miró. Miro a la acera y Juana Bayo sigue allí plantada, con cara de basset angustiado, pensando en lo vil y mezquino que soy, mirándome de una forma bastante incómoda, posiblemente diciéndose que al final la gente de la oficina tenía razón: soy una sanguijuela y un esquírol. Un gordo sociópata y rastrero. Tal vez Juana Bayo conservaba aún expectativas sobre mí, y acabo de defecar sobre ellas con total impasibilidad y desde gran altitud.

Bueno. Trato de pensar en Eloísa, que es lo importante, y en mi carrera profesional, que también lo es, y eliminar todo ese incordio de periferia sentimental. El autocar se pone en marcha por fin, levanto las cejas para Juana Bayo, ella sigue ahí como un perrito abandonado en un arcén, qué incomodidad de mirada, la evito, miro a la calzada, nos empezamos a desplazar por Torrent de l'Olla en dirección a la Diagonal.

Los niños empiezan a cantar, y yo a marearme. Siempre suelo hacerlo, en autocares. De niño siempre era el primero en vomitar. Los demás niños de la clase me llamaban Campeón Vomitón, como un cromó de la Pandilla Basura. La culpa la tienen ese olor a plástico y cuero de imitación, la calefacción siempre alta, el hedor a gasolina, el polvo seco pegado a la tapicería de skai, los frenazos bruscos, las curvas traicioneras, la música trepidante y a menudo inmunda.

—Sobre todo —me anuncia la maestra, la mano en el respaldo de mi asiento—, vigila si alguien se marea. Si ves a uno, le das una bolsa de éstas, ¿vale, papi?

Papi. Agarro la pila de bolsas de papel plastificado y trato de sonreír. Mientras voy cambiando a color sopa de pescado en brik, escucho el cántico infantil. La dinámica es simple. Se trata, según observo, de ir berreando de manera nominativa todo lo que los niños ven por la ventana.

—TÚNEL, TÚNEL, TÚNEL —cuando entramos en un túnel.

—SOL, SOL, SOL —cuando emergemos de él, y nos da la luz.

—BOSQUE, BOSQUE, BOSQUE —cuando pasamos al lado de un parque raquíico y deforestado.

Pero entonces, el autocar, que ya desciende por la calle Pau Claris, se detiene en un semáforo, y pegada a él hay una fila respetable de contenedores de basura de todos los colores, para todos los usos recicladores: amarillo, verde, marrón, azul. Y cuando los niños lo detectan, aún en pleno juego, su cántico adquiere una fuerza inusitada.

—BASURA, BASURA, BASURA —*muy fuerte*, lo cantan. Como si fuese lo que en realidad querían cantar, el estribillo, la parte importante de su tonada inventada.

Me vuelvo en el asiento, y miro hacia el resto del autocar. Cuarenta y cinco niños con la boca abierta, y gritando a todo pulmón, mirando hacia delante, como mirándome a mí.

—BASURA, BASURA, BASURA.

¿A veces, todo ese simbolismo? Puede resultar cargante.

M.F.M., lo llamaría Eloísa: Metáfora Faltona y Malintencionada.

Emeefeeme.

Vuelvo a sentarme. De repente, qué mareo. Abro una de las bolsas de vomitar, la enchufo en mi hocico, cierro los ojos, intento ir a mi Lugar Seguro, desesperado trato de materializar la bicicleta, la bicicleta, 1988, 1988, el viento suave y templado de la playa de El Prat, el manillar de la bicicleta perfectamente equilibrado pese a la ausencia de manos rectoras, las ruedas finas rodando por el asfalto del bulevar principal en equilibrio perfecto de funámbulo, nadie a mi alrededor, el mundo durmiendo y yo protegiéndoles, el guardián sobre ruedas, aquella canción gloriosa en el walkman, *we're living in violent times, oh I tell you*, la brisa fresca y tonificante, trato de encajar mi cuerpo en el Lugar Seguro, reemplazar mi cuerpo por aquél, extirpar todo lo que se acumula aquí y volver a colocar la inocencia de aquel camping, la bicicleta, la bicicleta, 1988, 1988, *we're living in violent times, oh I tell you*, pero es imposible, porque todo lo que se oye en el autocar es

BASURA, BASURA, BASURA.

BASURA, BASURA, BASURA.

Vengo en son de paz

—Palabra.

Eloísa me abre la puerta, después de escuchar mis voces filtrándose por entre las fibras de recia madera de nogal. Lleva tejanos negros estrechos, y una camiseta blanca de cuello anchísimo que le deja un hombro pálido al descubierto y le queda sensacional. Va despeinada, no tanto por la hora —son las doce y media de la mañana— sino por la disposición molecular de su cuero cabelludo. El peinado de enfurecido peluche albino explota en todas direcciones desde su cráneo. No me invita a pasar a la que hace unos pocos meses era mi casa, y cuya puerta yo abría con mi propia llave. La sensación de no poder acceder a la propia vivienda es extraña, de mundo al revés, casi onírica, como si estuviese teniendo una pesadilla y en cualquier momento tuviese que aparecer un hipogrifo, o mi madre con cabeza de búfalo, yo semidesnudo, algún viejo enemigo diciendo sinsentidos.

Eloísa no habla, y espera a que lo haga yo.

—Las buenas noticias son que la excursión ha ido de perlas —le digo, asintiendo con la barbilla, y veo cómo se contrae su frente—. No hay malas noticias, tranquila —levanto las manos en señal de rendición—. Una obra preciosa. Ensalada de nosequantos. No: Macedonia de comosellame. Una hippy que cantaba todo el rato, sin zapatos, canciones sobre cucharas y tenedores, y otra sobre las letras del abecedario, que la S estaba gorda pero la I tenía una idea y la E quería abrazarlas, o algo así. Fenomenal. Una cosa tremenda. Curtis las ha cantado todas. Lo que no entiendo es por qué la hippy iba sin zapatos, no sé si era algún tipo de mensaje

subliminal sobre confort podal, ¿sabes?

Eloísa me dice Perfecto, muchas gracias, y sigue sin dejarme pasar. Por encima de su hombro veo la sala de estar al fondo, y una pesadumbre nueva me zarandea los músculos. La pared principal (ahora caigo en lo que no encaja) está llena de vacíos de fotos recién descolgadas, la sombra fantasma que dejan los ex cuadros en la pintura plástica. Como mares lunares. La sala de estar parece ahora una capilla recién saqueada en tiempo de guerra.

Al otro lado de su oreja también veo la estantería Expedit, a lo lejos, y mis discos aún están en ella, y estoy a punto de buscarle un significado positivo al asunto cuando Eloísa se pone a hablar.

—Tendrías que empezar a encajar tus discos —vuelve un poco la cabeza hacia atrás, mirando hacia donde yo miraba—. Pesan un huevo, y eso sí que no lo puedo hacer yo. Además, me da miedo cargarme alguno. El raro ese de Las Duelistas. Y el otro de Nucléolo y los Ribosomas.

—Vacuola y Los Citoplasmas.

—Eso. Vacuola y los Destos.

Vuelven a dolerme las mandíbulas, y desencajo un poco la quijada, y algo hace crac en el interior de mi oreja derecha. Bajando la mirada, distingo una foto enmarcada en su mano. Ella percibe de nuevo hacia dónde estoy mirando.

—¿Quieres tú ésta? —dice, y me la ofrece—. Estaba metiéndolas en cajas ahora mismo.

Tomo la fotografía y la observo, aunque me la sé de memoria. Era mi favorita.

La foto favorita

Estaba en el recibidor, y la veía cada día, al entrar y salir del piso, camino de mi normalidad. Es una imagen del viaje que repetimos a la costa vasca, cuando Curtis ya tenía dos años. En ella se nos ve a Curtis, a Eloísa y a mí delante de una pintada gigantesca que anunciaba *EUSKAL PRESOAK EUSKAL HERRIRA*, un letrero monstruoso sobre piedra musgosa en que cada letra medía dos metros casi, los autores tuvieron que estar un día entero con la brocha arriba y abajo para escribir aunque fuese una palabra (¿dónde estaría la policía?), y allí estamos yo y Curtis haciendo que besamos la E grande de la primera palabra, que ocupa toda la foto, y Curtis y yo, uno a cada lado, besando la E. Adorando la E para siempre. Y en medio, con aquella E magnífica enmarcándola, está Eloísa, riendo y feliz con los dos hombres de su vida.



Durante aquel viaje volví a bailar, bailaba con Eloísa todo el día, a veces agarrábamos a Curtis entre los dos y los tres bailábamos en el comedor de aquella casa rural cualquier canción que sonara en Radio Ochenta Serie Oro, Dire Straits o el «Crazy little thing called love» de Queen o «It's raining again» de Supertramp, aunque me dieran tremendo asco, tan feliz era que ni reparaba en la suprema inmundicia musical de la FM española, y yo a Eloísa le repetía —ya en la habitación de matrimonio de la casa rural— mis tres viejos bailes, El Pollo Descabezado Shuffle y La Langosta a Go-Gó y El Robot Psicodélico, y Eloísa volvía a sufrir ataques y contraataques de risa y trataba de tapiarse la boca para no despertar a Curtis, en la habitación contigua, y yo allí, desnudo y haciendo el idiota al ritmo del «More than a feeling» de Boston, inmolándome en llamas de optimismo y felicidad, queriéndola *tanto*. Los dos primeros años de Curtis en el planeta fueron muy parecidos a los cuatro primeros años con Eloísa, cuando éramos novios.

Y cada vez que regresábamos a Barcelona de algún fin de semana los tres, yo señalaba la E grande del cartel de BENVINGUTS A BARCELONA que cuelga de la gran muralla de entrada en Trinitat Vella. Y exclamaba: «¡E y E! ¡Otra vez! ¡Todo es E!» Y nuestro coche barato circulaba a velocidad regular cerca de aquellas E de dos metros, que eran sellos de dioses paganos encontrados en el remitente de losas de piedra, que eran ídolos de islas del Pacífico. Letras E gigantes, felicísimas de ser adoradas.

—Oh: también he encontrado otra cosa tuya —dice Eloísa, levantando un dedo, y desaparece hacia el interior del piso, y yo dejo de mirar la foto de la E, y escucho sus

pasos mullidos y descalzos sobre el parquet, el crujido de sus rótulas al agacharse, el ruido de una caja de cartón que se abre, los pasos de nuevo que aumentan en progresión acercadora, y Eloísa otra vez ante mí—. Es bastante fuerte. Ni recordaba que existía.

La chaqueta favorita

Mi vieja americana Nudie blanca. Tiene bordados de rosas rojas y hojas verdes de marihuana, y me la regaló Eloísa en mi trigésimo sexto cumpleaños, porque era una réplica exacta de la que llevaba Gram Parsons de los Flying Burrito Brothers en la portada de un disco de 1969 que me gusta mucho, *The gilded palace of sin*, y detrás lleva una gran cruz cristiana colorada que ocupa toda la espalda. Cuando Eloísa me la regaló, hace años, cuando abrí la bolsa y la saqué agarrándola de los hombros y la coloqué flácida delante de mis ojos, como si el hombre de dentro se hubiera licuado por el camino, no sabía si era la cosa más fea con que había topado en la vida o la más hermosa.



Ahora veo que era la más hermosa, y sin embargo casi nunca tuve el valor de ponérmela. Por la blancura refulgente, y esa cruz bermellón de templario country, y los bordados de cáñamo diseminados por todas partes.

Eloísa me la ofrece, agarrándola de los hombros también con los dedos en pinza, sujetando a un fantasma borracho.

—Creía que la habíamos tirado.

—Lo siento mucho —le digo, deshaciéndome de mi anorak y tomando la americana de vaquero galáctico, primero poniéndome una manga, luego la otra.

—No pasa nada —dice, y en un gesto reflejo me quita un cabello de la solapa, y

luego da una palmada para arrancar una mota de polvo, y luego aparta la mano—. Estaba en el altillo, no molestaba. Pero ha salido cuando buscaba sitio para poner las cajas nuevas y...

—No, no —niego con la cabeza, subrayo mi doble No oral con otro No gestual, y me abrocho los botones de la chaqueta. Aún me entra, aunque aprieta un poco en la barriga. Los espacios entre ojales dibujan elipses verticales al abrirse, por la presión abdominal—. Quiero decir que lo siento todo, todo lo que hice, todo lo que ha pasado, las putas que te hice, lo de saltar del barco.

—Ya lo sé, Cienfuegos.

—¿Y sabes qué? ¿Sabes por qué no entendía lo que ha pasado estos meses? Porque creía, aunque suene ridículo, aunque salga en las películas, que el niño había salvado nuestro matrimonio —le sonrío, torciendo la boca, con una mueca dañada, consciente de haberme transformado en la Meryl Streep de *Kramer contra Kramer*—. Te juro que me creí que el niño, y la forma en que de repente empecé a comportarme, cancelaba lo de antes, corregía el pasado —los dos ojos se me llenan de lágrimas, y los de Eloísa también empiezan a brillar, y sigo allí con la foto de la E en una mano y la americana puesta y el anorak en la otra—. Como si hubiese sido indultado —digo, los labios empezando a temblar, y mis palabras crean algo de eco en la escalera de la finca—. Indultado, no sé cómo decirlo.

—Yo también lo pensaba —susurra Eloísa, y con una mano sujeta la puerta—. Pero luego resultó que no. No pude olvidar lo que hiciste.

Y otra vez, en mi cabeza, el coro griego:

BASURA, BASURA, BASURA.

No irás a llorar ahora

Pues sí. Me pongo a llorar fuerte, ajeno al estrépito que levanta mi llanto en la escalera, y dejo caer el anorak y me llevo una mano al ojo derecho y lo froto y se me arrugan las mejillas y lloro más, una verdadera escandalera, y Eloísa viene y me abraza, y yo le digo:

—Yo te quería tanto, Eloísa...

Es lo único que puedo decir durante un buen rato, y repito un par de veces la palabra Tanto, entre llantos.

—Y luego no sé qué me pasó —suspiro fuerte, luchando por dejar de hipar, y soplo fuerte también después de hinchar las mejillas, y aún estoy apoyado con el mentón sobre un hombro de Eloísa. Huele a París; la colonia, no la ciudad—. No es que no fuese yo, no es que me dé miedo admitir que era yo, pero a la vez *no era yo*, te lo juro. Era como estar dominado por una locura que no controlas, que te ha tomado, no sé, una cosa de Mister Hyde. Suena estúpido, pero era así. Parecido a una

posesión.

Eloísa se separa de mí delicadamente, y parece que va a acariciarme un antebrazo, pero cambia de idea en pleno vuelo y regresa a la base, su mano.

—Yo también creía que nos podríamos reenamorar —me dice, y se seca las mejillas—. Pero al final vi que el daño estaba hecho, y que no me podía sacar la tristeza de encima, ni siquiera después de Curtis, y sobre todo me di cuenta de que no confiaba en ti. Que no había podido reaprender a confiar en ti, por muy buen padre que fueses, y tenía la sensación, *tengo* la sensación —se corrige— precisamente de que siempre abandonarás el barco cuando haya problemas. Es tu forma de ser.

—Pero yo no volveré a hacerlo. Cuidaré de ti siempre —suelto, y vuelve a rompérseme la voz—. Te juro que cuidaré de vosotros dos siempre, siempre. No abandonaré el barco —añado, como si fuese un marinero asustado acatando una orden del Capitán de Navío.

—Ahora ya no puede ser, Cienfuegos —dice, ya sin llorar—. Eso que teníamos, ya se jodió. Ojalá no hubiese pasado, de verdad.

—Pero ¿no puedo tener una última oportunidad? —contengo las lágrimas, una mano aún ocupada sosteniendo la fotografía, no puedo gesticular bien—. Sería la última. La última oportunidad.

—Para que todo se arreglara, tendrías que hacer cosas que nadie ha hecho nunca, Cienfuegos —dice, y sin querer pienso en la frase aquella de Asunción, «Te haré cosas que nadie te ha hecho nunca», y siento un escalofrío terrible y unas náuseas repugnantes atascadas en el gaznate—. Cambiar todo el pasado. Y eso es imposible. Hay demasiada mierda. Lo único que quiero es volver a empezar —casi finaliza, dejando el título de película tostón española en el aire.

Y luego va cerrando la puerta con lentitud, pero sin interrumpir el proceso, así que voy viendo muy lentamente cómo van desapareciendo partes de su cuerpo y rasgos faciales y fragmentos de mi ex piso, allí, detrás de la puerta de roble, hasta que al final se oye un «Adiós, Cienfuegos» apagado que se cuele por la hendidura de un centímetro que ya sólo queda, y entonces hay un clac definitivo y la puerta está cerrada y yo me quedo allí, solo, en medio de la escalera, recojo el anorak, las manos ocupadas y mirando al vacío en el umbral de mi viejo piso, sin hacer amago de irme nunca de allí, pretendiendo quedarme siempre como estoy, en un perfecto *continuum* kafkiano, un eterno lazo de Moebius. ¿Quién dijo aquello de que es mejor un No a tiempo que un Tal vez incierto? Qué bobada. Siempre mejor el Tal vez. Siempre mejor la incertidumbre y el limbo que lo funesto que viene por detrás.

Hecho unos zorros en un bar

Cuántos hombres antes que yo habrán estado hechos unos zorros en un bar.

Muchos, sin duda, aunque no con esta sensacional chaqueta de vaquero cosmonauta.

Saliendo del piso de Eloísa anduve durante media hora, sin rumbo conocido. Subí Via Laietana, crucé Urquinaona, vadeé la Gran Via, pegaba mucha solana, continué subiendo por la calle Girona, sin un motivo particular, hasta que pasé por delante de un bar antiguo, el Cafè Central, y decidí meterme en él. Los escasos parroquianos que ocupaban el establecimiento, todos en sus mesas de mármol, levantaron fugazmente la cabeza para observar mi americana centelleante, tratando de digerir cada detalle cegador en ese segundo fugaz de intercambio de miradas sin llegar a ser maleducados, y luego volvieron a sus tareas: la prensa del día, el vermú, el dominó, la conversación que estaban manteniendo. La vida pública seguía igual, pese a mi desastre íntimo.

Es curioso: uno estaría tentado a pensar que cuando acontece una catástrofe privada, el mundo tendría que actuar conforme a ella, reaccionar de algún modo, admitir que está sucediendo. Y, así, empezar alguna interrupción de lo cotidiano: una huelga general, o un eclipse solar, o un chaparrón bestial. Pero nada. Mi mundo se precipita al vacío, y el mundo ajeno ni se inmuta. Ni pestaña.

Me siento en la mesa más cercana al ventanal y procedo a emborracharme otra vez. No se me ocurre qué otra cosa hacer; limbos kafkianos como el que me aloja no rebosan de opciones de entretenimiento. Cuando el camarero se acerca a mi rincón enmudece unos segundos, no sólo por la chaqueta, que no me he quitado, sino porque he colocado la foto de la E sobre la mesa, como si estuviese en mi propio despacho. El efecto de la fotografía enmarcada sobre una mesa de bar resulta incongruente, como una perspectiva imposible en una pintura de Escher, pero el camarero toma mi comanda y se marcha sin preguntar.

Entonces, bebo. Bebo sin descanso durante un par de horas, y voy admirando la fotografía de cuando en cuando, convirtiéndome trago a trago en un lugar común, un cliché humano, una imagen iconográfica de la cultura occidental: el borracho llorón. El hombre que solloza en bares por lo que ha perdido, ahora se da cuenta, y el conocimiento cae sobre él de repente como un fardo insoportable, y lo que es peor: no tiene a nadie en este mundo a quien contarle sus penas.

Pienso en la E, en cómo todo parecía ir bien, trato de imaginar cuándo exactamente Eloísa tomó la decisión de que, por el contrario, *nada* iba bien, y cada vez que pienso en cómo me imaginé limpio, perdonado por mi crisis, cada una de esas veces me echo a llorar en silencio, con discreción, allí en el bar, cubriéndome el rostro como el que está pensando en algo profundísimo.

Mientras lloro con la boca cerrada, sin hacer despliegue de significantes externos, me pongo a recordar aquel verano del 2008 en la costa vasca, analizo la fotografía, cada símbolo, cada detalle. Curtis y yo, uno a cada lado de aquella talluda E de *EUSKAL PRESOAK*, simulando darle un besote, como si fuese la E de Eloísa, como la E de BarcElona, y Eloísa allí en medio de ambos, riéndose, y parecía tan feliz, enmarcada en esa E. A Eloísa le encantaba esa foto, siempre lo decía, lo simbólico de

esa E, esa E como un monumento a nuestro gran amor, y a mí...

Un momento.

Un momento.

Que no se mueva nadie.

Un momento.

Todo indica que ha tenido una idea

En efecto. Acaba de alcanzarme un relámpago Eureka. Una manzana golden acaba de impactar y rebotar con gran fuerza gravitatoria en la parte superior de mi cráneo. Metafóricamente.

Sí, acabo de pensar en algo.

La sorpresa es la siguiente: es una idea *buena*. Parece buena, desde aquí, pese a la borrachera atroz que (ahora lo percibo) tambalea mis cimientos como un huracán de los trópicos. ¿Es una buena idea? Quizás no. No, sí. Lo es. Casi seguro que lo es. Definitivamente, *debe* serlo. De repente me encanta esa idea, que lo arreglará *todo*, y casi sonrío, allí en el bar, la foto ya en las manos y murmurando para mí como un demente, olvidando al resto de parroquianos. Con «todo», lo que quiero decir es «Eloísa», claro. Mi matrimonio feliz, bailaror y cuidador de Curtis. Esa idea será la solución (iba a decir la Solución Final) que solucionará, perdón por la redundancia, sólo faltaría no redundar con la cogerza gigante que agarré, tras las seis cervezas de mediodía sin darme casi cuenta, la solución que solucionará la solución de Eloísa, menuda curda llevas, Cienfuegos, pájaro.

Y todo lo demás se pondrá en su sitio, como un puzle perfecto de pocas piezas, tras poner en práctica esa idea. Podría ser.

«Todo se pondrá en su sitio», recuerdo de repente, era una frase que Eloísa pronunciaba con constancia. El rosario que rezaba, cuenta a cuenta, para avivar las tímidas y decrecientes llamas de su autoconvencimiento, después de haber visto al Podrido y a mí con él dentro, en plena crisis, en pleno crac espiritual. Por desgracia, nada se puso «en su sitio». Las cosas están más descoyuntadas y fuera de sitio que nunca. Pero todo eso es irrelevante ya, porque mi gran idea va a repararlas. Prevendrá el futuro y corregirá el pasado. Y si no puede corregirlo, pintará a brochazos sobre las cosas malas, como el que busca cubrir un grafiti supremacista. Me conformo con eso.

Vuelvo a pensar en la frase de Eloísa: «Para que todo se arreglara, tendrías que hacer cosas que nadie ha hecho nunca, Cienfuegos.»

Cosas que nadie ha hecho nunca, ¿no?

Sí, mi idea funcionará. Creo. Estoy casi seguro, vamos. Me levanto, deposito la foto de la E temporalmente en la barra, pago, el camarero observa la instantánea pero sigue sin decir palabra, me devuelve el cambio, se me caen dos o tres monedas al

suelo, tardo diez minutos en recoger una de veinte céntimos que parecía fijada con Loctite a las baldosas, la recupero y la meto en el bolsillo del pantalón, doy un ligero traspíe, tomo la fotografía de la barra y rebusco de nuevo en el bolsillo del anorak y saco el móvil y lo conecto por primera vez en una semana y pico, suena una música electrónica y se materializa en la pantalla la leyenda «46 llamadas perdidas» y otra que anuncia que también almaceno un número similar, aunque menor, de mensajes recibidos, luego lo borraré todo, ahora sólo una cosa es importante:

a) seguir emborrachándome en cualquier otro lugar, a la vez que

b) pongo en práctica esa idea maravillosa antes de que pierda su impulso inicial.

—Defensa —le digo al aparato, dando voces en mitad de la calle—. Os necesito. Bueno, al Zumos también. He tenido una superidea. ¿Que quién cojones soy? ¿Quién voy a ser? ¡Cienfuegos! He dicho Cienfuegos. Sí, ése. Siento haberme marchado de aquella manera. ¿Cómo? —suspiro, y luego me ruborizo—. No, no soy de La Rabia. Me sabe mal. Hostia, gracias. En serio que tenía unos remordimien... ¿La idea? Es un pedazo de idea buena. Sí, para el tema Eloísa. Te lo digo en serio, que es buena. ¿Cómo? Pues claro que le echaré coraje esta vez. Te estoy llamando, ¿no? ¿No te estoy llamando?

Iguales para hoy

Lo primero que veo al regresar a la plaza Joanic es un pie que sale de la caseta de la ONCE, la puerta entrecerrada, como si el dueño hubiese olvidado que estaba allí, y eso me hace pensar en una novela de Marlowe. El pie va envuelto en un zapato amarillo, y por el resquicio que deja la puerta se cuele un humo denso que se disuelve en el aire reseco de noviembre. Las lluvias dieron paso a esto: relámpagos en el oxígeno, otra vez, sequía en tensión.

Me acerco al cubículo. Hago toc-toc en la ventanilla y aprieto la nariz estilo cerdo contra el cristal, Defensa pega un alarido y se arrea en la cabeza con la mesa, estaba agachado allí dentro, y sin querer estaba yo presionando la puerta de la caseta con la barriga, así que el pie se le queda encallado por un momento, y el zapato amarillo cae a la ace-

ra. Lo recojo y, tras abrir la puerta, meto la cabeza dentro. La atmósfera es irrespirable.

—Anda, entra —dice Defensa, y me sostiene la puerta, y agarra un canuto de la boca de Riesgo y me lo ofrece. Lo tomo mientras me apretujo en el cubo empapelado de cupones de iguales, y levanto las cejas para saludar al Zumos, que está espachurrado entre una de las ventanas laterales y una colosal teta de Riesgo. No parece posible que quepamos todos aquí dentro y, sin embargo, cabemos. El cigarrillo está lleno de babas, pero no me importa. Aspiro, toso, me mareo, se me cierra un solo

párpado: lo típico. Cuando termino, pregunto qué hacen todos allí dentro y le devuelvo el zapato a Defensa, y aparto con ambas manos la otra teta de Riesgo de mi mejilla.

—Han cerrado la Vulcano, esos hijos de puta —dice el Zumos a mi lado, sin mirarme, la vista puesta en la calle, entre los boletos, así que sólo es su arbusto rizado y palabras que surgen de él, y parece que hable alguien acucillado en mitad de una zarza. Entonces sí se vuelve, y me mira—. Llegaron esta madrugada y pusieron los precintos y cambiaron la cerradura, a escondidas, como gánsters. Cuando llegué, no había nadie, sólo el mensaje pegado con celo a la puerta y la cinta de la Guardia Urbana. También han desahuciado a estos dos —señala a Defensa y Riesgo, pero casi no puede señalarlos, porque tiene el brazo comprimido contra mi nalga izquierda.



—Nos lo tenemos merecido —dice Defensa, pisando fuerte el suelo de la caseta para encajarse el zapato, y dándome entre tanto un leve toque con la rodilla en los testículos, sin querer—. A éstos no se les puede ir con educación, hombre. Son perros, tíos, no atienden a razones. Hay que tratarlos como a una banda callejera más, a los polis: a cazos, hombre, a puñetazos y batazos, hasta que se replieguen —se ríe y pone cara de haberse acordado de algo—. Tú —señala a Riesgo, pero casi sin poder señalar, así que el dedo apretujado contra su nariz parece más bien luchar para que guardemos silencio—. ¿Como aquella vez en el monte que le metiste el puñetazo a una vaca y casi la matas? —y se parte de risa—. Joder, una vaca es mucho más noble y necesaria que un policía, no me jodas, no sé cómo os vais con esos reparos, antes beso a una vaca que a un poli, ¡JA, JA!

Defensa se echa un mechón mantecoso detrás de la oreja y continúa, ya sin reír. Desearía que terminara rápido su discurso antipolicial, porque me estoy asfixiando a una velocidad asombrosa.

—Puedes abrir la puerta, ¿por favor? —le digo al ombligo gigante de Riesgo. Un eco repite mis palabras allí dentro, en su barriga. Go. Go. Go. Vor. Vor. Vor.

—También nos han echado de la asamblea de La Rabia —dice Defensa, y tuerce la boca hasta que queda convertida en un gajo espachurrado de mandarina, y luego señala con el pulgar a Riesgo, pero el pulgar no goza de suficiente espacio vital para expresarse, así que termina incrustado en una fosa nasal del propio Defensa—. Por lo de éste. «Alteraba nuestro compromiso con la no-violencia y contribuía a demonizar el movimiento entre la población», dijeron. Nos lo esperábamos. Mejor así. Yo digo que si mañana hay desalojo, hay que ir allí armados, a darles para el pelo y romperlo todo. Está bien, romperlo todo. Eh, ¿os acordáis de esa canción?

—Romperlo todo, romperlo todo está bien —canta el Zumos, dando palmadas al ritmo en la mesita adosada, agitando su matorral, sin poder manifestar más que una limitada convulsión entre apretones.

—Esto no podía seguir así, no era natural —se vuelve otra vez Defensa, y gesticula y se le tuercen las gafas de sol contra el hombro del Zumos, pero no corrige el desvío, y se le quedan así, de lado, como de alguien que se acabara de meter un buen morrazo contra una farola—. ¿Dónde se ha visto una revolución sin perros decapitados ni bancos en llamas, sin tomar el Parlamento ni ahorcar empresarios? ¡Si levantara la cabeza Saint-Simon!

—¿Don Simón? —pregunta el Zumos, que tampoco parece estar muy centrado.

—No sé yo si estoy de acuerdo con esto de la violen... —digo.

—Bueno, al lío. A ver esa puta idea, Cienfuegos. Desembucha —me interrumpe—. Te dije que si decidías echarle pelotas, aquí estaríamos. Pues aquí estamos. ¿De qué se trata? Suéltalo, venga.

Un plan maravilloso

Es curioso: nunca había estado aquí, con la de veces que pasamos en coche Eloísa, Curtis y yo por delante de la muralla de cemento armado. De hecho, dudo que nadie haya estado aquí antes. ¿Para qué querría alguien estar aquí, en este triste arcén, debajo de estas letras?

Son ya las dos de la madrugada, y por Eloísa estamos en Trinitat Vella. Y el ciclón que acelera por la autopista A7 parece haberse ido creciendo, envalentonado con cada kilómetro de Montseny y La Roca para llegar aquí, a la entrada norte de la ciudad, como una colosal amenaza. Y el vendaval irrumpe en la Meridiana con voz humana de gemido dolorido, con la angustia de un último estertor. Un gimoteo de brontosaurio malherido, mordisqueado en un flanco por algún carnívoro menor, aullando al lado de los grandes pantanos.

Me estrujo la bufanda del Europa en el cuello, y me separo un momento la tela de la boca, arreo dos o tres pisotones desentumecedores al asfalto, me subo el cuello de la americana cowboy-cosmonáutica y berreo, hacia el cielo:

—¿Falta mucho?

Zumos me berrea desde allá arriba:

—¡Nada! ¡Ya casi está!

Y Defensa, a mi lado, niega con la cabeza y murmura:

—Esta idiotez pasará a la historia por ser la más grande por la que me han arrestado. Me han arrestado por algunas idioteces, pero ésta es la mayor. No sé cómo nos hemos dejado convencer, Riesgo.

Y aspira con renovado ímpetu de una cachimba portátil que han ensamblado con cachivaches encontrados, como una obra de arte povera, viniendo hacia aquí.

—No es una gilipollez —digo yo, frotándome las manos y volviendo la cabeza hacia él—. Es un plan maravilloso. ¿No hace que os sintáis mejor, saber que estáis ayudando a un hombre perdido? Pásame el aturdidor, haz el favor.

—Es un plan idiota, tío —dice Defensa, mientras la cachimba cae en mis manos, y me mira y de repente sonrío con algo parecido al cariño—. ¡Pero me encanta! ¡Al fin hacemos algo que vale la pena! ¡Aunque sea una imprudencia suicida! ¡Eres grande, Cienfuegos!

Lo dice mientras va retrocediendo para tomar impulso y tratar de subir corriendo por la muralla, que tiene una leve inclinación obtusa en dirección opuesta a la carretera, como una ladera. Cada vez que lo intenta, da dos o tres pasos inconexos y chocantes sobre la pared, y entonces la gravedad, impertérrita ante su dedicación voluntariosa, le devuelve de un culazo a la gravilla semiasfaltada sobre la que estamos.

Allá va de nuevo: Defensa se pone a correr, meneando la cabeza, parece El Pollo Descabezado Shuffle sin música, estilo libre, y alcanza a incrustar sus piesotes amarillos en la pared un par de veces en ascenso hasta caer como un fardo al suelo, de nuevo.

Todos vamos embriagados, y también fumados. Si no, ¿cómo se explica que esté pasando esto?

Me siento ciclotímico, como si me hubiese cambiado el humor por alguna razón malsana, por algún trastorno afectivo clasificado médicamente. Ya no tengo ganas de llorar; de momento se me pasaron, no sé si eso es normal. Me acuerdo de repente de todas las fases de la aceptación que listaba cierta psicóloga mercenaria en un artículo para el suplemento dominical de *La Nación*. Se titulaba «Etapas de duelo y formas de superar la ruptura»:

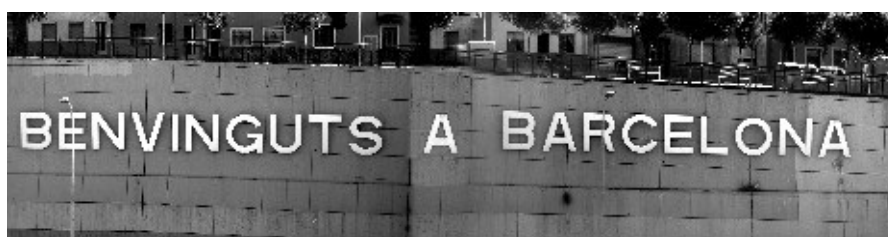
1. Impacto
2. Negación
3. Pena y depresión
4. Culpa
5. Rabia
6. Resignación

7. Reconstrucción.

¿Estaré en la fase «Negación», o en la fase «Pena y depresión»? Está claro que he invertido el orden de muchas de ellas, porque me llegó «Culpa» antes que «Negación».

Bueno, no pensemos en eso. Todo irá bien. Ahora estoy *reconstruyendo*. La única frase que recuerdo del artículo es, de hecho, ésta: «Es importante permitirse vivir la experiencia de la tristeza sin acudir a atajos como la actividad frenética, drogas y alcohol o promiscuidad sexual» (ja, ja).

Tomo el humo del canuto en los pulmones y lo retengo y sonrío y lo expulso y sólo entonces vuelvo a mirar hacia arriba, a la pendiente del muro de cemento, y leo:



Sólo que eso no es lo que leo, en realidad.

Porque se oye un croc, luego un crac, luego un bzzzzzzzz de taladro, luego caen varios cascotes, que ruedan hasta donde están nuestros pies, como ofrendas irregulares e insospechadas, como regalos raros en un árbol de Navidad. Y empiezan a girar un par de poleas que el Zumos había colocado desde la reunión donde se aseguran varias sogas, y el tema empieza a descender cuidadosamente, como un andamio móvil de limpiacristales, y de repente el letrero de allá arriba deja de decir lo que decía, porque de pronto anuncia esto:



Bienvenidos a mi plan maravilloso. Éste es el tema, el mejor regalo que jamás te han hecho. O sea, no personalmente a ti: esto no va sobre ti, usted, seas quien seas, vosotros, Cualquiera Cuálquiersons del mundo. Va de Eloísa, y de cómo convencerla para que vuelva a mi lado. Va de simular que todo lo que me dijo en la puerta de mi ex casa (y a lo largo de los tres meses anteriores) era mentira. Un autoengaño suyo. Va de provocar algo para que todo se arregle, hacer «cosas que nadie ha hecho nunca», como dijo ella misma. Va de echarle pelotas, con perdón.

Y, de repente, el tema está a mi lado:



Con la E auestas

¿Cosas que nadie ha hecho nunca? Aquí están, mujer: dos metros de E forjada en acero liviano, el mejor regalo que te han hecho en tu vida, la más desesperada prueba de amor, no me digas. Una prenda medieval. Una promesa de descierre de cinturón de castidad, que sólo entrará en vigor tras diez años vertiendo sangre del turco al lado de Jerusalén, allá en los Cuernos de Hattin, descabezando absorto moros malhumorados, no sé ni qué estoy diciendo, menuda melopea, madre.

Sólo imagina. Pongámonos en el lugar de ella. Visualicémoslo al revés: Eloísa se asoma esta noche a la ventana, a las tres de la madrugada, y allí debajo está varado su semigordo ex marido, el hombre que destrozó su vida y la humilló en la cama, el de la crisis prematura y sietemesina, el tipo que magulló su embarazo y acuchilló su alma y bondad, el Podrido que salta del barco cuando hay problemas, la rata, el basura.

L.O.S.: Lo Opuesto de Santo. Lo opuesto de indultado. ¿Condenado?

Pero todo lo que hizo aquel hombre mezquino y egoísta y, sí, condenado, ha dejado de ser relevante, porque se ha plantado debajo de su balcón transformado en tuno turuleta, arrastrando una letra de dos metros que es la inicial de ella: E.

Como prueba de amor. Como algo que *nadie* ha hecho *nunca*.

Y, al ver esa letra, lo que ella ve en realidad es *su amor*, que es más grande que Júpiter, que es un amor capaz de todo, el amor de alguien que pondría en práctica cualquier majadería para recuperarla. Un amor neurótico y ciclotímico, pero encomiable, al fin y al cabo. Romántico, en el sentido más etimológico y teutón de la palabra.

Y aunque quizás Eloísa titubee durante un instante, esta madrugada, aunque su cerebro trate de guiar el timón de su respuesta hacia su determinación original, que era «volver a empezar» sin mí, quizás haya freno y marcha atrás en su corazón. Pues quienquiera que realice algo así, ¿no debería estar salvado? ¿No ha sufrido suficiente ya para siemprejamás? ¿No podemos permitirle ser santo? Éste es el mejor regalo posible, ésta es la más grande promesa de amor, éste es el último ticket para su salvación personal. Quiero canjear esto por mi indulto. ¿Es eso posible? ¿Es el cambio de moneda provechoso para mi bolsillo?

Y ahora hay que arrastrarlo hasta el Born.

Mierda.

En eso no había caído, lo admito. Tenemos una fisura en el plan.

Aún con la E a cuestas

¡No pasa nada, Cienfuegos, ya está solucionado! Zumos y Riesgo tomaron prestado un carro de Mercadona que había cerca de la muralla, y atamos con cinta aislante y un par de cuerdas de escalar la E encima, tuvimos que levantarla a la de tres antes (Una, dos y... ¡Mi lumbago, por Dios!) y quedó sobre ruedas. E sobre ruedas.

Y allá voy.

Éste es mi calvario, que tengo que recorrer solo. Mi ascenso dificultoso al Gólgota. Parece pan comido, con las ruedas y eso, pero esta ciudad está llena de pendientes. Bajando, puedes matarte. Subiendo, puedes atascarte.

Balanceo mi mano con agitación, y me despido de Defensa Interior y Zumos, que mueven la cabeza y continúan inhalando de la cachimba, con sus caras de alucinados que emergen del vórtice del caos. Gente buena a punto de enfadarse de veras. En Valencia se acaba la paciencia, y aquí también.

Y me pongo en marcha.

¡Venga, Cienfuegos!

¡Aúpa, Cienfuegos!

Lo que se ve desde fuera, lo que observa el barcelonés anónimo, si estaba fumando un pitillo insomne en un balcón, es un hombre patético y extravagante, vestido de El Jinete Eléctrico pero sin parecerse una pizca al Robert Redford de la película, transportando una E al modo hombre sin casa, carro a cuestas, y sujetándola de vez en cuando como quien acaricia de pie un arpa gigante. Un cuarentón de cara triste y raya al lado ondulada, que abraza a ratos el palo vertical y, con un pie en el soporte inferior del carro, se da impulso con el otro pie, un chiquillo magullado en su patinete estrambótico. Los Autos Locos, con una E inmensa de acero colado y un lunático sudando, jurando, recorriendo su calvario, paso a paso hacia su perdón. Como el náufrago del abecedario de aquellos tebeos franceses, aquel náufrago de la A, A de Atlántico, pero yo soy el náufrago de la E, el arpista de la E, todo es E.



Y hay momentos en que me detengo, y creo que no voy a poder. Dios mío, cómo pesa esto. Bueno, ya llegué a la calle Aragó. Esto está hecho. Si me topo con la policía el descalabro será de padre y muy señor mío, pero si da la casualidad de que no: coser y cantar, Cienfuegos. Lo cierto es que no me he cruzado con un solo miembro de las fuerzas del orden, es extraño.

Eloísa, allá voy. Porque he vuelto. Mira cómo he vuelto y qué te traigo aquí, sólo para tus ojos melosos y apaciguados, para los ojos que vieron mis traiciones y fracasos y cracs sentimentales, mira qué remedio te entrego, Eloísa de mis entretelas.

Sigo empujando.

Y mientras empujo, berreo:

*Eloísa se llama mi amor,
Eloísa Rodríguez Garcés,
una chica chica chica BUM
del calibre ciento ochenta y tres.*

Y luego continúo con aquella canción que tanto me gustaba:

*Si hay hombres que han consagrado toda su vida
a hacer cometas y verlas volar,
contéstame, ¿para qué sirve una hormiga?
y luego dime si es santo el caimán.*

Bueno. El caimán no es santo, pero lo está intentando. Démosle una oportunidad, una última oportunidad, al viejo caimán.

Pau Claris-Laietana

Estoy tardando una eternidad, leches. Lo siguiente sí va a requerir algo más de tacto. Qué sofoco, y eso que estamos en diciembre. Bueno, al menos perderé unos kilos. Llegaré, encima (¡éste es el mejor plan jamás pensado, digan lo que digan todos!), *más flaco*. ¡Viva!

Ahí estoy, en la esquina en que Pau Claris se traviste, se inclina hacia abajo y exige que desde entonces todos lo llamen Via Laietana. El desnivel que repentinamente dibuja el sendero no es nada apetecible. Al final del trayecto está el mar, pero yo debería, para ir bien, detenerme algo antes.

Miro a mi alrededor, quizás suplicando que alguien me agarre del brazo y me diga: «Pero ¿dónde va usted, insensato?» Pero nadie me detiene. Dios *quiere* que haga esto. Ha dejado de ignorarme y se está fijando exclusivamente en mi grandioso calvario sobre ruedas. Los nervios vuelven a estrujarme el píloro, y me llevo una mano a la barriga.

—Vaya cacho E —me dice alguien de repente, y de fondo suena un pep-pep-pep-pep, de motor de dos tiempos con el embrague pellizcado.

Levanto la vista y le veo.

Es un loco

No, es un borracho. Un borracho (y loco también) con ojos verdes de iguana de las Galápagos, envuelto en una trenca gris cemento, cabello erizado, negro calafateado como un terrado cubierto de brea, igual que el de Juana Bayo (pienso por un segundo fugaz en ella, y en la decepción con la que la dejé, por la mañana), y mirada con doble fondo de marino atrapado en My Lai. Alguien a quien el mundo dejó atrás, con el recosido de recientes operaciones psiquiátricas del tipo drástico en sus pupilas, pero que decidió crear su segunda república y mandar en ella. Subido a una Vespa primavera amarillo canario. El rey de su manicomio. Un rey depuesto, chalado, pero que aún manda en el teatro polvoriento de su mente.

Es un decir. No manda en absoluto, porque lleva una cogorza notable y el cuello se le dobla y hunde a ratos y parece uno de esos mocos verdes de broma que iban en botes de plástico. Blandiblub. Por si fuese poco, va sin casco, como yo mismo hace unos días, ignorando las más elementales normas de seguridad vial.

—Yo también tengo una Vespa —le digo, apoyando un hombro en la E. Así, tan campante. Como si no pasara nada. Y la E se desplaza unos centímetros, por el efecto de mi peso en las ruedas del carro.

—¿Sí? Ésta me la regaló una gente que conocí. Ahora están muertos. No literalmente. Da igual. ¿Y tu E? —dice, y apaga la moto, aunque sigue sentado en ella, pulsando un botoncito del manillar, y señala la E—. Joder, vaya pedazo E.

—Es la E de Barcelona.

—¿De Pamplona?

—No, Barcelona. Ya no va con E, porque la hemos extirpado del cartel aquel que hay en la entrada de Trinitat Vella.

El visitante se carcajea, echando la cabeza hacia atrás como si bebiese cava a morro en una Navidad barata y errabunda. Se distingue un sotobosque verduzco en su dentadura, musgo de higiene raquílica entre los incisivos, y las patas de gallo se apretujan en el perímetro extraocular. Es el tipo de cara castigada que marca cuarenta, aunque en realidad sean treinta años de nada. Y a su vez es el tipo de alma que tiene ya ciento tres, alma centenaria y fatigada por el trayecto, por la odisea, como Jeremiah Johnson, y busca descansar de una vez de este valle de apostasías, decepciones, putrefacciones y demonios.

—Muy bueno. Ya decía yo que me sonaba de algo —dice al fin, y asiente con la cabeza como asienten los borrachos, los ojos cerrados, como un rezo judío al lado del muro grande del templo. Y luego da un par de palmadas secas al manillar, como si fuese una barra de pub, y pregunta: «¿E de qué?»

—No, de Qué no —respondo—. De Eloísa. E de Eloísa, ¿eh?

—¿E?

—No: Eh con hache, *sorda* —y los dos soltamos una risita, ahora, doblados, como niños bobos con sobredosis de dulces, de lo bebidos que andamos por estos

mundos de Dios.

—Yo también tuve una E, hace tiempo. Mi amor fue una E. ¿Era tu E tu amor? — y se tambalean, él y moto, al decirlo, porque ha usado una de las manos sostenedoras para señalarme.

—Sí, lo era. Y con esto —y hago pat-pat al costado de la E, que se mueve un par de centímetros más— volverá a serlo. Espero.

—¿Adónde vas? —pregunta—. Espero que no pensaras lanzarte por Via Laietana. Te matarías, y te lo dice uno que ha estado a punto de morir varias veces. Pero aquí, infalible: te matas.

—Eso es lo que iba a hacer, exactamente, peregrino —digo.

—¿Peregrino?

—Lo dicen en *Jeremiah Johnson*. La he visto mil veces. Siempre había querido decírselo a alguien, qué quieres.

—Cojonudo.

Vespa + E

Los dos nos quedamos un momento mirando la pendiente de Via Laietana, los morros en relieve y las cejas hechas una, brazos cruzados en las pecheras, como dos empleados de mudanzas replanteándose cómo va a entrar el piano de cola por la portezuela de servicio.

—Te diré una cosa, tío de la E —dice al fin—. Tengo un pulpo.

—¿También vas de peyote? —respondo, recordando el surtido botiquín de Defensa Interior—. Un tío que conozco, el Remember, tenía un calamar. O sea —rectifico, extendiendo mi mano hacia arriba en forma de boca de saxofón, y agito los dedos, como acariciando una barbilla invisible—. Su mano se convirtió en un calamar, un día que había tomado hongos para un concierto de Spacemen 3.

Voy un poco fumado aún, sin duda.

—¿Calamar? ¿Hongos? ¿Remember? ¿Concierto? ¿De qué hablas, majara de la E? —y desmonta de la Vespa, y coloca el caballete acompañándolo con un pie, y levanta el sillín como si fuese una tapa de ataúd, y extirpa del interior de la Vespa una cuerda elástica con ganchos que huele a grasa, gasolina, metal y orujo. No, el orujo viene de su boca, y ahora que está más cerca puedo atestiguar que nunca ha conocido dentífrico—. *Esto* es un pulpo —y lo coloca ante mi nariz.

Me río, toqueteando la goma con reparo, como si se tratase de una anguila recién pescada.

—Es verdad. Se me había olvidado —y añadido, sin que venga a cuento—: ¿Recuerdas el pulpo de la Evinrude, el que había en la autovía de Castelldefels, camino de la playa, justo antes del camping La Ballena Alegre?

—Claro. ¿Cómo no me voy a acordar? Allí por poco me descalabro —dice—. Vi un pulpo, una tortuga, un toro, una ballena: uno detrás de otro, como símbolos de otras cosas, no sé si me entiendes. Y en la ballena de La Ballena Alegre de poco me mato. Hace muchos años.

—Como Jonás —añado—. La discoteca de La Ballena Alegre se llamaba Jonás, ¿lo pillas? Ballena-Jonás —y hago una hélice con dos dedos de la mano, suspiro, y entrecierro los párpados y añado—: Te voy a contar un secreto —digo shegreo—. ¿Sabes que tengo un Lugar Seguro? Cuando todo va mal me voy a 1988, un día de agosto, nueve de la mañana, una ventolina suave que viene del mar, de la playa de El Prat, y yo voy en bicicleta, sin manos, y la bicicleta avanza en línea recta perfecta, inmaculada, y nada me puede suceder allí, y alguien canta en mis orejas —y me pongo a cantar, haciendo como que toco una guitarra en mi barriga, rang-rang—. *We're living in violent times, oh I tell you*, y todo es perfecto aún, nada puede torcerse allí, nadie puede joderlo: no el Podrido, ni el fracaso, ni la mentira, ni la decepción, ni la traición. Y yo soy santo, todavía. ¿Sabes? Santo.

Él sonríe agrio, tristón y algo asqueado, como un trago de leche pasada con mucho azúcar.

—Santo —repito, por si no había quedado claro.

—Sé lo que quieres decir —dice.

Miro hacia la Via Laietana.

—No sé cómo hacer esto sin partirme la crisma —le digo.

—Tú tranquilo, hombre. Se puede hacer. Mira: atamos la E a la Vespa, y yo descendo por Laietana en primera, a muy poca velocidad, y te dejo allá donde coño me indiques.

—Voy al Born.

—¿El Born? Qué sitio repugnante —y realiza un Bah manual—. ¿Vive alguien allí? Creía que desde 1992 era un sitio de mentira, como Catalunya en Miniatura.

—Allí vive mi E.

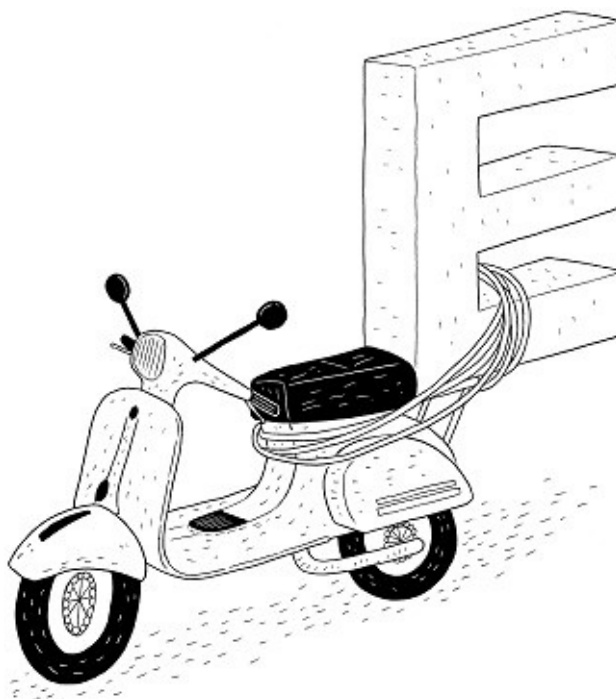
—La mía era de Bellvitge. O sea, Bellvitg, si hubiese yo robado una E para ella, ja, ja. Tenía un pelo... —y cierra los ojos de nuevo, y el efecto de la desaparición de sus ojos verdes es como si se hubiese estropeado un semáforo... en llamas, de cobre llameante; nunca he vuelto a ver un cabello así de anaranjado. Y mira que lo he buscado.

Y luego abre los ojos, y añade «Venga, échame una mano», y los dos movemos la E hasta el trasero de su Vespa, y la atamos allí con el pulpo y un pedazo de cuerda de atar extremos de sacos que también acarrea en el sillín.

—¿Esta cuerda? —dice, contestando a una pregunta que nadie hizo—. Nunca se sabe cuándo vas a tener que linchar a alguien, en esta ciudad. Ganas y cuellos no faltan, tal y como están las cosas.

Yo me río, porque el extraño me está cayendo bien, y su frase me ha recordado al Remember.

Mientras tanto, el peregrino sigue que seguirás envolviendo la E y la Vespa, como recogiendo un cable eléctrico, vuelta y vuelta y vuelta. Y luego respira un «Ya está», y lo que hay allí es una simbiosis: Vespa y E, unidas en una nueva forma, un ente flamante. Queda curioso.



El descenso

Me monto detrás de él en la moto, y empezamos a descender, a veinte por hora, por Via Laietana, al fin. Pep-pep-pep. Hay un momento en que un coche no policial se desliza a nuestro lado izquierdo, vemos las caras de los viajeros, tres señores hindúes camino de Mercabarna que pegan las narices a los cristales, incluso el conductor lo hace, y no tienen un siniestro total de puro milagro.

Quizás Dios ha terminado de asearse y ya nos observa, dispuesto a intervenir con su gran mano divina, pues cuando pasamos por delante de la comisaría de Laietana no hay nadie. Como si les hubiesen devuelto al cuartel justo antes de un golpe militar. Nuestra Vespa desfila en la cara del edificio a veinte por hora, y el peregrino y yo levantamos el dedo corazón a la vez, leyéndonos el pensamiento. Y el viento en la cara nos ralentiza como si lucháramos contra un titán soplador.

—Perros —dice él, como dijo Juana Bayo aquella mañana.

Y la Vespa-E continúa descendiendo a paso de tortuga por la avenida desierta y enfarolada, casi desfilando en una rúa de Carnaval, robando tiempo al tiempo para poder irles lanzando caramelos a los niños, a nuestro aire, sin prisas, sólo disfrutando del momento en el desfile anual.

Finalmente, llegamos a nuestro destino. La moto se apaga de nuevo, y estoy delante de la puerta de la casa de Eloísa, 3.30 de la mañana, con el regalo más grande de la historia, si no cuentas la estatua de la Libertad, o los valles sacros que se regalaban los jefes indios en sus potlatch, o... Bueno, hay un montón de regalos mayores que éste; acabo de darme cuenta. Pero éste es el mayor regalo que jamás he regalado yo, al menos.

El peregrino desata la E pacientemente, vuelta tras vuelta tras vuelta, y desengancha el pulpo con unos cuantos sucesivos clecs artesanos, y deja la E allí, cercenada de su moto, ya un ente en sí mismo. E de Ente.

Ese monstruo de E, en la puerta de tu casa, Eloísa, mi pequeña y dulce Eloísa, te fallé, te fallé, dije que te protegería siempre e hice exactamente L.O.P.A., Lo Opuesto de Proteger a Alguien, y por eso estoy aquí de nuevo. Para convencerte de que no volveré a fallar, no volveré a abandonar el barco, choquemos contra lo que choquemos. Ya no soy el *Titanic*. Soy el... Cualquier embarcación longeva e inhundible.

—Bueno. Bienvenido a Barcelona —dice, y monta de nuevo en su moto, y vuelve la cabeza hacia mí, el pelo negro espeso y brillante de bola de bolos recién pulimentada con cera—. Vaya faena. ¿Han valido la pena, todos estos problemas?

Y yo sonrío, y recuerdo una frase valiente que también sale en *Jeremiah Johnson*, era la otra película que veíamos siempre Eugenio Cuchillo y yo en aquel VHS, me la sé de memoria, y está llena de frases que siempre he deseado poder decir en la vida real. Así que le contesto, aún sonriendo:

—Bah, ¿qué problemas?

El peregrino sonrío también y levanta una mano.

—Bueno, que te vaya bien, Comotellames.

—Cienfuegos —digo, y extendiendo la mano en el espacio que nos separa, y él la toma (la suya está verdaderamente congelada, de conducir) y le atiza un vaivén como de puente colgante sobre el Orinoco.

—Yo soy Pànic. Pànic Orfila. Ya nos veremos por ahí, ¿eh? —y levanta las cejas negras, y da un pisotón a su palanca de arranque, y su Vespa amarilla empieza a alejarse zumbando por mi antigua calle del Born, dando bandazos, como una avispa nerviosa en busca de juerga, en busca de pelea, como un pirata nato recién tullido que aún quiere más, que aún busca enrolarse en un nuevo pillaje que resultará (todo el mundo lo anticipa) fatal para su salud.

C-c-c-canjes

Yo permanezco allí, con mi E.

Enfermo, enérgico, enamorado, entusiasta, epicúreo, erecto, eremita, ensaimada.

No, ensaimada no.

Pero todas las demás. Cosas que empiezan con E. Todas las cosas que valen la pena empiezan con E. E de Eloísa, E de Éxtasis. E de Emancipación. E de Eh. Eh de: ¡Eh, mujer: mira lo que traigo!

Pero aquí es donde llega la decepción, con D.

Sin esperanza, con E.

No, *sin* E.

Speranza.

A veces, sólo algo muy gordo puede deshacer el amarraje. El nudo gordiano que anudaste en tu vida, el embrollo embrollado, la madeja de majaderías, el lío lamentable al que te lanzaste, un lío tan grande y devastador que requería una E de dos metros para desliarlo. Una E santa para matar al Podrido, como un Sant Jordi a caballo rampante hincando su lanza en un costado del dragón. Canjeo E por indulto. C-c-c-canjes.

Y todo, quizás, para nada.

Allí, con la E, apoyado en la E, miro hacia el balcón. Y en mi casa, en mi antigua casa, hay una fiesta. La fiesta de Nohola-Cienfuegos-pasa, la orgía de Todos-menos-Cienfuegosqué-tal. Una percusión rítmica y melódica se transmite a través de las paredes. Veo siluetas de gente satisfecha sosteniendo copas chispeantes a juego con sus cuerpos, riendo, las bocas entreabiertas, como si celebraran la vida-sin-mí, les distingo a través del cortinaje hechos sombras chinescas. Pasándolo bien, aunque me fastidie. Siendo felices, aunque me rompa el corazón.

Y todo eso me daría igual si no fuese porque entonces escudriño la cocina.

La cocina se ve mejor desde aquí, porque las cortinas son de papel cebolla, siempre quisimos cambiarlas y nunca nos pusimos a ello, y ahora esos detalles domésticos importarían menos que cero si no fuese porque allí, en la cocina, distingo a Eloísa. Bailando. Agarrada. Pegada a Adolfo Bocanegra.

Danzan un vals amatorio, una mano en espalda ajena (o trasero; no alcanzo a ver tan abajo), la mano restante agarrada a la mano del otro, haciendo un pulso rascacielos, pero sin la fuerza ni la determinación de vencer. Sólo bailando pegados, dando vueltas sobre ellos mismos. Y aunque me fastidie: felices.

Bailando *felices*, aunque me entren ganas de estrangularme a mí mismo con la bufanda del Europa.

Están los dos bailando alegrísimos en la cocina de mi Ex casa. Como Escenificando mi Escarmiento, sólo que ni eso, porque no saben que estoy aquí, Estupefacto, Emocionado a mi pesar, Enmudecido y nada Enfurecido. Todo Es.

Y no Enredado, sino su perfecto opuesto.

Desligado. Desatado. Desamarrado. Todo Des.

Y de repente, mirando aquello, ¿Como en un fotograma de película de terror? ¿Como en *La semilla del diablo*, cuando el hijo del diablo cesa de retorcerse en las entrañas de Mia Farrow? Un grito al que te habías acostumbrado, una enfurecida

máquina de moler café que de repente alguien desconecta, y entonces te das cuenta de su ex presencia ruidosa en el bar: el vacío cesa. El nudo del estómago se desanuda.

El vacío, Dios santo, *cesa*.

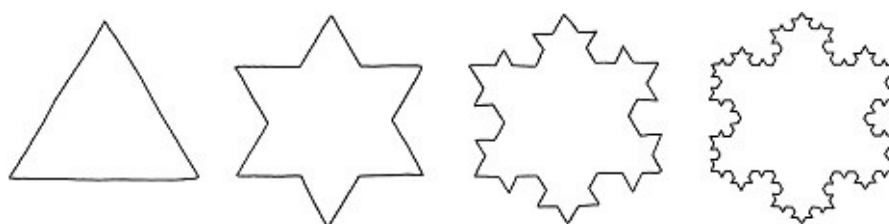
El punto donde empiezo

El silencio dentro de mí es ensordecedor, de repente. Y al instante me invade una calma terrible, que es el final auténtico del miedo. Como si el susto hubiese desactivado de forma permanente mi hipo vital.

Me echo a reír, de júbilo puro, tan fuerte y alto que retumban las farolas y el buzón, y la E casi cae hacia un lado y queda apoyada en un árbol, en cursiva: *E*. Y entonces, entonces sí, al fin, entonces sí logro recordar al Cienfuegos pasado. Lo tengo aquí, como el abrazo viajero y eterno del mejor de tus amigos. Y casi que me estoy diciendo ¡Hola! con la mano (por dentro) a aquel Cienfuegos, a mí mismo, a mi Yo emigrado que acaba de aparecer por la puerta.

Ahora sé dónde estuvo, aquel niño. Me gustaba, aquel niño santo que no le temía a las cosas, que no llevaba dentro al Podrido, que no abandonaba barcos, que no aplastaba sueños propios o ajenos. Le he echado de menos, caramba. ¿Por qué tuvo que irse? Pero sé por qué tuvo que irse, sé todo lo que empezó a suceder. Sé todo lo que hice. Y sé, de repente, sé cuándo me volví tan viejo y cobarde, cuándo me levanté de repente y estaba así de cansado, así de sucio, así de En Venta. Veo el punto del cambio, el instante del vórtice. Lo veo, justo delante de mis narices, una verruga tumorosa recién extirpada. Mi crisis.

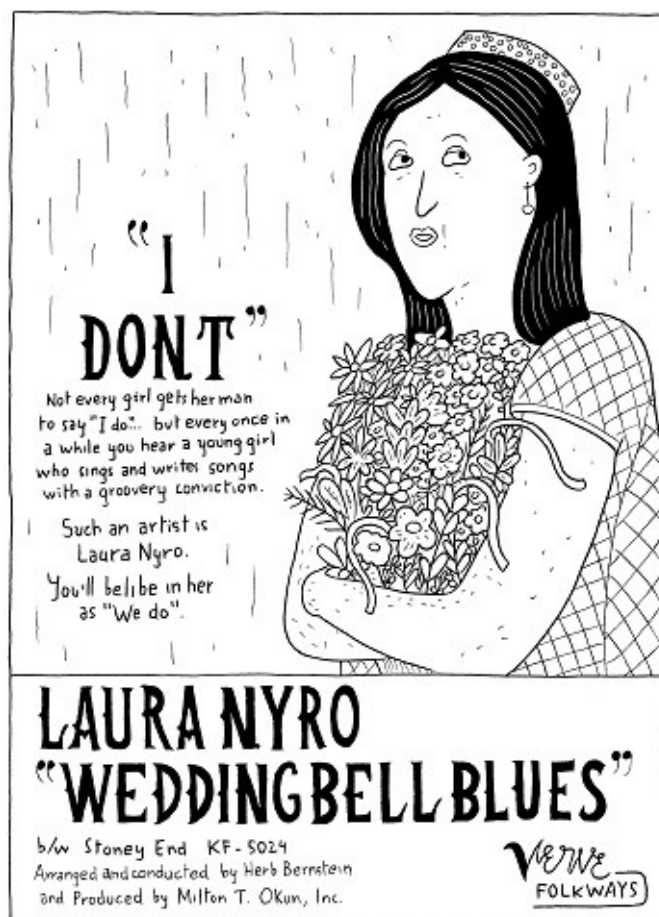
El aire se ha ido enfriando, a traición, no me di cuenta porque iba al galope, acalorado, y ahora un copo de nieve se posa, de repente, en la punta de mi nariz. En silencio, discreto y callado, elegante, como todos los copos son. Levanto la cabeza hacia el cielo negro y veo el polvo de hielo volando en destellos alrededor de la farola, punteando el oxígeno con topos en polka, arremolinados. Saco la lengua, y varios copos acuden a derretirse en ella: no sabe a nada, ni siquiera a agua. Y pienso en lo que los matemáticos llaman el copo de nieve de Koch, el triángulo aprisionado en un círculo al que empiezas a añadirle segmentos en cada uno de los lados una y otra vez, y el triángulo se va transformando en un copo de nieve infinito que, sin embargo, nunca logra superar el círculo original.



Crece *hacia dentro*, como una terrible obsesión, como algo que se va multiplicando en tu abdomen, como la metástasis más encarnizada, como una implosión de lamento, completamente yerma y estéril.

Veo todo lo que le hice a Eloísa una vez más. No aparto la vista: está allí. Lo que hice. Quizás sea bueno tener algo así en la conciencia, Cienfuegos. Pero para avanzar, no para dar mil vueltas a la rotonda de tu culpa. Para seguir viviendo, como sea. Para ser mejor hombre, hombre.

De golpe, quizás es consecuencia de la pérdida del vacío, aparece en mi cabeza la cara de Juana Bayo. Inesperada. Vestida de novia, como Laura Nyro en una foto que decoraba mi antiguo despacho, y muerta de risa, y está nevando inocencia, inundando a la gente de bondad y ternura, allí, en su vestido blanco, sujetando aquel ramo con cara expectante, y luego zafándose del vestido blanco, que se desliza por esas pantorrillas de acero y cae a sus pies mientras ella lanza el ramo a tomar viento por una ventana y se abalanza sobre mí, aún tronchándose, a pecho descubierto sobre la nieve.



Y luego pienso en Curtis. No se merece nada de todo esto. Curtis me necesita centrado, encajado en un eje. Curtis me necesita, y se acabó.

En mi Ex cocina, Eloísa y Adolfo siguen Enlazados (E.E.A.E.), bailando una canción que no conozco, que quizás siempre odié, quizás mil veces le escupí «Quítala» a Eloísa, y de repente la canción cesa, desaparece, hecha una letra catalana

que no hace falta pronunciar, y todo lo que queda allí, en mi ex casa, es su felicidad, que pasa por mi desaparición. Mi desamarraje.

Mi Evasión.

Mi Empezar.

Mi Esterilización.

Mi Escritura.

Mi Excitación.

Mi Exorcismo.

Mi Ensaimada.

No, mi ensaimada no.

Pero tantas Es por hacer, en cualquier caso. Por mi propio bien. Por el bien de todos.

Miro la E de *Barcelona*, levanto las cejas y me marchó, sin volverme para mirarla por última vez, sin nudos en el estómago, sin miedo, sin carga, habiéndome zafado al fin de mi autocaravana de miseria, culpa y autocompasión. La E se queda ahí, me he indultado a mí mismo, ya no puedo llevarla conmigo. Éste es el punto donde empiezo, donde vuelvo a empezar. Y el mundo canta otra vez, sólo para mí: da palmas y taconazos y olés, y el tablado entero retumba con el ruido del futuro.

Todo es hermoso en el mundo (menos dos cosas)

—Eh, ¿qué te pasa, Cienfuegos? —dice Juana Bayo, levantando la cabeza de mi pecho y poniendo una mano minúscula, las uñas cortas y de luna en cuarto creciente, como las de Eloísa, en mi mejilla. Una lágrima mía se desliza surfeando sobre su dedo índice, y lo sobrepasa como una babosa de paseo, dejando tras de sí una estela de secreción salina traslúcida. Y ella me mira con sus ojos apenados, ojos que son cuerpos celestes eclipsados por los nubarrones nocturnos, ojos que parecen derretirse como cacao sin leche sobre sus pómulos—. ¿Por qué lloras, tonto? ¿No eres feliz?

Yo respiro hondo, y pongo una mano sobre la suya, y la acaricio ligeramente, como si fuese un hámster herniado.

—Lloro porque soy feliz. Se me había olvidado bastante lo que era ser feliz, estar *bien*. Y no soy sólo feliz por *esto* —y señalo su cuerpo y el mío, desnudos en la cama, como mostrando evidencia forense de lo que acaba de suceder—. Sino por todo.

—¿No te ha gustado «esto»? —me dice, aún mirándome a los ojos, y un mechón de carbón se le desploma sobre una ceja, y yo lo aparto, una planta frondosa en mi avance a través de la jungla de Birmania, y la joya de su nariz brilla entre helechos y palmeras. Y ella se ríe, y añade: ¿Debería ofenderme?

—«Esto» ha estado muy bien. No te ofendas —le respondo, y me limpio los ojos con el puño, y sorbo algunos mocos—. Sólo quería decir que no estoy enajenado

mentalmente por «esto». «Esto» no me ha empujado a decir lo que he dicho antes, «aquello», perdiendo la cabeza. Lo he dicho porque lo creo, creo.

Cre-cre-creo. Nunca había sonado tanto a rana.

Llegué a casa de Juana Bayo a las cuatro de la madrugada, despertando a unos cuantos vecinos en el proceso, y cuando ella me abrió la puerta alarmada su cabello negro furioso se anudaba allá arriba como serpientes de una medusa, yo me acerqué a su cara y la besé, y ella se puso de puntillas y tomó mi nuca con ambas manos, y yo le dije una verdad que el eclipse había mantenido oculta, y que ahora volvía a brillar en el espacio.

—Me gustas mucho, Juana Bayo.

Era la verdad, y me brotó de las entrañas, ya desentrañadas, desanudadas. Casi ni me di cuenta de que lo estaba diciendo, pero, una vez lo dije, me gustó haberlo dicho. Fue un alivio. Juana Bayo contestó, toda seria, Tú también a mí, y luego me agarró de la mano y me llevó a su habitación.

Juana Bayo arruga ahora su nariz aguileña, napolitana, enjoyada, y mira (paso a paso) mi pecho, barriga y (esto no me gusta tanto) mis testículos y pene en pleno desinfe.

—¿Por qué te has afeitado el cuerpo? —pregunta, cambiando de tema y negando con la cabeza, tratando de comprender. Luego coloca una de sus piernas sobre mis piernas, y su rodilla roza mis genitales. Me afeité el vello corporal en algún momento de desequilibrio transitorio posabandono, buscando sentirme más joven, o sencillamente distinto, de como me sentía cuando Eloísa me echó de casa.

—Creía que era lo que se llevaba ahora —le digo, avergonzado—. No estoy muy al tanto de las tendencias sexuales de hoy en día. ¿Cómo se lleva el vello testicular? ¿Con guedejas? ¿A la parisién?

Juana Bayo suelta una carcajada-ladrido, y vuelve a apoyarse en mi pecho.

—Tío, eres lo que no hay —dice.

Y se queda callada un instante.

—Y que conste que yo también he dicho «aquello» en serio —añade de repente, aplicando en su cara grave una máscara de la mía—. Seguramente, pienso «aquello» desde hace más tiempo que tú. Desde siempre. Desde el primer día que te vi. Y si suena ñoño, me da igual. Es lo que hay. Te guste o no. A tomar por el culo.

Después de hablar, me incrusta un besote en los labios. Y luego me pregunta, con una sonrisa torcida, en precario equilibrio bajo uno de sus pómulos, una sonrisa que puede descalabrarse en cualquier momento, dependiendo de mi respuesta a su siguiente pregunta:

—¿Ahora representa que soy tu amante, o no puedo verte más, o qué coño pasa aquí? Te advierto que yo no estoy hecha para toda esa mierda de la infidelidad —y se le rompe la voz—. No me gustan las mentiras, en general. Así que si lo que buscas es sólo...

—La situación oficial, que no era mi intención divulgar tan temprano —la

interrumpo, incorporándome hasta quedar sentado, sin importarme demasiado el florecimiento impune de mi barriga en esa posición—, es que soy, a todos los efectos legales y desde esta misma noche, un hombre soltero. Y algo gordo, a decir verdad — y me pinzo un neumático lateral—. Pero soy libre ante el espejo, eso sí. Puro. Santo. He sido indultado, y ahora troto libre a través de praderas en flor y valles frondosos.

—Eso me gusta —dice, y desploma la cabeza sobre mi muslo.

—Dicho esto, tengo un hijo —añado—. Pero es pequeño —y hago en el aire el gesto de «pequeño» que hace Curtis, con el dedo gordo y el índice separados un par de centímetros, como le hice a Eloísa cuando nos presentaron—. No hace nada de bulto. Casi no cuenta. Si lo dejas en la mesilla de noche, es como si no estuviese ahí. No molestará, te lo aseguro. Podemos seguir haciendo *esto* —le toco dug-dug un pezón con el dedo índice sin cesar.

Y Juana Bayo vuelve a emitir sonidos sólidos, casi tocables, de risa voluminosa. Los ruidos de humanos en pleno momento de contentura con lo que está sucediendo en sus existencias.

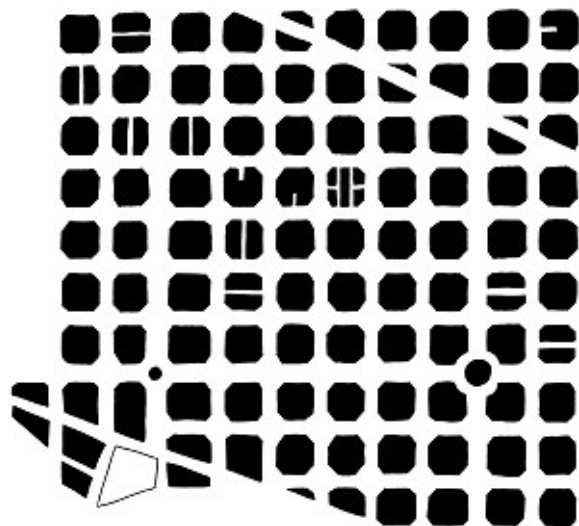
Todo es hermoso, en el mundo.

Menos una cosa (yo).

Bueno: dos (pero de ésa ya me ocuparé mañana por la mañana).

La cosa en cuestión

Son las doce. Llegó la hora. Esto que me rodea es otro bar. Pero no es un bar como el Vulcano. En un mundo de opuestos, éste es su reflejo polar de la parte rica del globo. El bar al otro lado, como en aquel tebeo donde el pitufo que ha salido del espejo habla al revés: *Rab ed opit ese*. El bar es una coctelería petulante que está en el ático de un hotel, en pleno paseo de Gràcia. Desde su terraza, cubierta por varias sombrillas grandes de carpa, se contempla todo el paseo y los plátanos, y los autobuses turísticos de color rojo y lomo descubierto que recorren la ciudad cargados de turistas petrificados en esculturas de hielo, paseo arriba y paseo abajo, del Parc Güell al Mediterráneo, nadando entretanto por el dibujo rectilíneo del Eixample con ritmo de marciales peces payaso.



Miro hacia abajo. Doscientos metros al sur está la plaza Catalunya, aún acampada por La Rabia. Sólo doscientos metros, pero es como si estuviese en otro país, visto desde aquí, desde esta coctelería.

Santos de Verano me citó aquí cuando le llamé esta mañana. Se celebraba la aparición de una nueva revista de moda, y quería matar dos pájaros de un tiro: acudir al evento (que *La Nación* promocionaba) y de paso solucionar lo mío. La imagen no me gustó, la de matar pájaros a tiros como un cafre, pero me dio lo mismo; accedí de todos modos.

Estoy con Juana Bayo. Le dije que me acompañase, que quería mostrarle algo. Ahora Juana lleva un gorro aviadoresco de lana gruesa, con orejeras, y una parka militar, y su mano está dentro del bolsillo de mi anorak Quechua (me quité la americana blanca, hacía demasiado frío) agarrada a la mía. En el suelo quedan rastros chafados y ennegrecidos de la breve nevada de la noche anterior. Dentro de la coctelería un montón de gente bebe y charla. Son todos guapos, lo que parece altamente improbable a efectos estadísticos; pero si empiezas a contabilizarlos uno a uno, te das cuenta de que la primera impresión era cierta: un 90 % de ellos podrían ser clasificados como apuestas. Hay chicas con casco Brian Jones, otras con nuca rasurada, otras con aire de buscar a Susan desesperadamente. Los chicos llevan gafas rotundas, peinados Depeche Mode, jerséis muy bolsudos, camisas a cuadros abrochadas hasta el último botón del cuello y zapatillas Victoria de niña que no deben abrigar nada, qué frío en los pies. Un par de ellos, sin embargo, se distinguen de los demás por el perfil clásico de su indumentaria: camisas de buen paño, cuello Oxford, zapatos ingleses, manos manicurizadas. Son los que mandan de veras sobre el marasmo de publicistas, fotógrafos, escritores fraude y músicos sin talento. Son el dinero. El dinero siempre tiene la misma facha, y está siempre en las mismas manos y familias. Uno de sus veteranos poseedores es Santos de Verano.

—Se acabó, Juana Bayo —le digo, y de mi boca mana algo de humo vaporoso—. Esto se acabó. Ahora sí. No puedo más, con todo esto. La corrupción no me está sentando nada bien.

Juana Bayo se coloca ante mí, me agarra ahora la mejilla izquierda con la palma de una de sus manos minúsculas y cálidas, la que estaba dentro de mi bolsillo hace unos instantes, y me dice: «Todo irá bien a partir de ahora, Cienfuegos.» Y poniéndose de puntillas me emplasta un beso empapado en los labios, y añade: «Déjame a mí.»

—Lo haré. Pero antes, hay algo que debo hacer, y eso sí es cosa mía.

Y, agarrándola fuerte de la mano izquierda, echo a andar hacia Santos de Verano, sólo que distinto a como andaba antes. Un poco más erguido. Un poco más pequeño. Un poco más inocente, quizás. Como un torpedo de U-Boot que nadie ha detectado aún, que sólo es espuma en la superficie, ligera marejada, un inaudible ¡tilt! en el sónar, y el trinitrotolueno va por dentro, como una procesión de semana santa que anduviese desfilando por un túnel mal iluminado.

Eres nuestro héroe *forever*, Cienfuegos

Cuando salimos del ascensor del vestíbulo y echamos a andar en la calle, Juana Bayo y yo, ya en el paseo de Gràcia, ninguno de los dos habla. Yo me he quedado mudo, aún incrédulo de mí, y me tiemblan las manos como banderas de recepción de camping azotadas por un tifón de altiplano, y tengo una cosa extraña tras el pulmón izquierdo, justo aquí, una especie de fogata, y la cara color pulpa de granada. Juana Bayo está carcajeándose de una forma tan explosiva que algunos motoristas velocísimos en la Gran Via se vuelven —arriesgando sus cuellos y vehículos— para ver qué sucede.

Juana Bayo se muere de la risa, como Eloísa se reía aquella noche del año 2003 en el club aquel de la plaza Reial. Hay un momento que tiene que detenerse, y (primero) doblarse sobre sí misma, y luego se sienta en un banco, y parece que se está asfixiando, así que le palmeo con entusiasmo la espalda, como si quisiese desatascar el resbaladizo hueso de níspero de su tráquea.

Y me río un poco, también, con ella.

—Cienfuegos —me suelta, secándose los ojos con los dedos y volviéndose hacia mí, que me estoy sentando a su lado con ambas manos en el regazo y la cabeza baja—. Eres mi héroe, desde ahora. Pero ¿cómo se te ocurre...?

Y vuelve a partirse de risa, con nuevos gritos. Varios consumidores y paseantes nos observan, pensando sin duda en las drogas que Juana debe de haber engullido para acceder a ese estado. Las nubes en forma de langostino se han disuelto y el sol de diciembre nos calienta, ahora. Casi no queda nieve en ninguna parte, sólo charcos sucios. Mis muslos están tibios de una forma muy agradable, y los froto un par de veces para aumentar la sensación.

—Lo siento —le digo, volviéndome hacia ella—. O sea, no caí en que tú también

estabas en esto, que quizás tú sí querías conservar el trabajo. Lo hice sin pensar —y reflexiono, intentando convencerme de que fui yo el que hizo lo que acabo de hacer—. O sea, sí que estaba pensado: la idea, no el modo en que iba a decirlo. Me salió así. No quería jugártela a ti. Quería dejarte al margen.

Juana Bayo expulsa los últimos restos de risa, que va descendiendo como el motor de una Scooter al apagarse, y me agarra una mano, allí abajo, en mi regazo.

—¿Pero qué dices, loco? —y abre su boca roja, elevando la voz, y su cara parece alargarse por el mentón, convertirse en una inquietante pintura expresionista—. Nunca había oído nada así en mi puta vida. ¡Eres mi héroe! Qué fuerte, Cienfuegos. Cómo ha molado esto. Tienes que hacerlo más a menudo, tío.

—Bueno —contesto—. No creo que sea el tipo de cosa que puedes ir haciendo a menudo —y sonrío, rascándome el cráneo—. Me temo que es el tipo de asunto que haces una vez. Es una cosa bastante decisoria, ésta. No es como si te fuesen a dar una segunda oportunidad.

—¿Pero tú has visto la cara de Santos? —y medio vocea, otra vez, y giran la cabeza hacia nosotros perros y gatos, coches y farolas cobran vida sólo para ver quién se carcajea, pero a mí no me importa que todos nos estén mirando—. Joder, yo creía que se echaba a llorar. Para mí que ha llorado y todo. ¿Pero tú has visto cómo le temblaba la boca cuando le has dicho aquello, delante de todo el mundo? Seguro que ahora está llorando como una niña. Eres mi héroe *forever*, Cienfuegos. Cuando sea mayor, *muy* viejecita, quiero ser como tú.

—Ja.

—Es broma, tonto —y me echa una mano al hombro, acercándose un poco, y su cabello negro cae por un lado de su cara como una habitación oscura de revelar fotografías, y su boca huele a chicle de melón—. Bueno, pues ya estamos los dos sin empleo. Mira tú qué bien. Podríamos ir a la acampada de plaza Catalunya, ¿no? Ayudar en algo, yo qué sé, llevar chocolate caliente o cafés; deben estar cagados de frío, los pobres.

—¿Podré beber? —digo, cogiéndole una mano—. Si no hay cerveza que no cuenten conmigo para la revolución, ya se lo puedes ir avisando a tus amiguetes crustáceos.

—Cuando pillemos el chocolate caliente, compraremos también un par de latas de cerveza —me dice, y me acerca la nariz a la nariz, y me da un beso bien grande allí, y añade—. Pesao.

Inocencia original

Mirando a Juana Bayo, tan de cerca, resulta que es la mujer más bella de la ciudad. La cosa más bonita que he visto. ¿Cómo no reparé en ella antes? La ignoré

como si fuese un paisaje despampanante del Alt Empordà del que te has aburrido, de tanto abrir los pórticos y toparte con su amanecer de hemoglobina. La ignoré porque me nublaba la E, aquella E descomunal que lo tapiaba todo, antes, aquella E afianzada con mi culpa, pero ya no, ya no más. Le toco las facciones, a Juana Bayo, examinándola con el tacto, un ciego tratando de visualizar los contornos de un busto (eso me recuerda, durante un instante, a un vídeo de Lionel Ritchie que le encanta a Eugenio Cuchillo).

Su cara, la boca entreabierta, labios rojos de herida sin cicatrizar, dientes de castor y ese ceño siciliano, frondoso y firme. Juana Bayo tiene aún la cara muy cerca de la mía, y puedo oler su aliento, que tras el melón de chicle huele también a tabaco Golden Virginia de forma dulce, nada horrible, y recibo también el olor de su piel. Huele a tomillo, olivos y forraje tierno, pinos torcidos de raíces visibles que desgarran el asfalto de carreteras secundarias, boleras en desuso llenas de pinaza y piñas despellejadas por las ardillas, huele a playa catalana y vino garnatxa dulce, huele a 1985, a cosas por hacer, a futuros aún no derrumbados, a catástrofes que no acaecerán en el 2011, huele a nada podrido, nada malo, sin muros ni vallas, sin reproches ni porquería, sin sarcófagos ni bodegas llenas de culpa insatisfecha ni lamento por lo que hiciste mal, tan mal, el mal que haces pero que no eres, o al menos no *eras*. Huele a lo contrario de pecado original: inocencia original. Huele igual que olía Curtis cuando sacó la cabeza del útero de su madre. Huele a aquella bicicleta del año 1988 y el mundo aletargado y la brisa del mar, yo sin manos, *we're living in violent times, oh I tell you*, cuando todo era perfecto y nada podía fallar. Todo iba sobre ruedas.

Le doy un beso largo.

—Todo irá bien, Cienfuegos —me dice ella, abrazándome allí, en el paseo de Gràcia.

—Lo sé —le digo yo.

—Todo irá bien —me repite ella—. Ya verás.

El desalojo

Cuando aparecemos en la plaza Catalunya, nada va bien. La parte superior de la plaza, la que está justo enfrente del edificio de *La Nación*, está ocupada por grandes camiones de mudanza del ayuntamiento. Hay decenas de policías en todas partes, todos Mossos d'Esquadra acorazados y con la cara cubierta. Algunos protegen los camiones, otros desempeñan tareas de vaciado de la plaza, unos terceros contienen a la muchedumbre. Los policías que están secuestrando los enseres de la plaza, ¿cuando llegan a los camiones? Lanzan los objetos tomados al interior con furia, y se escuchan cristales rotos, ordenadores destripados, sillas rotas, en el vientre de cada

camión. Esto no es sólo un desalojo; es una lección, un escarmiento público, y un gesto para «tranquilizar a los mercados», que diría *La Nación*.

Los chicos de La Rabia allí presentes están enfurecidos, frustrados, algunos contienen las lágrimas de humillación y desazón, todo el frío y todas las noches heladas en la plaza para esto. Un pobre adolescente grita, «Pero ¿qué hacéis?», estupefacto. Unos cuantos, los más bravos, golpean los camiones con las palmas de las manos, presionan a la policía, los empujan sin golpear, sólo por pura presión de humanos haciendo piña, como en los documentales sobre Corea del Norte. Hace mucho frío, otra vez.

Juana se acerca a uno de los chicos que gritan, en una segunda fila. Un chaval normal, un hijo de su madre, un hombre que cede su asiento en transportes públicos y frota coronillas de niños pequeños a su paso. Juana se acerca a él sin conocerlo, por afinidad situacional, por empatía instantánea. El chico lleva una sudadera donde se lee *Rebelión.org*.

—¿Qué está pasando? —le pregunta Juana Bayo.

—El alcalde ha dicho que había que vaciar la plaza porque estaba llena de objetos peligrosos —dice Rebelión—. Y podían obstaculizar la celebración del triunfo del equipo de fútbol, esta noche.

—¿Los ordenadores son el peligro? —le pregunto.

Rebelión se encoge de hombros. Estalla algo en el aire, un ruido que me sobresalta, similar a un disparo. Pero soy el único que se inquieta. Nadie mueve un dedo.

—Es sólo aire —dice Juana Bayo, haciendo presión en mi antebrazo—. Disparan con las escopetas de bolas de goma sin cargar, sólo es una amenaza. Tú tranquilo.

Pero los chicos de La Rabia cada vez botan y presionan más contra los camiones. Los Mossos no se desplazan, algunos de ellos mueven los labios en sus aparatos comunicadores, las ráfagas de aire comprimido se multiplican a lo largo del perímetro, el ruido es constante, en estos momentos debería estar muerto de miedo, pero me miro la mano: estática, inmóvil, sin temblar. Lo llaman democracia y no lo es, cantan unos cuantos. Ésta-es-vuestra-democracia. Cada vez hay más gente, muchos de los que están allí mandan mensajes en sus móviles. Por las esquinas de la plaza empiezan a nacer ríos de gente común que abandona sus trabajos, que ha escapado de la universidad, que se ha vestido a toda prisa. Todos han sido avisados de lo que estaba sucediendo.

—¡Bajad de los camiones! —gritan algunos muchachos, haciéndoles señas a los conductores, que se miran los zapatos, avergonzados—. ¡Uníos a nosotros!

Medio centenar de personas se sienta ahora en el suelo, igual que sucedió en el Parlament, y levanta las manos, exhibiendo su desarme, delante de los antidisturbios. Juana Bayo y yo estamos en una décima fila, la gente se ha ido acumulando y no se puede llegar a donde está la sentada, pero Juana levanta las manos abiertas, y yo hago lo mismo. Todo saca chispas, todo se contrae, el propio espacio se arruga de

anticipación. La expectación es palpable; todo el mundo espera que pase algo.

Y entonces, sin aviso audible, algo pasa. Una bola de goma pasa zumbando cerca de nuestras piernas e impacta contra una valla de construcción que se levantaba cerca de la puerta de *La Nación*. TUNK. Otra bola surca el aire en un ziiing terrible. Y desde donde estamos, volvemos a ver la siega: varias decenas de policías levantan los bastones y empiezan a golpear con brutalidad a los chicos del suelo. No vemos quién recibe, sólo las porras que suben y bajan regularmente, latigazos de trífidos en un invernadero, y todo el mundo grita, y por el extremo opuesto otro contingente de antidisturbios empieza a avanzar hacia donde estamos, en el núcleo central, y todos los manifestantes hacen amago de empezar a correr, desorientados, en cualquier dirección. Algunos chicos valientes se quedan allí en medio, quietos, calmando a la gente y diciéndoles: «No os mováis. Hay que demostrarles que no tenemos miedo.» Las bolas de goma siguen volando por entre los cuerpos, como en un millón enloquecido donde nosotros fuésemos los pivotes de premio. Ziing. Ziiing.

Parálisis permanente. No sé qué hacer, pero entonces pienso en el edificio de *La Nación*, y le digo a Juana Bayo:

—Nos van a matar, ven.

Y la cojo del brazo. Tiene los ojos humedecidos, y murmura Hijos de puta, mira lo que están haciendo, señalando a la siega de hombres, y mientras la tengo sujeta pasan corriendo varios grupos de gente ensangrentada, chicas desvanecidas que acarrean dos o tres personas, y vuelvo a decirle, esta vez gritando:

—¡No se les puede ganar! ¡Ven conmigo, coño!

Juana Bayo se deja arrastrar, no tengo miedo pero tampoco tengo ganas de que me abran la cabeza porque sí, y en unos segundos hemos alcanzado juntos la puerta de *La Nación*, chocamos antes con manifestantes que huyen desperdigados por aquí y allá, y ya estoy empujándola para resguardarme en el edificio cuando le veo aparecer, bajando las escaleras del vestíbulo.

Es el Remember

Su coleta cana de motorista decano, su chaqueta de ante con flecos estilo David Crosby y sus camperas agarrándose a cada peldaño como drakkares en pleno desembarco. Tronchándose de risa, él solito. Llega abajo, cruza el vestíbulo, se acerca a la recepción, dice algo que no alcanzo a escuchar, el guardia jurado se pone en pie y niega con la cabeza, Remember levanta una botella llena de líquido de la que emerge un trapo, y con su zippo le prende fuego, y el agente de seguridad da un brinco, y Remember lanza con fuerza la cosa, y se oye, ahora sí, un estallido notable, y la recepción de *La Nación* se convierte, ante nuestros ojos, en una gran pira funeraria.

Cuando llega a la puerta donde estamos, el Remember la abre y dice:

—Yo no entraría ahora, Cienfuegos —y luego me echa una mano al pecho, y se carcajea.

Otro estallido que nace en lo alto, mucho más potente que el anterior, enmudece la plaza, y de golpe llueven cristales por todas partes, y todo el mundo se pega a la pared del edificio, y el Remember me mira, ojos muy abiertos y sonrisa de Loki, y me dice, todavía en la puerta:

—Espero que no tuvieses nada de valor en la redacción —me dice, riendo más—. O que fuese algo *muy* resistente. E ignífugo.

Los antidisturbios han dejado de perseguir a la gente, y permanecen estáticos por todas partes, como peones extraviados en manos de un jugador que acabara de sufrir un infarto, mirando al primer piso de *La Nación*, y parecen soldaditos baratos de plástico, fijos al soporte, las piernas abiertas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que acabo de volarla, ¿a ti qué leches te parece?

Me quedo mirando su cara, Juana Bayo también. Se oyen sirenas de bomberos en la distancia, también ambulancias. Dos frecuencias distintas. *La Nación* sigue crepitando, tras las puertas con doble cristal.

El simulacro de silencio que había paralizado la plaza se vuelve a romper. Nacen gritos desde la dirección de El Corte Inglés, y algunos aplausos, y la policía sigue estática en desorden junto a los camiones, por todas partes, buscando a alguna autoridad que les indique la acción a tomar. Miro fugazmente las cabinas de los camiones: ya no quedan conductores. Todos abandonaron los vehículos. Algo está a punto de suceder, y todo el mundo lo sabe.

Los disturbios

De pronto, por la esquina del paseo de Gràcia, aparece una turba. Lo que siempre has leído en libros de historia: la turba incontenible. La rebelión de las masas. Reflexiones sobre la violencia, que no hay tiempo para realizar, porque esos dos o tres centenares de personas empiezan a correr, todos gritando, como normandos de tebeo, y según se acercan, en un par de segundos, distingues que llevan cascos de moto, y de obra, amarillos con incrustaciones de cemento y yeso, en la cabeza, todos acarrear bates de béisbol, tuberías de acero, palos rectangulares, adoquines de algún edificio cercano en plena reforma y que tomaron prestados, estilo self-service. Armados y peligrosos. Muchos de ellos llevan escudos acolchados, colchonetas de goma individuales, preparados para el combate.

Entre ellos están Defensa y Riesgo, los distingo ahora. Pegados con cola, armados como almogávares, los dos a escalas distintas, como si alguien se hubiese hecho un lío endiablado con las piezas de una maqueta 1:2 y una 1:6. Sólo les veo un segundo,

porque otros hombres se cruzan en su camino y al final los traga el tumulto. En la mano de Riesgo, mi ex pancarta: ESTAMOS HARTOS. Que lanza en dirección a la policía, y vuela por los aires, y cae el suelo sin alcanzar su meta, y luego es pisoteada por el gentío.



La policía hace un amago de repliegue, pero las órdenes que les llegan en los artilugios inalámbricos deben ser contradictorias, porque se otean entre ellos, y en sus ojos se distingue una cosa distinta, ahora: y es el pánico, mezclado con algo de confusión total y deseo de estar en sus casas, lejos de los hechos, viendo la televisión en pantuflas, pegando a sus mujeres y niños de vez en cuando, yendo de putas si hay un momentín. Algunos levantan los escudos, caen los primeros adoquines, impactan en ellos bolas de acero, cojinetes de camión. El ruido del impacto es seco y metálico. Choc. Choc. Choc. Otros golpes estallan con un destello multicolor, y la pintura roja, verde o blanca viste de repente al policía que ha recibido el golpe. En el suelo quedan marcas harinosas, alargadas, de las bombas de pintura que no logran alcanzar su objetivo. Empiezan los primeros pasos de intención retiradora. Algunos policías logran apuntar con las escopetas de bolas, pero la turba levanta sus propios escudos almohadillados, así que los proyectiles no consiguen dar en el blanco ni una sola vez.

Y entonces ya es tarde. Juana Bayo, el Remember y yo permanecemos allí, mientras aquel ejército de hombres indignados se abalanza como un río desbordado sobre los agentes, con la rabia de un río que crece y se lleva por delante campings, puentes y coches. Quien a hierro mata, a hierro muere. Quien siembra vientos, recoge tempestades. A cada cerdo le llega su San Martín. Que el castigo se ajuste al crimen, decían en *El Mikado*. Toda la sabiduría de los antiguos refranes representándose allí, a golpe de tubería.

Ping-pang, ping-pang-PONG.

La policía no está acostumbrada a perder. Cuando eso sucede, impacta en ellos la más completa confusión e indefensión. Los dos contingentes (policía y masa enfurecida) no chocan como en las películas de romanos, ejército contra ejército, sino que en una fracción de segundo se forman grupos pequeños con combates aislados y distintas combinaciones: dos contra uno, seis contra dos, tres contra cinco.

¿Apostamos?

Durante un momento, diez u once de los policías sí logran replegarse y tratan de construir una línea de defensa unitaria, sus pies bailan una especie de extraña danza que trata de marcar el terreno, pero cae sobre ellos una señal metálica de Ceda El Paso, entera, clang, y la línea se rompe, y un hombre, un solo hombre, un manifestante encapuchado y voluminoso, se abalanza sobre uno de los policías con toda la fuerza que puede reunir, impacta con el escudo y luego cae al suelo, y dos o tres policías empiezan entonces a pegarle con las porras, uno le incrusta la rodilla en el cuello, el encapuchado empieza a hacer gestos bruscos de estar asfixiándose, y se oye un grito de indignación general por encima de todos los demás gritos, y la furia posee ahora a los pocos manifestantes que aún andaban con cautela, incluso yo me echo a gritar e increpar: ¡Dejadle ya, animales! Con el puño en alto, fuera de mí, allí en medio. Y los policías abandonan al tipo, que se pone en pie de inmediato y retrocede instintivamente, las manos en el cuello magullado, y echan a correr en busca de otra línea defensiva, camino de sus furgonetas, y su camino va siendo marcado rítmicamente por barras metálicas que golpean el suelo a su alrededor, y nuevas bombas de pintura, y yo avanzo tras ellos, increpándolos, Volved aquí, Hijos de Puta, les grito, el puño aún en alto, noto algo que tira de mí por detrás, la mano de Juana Bayo sujeta mi anorak mientras también grita: ¿Pero dónde vas, colgao? Da igual, da igual, yo sigo gritando y aullando en la plaza, lleno de rabia, cuando uno de los antidisturbios trotantes cae cerca de mí, y sin pensarlo dos veces me acerco a él y le arreo una gran patada en el culo.

Yo pegándole a un policía.

Fuerte patadón en el culo policial.

Como decía el Remember: «En esta vida hay que probarlo todo al menos una vez, excepto el incesto y el baile country», y yo nunca había pateado a un agente del orden.

El policía se incorpora y, sin volverse, sigue corriendo.

—¡Vuelve, cobarde! ¡Mangante! —berreo yo, los brazos en cruz y dando brincos—. Y ahora qué, ¿eh? ¡Perros! JA, JA ¡Perros! ¡Eso es lo que sois! ¡Asesinos! ¡Esbirros del poder!

Y, entonces, Ziing.

Oh.

Vaya.

Estoy en el suelo

¿Qué me ha pasado? Boca en el asfalto, mano en el ojo. ¿Cómo no lo vi venir? ¿Cómo no lo vi venir? ¿Cómo no lo vi venir?

«Fui un tonto», decía una canción de Los Cheyenes. «Creí que podía haber sido gato y resulté ratón.»

No puedo moverme. Muevo los ojos hacia abajo y veo la sangre que mancha las palmas de mis dos manos, y un ojo no ve nada, y no sé dónde me han alcanzado, pero un dolor intenso y generalizado se expande por toda mi cabeza, y no oigo nada, sólo el pulsar de la sangre dentro de mi cráneo, como si estuviese debajo del agua, y me toco el ojo y está en la cuenca, aún sujeto, pero no consigo ver nada por él. ¿Cómo pensé que esto saldría bien? ¿Cómo no vi los alarmantes fallos que escondía mi plan? Mi no-plan. Los blandos siempre van a resultar heridos, en este tipo de confrontaciones. Los blandos siempre van a ser derrotados: no hay esperanza para ellos. Nunca la hubo.

Creí que podía haber sido gato y resulté ratón.

De repente, me invade una gran tristeza. Una pena sin nada de paz, sin ver la luz al final del túnel, ni fragmentos hermosos de mi vida proyectándose apresuradamente ante mis ojos como diapositivas accionadas por un señor con Parkinson: pedazos de mi infancia, lugares intactos, 1988, emplazamientos seguros de mi memoria, caras de aquellos a quien llamé amigos, ni abrazos recordados de aquellos a quienes amé, o traté de amar, no, nada de eso, la cara de mi madre ahogándose de tanto amor, sus cuidados acolchados, su risa sedosa, que me llenaba de seguridad, no, nada.

Se me había olvidado lo mucho que me gustaba estar vivo, pese a toda la porquería que aconteció en mi vida y aledaños. Me quedaban muchas cosas por hacer aún. Junto a Curtis, con lo mucho que me hubiese gustado verle crecer, hacerse un hombre, conocer a sus primeras novias, jalearle en partidos de fútbol infantil. Con Juana Bayo, mi guapa e inocente Juana Bayo. Nunca pude bailar para ella. Me gustaba bailar, hace tiempo. Cuando Eloísa y yo aún... Tuvimos tiempos buenos, Eloísa y yo, y luego llegó el Podrido... Me gustaba...

Estoy perdiendo el conocimiento, me parece. Todo se vuelve borroso, como las interferencias en las televisiones portátiles antiguas. Escucho la voz de Juana Bayo muy a lo lejos, muy a lo lejos, muy a lo lejos...

Mi último pensamiento es para Curtis. Me acuerdo de repente de un día en que me enfadé con él, porque me había pegado un manotazo en uno de esos arranques de frustración en miniatura que sufren los niños de tres años cuando actúan de forma represiva en contra de sus deseos más arbitrarios. Y yo me enfurecí, y le solté un grito muy potente y dejé caer un puño imperativo sobre la mesa.

Y cuando él, asustado y llorando, vino hacia mí con los brazos extendidos, le dije, severo: «No, Curtis, nada de abrazos: tienes que aprender a no pegar.»

Y él me dijo: «Pero yo quiero quererte.»

Quiero quererte, me dijo.

Quiero querer.

Yo también, Curtis. Yo sólo quería querer, y ser querido. ¿Era eso tanto pedir?

En medio de la calzada, cara aplastada contra el suelo, mejilla deformada, todo mi

gordo cuerpo desparramado allí, me echo a llorar, y mis lágrimas mezcladas con sangre se quedan en medio de la calle, como meados fugaces de perros con prisas, como restos de charcos de la noche pasada. Lo que yo quería era volver a ser santo, y ahora estoy ciego, y mi niño se queda solo en un mundo lleno de mierda e injusticia.

Por favor, que no le hagan daño. Yo quería protegerle siempre. Mi niño. Mi salvación, que yo le debía, y quise devolverle, salvarle siempre. Yo quise quererlos siempre, y que me quisierais, sólo quise eso. Lo veo ahora. Y no sabía cómo hacerlo, y metí la pata una y otra vez, y ahora que sí lo sé, sucede *esto*.

Quiero quererte. Quereros.

Decidme: ¿era eso tanto pedir?

6. Epílogo: ¡Que hable Cienfuegos!



¿Te duele, mi amor?

—Ahora no, gracias —contesto, palpándome el ojo con dedos interrogantes—. Ahora estoy la mar de bien.

Es el día 28 de diciembre, a la una del mediodía. El día 28 del mismo mes en que mordí el asfalto y mi glóbulo ocular pareció desparramarse sobre las aceras, hacia las alcantarillas, por entre mis dedos, como el amasijo húmedo y viscoso que arrancas de las sepias al limpiarlas.

Pero no fue así. La sangre es muy escandalosa, ¿no es eso lo que dicen? El ojo se pondrá bien, me dijeron los médicos, aunque estuve a punto de perderlo. El día seis de diciembre volví a salir en el periódico, Sucesos, Sección Catalunya, esta vez porque había interpuesto una denuncia contra los Mossos d'Esquadra. En la foto que publicaron se me ve en el suelo, irreconocible, hecho una papa arrugada y sangrante, agarrándome la cara con ambas manos. No voy a ganar el juicio, pero decidí intentarlo de todos modos. Para que vieran que no me había amilanado, al menos. Para que vean que ya no tengo miedo, y que quien siembra vientos recoge tempestades.

Han pasado veintiocho días desde la revuelta de la plaza Catalunya. El país está al borde del caos, pero la gente parece más feliz que cuando sólo existía la crisis, el coco que iba a llevarse sus propiedades en mitad de la noche. Se le han puesto cara y nombres al fantasma, y dice Juana Bayo que identificar los terrores siempre es positivo. «Sin miedo», como decía aquel lema del que tanto me reí, y que ahora veo que era cierto. Todos eran ciertos. Las manifestaciones se suceden ya semanalmente, y hay una Huelga General prevista para primeros de año. ¿Qué es lo peor que podría pasar? Algunas fábricas están siendo tomadas por sus trabajadores y hay motines en varias prisiones, en solidaridad con los obreros. Se ha levantado la venda. Ha pasado ya el efecto de la anestesia general que aplicaron aquí en 1977, cuando no mirábamos.

La Nación ya no existe, o al menos su sede. Quizás deberían volver a sentir miedo de la población, todos ellos. Cada día somos más. Somos cientos por cada uno de los suyos. ¿Y yo? Yo soy su mártir. Quién lo habría imaginado, ¿verdad? Quién podría haberlo imaginado. Mi madre siempre me decía que no tengo madera de líder. Y mírame ahora. Haz el favor de mirarme ahora, mamá.

En todo caso, la anticipación es lo mejor

Lo que quiero decir con esta frase es que en la vida hay horas malas (las 3 de la mañana, la hora del lobo, no hace falta incidir en la razón) y hay horas buenas, y

ahora estoy en una de ellas. La una del mediodía, una de mis horas favoritas desde que era niño, otro Lugar Seguro, la hora de la anticipación, cuando trotaba hacia la cocina de mi abuela y metía la nariz en las ollas, aupado por ella, preparando mis sentidos para el festín del domingo. Una hora que te prepara para lo venidero, pero que lo hace de una forma tan maravillosa, tan apacible, tan entusiasta, que termina siendo *mejor* que lo venidero, no sé si me explico. Espero que sí. Es algo importante para mí. Es algo que aprendí en la infancia, como todas las cosas fundamentales.

San Cienfuegos

Así que es la una del mediodía, como decía, y estoy en el ateneo Vulcano. De las paredes cuelgan guirnaldas y ramas aromáticas de eucalipto, y cuelgan también aquí y allá lianas de bombillas pestañeantes, las que se adquieren en supermercados orientales, y un gran cartel que reza:



Juana Bayo organizó una fiesta sorpresa para celebrar mis cuarenta años, me levanté en su casa y desayunamos juntos, me había mudado definitivamente allí hacía tres semanas, y a las doce y media me dijo Y ahora, Cienfuegos, voy a vendarte, y me ató un pañuelo sobre los dos ojos, pese a que sólo veo por uno.

—Un fusilamiento no, por favor —le dije, mientras me ayudaba a bajar las escaleras de su piso en la calle Grassot—. ¿Me llevas al patio de la Benemérita, tal vez?

A mi lado, ahora, está Juana Bayo. Al otro está mi viejo amigo Eugenio Cuchillo. Eugenio Cuchillo está aquí, y lleva una camisa hawaiana donde se ven infinidad de loros multicolor, todos mirando en direcciones distintas, sobre un fondo negro, y parece Montgomery Clift (después del accidente). Parece el perdedor de un concurso de dobles de Magnum, Investigador Privado. Le miro, y él me sonrío, y recuerdo cuando ambos soñábamos con montar nuestro propio grupo musical, los Ex Cocodrilos, pese a que ninguno de los dos tenía la menor noción de música ni sabía tocar la flauta dulce siquiera. Y una súbita calidez hacia él y el camino que recorrimos, y todos los percances con los que nos topamos, se cuelga de mi cuello, y

una lágrima se atranca en mi ojo bueno, puliendo toda mi retina y haciéndola destellar con el mirar locuelo del Barón Ashler.

¿Cómo decirlo? Yo sólo quería que alguien me cantara algún día: «Que hable Cienfuegos.» Yo sólo quería ser el tipo de persona a quien sus amigos le cantan: «Que hable Cienfuegos.» En cada cumpleaños. Porque le quieren, nada más que eso, nada más que querer, por lo que *es*, no por lo que *hace*, a la porra lo que *hace*.

No me importa esperar, pero sé a ciencia cierta que eso es lo único que deseo que me suceda, y la única forma en que la gente me pueda juzgar en el futuro. ¿Cienfuegos? Sí, hombre, era aquel a quien sus amigos y la gente que él quería le cantaba continuamente: Que hable Cienfuegos.

Cienfuegos, aquel tipo majo, caramba.

San Cienfuegos.

Un chiflado dando voces en un bar

Una teoría: podríamos considerar mi ojo dañado, y los cinco meses de sufrimiento que lo precedieron, como un fugaz paso por el purgatorio. A veces hay que pagar las culpas. Sufrir para limpiarse, ahora lo veo (aunque con una sola retina sana). Me río, sin abrir la boca, de mi propio chiste con temática ocular (nunca me han salido bien, pero si nadie los escucha no pasa nada). Ahora reír, ahora llorar. Espero que no vengan los de la camisa de fuerza. No es el tipo de camisa que me sienta bien.

Eugenio Cuchillo, por cierto, también abandonó su empleo, y ha pasado a engrosar junto a mí las filas de los desempleados sin perspectivas de futuro pero a la vez sin la menor intención (ni posibilidad, en mi caso) de regresar a sus anteriores empleos. Quién sabe, quizás alguno de los dos volverá a hacer algo que merezca la pena. Se acerca un cambio de paradigma, me dijo el Remember un día, poniéndose muy serio y misterioso.

Un cambio de paradigma, ¿eh?

Aún me carcajeo solo cuando recuerdo el día en que Eugenio Cuchillo vino a verme al hospital, hace un par de semanas. Tuvieron que llevarse de la habitación a rastras porque, ¿de la risa? me estaban saltando todos los esparadrapos de la herida, uno detrás de otro, como grapas volando de un manuscrito encuadernado que has decidido desmembrar.

—Yo también estaba allí, y también lo hice —me dijo aquella mañana, al día siguiente del altercado, dejando en mi regazo un CD grabado con algunas de mis canciones favoritas. Aquel día se había quitado la camisa hawaiana. Llevaba corbata flaca y una camisa a rayas negras y blancas, como si tocara en algún grupo de nueva ola española de 1979. El nuevo bajista de Nacha Pop, o Telegrama.

—¿Dónde estabas y qué hiciste? —le contesté, tumbado en mi cama y dejando

caer un *Mojo* que estaba leyendo en diagonal, con abandono.

—En la fiesta del ático aquel, la presentación de la revista gratuita. Yo estaba allí, de gorra, tú no te diste cuenta. Fui hacia el tipo aquel, y le canté las cuarenta. Cuando te largaste y vi que estaba medio llorando y rojo de rabia, con esa pinta de cabrón, pensé que habías hecho lo correcto, y que yo tenía que hacerlo también.

—Pero —le respondo— si tú no trabajas para Santos de Verano. No debía saber quién eras.

—Ya me di cuenta —me dice, sonriendo—. Pero le insulté igual. Y luego le lancé un vaso de Coca-Cola a la cara.

—¡Bravo! —le aplaudo, riéndome, y el porrazo vuelve a dolerme un poco, pero no me importa—. ¿Y qué hizo él?

—Nada. El vaso estaba vacío, y sólo un pedacito de limón seco le arreó en una ceja —me carcajeo—. Y se quedó allí. El limón. Pero entonces, al ver que el tipo se burlaba de mí, le lancé un cenicero muy pesado a la cabeza.

—Coño —ceso de reír, y abro los párpados con asombro creciente e inquietud por su situación legal—. ¿Y entonces qué?

—Nada tampoco —se encoge de hombros—. Porque un guardia jurado me había agarrado de la muñeca, y el cenicero me cayó en un pie —y se señala el pie derecho, escayolado, y allí ya me parto de risa—. Pero al menos les dije lo que pensaba. Les dejé claro quién era yo.

—No te conocía, insisto —le apunto—. Sólo eras un chiflado dando voces en un bar.

—Es verdad —y él también se carcajea, ahora—. Un chiflado dando voces en un bar. Pero no está mal, ¿no? Mejor ser eso que otra cosa.

Todos somos lo mismo

Juana me da ahora un beso en la mejilla, en la barra, se pasa el día dándome besos, y luego se va a mezclarse con sus amigas hippies de Gràcia. Me encantan las hippies de Gràcia, las chicas pingajo con andares atolondrados, los chicanos en chirucas y chuminadas anudadas al pelo y pantalones de beduino y discos espantosos en las estanterías. Son entrañables. Son casa.

De repente suena una canción que me encanta, una que habla de lo rápido que viaja el amor. Es una de las que Eugenio Cuchillo me grabó en el CD recopilatorio que trajo de regalo al hospital, y que contenía algunos de mis grandes éxitos personales. Él los conoce bien, andamos de la mano durante muchos años, antes de que empezáramos a comportarnos como enemigos encarnizados.

El Vulcano no está lleno, nunca he sido un tipo popular, pero tampoco vacío. Hay gente bailando a ratos, otros charlando, huele a carne de vacuno asada al carbón en el

patio y a vermiendo olas en los vasos. Juana Bayo se ocupó de traer a esas amigas y amigos hippies de Gràcia que se morían por conocerme (dijo). Están también la Socorro y las telefonistas de la cuarta, que tratan de mirarme sin mirarme. Está mi editor, que no murió (ya lo dije), y también mi agente, que ya llevó a la tintorería su traje manchado de vino pero no consiguió zafarse de su incompetencia casi punible por la ley, y da lo mismo, eso da lo mismo, no me vengas con esas paridas ahora, después de todo lo que ha pasado.

—¿Para cuándo la nueva novela, Cienfuegos? —me dice mi editor, acercándose a donde estoy y cascándose un par de porrazos paternos en la espalda.

Arreo un trago al tubo que va conectado a una lata de cerveza atada a su vez a una de esas gorras humorísticas con visera y lata adosada, de palurdo americano, que me traje el Remember de un viaje a Los Ángeles, y la cerveza se desliza hacia abajo por el tubo como gasolina recién robada a un vehículo ajeno, y entra burbujeante en mi boca, y lo cierto es que me siento feliz tal como estoy. Soy feliz, sin duda; casi no me atrevo a pronunciar el verbo. No quiero estropear lo que está sucediendo.



—Toda esta mierda ha abierto un gran boquete en mi ambición, jefe —le digo, y mi mano aluniza en su hombro. Y miro su cara bondadosa y sus ojuelos de oso y su cuello de yak, veo cómo sus rasgos se tuercen en una pequeña mueca de paternal decepción.

Y luego canto, volviéndome hacia Juana Bayo, que ya ha vuelto junto a mí, y tratando de abrocharme (sin éxito) la chaqueta Burrito, que sigue, testaruda, resistiéndose a ser cerrada como corresponde.

*El amor es más rápido.
Más rápido que los aviones.
Más rápido que los gatos.
Más rápido que los robots.
Más rápido que eso.*

*Más rápido que la materia.
Más rápido que el pensamiento.
Más rápido que los átomos.
Más rápido que...*

Y sonrío, sólo para satisfacerme a mí mismo. Se me acerca la Socorro, finalmente.

—¿Vamos camino Soria, Socorro? —le digo.

—Te veo mejor, majo —me dice. Verla sin bata ni mocho es incongruente, como si algo estuviese mal ensamblado en la realidad.

—Estoy mejor, amiga mía —le digo, y adelanto una mano a su hombro—. ¿Echaremos de menos *La Nación*, Socorro? Me jode que se haya quedado sin empleo.

—Hijo mío, yo limpio mierda. La mierda no se acaba nunca, no te preocupes. Siempre hay mierda que quitar, aquí o en la China. Es el trabajo más seguro del mundo.

En el otro extremo de la sala, Eugenio Cuchillo sonrío mirándome, y de golpe la chica con la que estaba conversando, una amiga de Juana Bayo, le gira la cara a la fuerza, con ambas manos, y lo besa. La sorpresa de Eugenio Cuchillo es tan obvia que cruza toda la sala hasta mis ojos, y sé que él está conteniéndose para no darle un empujón a la chica y lanzarse a pegar saltos de majara por la casa, ignorando la escayola del pie, ladrando: «¡Lo conseguí! ¿Habéis visto? ¡Lo conseguí! ¿Lo has visto, Cienfuegos?»

Cerca de Eugenio Cuchillo, que continúa besándose con la chica, están Defensa Interior, riendo con el Zumos, junto a la barbacoa del patio. Ríen ruidosamente, de todo y de nada, del destino y la gran broma de la vida y la condición humana. Su estado me llena de calidez. Están construyendo un Lugar Seguro ante mis ojos, en tiempo real. Los contemplo unos minutos, cómo sazonan carne y echan aceite y envuelven cebollas y pimientos con papel de plata. Ritualmente, como si esto fuese una barbacoa sagrada, un sacrificio a un dios inca.

Todo el mundo debería tener alguna vez una barbacoa sagrada, todo el mundo debería emborracharse. La borrachera alegre te abre, y te recuerda que eres tan patético y ridículo como los demás humanos. Tu suerte es la suya. Tu historia es la de todo el mundo: todos estamos juntos en esto, y nuestra separación es su triunfo, aunque siempre consigamos olvidarlo. Todos somos lo mismo. Todos somos lo mismo. Todos somos lo mismo. Repetir hasta que se quede grabado.

El final del libro

Socorro se marcha de mi vera. De repente se abre la puerta del bar, y al otro lado del umbral están Eloísa y Curtis, él agarrado de la mano de ella, vestido de Capitán Garfio, de cuerpo entero. Garfio de plástico, sombrero con pluma, parche en el ojo, todo el festival. Y Eloísa ladea su nariz en perfecta hipotenusa, su nariz numerológica, y me localiza en la barra y al distinguirme sonrío, me sonrío, a mí, sólo a mí. Y agita la cabeza hacia arriba y hacia abajo, cejas elevadas y suspirando hacia dentro de sus pulmones, como quien dice: «Cómo nos tenemos que ver, Cienfuegos.» Y entonces me suelta, gesticulando, porque la música ahora está a todo volumen y en todo caso estamos demasiado lejos el uno del otro, me señala un extremo del bar, y yo miro lo que hay allí, y sé lo que hay allí, porque lo vi sólo entrar:



Un recuerdo de estos meses. Lo recuperaron los Defensa Interior, en mi honor.

Quizás sea bueno vivir con algo así en la conciencia.

Y entonces Eloísa se autoseñala con ambas manos y se encoge de hombros. Y luego sigue señalándome y con el dedo índice de la otra mano se traza círculos en la sien. Y sonrío.

Traducción simultánea: «¿Se puede saber qué pretendías que hiciera con esa maldita E? ¿Estás chiflado, Cienfuegos?»

Y luego extiende sus dos manos con las palmas hacia arriba, como diciendo: Te la regalo, chhalao. Toda tuya. Q.T.V.B.M: Que Te Vaya Bonito, Majarón.

Eloísa le da entonces una palmada suave en el culo a nuestro pequeño pirata, y luego se marcha, no sin antes elevar un dedo minarete al cielo, advirtiéndome que vaya con cuidado, con *todo*, en general, y lanzarme un beso aéreo final. Y sé que nos hemos perdonado el uno al otro cada una de las cosas que nos sucedieron por el camino, y sé que será feliz. Pero no conmigo. Conmigo ya no.

Curtis-Garfio sale disparado como un Shuttle, imparable, esquiva al Riesgo, que estaba agarrado a una cachimba al lado de un altavoz, mirando *hacia dentro* del altavoz, buscando restos de la nota fundamental en la mejor canción de Vacuola y Los Citoplasmas, «Mambo para gatos», de 1987. El homenaje fue mío, no a la inversa.

Riesgo, en todo caso, pronuncia entonces la única palabra que suelta a lo largo de este libro. Silencio todo el mundo. Ahora.

—Wua.

Wua. No es ni una palabra. Pero Wua. Menuda intervención.

Cuando Curtis llega a mi lado pega un brinco y se cuelga de mi cuello, como un mono perezoso disfrazado de corsario. Y grita: «¡Felicidades!» Y luego: «¡Quiero

bailar!» Y luego: «¡Sin pantalones!»

Y yo me río, y le estrujo el tronco y los brazos contra mí, como si quisiese romperle en mil pedazos, pero exactamente al revés, ardiendo de emoción y de amor, con los ojos colorados por todo el cariño que me araña las córneas, una perla de lágrima emergiendo de un costado de mi párpado izquierdo, el bueno.

—Yo también, Garfio. Es lo único que quiero, bailar sin pantalones el resto de mi vida. Sólo eso.

Y él dice:

—¡Bien! ¿Podemos bailar el baile del gorila?

—Ahora les digo que la pongan, hijo. Vete quitando los pantalones. Tú no —le digo a Defensa, que regresaba de la barbacoa por mi lado derecho y pensaba que iba por él lo que dije y ya estaba echando mano nudista a su taparrabos. Va en taparrabos, se me olvidó decirlo antes, y luce sus viejos zapatos amarillos—. Sólo Curtis. Te voy a enseñar, hijo, un baile que hace tiempo que no practico. Se llama El Pollo Descabezado. El Pollo Descabezado Shuffle. A tu madre le encantaba.

En el altavoz empieza el «Gorilla», con su inconfundible inicio rítmico, el aporreo juguetón de ese bajo paseante, y luego la entrada de las congas.

Gorila

Es lo que quiero que me llames

Soy tan grande

Que tienes que amarme entero.

Amarme entero. No a trozos. Ya no tengo trozos peores.

La puerta de entrada vuelve a abrirse, y cuando vuelvo la cabeza distingo la cara del Remember. Su pinta de flaco de los Freak Brothers. Él me sonrío, como si no hubiese pasado lo que pasó, como si fuera una mañana cualquiera y ésta fuese nuestra cotidianidad en la oficina, hablando de Klaus Barbie al lado de la máquina de café, y ésa es la forma en que sabes cuándo un amigo es un amigo es un amigo es un amigo. Cuando nada cambia, jamás. Y se lleva la mano plana a la sien plateada, erigiendo un tejado añadido, y hace como que me saluda a la manera castrense: «Mi capitán.» Y yo le contesto, como si no importara: «Descanse.» Porque eso es lo que hacemos, lo que siempre hacíamos cuando nos topábamos el uno con el otro en aquella oficina de aquel periódico calcinado al que ninguno de los dos regresará nunca.

Juana Bayo me agarra ahora la mejilla izquierda con la palma de una de sus manos minúsculas y me repite: «Te lo dije: todo irá bien a partir de ahora, Cienfuegos.» Y poniéndose de puntillas me emplasta un beso empapado en los labios, y añade: «Déjame a mí.»

Curtis y yo echamos a andar hacia la pista improvisada, agarrados de la mano, él ya dando sus saltos de jota y de twist, rascándose los sobacos a lo chimpancé como yo le enseñé, golpeándose el pecho como yo le enseñé, adelantándose al baile futuro,

todo él repleto de gloriosa anticipación, coño. Y antes de continuar me quito la gorra y la lanzo a una mesa, y agarro a Juana Bayo con la mano que ahora me sobra, y me la llevo también al centro de la sala.

Wua.

Y ella suelta mi mano, pero es sólo para acercarse más aún, y me rodea la cintura, sin dejar de andar, pegada a mi flanco derecho, y acerca sus labios a mi oreja derecha, que tengo que ladear para que esté a la altura de su cabeza.

Y me dice:

—Eres el mejor, Cienfuegos.



«BEAR CLAW» CHRIS LAPP: Were it worth the trouble?

JEREMIAH JOHNSON: Ah, what trouble?

Jeremiah Johnson (Sidney Pollack, 1972)

HUELLAS, PISTAS, ROBOS

Las dos primeras frases del capítulo 4 son un homenaje literal a «*Blood from a wig*» / «Sangre de una peluca», una historia corta de Terry Southern incluida en *A la rica marihuana / Red dirt marihuana*.

Defensa Interior (D.I.) era un grupo de exiliados antifranquistas en el exilio, miembros de organizaciones libertarias como CNT, FAI y FIJL, agrupadas en el MLE, que en los años sesenta decidió emprender acciones armadas contra el régimen de Franco. La utilización de su nombre en este libro es un humilde homenaje pop a su causa.

«Quizás sea bueno vivir con algo así en la conciencia» es una cita del *Warlock* de Oakley Hall.

«Para qué sirve una hormiga» es una canción de El Último de la Fila. «Aviones plateados» también lo es. Vacuola y Los Citoplasmas no existen. «El alcalde de Simplón» es una traducción de «The mayor of Simpleton» de XTC.

Escribiendo este libro escuché a Red House Painters y Sun Kil Moon: *Songs for a blue guitar*, *Ghosts of the great highway*, *Admiral Fell Promises*, *April* y muy especialmente *Tiny Cities*. También la banda sonora de *Jeremiah Johnson* de John Rubinstein. Alison Statton y The Sea and Cake. *Magic wand* de Little Wings y el *Daddy's highway* de The Bats. *Majesty shredding* de Superchunk. Y la emisora Radio Swing Worldwide.

GRACIAS

A Eugènia, por su despiadada primera edición, sus palabras de ánimo y su confianza inquebrantable.

A Jorge Herralde, editor y amigo, por su segunda y tercera edición del texto.

A Sergi Puyol, por las tremendas ilustraciones y la portada.

A Teresa Ariño, por la primera y segunda revisión de galeradas.

A Luis Hidalgo, porque fue alguna frase suya (como «Esta noche me toca cubrir el concierto de Juanes», por ejemplo) lo que me hizo pensar por primera vez en parte del argumento de esta novela.

A «Mallo cup» de The Lemonheads, porque fue su primera estrofa (que tarareo a menudo desde hace veinte años) la que me hizo pensar en otra sección del argumento de esta novela: «*Here I am outside your house at 3 am / Trying to get you out of bed.*»

A los lectores (Miqui + Miqui) que se han enfrentado a tentativos *drafts* más o menos espantosos de la novela: lo siento y gracias por el pescado.

Al 15M, en general.



KIKO AMAT (Sant Boi, 1971). Dejó sus estudios a los diecisiete años para dedicarse por completo a sus principales aficiones: la búsqueda de canciones perfectas, la prensa underground y mantener una presencia más o menos digna. Desde entonces ha sido editor de varios fanzines y ha colaborado en una larga lista de revistas musicales; ha vivido en Londres cinco años y ha trabajado en cadenas de montaje, hoteles y tiendas de discos. Actualmente vive en Barcelona frecuentando bodegas y esquivando la tecnología moderna.